

*¡ Préstame tu
fuerza !*

IRIS BOO

Serie "Préstame" 6

¡Préstame tu fuerza!

Serie préstame 6

Iris Boo

Préstame tu fuerza
©Iris Boo, 2019

Primera edición
Cantabria - España, 2019

Reservados todos los derechos.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión por cualquier forma o medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright, salvo excepción prevista por la ley. La infracción de dichos derechos puede suponer un delito contra la propiedad intelectual.

¡Préstame tu fuerza!

Prólogo

Nick

Golpeé al tipo con un par de ganchos, una patada lateral y un golpe letal desde arriba. Su cara pegó con fuerza contra la lona y antes de que la cuenta de 10 empezara, ya sabía que no iba a levantarse. Sus ojos estaban abiertos, su respiración, agitada; aunque sus músculos aún no se habían resignado, sí lo había hecho su mente. Sabía lo que había ahí dentro, ¿levantarse para qué? ¿Para seguir recibiendo más castigos en su cuerpo? No, él no era como yo, como nosotros. Yo no me hubiese rendido, yo me habría levantado y habría vuelto a la pelea, porque lo único que me detiene es un *knockout*.

El público gritaba. Levantaron mi mano manchada de sangre y me declararon vencedor de la pelea. Tres esta noche y todavía seguía en pie. Sabía lo que venía después, una ducha, cobrar mi dinero, Fredo con los beneficios de las apuestas y una noche de fiesta.

—¡Eh, Nick! Ya tengo el dinero.

—¿Cuánto esta vez?

—Menos de lo que esperábamos. Eres un cabrón contra el que nadie quiere apostar.

—Eso no sé si es bueno o malo.

—Para mi bolsillo, malo. Para nuestra vida sexual, bueno, muy bueno.

—¿No te cansas de coger lo que yo no quiero?

—¿Cansarme? ¿Cuántas chicas crees que quieren una noche loca contigo?

—¿Docenas?

—No tantas, *brother*, pero le andas cerca. Tú eres bueno con los números, hazme la cuenta. Si cada noche puedes escoger entre diez chicas, y al final te quedas con una o dos, ¿cuántas quedan para mí?

—Cabrón suertudo.

—Eso mismo digo yo. ¿Listo para comerte un par de chicas esta noche? —Yo siempre estoy listo, no tiene ni que preguntármelo.

—Tengo que pasar por el casino. ¿Nos vemos en el bar?

—Vale, pero pienso cargar las bebidas en tu cuenta, así que no tardes mucho.

—¿Por qué sigo siendo tu amigo? Te aprovechas de mí para conseguir chicas, saqueas mi cuenta en el bar. Dime, ¿qué saco yo?

—Disfrutas de mi compañía y, además, cuido tu culo, ¿qué más quieres?

—Un poco de amor —bromeé.

—Anda, lárgate cretino. Cuando me pase al lado gay te comeré los morros, pero de momento, me conformaré con las chicas que descartas.

—No te hagas el despechado, sabes que a ellas no vuelvo a verlas y a ti te veo todos los días.

—Sí, al final tendré que casarme contigo.

Salí de allí riéndome como un loco, porque ese sentido del humor suyo acabaría por traernos algún problema, pero era jodidamente refrescante que pudiéramos reírnos de

eso. Me subí al SUV y conduje hasta el hotel-casino. ¿Que por qué no tengo una moto? Sí, soy un tipo de 25, con algún tatuaje, los nudillos pelados de participar en peleas clandestinas y unos lazos fuertes con la mafia rusa, un auténtico chico malo, pero no tonto. Una moto es como si me pusiera una diana y dijera «Eh, ¿a que no puedes derribarme?». No, en serio, hay mucha gente cabreada por ahí a la que no le importaría arrollarme con su auto. Y sé por experiencia propia lo que un accidente de tráfico puede hacerle a un cuerpo. Perseguí a ese cabrón hijo de puta hasta que lo tiré al suelo. Uno no le da ocho puñaladas a uno de los míos y sale ileso. El pobre chico solo era el encargado de reponer bebidas en uno de los clubs de Yuri. Solo tenía 19, y al cabrón no le importó perforarle un riñón porque no lo atendió. Pero es que el chico no hacía eso, no atendía a los clientes, solo rellenaba las cámaras frigoríficas. Y sí, cacé a aquel cabrón, le rompí las piernas con el coche y luego le reventé la cara a golpes. Creo que aún sigue vivo, no me importa. Solo estaba preocupado por el pobre chico. Por suerte, Viktor hizo que lo llevaran rápidamente a un hospital. Perdió el riñón, pero al menos sigue vivo y lleva una vida normal. Llámame matón sanguinario, pero hice justicia ese día y volvería a hacerlo.

Sonó una llamada en mi teléfono y accioné el manos libres para contestar, dejando que la voz de Bobby resonara dentro del coche.

—Sé que voy retrasado, cariño. Pero llegaré a tiempo para acostar a los niños.

—¡Ja! Pues vas a calentarte la cena en el microondas. No, en serio. Está aquí.

—¿Quién?

—El fantasma. —Aquel alias volvió a encender la llama dentro de mí.

—¿Estás seguro?

—Lleva media hora destrozándonos en la mesa de Black Jack. El programa acaba de reconocer su patrón de apuestas, es él.

Apreté los dientes y pisé un poco más el acelerador. Iba a cogerlo esta vez. Sí, vale, no puedo tocarlo o retenerlo, pero, joder, podía hacer una identificación visual del tipo y grabar su puñetera cara en el reconocimiento facial. Tenía que verle la cara y hacerlo temblar, darle el mensaje de que con los Vasiliev no se juega, a menos que quiera perder.

—Estoy a dos minutos, dile a Mauro que esté en la entrada. Y Bobby, no dejes que se vaya esta vez.

—Tengo a tres yendo para la mesa cinco, Nick.

—Bien. —Tres tipos de seguridad serían suficientes para retenerlo hasta que llegue. Serían como el puñetero muro de Berlín, nadie podría salir de allí.

Cuando llegué a la entrada del hotel salté del coche y le arrojé las llaves a Mauro para que se ocupara de él y luego corrí como el diablo hacia la zona de juego. Me encanta que eso sea lo primero que se ve cuando entras al hotel. Caminé deprisa hacia la mesa cinco. Tenía que reconocerle el mérito, el tipo sabía escoger el día. Era difícil caminar por allí, estaba hasta el tope de gente. Pero, aun así, el boxeo te da un buen juego de piernas y caderas. Ya casi había alcanzado la mesa, cuando uno de los chicos de seguridad se puso a caminar a mi lado.

—¿Quién es?

—Esquina derecha, latino con camisa oscura y sombrero de cowboy. —No podía decir que lo viera, pero el sombrero era un buen punto de referencia. Casi lo tenía con

solo estirar la mano, cuando un tipo deslizó su silla delante de mí y me hizo tropezar. Soy luchador de MMA, hay tres cosas que nos enseñan a hacer desde el primer día, dar golpes, encajarlos y caer. Y eso hice: giré el cuerpo para caer sobre la parte más carnosa de mi cuerpo, mi culo.

Hay muchas maneras de caerse, y por lo que mis ojos estaban viendo, aquella no había sido de las peores, no. Incluso diría que era de las mejores, sí. Delante de mí, flotando como un OVNI en el desierto en plena noche, tenía el más redondo, apetecible y tentador trasero femenino que jamás había visto. Y sé lo que digo, porque si en algo soy experto, es en traseros femeninos. Llámalo fetiche, llámalo obsesión, pero mi vida ha estado marcada por un buen trasero de mujer. Algunos son hombres de tetas, otros, de caras bonitas; yo soy de traseros. Pasar mi mano por un buen trasero es como tocar el cielo.

—¿Dónde has estado toda mi vida? —Sí, lo había dicho bien, porque si hubiese visto antes ese trasero, juro por mi vida que jamás lo habría olvidado. Ya pueden golpearme en la cabeza y hacerme perder la memoria, quedarme amnésico para siempre, pero ese trasero... ese trasero no lo olvidaría.

Levanté la mirada, buscando a la dueña de tan exótico regalo, y la encontré. Labios jugosos, nariz pequeña y... y nada más, porque tenía unas de esas enormes gafas de sol estilo Elvis y una larga cabellera rubia de pelo liso, cuyo flequillo caía sobre gran parte de su cara. Pero aquellos labios eran lo único que necesitaba ver para saber que no apreciaba mis atenciones. Se giró de nuevo hacia la mesa de Black Jack, acarició la espalda del tipo que jugaba delante de ella y se fue. ¡Oh, mierda! Había levantado la liebre. Por su ropa, sabía que era el tipo a por el que iba, nuestro fantasma, y ella le había dado la señal para desaparecer. Antes de que estuviera en pie, el tipo se había esfumado entre la gente, llevándose sus ganancias consigo.

Capítulo 1

Nick

—Dime que lo habéis cogido. —El chasquido en el intercomunicador me devolvió al campo de juego.

—Negativo. Se ha esfumado. Solo hemos encontrado el sombrero sobre una de las máquinas tragaperras. —No maldeciría, no maldeciría. ¡Mierda, joder!

—Intentad cogerlo sin contaminarlo. Seguro que tiene algunahuella. —¿Sonaba muy C.S.I.? Sí, tal vez. Pero podíamos hacer esa mierda de encontrar huellas y cotejarlas, de manera clandestina, con las bases de datos a las que la policía tenía acceso.

—Roger.

—¿Y la chica?

—¿Qué chica? —Fue curioso escuchar aquello desde dos lugares diferentes: el intercomunicador y la terminal a mi lado, donde tenía abierta una videoconferencia con Bobby. Sí, él estaba en su castillo en Crystals Mall, pero era como tenerlo sentado a mi lado en el centro de control del casino.

—Pues qué chica va a ser, Bobby, la que estaba con el tipo, la que levantó la liebre.

—Yo no vi a ninguna chica.

—Mándame las imágenes de la grabación. —Unos segundos después, en el monitor de mi derecha, empezaron a reproducirse las imágenes captadas desde la cámara instalada sobre la mesa de Black Jack. Y, joder, no fue fácil dar con la chica. Salvo un vistazo poco definido de su pelo rubio, pasaba casi desapercibida, como si supiera dónde estaba la cámara y tratara de no ser captada por ella.

—Ahí, Bobby, es la mujer que está detrás del vaquero, ¿la ves?

—Desde este ángulo es imposible, pero tal vez.... —Escuché cómo trasteaba con el teclado, centrando su atención en otro monitor.

—Sí, creo que desde este otro ángulo se puede ver mejor. —Revisé nuevamente el monitor, donde vi otra perspectiva diferente. Era de otra cámara, más alejada, que mostraba una imagen de la zona en la que se encuentra una mesa de dados, y al fondo, la mesa de Black Jack número cinco. Y la veo, es ella, ese culo es imposible pasar por alto—. Esa Bobby, la del trasero estupendo, pelo rubio y gafas.

—¿Estás seguro?

—Amplía la imagen. ¿Puedes pasar al momento en que casi llego hasta ellos? —La imagen avanzó y me vi caer al suelo de forma patética. Menos mal que no había una gran definición en la imagen—. Ahí, ¿lo tienes? ¿Ves cuando le pasa la mano por la espalda? Esa es su señal.

—¡Joder! ¿Cómo no lo habíamos visto antes?

—¡Mierda, Bobby! Porque estábamos buscando al fantasma, no a sus compinches. ¿Cómo íbamos a saber que no trabaja solo?

—Voy a trazar su perfil para rastrear sus movimientos en la sala de juegos.

—Revisa también las viejas grabaciones. Búscala a ella y le encontraremos a él, estoy seguro.

—Eso va a llevar muchísimo tiempo, Nick.

—Puedes hacerlo mañana, Bobby. Es que... lo hemos tenido tan cerca.

—Lo sé, pero ahora tenemos una pista nueva. Buen trabajo, Nick.

—No, Bobby, lo tuyo es un buen trabajo, lo mío ha sido un buen tropezón.

—Lo que tú digas.

—Sí. —El teléfono sonó en mi bolsillo y miré el identificador antes de contestar—: Lo siento, Fredo. Se me han complicado las cosas.

—Sí, bueno. ¿Te queda mucho? La chica de la barra empieza a mirarme como si fuera un patético perdedor.

—No, dame un par de minutos y estoy contigo.

—Justo lo que tardo en terminar esta cerveza. —Bueno, al menos Fredo me salía barato. No era de combinados y licores caros, él se contentaba con cervezas, pero, eso sí, era una maldita esponja con una gran tolerancia. Salí de la zona de seguridad y caminé por los pasillos del personal del hotel hasta llegar a la zona pública. Me encaminé hacia el bar y lo encontré sentado de espaldas a la barra, con la mirada perdida en la gente del otro lado.

—¿Me echaste de menos, cariño?

—Pues la verdad es que no, tenía bonitas vistas. —Me giré para ver de lo que hablaba y encontré un par de chicas sonriéndonos. Sí, era jodidamente rápido.

—¿Quieres que las invitemos al club del hotel?

—Seeee, y vete avisando de que necesitaremos al menos una habitación.

—Eres un puto presuntuoso —le acusé.

—Mírame, Ruso Negro, estoy muy bueno. —Sí, el cabrón se cuidaba, era lo que tenía entrenar conmigo. No es que pudiera competir en una jaula como yo (parecía tener alergia a que le golpeasen la cara), pero podía defenderse en una pelea.

Ruso Negro. Me gustaba ser ahora el encargado de mantener viva la leyenda del tío Viktor, el primer Ruso Negro. Antes le tocó a mi hermano Viktor, pero se retiró de las peleas hace tres años. Justo cuando empecé yo. No es que seamos como dos gotas de agua, ni que tengamos el mismo estilo de lucha, pero somos rusos y tenemos el pelo negro. Y si unes eso a nuestro apellido... Sí, tienes de nuevo al Ruso Negro.

—Buenas noches, señoritas. ¿Podemos invitarlas a una copa? —Las chicas sonrieron mientras nos comían con la mirada. Sí, Fredo era un tipo con suerte, y yo también. Me acerqué a la barra del bar y alcé la mano para que nos atendieran. La camarera apareció a nuestro lado, con una radiante sonrisa y un escote impactante. Podía ver el brillo en sus ojos; si lo de las chicas fallaba, no dormiría solo. Hicimos nuestro pedido y cuando se fue a por las bebidas miré su trasero. Era bonito, muy bonito, pero no era tan espectacular como el que había perdido antes. Incliné la cabeza para admirar la parte trasera de las dos chicas a mi lado y tampoco es que fueran tan perfectos. Sí, podían servir, pero... les faltaba... ser ese trasero. Pero, eh, soy de esos que a la hora de follar no hacen ascos a una chica bonita, aunque no tenga un trasero perfecto. Es mejor eso que tener que hacerme yo mismo el trabajo.

Llevamos a las chicas al club, donde, por ser el hijo del jefe, nos dieron el reservado VIP de la familia. Yuri pocas veces lo usaba, solo en alguna reunión de negocios. Andrey raramente lo hacía, a él le gustaba más bien otro tipo de ambiente, y Viktor... creo que Viktor iba a frecuentarlo mucho menos. Así que sacarle partido me iba a

corresponder a mí. Ay, qué cruz tenía que soportar por ser el joven, guapo y SOLTERO de la familia.

Capítulo 2

Nick

El grito de una sirena de policía me devolvió a la vida. Echar un polvo en una habitación de la primera planta tenía sus ventajas, como que el ruido de la calle siempre te llegaba y así no te puedes quedar dormido. Es lo que me pasa después de una noche de pelea y sexo, que acabo derrotado sin remedio. Miré hacia el otro lado de la cama. Había una chica allí, pero no recordaba con cuál de las dos me había quedado. Qué más da, el trabajo ya estaba hecho. Me levanté de la cama y caminé hasta el baño, eso sí, me acordé de recoger los preservativos antes de salir de la habitación. Conté dos. Bien, estaban todos. ¿Que por qué me los llevaba? Porque no quería que me ocurriera como a ese tenista, Boris Becker. Una noche de juerga y la tipa se lleva los preservativos. Unos meses después llegó al mundo un hijo que el padre no deseaba y que le costó más de cinco millones. Y no, no es que fuera un paranoico, es que pillé a una chica intentando hacer lo mismo. ¿Para qué cojones querría ella llevarse los preservativos usados y, sobre todo, meterlos en un pequeño recipiente con hielo seco que llevaba en su bolso? Desde eses día, me deshago personalmente de los preservativos por el retrete y me niego a acostarme con mujeres con bolsos grandes.

Tiré de la cadena después de mear y vi al agua arrastrar a mis pequeños hijos no nacidos. Adiós, chicos. Cuando el agua se detuvo, revisé que no se quedaba nada flotando. Bien, al menos eran unos buenos nadadores. Me volví a la habitación y recogí mi ropa con bastante ruido porque quería que se despertara. Si no lo conseguía, siempre me quedaba el socorrido zarandeo de hombro. Pero esa vez mis constantes prácticas habían dado su fruto.

—¿Qué hora es?

—Las tres de la mañana. Me tengo que ir.

—¿Esta no es tu habitación?

—No, pagué solo por esta noche. Puedes quedarte si quieres.

La chica asintió. No necesitaba explicarle más, había sido solo un poco de sexo consentido entre adultos, nada más. La vi mirándome fijamente, sopesando si decirme lo que estaba pensando o no. Por experiencia, era mejor que no lo dijese, aunque no soy de los que mienten. «¿Me llamarás?». Viktor me dijo que la mentira dolía durante más tiempo que la verdad, por eso pasé de un «puede», a un «no creo». Lo primero da falsas esperanzas, que luego se vuelven rabia y decepción cuando la llamada no llega. Lo segundo, duele en el primer momento, e incluso puede golpear su autoestima, pero duele durante algunos días menos. Así que, sencillamente, las miro, les dedico una sonrisa y que ellas se respondan a sí mismas. Con el tiempo, había perfeccionado esa sonrisa. No era ni demasiado alegre, ni demasiado cínica. Parecía algo casi indolente.

Menos mal que esta vez ella no preguntó y yo no me quedé esperando a que se armara de valor para hacer la pregunta. Salí de la habitación y caminé directo a las áreas de personal. A estas horas la repostería estaría saliendo recién hecha de los hornos y me moría por un buen par de croissants calentitos.

—Señor Vasiliev.

Miré a mi espalda y vi acercarse a uno de los chicos de seguridad del turno de noche. Llevaba algo dentro de una bolsa y me pregunté qué sería.

—Dime, Clarck.

Menos mal que llevaban su nombre en una chapa identificativa, si no, sería imposible conocerlos a todos. ¿Cuánto personal había en este puñetero edificio? ¿Cien personas? ¿Más? Le preguntaría a Bobby, él sabía todas estas cosas.

—Encontramos esto en uno de los baños de la planta baja. ¿Podría pertenecer a la mujer que busca?

Cogí la bolsa y estudié el contenido. Parecía ser una peluca rubia, de esas de mala calidad que se puede comprar en cualquier sitio. Eché mano de mi memoria. Sí, el color podría coincidir.

—Enviadla a la central de control. Quiero que la revisen.

—Sí, señor.

Seguí caminando hacia las cocinas, pero ya no pensaba en bollos franceses, sino en otro tipo de tentaciones.

Viktor

Cerré la puerta de la habitación con cuidado porque no quería despertar a Katia. Madrugar era algo que tenía que hacer, pero no la obligaría a hacerlo conmigo. Desde que habíamos vuelto de nuestra luna de miel, mi mujer se había convertido en una marmota. El doctor Pavel había dicho que era normal en el embarazo y yo confiaba en él, Katia confiaba en él. ¿Cómo no hacerlo? Me pareció agradable, y trataba a mi mujer con mucho cuidado. El que viniese muy recomendado también fue decisivo. Lo mejor para mis tesoros. Que tuviese cerca de 40 y que fuese guapo —según mi hermana—, no me había molestado, no. Katia y mi bebé estaban por encima de mis miedos irracionales. Mentira, seguía molestándome que otros hombres la miraran con deseo, pero confiaba en ella, y en lo que teníamos.

—¿De vuelta al trabajo? —Me giré para encontrarme con mi madre. Y aunque la quería con locura y estaba disfrutando de estar con ellos, estaba loco por mudarnos de una vez a nuestra nueva casa, nuestra casa.

—Pasaré por la oficina, sí. Pero también quiero ver cómo van las obras en la casa nueva.

—Katia me enseñó las fotos que tomó ayer. ¿Cuándo vais a ir a comprar los muebles?

—Sé que no puedo demorarlo mucho, pero ahora no tengo tiempo.

—Podemos ir solas, ¿sabes?

—Eso estaría genial. Pero ¿os importaría aplazarlo para mañana? Me gustaría encontrar a alguien más para que os acompañe.

—No hay problema. Siempre podemos hacer una selección previa por internet.

—Gracias, mamá. Cuida de mi chica.

—Sabes que lo haré.

Salí de allí tranquilo, porque mi madre cuidaría de mi mujer. Y porque mamá no era Lena. Miedo me daban ellas dos juntas con mi Katia. Pero tarde o temprano iba a ocurrir y tenía que estar preparado para ello. Primer paso, ver cómo habían ido las

cosas mientras no había estado por aquí. Segundo paso, encontrar refuerzos para el equipo de escoltas de Katia.

Boby

Aquel era de esos días en los que me gustaba mi trabajo. Controlar toda la seguridad del hotel y el casino, además de los otros negocios, era algo casi rutinario y monótono. Casi. Gracias al casino tenía un poco de emoción desde anoche. Con Bloom... Bueno, teníamos unas cuantas alarmas listas para saltar en cuanto se moviera, cosa que todavía no había hecho, pero estaba seguro de que no era bueno tanto silencio; algo tramaba la comadreja esa. Al boxeador ese que nos había dado tantos problemas también lo tenía controlado. Con lo de acondicionar la nueva casa del jefe había estado ocupado durante las últimas semanas, pero el trabajo ya estaba listo. También había preparado la lista de guardaespaldas femeninas para la mujer del jefe, como me pidió. Y estaba sonriendo porque tenía alguna sorpresa en ese dossier de candidatas. Todo estaba terminado y listo, así que retomar la cacería del Fantasma era el nuevo reto que necesitaba y, gracias a Nick, habíamos avanzado mucho.

Capítulo 3

Viktor

—Hola, Bobby. Ponme al día.

—Buenos días, jefe. Ahora estamos escarbando en las antiguas grabaciones del casino. Tenemos nuevas pistas del Fantasma y estoy trabajando con ellas.

—Bien, sabía que podías sacar algo de ahí.

—Fue Nick el que consiguió la nueva pista, sin él estaríamos casi estancados en el mismo sitio de siempre. El tipo es como un maldito puñado de arena. Siempre se nos escapa de las manos.

—Entonces no me meteré en ello, vosotros dos lo estáis haciendo bien. ¿Qué más tenemos?

—Bloom está inusualmente tranquilo y no creo que sea solo porque tiene otros asuntos entre manos.

—No, pero tratemos de no darle nada que lo ponga en alerta.

—A Bellami parece que se lo ha tragado la tierra. Hay rumores de que regresó a Miami, pero no están confirmados. Nadie lo ha visto y nadie sabe de él.

—Demasiado fácil que hubiese muerto.

—Eso pienso yo. Y aquí le he preparado un dossier con las diez candidatas más fiables para ocupar el puesto que quiere cubrir, jefe.

—¿Alguna sugerencia?

—Pues ahora que lo dice... Hay cierta exagente del FBI que está buscando trabajo. —La curiosidad es una debilidad contra la que no estoy vacunado, así que abrí el dossier con celeridad, hasta dar con el informe del que hablaba Bobby. Joder, Blake. La mujer estaba desesperada por encontrar trabajo, porque había dejado su currículum en una de nuestras empresas.

—¿La has investigado?

—Sí, está limpia, jefe. Rompió lazos con el FBI, e incluso descubrí que Bloom le está poniendo difícil el que la contraten. Y sé que ella lo sabe.

—Es un cabrón rencoroso, esa comadreja de Bloom.

—Sí, lo es.

—¿Puedes concertar una cita con ella para esta tarde?

—Veré lo que puedo hacer.

—Bien. Ahora tengo que irme, quiero terminar de acomodar mis cosas en la casa nueva.

—Tiene el encargo preparado en el almacén dos, jefe. Dos contenedores sellados con llave electrónica.

—¿Clave?

—La de su actor favorito, jefe.

—Te subiría el sueldo, pero sé que preferirías otra cosa.

—Ya se lo dije, jefe. ¿Puedo quedarme con el Fantasma cuando lo cacen?

—Es tuyo, yo mismo me encargaré de reclutarlo. Hasta le pondré un lacito si quieres.

- Es un trato, jefe.
- Tu céntrate en cazarlo.
- Cuente con ello, jefe.

Nick

Es bueno que Viktor tenga una ducha en su oficina, así amortizo mi tiempo. Tras levantarme y pegarme una carrera hasta el Crystals Mall, me di una ducha y ya estaba aseado y limpio en el centro de control.

—¿Tenemos algo, Bobby?

—Buenos días, Nick.

—¿Por qué a mi hermano Viktor lo llamas jefe y a mí me llamas Nick? Se supone que también soy tu jefe.

—Viktor paga mi cheque, tú no.

—También llamas jefe a mi padre.

—Es el jefe del jefe, jefe elevado al cuadrado.

—¿Y Andrey? A él también se lo llamas.

—Él puede hacer que no tenga problemas con la justicia por meterme en los sitios que me meto.

—Yo puedo romperte las piernas en menos de tres segundos.

—Y yo puedo hacer que la grúa se lleve tu coche, que rechacen tus tarjetas de crédito, que...

—Vale, vale, lo capto.

—Pero si atrapas al Fantasma, tendrás el privilegio de que también te llame jefe.

—Bueno, eso es trabajo en equipo.

—Ya, yo lo encuentro, pero tú tienes que cazarlo.

—¿Y cómo va nuestro rastreador?

—Pues tenías razón, cada vez que el Fantasma ha actuado, la chica ha aparecido en escena. Ella llega, se pasea por el lugar y luego se acerca a la mesa de juego. Poco después aparece él, se sienta y ella se queda detrás.

—Estuve pensando ayer, ¿y la persona que me derribó al suelo? Si no trabaja solo, podría tener un refuerzo para cubrirse las espaldas.

—Pensé eso mismo y lo investigué. Nada por ahí, el tipo vino con un grupo desde Nebraska para una despedida de soltero.

—Así que solo tenemos a esos dos: la chica y el Fantasma.

—He estado buscando coincidencias toda la mañana, he pasado tres programas diferentes de reconocimiento biométrico y solo han salido esas dos coincidencias.

—Bien, ya tenemos algo. Son dos, el Fantasma y el culo goloso. Ahora hay que encontrarlos.

—¿Culo goloso?

—Oh, hermano. Tú no has visto de cerca ese culo.

—No, pero lo he utilizado para dar con ella.

—¿Que has hecho qué?

—Ya sabes, igual que con la cara. Triangulas la forma y buscas coincidencias. Y sí, estoy de acuerdo contigo, tiene un trasero como pocos.

—¿Algún resultado con el sombrero y la peluca?

—No hay huellas viables en el sombrero. Es una pieza barata, de esas que puedes comprar en demasiados sitios. Con la peluca pasa lo mismo. Un par de dólares y puedes escoger entre varios colores.

—Pues vaya mierda.

—Lo sé. Pero no hemos perdido el tiempo.

—Porque...

—Porque ahora tenemos otra coincidencia que buscar. El Fantasma está claro que es un genio del disfraz, difícil de encasillar. No sé cómo lo hace, pero ni siquiera mi programa de reconocimiento ha conseguido una sola coincidencia entre ellos. Lo único que sé es que es hombre. Pero ahora podemos rastrear a la chica.

—Y en cuanto haya una coincidencia...

—La atraparás.

—Ahora solo hay que tener suerte y que ella pase delante de una de los cientos de cámaras con las que trabajamos.

—¿Recuerdas lo que te dije de las reformas del casino?

—Que sospechabas que se había infiltrado alguien, porque sabía dónde estaban instaladas las cámaras después de la remodelación.

—O que tal vez hacía un reconocimiento de la zona antes de dar el siguiente golpe.

—Así que solo tenemos que esperar que sea la segunda opción. El fallo es que no tenemos ninguna reforma prevista.

—Ahí te equivocas.

—Ilumíname.

—La timba de póker.

—Solo se va a instalar seguridad en la sala de juego y en los accesos.

—Ya, pero eso nuestro Fantasma no lo sabe. Y... como revisaremos todas las cámaras para que estén totalmente funcionales...

—El Fantasma se verá forzado a hacer una nueva toma de contacto.

—Exacto.

—Creo que voy a tener que hablar con los de Ubisoft, mereces que la próxima presentación de Assassin's Creed se haga en nuestro hotel.

—¿En serio?

—Tengo un par de contactos que puedo utilizar.

—¡Dios! Me harías el hombre más feliz sobre la faz de la tierra.

—¿Eso se merece que me llames jefe?

—Solo tienes dos años más que yo y aún no has conseguido ni al Fantasma, ni a los de Assassin's Creed.

—Ok, ok. Pongámonos a trabajar.

Sabía que con ese juego lo tenía en el bote. No me costó descubrir que era un fan a ultranza del Assassin's Creed y era una baza que estaba guardando para utilizar en el momento apropiado. Tal vez ese momento había llegado, porque el tipo estaba demostrando que merecía el premio. Motivar, desafiar y premiar, eran las mejores maneras de conseguir que Bobby rindiera al 200 %. Y yo lo quería porque deseaba atrapar al Fantasma y al culo goloso.

Capítulo 4

Viktor

—Buenas tardes, señorita Blake. —Sé que entrenan a los agentes del FBI para que no muestren emociones, pero esa vez no le sirvió de nada. La sorpresa estaba grabada en todo su rostro y eso me encantó.

—Señor Vasiliev, es una sorpresa.

—¿Mi asistente no le avisó con quién era la entrevista?

—Parece ser que, convenientemente, omitió esa información. —Empezó a levantarse, incluso antes de que mi trasero estuviese bien asentado en el sillón.

—¿A dónde va?

—No estoy tan desesperada como para aguantar una farsa de entrevista, señor Vasiliev.

—Yo no suelo perder el tiempo, señorita Blake. ¿Qué le hace pensar que esta entrevista no es algo serio?

—Oh, vamos. He trabajado en el equipo que lo ha estado persiguiendo los dos últimos años. Soy el enemigo, señor Vasiliev. Y usted, menos que nadie, no trabajaría con el enemigo.

—Una pregunta, señorita Blake. En todo este tiempo, ¿ha encontrado algo con lo que acusarme de algún delito?

—No hay pruebas concluyentes.

—Le diré por qué, señorita Blake. Sí, mi familia tuvo unos oscuros comienzos allá por los años cincuenta y sesenta. Tenemos una fama de la que reconozco nos hemos servido más de una vez y de la que nos conviene seguir disfrutando porque, señorita Blake, el mundo de los negocios es más duro de lo que parece, y uno no triunfa siendo un blando. Pero a diferencia de muchas empresas con éxito y dividendos millonarios, que han llevado sus trapos sucios al extranjero para que nadie pueda verlos o esconden sus infracciones debajo de abogados y políticos corruptos, nosotros, señorita Blake, acatamos la ley, pagamos nuestros impuestos y a cambio pedimos fidelidad y respeto. ¿Que a veces somos un poco duros? Sí, lo reconozco, pero en el mundo en que nos movemos hay que serlo. Si alguien amenaza a nuestra familia, les dejamos bien claro que pueden quemarse y hacemos todo lo posible por que eso ocurra.

—Lo que me está diciendo, ¿tiene alguna relación con el incidente del hotel?

—Es una chica rápida, señorita Blake. Ya vio lo que ese cabrón intentó hacerle a mi mujer y, aun así, está libre.

—A mí tampoco me parece justo, señor Vasiliev.

—Justo o no, nosotros no andamos matando gente a diestro y siniestro, pero nadie me impide que ponga los medios para evitar que ese cabrón vuelva a llegar a mi mujer. Quiero que aquellos que amo estén protegidos, porque en este mundo hay muchos que quieren dañarnos, llámense Rocky Bellami, Bloom o simples desconocidos que quieren conseguir una manera fácil de obtener dinero con un secuestro. Hay muchas amenazas y quiero mantener a los míos lejos de ellas.

—¿Por eso me quiere a mí? ¿Para eliminar esas amenazas?

—La quiero a usted porque sé que puede evitar que esas amenazas lleguen a hacer daño a mi familia. Mi mujer la estará siempre agradecida, yo le estaré siempre agradecido, y me gustaría que, si algo parecido llegara a ocurrir de nuevo, fuera usted quien estuviese entre el peligro y mi mujer y mis hijos.

—¿Quiere que proteja a su mujer?

—Entiéndame, señorita Blake, por garantizar la mejor protección de mi esposa, estoy dispuesto a trabajar con el enemigo, como usted ha dicho.

—Si usted puede aceptar que nunca haré nada ilegal y que si veo algo que lo sea lo denunciaré, entonces no tengo ningún problema en aceptar el trabajo.

—No verá nada ilegal, porque no lo hay, y si cree verlo, le ruego me lo notifique, porque adoptaré las medidas necesarias para erradicarlo. Solo le pido que me deje actuar a mi primero, porque soy el primer interesado en eliminarlo de la vida de mi familia.

—Eso puedo hacerlo.

—Entonces creo que tiene el trabajo, señorita Blake. ¿Estaría dispuesta a empezar mañana?

—No tengo ningún problema.

—Bien, le diré a Bobby que le entregue el formulario y el material que necesite. Como sabe, trabajamos como agencia de seguridad de varios locales, oficinas y recintos, así que espero que cubramos todas sus necesidades. Pero si nota algo en falta, no dude en solicitarlo. Esto no es el FBI, aquí no recurrimos a formularios para pedir un triste chaleco antibalas. Si usted lo necesita, se lo notifica a nuestro responsable de material y él se lo entrega.

—Bien, eso siempre se agradece.

—Entonces, creo que eso es todo. La veré mañana a las ocho en la residencia de mis padres, sé que sabe dónde está.

Nick

Cuando leí el mensaje de Bobby, solté un grito de triunfo. Menos mal que estaba rodeado de tipos sudorosos y gritones, demasiado centrados en lo suyo como para notar que gritaba por otra cosa que no fuera alcanzar los veinte kilómetros en menos de una hora. Ese «tengo algo» me alegró el puñetero día.

Cuando llegué a la central del Crystals, encontré a un Bobby pletórico.

—Cuéntame.

—Tengo tu culo.

—¿Eh?

—Mira. —Me acercó hasta una pantalla donde se veía una grabación de seguridad que enfocaba una de las entradas de personal. El reloj marcaba las diez de la mañana. La gente se movía con normalidad mientras el programa de Bobby trazaba incontables líneas verdes sobre todos los cuerpos y rostros. Era como ver a un niño dibujando sobre una fotografía, solo que la fotografía estaba en movimiento y los trazos del niño eran líneas rectísimas—. Aquí. —El programa había encontrado una coincidencia, supuse, porque las líneas verdes se volvieron rojas y la figura apareció sombreada, destacándola de un color más intenso.

—¿Es ella?

—Digamos que hay un 99,8 % de probabilidades de que ese sea tu culo goloso.

—¿Qué tendría que hacer para conseguir el 100 %?

—Quitarle ese pantalón holgado. —Sonreí. ¿Cómo no iba a sonreír? Si ese era mi culo goloso, estaría encantado de desnudarlo.

—¿Sabemos quién es? —Miré el rostro ladeado de la chica, intentando buscar algo que pudiese decirme que realmente era ella, pero era difícil, sobre todo por la distancia y la inclinación de su cara. Pero, ah, maravillas de la tecnología, una ficha apareció en la pantalla junto a ella. Y sí, aquella imagen a color era mucho más esclarecedora. No se parecía mucho a la chica de la mesa cinco. La foto era la de una joven de cabello oscuro, con el pelo tirante recogido en algún tipo de moño, su cara sin rastro alguno de maquillaje y totalmente carente de emoción. Pero algo podía decir, sus labios sí tenían la forma que recordaba.

—Rosa Espinosa, una camarera de planta. Lleva cuatro años haciendo las habitaciones del hotel. Y sí, ya descubrí lo de su apellido.

—¿Apellido?

—Rosa Espinosa... Es español, significa que tiene espinas, una rosa con espinas.

—Dos caras sí que tiene, lo de las espinas, habrá que comprobarlo. ¿Dijiste cuatro años?

—Sí.

—El Fantasma lleva operando seis, supongo que cambiaría de compinche.

—Solo hay una manera de averiguarlo.

—¿Vas a interrogarla o le ponemos un ojo encima?

—Llamaré a Viktor, necesitamos a uno de sus hombres.

—¿No confías en mí? Puedo sacar toda la información que necesitas de la red.

—Toda no, Bobby y la que necesitamos probablemente no esté allí. Aun así, sorpréndeme.

—Sabía que dirías eso. Bien.... —Una serie de documentos y datos aparecieron en una tercera pantalla. No estaba mal esto de tener una central de control con más de treinta pantallas, diez de ellas formando enormes paneles en la pared—. Rosa Espinosa, nacida en EE. UU. hace veinticuatro años. Estudió en la Atlantic City High School, pero no terminó sus estudios. Desapareció del mapa con dieciséis años, hasta que hizo las pruebas de acceso a la universidad dos años después. Ha ido sacando poco a poco una titulación en Sistemas de Gestión de la Información, aquí en la Universidad de Nevada, en la Lee Business School, pero todavía le faltan un par de firmas para terminarla. Se sacó el carnet de conducir con diecinueve y lo hizo también aquí, en Las Vegas.

Miré fijamente toda la información en las pantallas. Había una historia en todo aquello, lo presentía. Soy bueno con los números, pero no tanto analizando información, ahí me quedaba en la zona de normal. Aun así, algo me decía que era muy extraño que alguien se mudara a la otra punta del país.

—Envíame la información por correo. Quiero saber más, Bobby. Su familia, su novio, su perro si lo tiene. Dónde hace sus compras y qué compra. Qué coche tiene, cada cuánto lo lava. Lo quiero todo, Bobby.

—¿Nadie te ha dicho que eres igual de mandón que tu hermano?

—Somos Vasiliev, Bobby. Ser mandones viene de familia.

—Ya, lo suponía. Me pondré a ello.

—Y yo le diré a Viktor que necesito a Sam un par de días.

—Sí, porque quieres saber cuántos pedos se tira antes de cagar.

—Exacto. —Reí ante la broma de Bobby, porque ambos sabíamos que esa era la frase favorita de Viktor cuando le ordenaba a alguien investigar la vida de otra persona.

Capítulo 5

Viktor

—Así que has contratado a la agente del FBI. —Alcé la vista de los documentos que estaba revisando, para encontrarme con la figura impassible de mi hermano Andrey apoyada en el marco de la puerta. No es que no me encantara que fuese directo al grano, pero un «buenos días» no estaba de más.

—Sí, lo hice.

—¿Vas a explicarme por qué metes al enemigo en tu casa? —Lo vi caminar hasta que se acomodó en la silla frente a mí.

—Primero, porque Blake es excelente en su trabajo y, segundo, por una simple cuestión de estrategia.

—¿Estrategia?

—De cara al FBI, tener a uno de los suyos trabajando para mí es una forma de mostrarles que no tengo nada que ocultar; les da una, digamos, falsa sensación de seguridad. Para los que están en el otro lado, al ver que tengo al FBI en nómina, creerán que tengo los suficientes contactos, y en los sitios adecuados, como para hacer de sus vidas un infierno.

—Visto así, tiene su lógica.

—¿Cuándo te he decepcionado yo?

—¿Empiezo a hablar?

—Te reto. —Andrey esbozó una sonrisa, pero enseguida se volvió a poner serio.

—¿Confías en la chica?

—En este momento su trabajo es tan legal como puede serlo y está tan lejos de la zona oscura que nunca llegará a saber ni que existe.

—Bien, pero no te he preguntado eso.

—Lo sé. Tengo su perfil por si quieres verlo en este momento. Si quieres un resumen, te diré que le caemos mucho mejor que Bloom.

—Eso no es suficiente, Viktor. La chica juró hacer cumplir la ley, eso no se elimina de la cabeza de una persona como si fueran piojos.

—Voy a darle el margen de la duda, porque se descubrió para proteger a Katia.

—¿Y quién dice que no era parte del plan?

—Según su perfil, tiene un genio fuerte, no es de las que aceptan que las pisoteen con facilidad. Y por lo que sabemos, Bloom lo ha hecho al menos una vez.

—Voy a conseguir todo lo que haya sobre ella, sobre Bloom y sobre Bellami en el FBI y cuando lo haga, trazaremos un buen plan. Quiero sacarme a Bloom de encima de una puñetera vez, acabar con Bellami de forma definitiva, y arrastraré a quien sea para hacerlo.

—Esa también era mi idea. Blake puede convertirse en un arma en nuestras manos, podemos utilizarla como ha estado haciendo Bloom, solo que esta vez haremos que sea beneficioso para nosotros.

—Vamos a hacerlo bien, Viktor.

—Nadie tiene más ganas que yo, Andrey. —Asintió y empezó a levantarse. Antes

de irse por la puerta, se giró para decirme unas últimas palabras—: ¿Lo de Miami fue bien?

—Puedo decir que sí, hermano. —Asintió de nuevo y desapareció. Viniendo de Andrey, eso quería decir que confiaba en mi trabajo. Lo hablamos con el resto de la familia, íbamos a trabajar para mejorar la vida de Danny y habíamos preparado un plan a tal efecto, porque podíamos y porque queríamos, así de simple. Y con respecto a Bellami, esta vez iba a machacarlo tan duro que no volvería a ver la luz del día. La vez anterior tuve la deferencia de golpearlo para que se alejara de Katia, para que supiera que alguien más fuerte que él iba a protegerla. Pero subestimé la mente desequilibrada del cabrón. Estaba demasiado enfermo como para ser racional o tener miedo. Así que sería yo quien se encargaría de ponerlo en el lugar que le correspondía.

Nick

—¿Lo tienes? —Por unos segundos aparté la vista de la pantalla frente a mí. Sam acababa de llegar a mi derecha con una carpeta entre manos. Estaba tan impaciente por abrirla como pendiente de la imagen que tenía frente a mí. Nunca un pasillo de hotel fue antes tan interesante. ¿Por qué? Porque en él veía el carrito de limpieza de las camareras de piso y a las dos mujeres que realizaban su trabajo habitación por habitación. La mujer de color de unos cincuenta años no me interesaba, pero la latina de veinticuatro sí. Era asombroso como un anodino uniforme de limpiadora podía ocultar aquel cuerpo. Yo sabía que había un trasero muy goloso debajo de aquella ropa, sabía que había un buen par de pechos y sabía que tenía unas piernas que se veían preciosas con tacones y falda corta. Aquella chica se escondía detrás de su ropa, y también sabía por qué: era un puñetero camaleón, como el Fantasma. Nada mejor que camuflarte con tu entorno para pasar desapercibido. Mejor dicho: para no destacar, porque el otro día, cuando mis ojos toparon por primera vez con ese trasero, ella no desentonaba, era una chica sexy como muchas de las que había por allí.

—No he tenido tiempo de preparar un informe formal, pero he traído fotos.

—Cuéntame, ¿qué tienes?

—Ese es el caso, hay muy poco de ella. Al contrario de la gente joven de ahora, no está metida en ninguna red social. Ni Facebook, ni Instagram, ni Twitter, y así con todo.

—No expone su vida en la red. Entendido.

—Vive sola, sin mascotas. Salvo por el trabajo y las clases nocturnas, hace poca vida social. No compra demasiado, solo lo necesario para la semana. En el vecindario pasa casi desapercibida, pero tiene buena relación con sus vecinas de piso. Vive en un bloque de apartamentos algo viejo, pero muy activo, sobre todo con parejas jóvenes en su primera vivienda, y algún jubilado solitario. No pone la TV alta, no grita: es una joya de vecina.

—¿Amigos?

—Su vecina de la puerta de enfrente, una mujer mayor de unos setenta, y puede que otra limpiadora de aquí del hotel que es un par de años mayor que ella.

—¿Chicos?

—Un par de chicos de la universidad, con los que se reúne para tomar algún café e intercambiar notas. Uno de ellos creo que está coladito, pero ella no está muy por la labor.

—¿Cómo sabes eso?

—Por la cara de perro apaleado con la que la mira, y que ella aparta la mirada cuando a él se le ponen los ojos tiernos.

—No se te escapa una.

—Soy bueno en mi trabajo.

—Lo sabemos.

—Si no necesitas más de mí...

—¿Todavía sigues trabajando con lo del Cowboy?

—Poca cosa, pero te seguiré poniendo al día. Lo último que sé de él te lo envié al correo la semana pasada.

—De acuerdo. Por mi parte puedes volver a tu puesto de niñera. —Sam sonrió y salió de la sala. No, no le ofendía que le dijera que era la niñera de Katia. ¡Joder! Si no estuviese pillada por mi hermano, a mí tampoco me importaría ser su niñera.

—Nick, creo que he encontrado algo. —Miré a Bobby, pero en vez de estar sonriendo como un gato que ha atrapado a un ratón, parecía preocupado.

—¿De qué se trata?

—Encontré una vieja foto de Rosa Espinosa, un concurso de baile cuando tenía doce años. Era una de las participantes, pero no destacó. Hubiese pasado desapercibida, pero sale en una foto de grupo de una de las compañeras que sí obtuvo un buen puesto.

—Deja de dar vueltas. Ve al grano.

—Esta Rosa Espinosa, no es nuestra Rosa Espinosa.

—¿Qué quieres decir?

—Que la Rosa Espinosa de doce años, no es la Rosa Espinosa de veinticuatro.

—¿Estás completamente seguro?

—He pasado el reconocimiento facial, he hecho simulaciones de envejecimiento, incluso he escaneado la forma de sus manos, y no encajan. Estas dos Rosas son personas diferentes.

—No me gusta. Tenemos que averiguar qué demonios pasa ahí.

—Estoy en ello.

Aquello tenía toda la pinta de ser una suplantación de identidad, pero las preguntas eran «¿por qué?» y «¿para qué?». Debía tener esas respuestas. ¿Le había buscado el Fantasma una nueva identidad a su cómplice o no sabía que era una impostora? Si era lo último, tendría algo con lo que presionar a la chica y llegar hasta el fantasma.

Capítulo 6

Nick

Caminé deprisa hacia la sala del control del Crystals. Cuando recibí el mensaje de Bobby, estaba en el gimnasio entrenando con Fredo. Sí, no era un buen momento, pero Fredo entendía que mi trabajo es lo primero y, aunque nunca pudiera entrar a la sala de control, conocía lo suficiente como para saber que yo era un Vasiliev y que eso conlleva muchas obligaciones.. Como decía Andrey, solo la familia sabe lo que ocurre en nuestra familia, y por mucho que confiara en Fredo, él no lo era. Bobby era algo diferente, al fin y al cabo, era el que trabajaba con todos nuestros asuntos, o casi todos. El que mantenía la legalidad, pero que no se molestaba en saltarse algunas normas para que hiciéramos nuestro trabajo. Creo que el riesgo lo estimulaba. Era un hacker por principios, le encantaba colarse en lugares donde no debía estar y le apasionaban los retos.

—Dime que la tienes.

—Sí.

—¿Quién es?

—Sara Salcedo. Según su partida de nacimiento, nació en Atlantic City un año más tarde que Rosa. Según los registros, vivieron en el mismo barrio hasta que el padre de Rosa se mudó a otro lugar cuando Rosa cumplió los diecisiete. Y ahí viene lo extraño, Rosa no se registró en ningún otro colegio, desapareció, hasta que año y medio después, reapareció en Las Vegas, para solicitar un permiso de conducir. El resto ya lo sabes.

—Resumiendo. Sara tomó prestada la identidad de una antigua vecina, que por alguna razón desapareció. ¿Está en personas desaparecidas?

—No hay registros de ello.

—Tiene que haber algo, en alguna parte. De todas maneras, de momento tengo suficiente con lo que sabemos.

—¿Vas a interrogarla?

—Voy a hacer que cante todo lo que sabe.

—No seas muy duro.

—No nos meteré en problemas, si es lo que temes.

—Yo se lo pediría a Andrey.

—¿Andrey? Esto no es un juicio.

—No, pero sabe cómo poner esa amenaza «legal» a todo.

Asentí con la cabeza, mientras me iba de allí. Sí, Andrey sería un excelente interrogador, sobre todo porque podía amenazarla con entregarla a las autoridades por el delito de usurpación de identidad y adornarlo con unas cuantas infracciones más. Nadie mejor que alguien que conocía la ley para sacarle ese tipo de partido.

Sara

Salí del hotel camino de casa. No es que apreciara mucho el olor a desinfectante,

pero era lo que ocurría cuando te tocaba limpiar los baños. Aun así, tenía que hacerlo si quería recibir mi sueldo, aunque me dejara la nariz inservible el resto del día.

Me detuve en la parada del autobús, que extrañamente estaba vacía. Eso solo podía ser una mala noticia: había perdido mi enlace. Estaba a punto de sentarme en el banco a esperar, cuando una furgoneta se paró frente a mí, la puerta lateral se abrió y un par de hombres enmascarados me saltaron encima. No tuve tiempo de correr, ninguna posibilidad de huir, ni de gritar. Antes de que pudiese darle una buena patada a uno de ellos, la oscuridad me tragó.

Boby

A veces, ser tan bueno es un asco. Escarbar en la red tiene sus recompensas, pero esta...

Rosa Espinosa desapareció en México. Fue vista por última vez dejando El Paso, en dirección a Chihuahua. El Paso estaba demasiado cerca de Ciudad Juárez como para tener esperanzas. Dieciséis años, joven y atractiva. A veces que se te den bien las estadísticas es una mierda, porque sabía hacia dónde iban los números. En fin, por la Rosa Espinosa original no podría hacer nada, pero la nueva... ¿Qué hacía que una chica de origen hispano tomara la identidad de otra? Ambas tenían nacionalidad americana, Sara un año más joven y con mejores notas escolares. Demasiadas buenas notas... ¿Habría algo ahí? De niña tenía unas perspectivas alentadoras, pero ahora parecía que se limitaba a no destacar demasiado, incluso con sus calificaciones. Sí, seguían siendo buenas, pero no de las mejores de su clase.

Una alarma de rastreo empezó a parpadear en mi monitor. Puede que el gobierno tuviese algo parecido, pero me sentía orgulloso de haberlo perfeccionado. Mi sistema ponía muchas trabas para que las autoridades encontraran algo de los Vasiliev. Pero esta vez la alarma me decía que había alguien más rastreando la red en busca de Sara Salcedo, alguien de la zona este, alguien que tampoco tenía escrúpulos en hacer cosas ilegales para conseguir su objetivo y eso no era bueno, nada bueno. Cogí mi teléfono e hice la llamada.

—Nick, no somos los únicos que quieren atrapar a este conejo.

—¿Sabes quiénes son?

—Alguien que está muy interesado en encontrarla, y a quien Sara tiene miedo.

—Ok, eso me servirá también. Buen trabajo, Boby.

—Nick, procura no hacerla mucho daño. Algo me dice que ya ha tenido suficiente.

—No puedo prometer nada.

No, los Vasiliev eran duros, implacables, pero, al menos, esperaba que Nick me escuchara esta vez.

Sara

Sentí dolor en los hombros, algo... algo me está apretando las muñecas y me obliga a tener los brazos hacia atrás. No tenía que preguntar nada más, sabía quiénes eran y sabía por qué estaba allí. Al final me habían encontrado y, por primera vez, ya no tenía que preocuparme por esconderme, porque me tenían.

—Hola Sara. —Sí, eran ellos. Me tenían y cumplirían su amenaza—. ¿O prefieres que te llame Rosa? Al fin y al cabo, es el nombre que has estado utilizando hasta

ahora.

—¿Eso importa? —Alcé la mirada, el hombre que veía me resultaba familiar, demasiado familiar, pero no era ninguno de los que recordaba de Atlantic City. ¿Sería alguien que había visto recientemente? ¿Alguien que me seguía el rastro? Llevaba un traje caro, igual que sus zapatos, y sus ojos eran fríos como el hielo. El cabrón tenía que ser muy bueno, y de los caros por sus servicios. Tenía que haber seguido moviéndome. Creí que Las Vegas era lo suficientemente grande para esconderme, pero me equivoqué. ¿O tal vez el error fue inscribirme en la universidad? Qué más da eso ahora, ya no servía de nada. O tal vez sí, porque escaparía tan pronto como encontrara la manera de hacerlo.

—Aunque sea un tópico, me gustaría saber cómo me encontraste.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Curiosidad.

—Yo creo que quieres saberlo para no volver a cometer el mismo error. Tienes esperanzas de volver a escapar. —Sonreí sin ganas, el tipo era bueno. ¡Joder, sí que lo era! Sabía lo que había en mi cabeza y eso no era bueno. Pero tampoco iba a ponérselo fácil. Miré a mí alrededor. Estaba en una habitación grande, de techos altos, y había mucho polvo en el suelo de cemento. Un potente foco me apuntaba directamente dejando al resto de personas ocultas a mi vista, pero sabía que había alguien más.

—¿Y ahora?

—Eso depende de ti.

—Creo que tengo pocas opciones.

—Muy pocas, cierto. Pero aún tienes algo con lo que negociar.

—Lo sé.

—Bien. Entonces danos el nombre y, cuando lo tengamos, podrás irte. Solo eso. —
¿El nombre? ¿Qué...? ¿No venían a por mí? ¿No eran los hombres de Mike? Entonces... quizás no todo estaba perdido.

—¿El nombre de quién?

—Del tipo con el que trabajas, el que ha burlado la seguridad de las mesas de juego. —Y así, mis esperanzas se fueron de nuevo a la mierda. Pero aún podía pelear.

—¿Qué tipo?

—Al que diste la señal de desaparecer cuando viste que os habían descubierto.

—No sé... —Otro hombre, más joven y con ropa más informal, salió de las sombras, dirigiéndose directamente hacia mí. Cuando estuvo lo suficientemente cerca lo identifiqué, sabía quién era: el pequeño de los Vasiliev. Él y su padre eran los que se ocupaban del hotel y del casino y, precisamente, a él era al que había visto en el suelo cuando casi nos atrapan.

—Yo no tengo su paciencia, Sarita. Danos al tipo y te dejaremos en paz. Sigue haciéndote la ingenua testaruda y perder tu trabajo será el menor de tus problemas. Estarás en todas las listas negras de todos los casinos, en todos los lugares en los que buscarás trabajo, avisaremos a las autoridades y les llegará tu usurpación de identidad. Es más, puede que te lleve yo mismo a la comisaría y así nos ahorramos el resto del asunto. —Sopesé su amenaza, solo un segundo, porque sus ojos me decían que no iba a flaquear. Estaba decidido a encontrar al cerebro de toda la operación y yo ya

estaba en su punto de mira. O se lo daba, o acabarían llegando a todos y cada uno de los implicados en ella. Y yo ya había perdido a demasiada gente, no podía perder a más, no por mi culpa.

—Si se lo digo, ¿prometen que nadie sufrirá ningún daño?

—No vamos a matar ni a torturar a nadie, Sara. Tan solo queremos hablar con esa persona, queremos conocer sus métodos y registrar su cara para evitar que vuelva a actuar en nuestro casino. No nos gusta ni que nos roben ni que nos engañen, Sara.

—Soy yo.

—¿Qué?

—A quien buscan, es a mí. —El tipo del traje se acercó más a mí para taladrarme con sus ojos azules.

—No es necesario que te sacrifiques por él, sabemos que tú solo has estado trabajando en el hotel-casino durante cuatro años, el Fantasma lleva operando aquí desde hace seis.

—No estoy sacrificándome. Su fantasma soy yo. —Vi la incredulidad en sus caras, como siempre ocurría, por eso había conseguido llegar lejos, porque nadie sospechaba de mí.

—Demuéstralo. —El hombre joven me miró de esa manera que podía hacer explotar un neumático, y un escalofrío me recorrió la espalda.

—Soy contadora de cartas.

—Conocemos a los contadores de cartas y no es lo que estamos buscando. El Fantasma utiliza una serie de algoritmos difíciles de rastrear. Buscamos a alguien que...

—Que ajuste el algoritmo a medida que las variables cambian. Su fantasma se adapta, adapta el sistema de apuestas, adapta su juego para que no puedan descubrirlo. —Los dos me empezaron a mirar como si vieran una cebra con rayas rojas. Y no les culpaba, porque ese había sido mi objetivo desde el principio.

—Puedes habérselo oído decir al Fantasma.

—Pónganme a prueba.

—Lo haremos, pequeña. No te quepa duda.

Capítulo 7

Nick

—Convéncenos, Sara. La chica tenía agallas. Decir que ella era el Fantasma alejaba la atención del hombre de la mesa. Pero no éramos tontos, una cosa era jugar al Black Jack y otra muy distinta hacerlo con los resultados del Fantasma. Así que preparamos una mesa en uno de los salones privados y le pusimos encima una de las cámaras de Bobby. Su programa se encargaría de decir si mentía o no. Tenía el auricular en el oído mientras Bobby daba la orden de inicio. La crupier empezó a trabajar con las cartas, mientras repartía entre Andrey, Sara y yo. Sí, el Fantasma solía trabajar con más jugadores y eso le beneficiaba, porque había más cartas descubiertas sobre la mesa. Ahora se iba a enterar esa listilla. Por mucho que veas a alguien jugar al Black Jack, no... ¡Joder! Dieciséis minutos y la chica nos había dejado sin blanca. No era buena, era espectacular.

—¡Joder! Nick, quiero sus fórmulas. Mándamela para la central, ¡ya! —Sí, mierda. Yo no era el único sorprendido, Bobby estaba como loco al otro lado de la línea. La chica no solo tenía un trasero goloso, sino un cerebro sorprendente.

Miré a Andrey, que era el único que mantenía el rostro inexpresivo, pero sus ojos me dijeron más que ninguna palabra.

—De acuerdo, Sara. Eres el Fantasma.

—Ahora, ¿qué van a hacer conmigo?

—Queremos tus fórmulas.

—¿Solo eso?

—Nuestro programa se encargará de registrarlas y rastrearlas, así nunca más podrán servirte de mucho en nuestro casino.

—Nunca dejarán que me vaya.

—¿Por qué dices eso?

—Porque siempre empiezan así, primero las fórmulas, luego que haga nuevas para otros juegos, luego quieren que sea su jugador... Nunca tendrán suficiente, seré su esclava.

—Nosotros no trabajamos de esa manera.

—Todos son iguales, solo ven la manera de sacar más dinero. —¿Con quién demonios había topado esta chica?

—Vamos a hacer un trato, Sara, y lo pondremos por escrito, como un contrato, si quieres. Normalmente nuestra palabra es suficiente, pero lo haremos por ti.

—¿Las fórmulas y ya está? ¿Podré irme?

Me incliné hacia delante e hice un gesto a la crupier para que abandonara la sala. El resto de personal la siguió. Cuando estuvimos solos en la sala, me centré en Sara. Estaba asustada, pero aguantaba el tipo como toda una valiente.

—Sabes que los casinos tienen una sala de control de apuestas, ¿verdad?

—¿Dónde monitorean a todos los jugadores y sus apuestas?

—Sí, algo así.

—Sé que vigilan a los jugadores, sus apuestas, sus ganancias, sus pérdidas, sé que

tienen un límite que activa una alarma al ser rebasado.

—También buscamos patrones de juego, buscamos contadores de cartas, como llamamos a los que son como tú.

—Y aun así han tardado seis años en encontrarme.

—Sabíamos que estabas ahí, pero has sabido camuflarte muy bien. Lo tenías todo bien estudiado, las variaciones en las fórmulas, jugar con las ganancias y pérdidas, poner a otro al frente del juego, mientras tú estabas escondida... He de reconocer que nos lo has puesto muy difícil.

—Pero al final me atraparon.

—Sí, juego, set y partido para nosotros. La competición terminó, pero todavía puedes seguir jugando.

—Quieren que juegue para ustedes.

—No de la forma que piensas.

—¿Cómo entonces?

—Hay hackers informáticos que trabajan para el gobierno, para atrapar a otros hackers. Tú podrías hacer algo parecido.

—¿Quieren que les ayude a atrapar a otros contadores de cartas?

—Nos gustaría que trabajaras en la central de control para nosotros, sí. Aunque tu trabajo sería algo más diverso que solo atrapar a tramposos.

—¿Qué tendría que hacer?

—Si te soy sincero, no tengo mucha idea, pero nuestro director de seguridad puede explicártelo mejor. Estaría encantado de que trabajaras con él.

—¿Con un contrato laboral y un salario?

—Seguro médico, vacaciones. Puedes considerarlo como un ascenso laboral. —Los ojos de Sara estaban tan abiertos, que pude ver el castaño sobresalir sobre el blanco.

—Y... ¿Y no tendría que hacer nada más?

—Bueno, hay un contrato de confidencialidad y flexibilidad laboral que tendrías que firmar, pero va sujeto a un considerable aumento salarial y una tabla de incentivos.

—¿Confidencialidad y flexibilidad laboral?

—Las Vegas es una ciudad muy competitiva, Sara. La información es poder y nosotros somos muy cuidadosos con nuestras cosas.

—¿Nada ilegal?

—Bueno, esa línea es muy fina en Las Vegas, no puedo prometerte que no la pisemos alguna que otra vez. Todo depende de contra quién nos enfrentemos. No somos la policía. No nos regimos por sus reglas.

—Sí, ya lo he visto.

—Entonces no tengo que explicarte mucho más.

—No, creo que no es necesario.

—Bien. De momento te dejaremos que lo pienses con la almohada, pero disculpa si no dejamos que lo hagas en tu casa. Estarás, llamémoslo «bajo vigilancia» mientras comprobamos las fórmulas que nos vas a facilitar. Después podrás irte y seguir meditando, o simplemente aceptar. Tú decides. —Ella asintió y yo me recliné sobre la silla. Sí, había días en los que me sentía tan grande como Elvis.

Sara

—Cualquier cosa que necesites, solo tienes que pedirla. Habrá alguien en la puerta.
—Sí, genial. Les doy un par de fórmulas y de premio me encierran en una habitación del hotel. Al menos tenía bonitas vistas. En fin, ya que no iba a ir a ningún sitio, era tontería luchar contra ello. Aprendí hace tiempo, que nadar a contracorriente solo consigue retrasar que te arrastre, pero no lo evita, sobre todo cuando el río es tan grande como el de estos tipos. Vasiliev. Tenía que haber hecho más caso a los que decían que no se jugaba con esa familia. Pero cuando necesitaba el dinero, tenía que recurrir a lo más fiable y sangrar a varios casinos, sin llamar demasiado la atención en ninguno de ellos, era la mejor opción. Muchos poco, era más seguro que pocos mucho. Pero estaba visto que había subestimado sus medidas de seguridad.

Caminé hacia el baño, abrí el grifo de la ducha y me quité la ropa mientras se calentaba el agua. Una larga ducha y luego a descansar. No podía hacer nada más, salvo dormir y pensar en su propuesta. ¿Sorprendida? Sí, para qué iba a negarlo. Un contrato laboral, para hacer algo no tan arriesgado como lo que estaba haciendo y con la seguridad de que nadie iba a perseguirme por hacerlo. Era un cambio bien sustancioso, pero no era de las que se creía todo lo que la decían, ya no. Primero tendría que ver ese contrato, ver el lugar donde iban a meterme y preparar un posible plan de escape, por si las cosas no eran lo que me decían y tenía que volver a huir. Volver a la carretera iba a ser duro, sobre todo después de haber estado algo más relajada aquí, en Las Vegas. Había pensado que había encontrado el lugar perfecto para esconderme, y podría haberlo sido, tal vez, si no hubiese caído de nuevo en la costumbre de recurrir a los casinos cuando necesitaba dinero: mucho, rápido y fácil.

Capítulo 8

Nick

—Espero que sea algo importante, Bobby, estamos en medio de algo.

—Tengo una grabación que puede que te interese ver.

—Ilumíname. —Bobby se acercó a un terminal y dio la orden de reproducción. Cuando vi de quién se trataba, aquel monitor se convirtió en mi oxígeno. Era el puto Cowboy. No, no era el que estaba con Sara en la mesa de Black Jack, era el puñetero cabrón del Cowboy”, el que se estaba cargando nuestro torneo ilegal de póker. ¿Cómo? Desplumando a los participantes o simplemente humillándolos en partidas privadas. El tipo era un egocéntrico que era demasiado bueno y que no le importaba destrozarse a sus oponentes. ¿Y cómo se destroza a un jugador de póker? Pues de dos maneras: dejándole sin dinero o arrebatándole las esperanzas de ganar. Eso es lo que estaba haciendo Cowboy. En nuestro torneo solo se podía participar por invitación y tras aportar una cuota de inscripción de 15 000. Con casi 200 jugadores, teníamos asegurado un premio de tres millones; o más grande según los reenganches de cada jugador. Teníamos permitido un reenganche por valor de 10 000 más, con una penalización de 5 000 si te retirabas. Hasta el momento, se habían retirado cuarenta y tres jugadores, a los que tuvimos que devolver 10 000 de su inscripción. Sí, quedarse con 5 000 era dinero fácil, pero no decía mucho de nosotros como organizadores. ¿Que cómo se nos ocurrió invitar a Cowboy al torneo? Porque por aquel entonces había ganado algunas pequeñas timbas y no había manifestado cuál era su plan real.

—¿De cuándo es esta grabación?

—Es una partida privada en Los Ángeles, hace cinco días.

—¿Ese no es Tom Grady?

—Correcto.

—¡Será cabrón! Lo está machacando.

—Recibí esta grabación dos días después de su retirada del torneo.

—No podemos dejar que se salga con la suya, ya son cuarenta y cuatro deserciones.

—Cuarenta y nueve.

—¿Qué?

—Ya se han retirado cuarenta y nueve jugadores.

—Hijo de puta. Se está cargando el torneo. Se ha ido medio millón. Así no podremos mantener el premio.

—Creo que sé lo que está haciendo. — La voz de Viktor sonó detrás de mí, haciendo que me girara hacia él.

—Tú eres el especialista en tramas, así que, dime, ¿qué estás pensando?

—Está socavando nuestra vía de efectivo. Si queremos mantener el torneo, tendremos que cubrir lo que los jugadores que se han retirado dejarán de aportar. Si no lo hacemos, nuestra credibilidad se verá dañada y nadie querrá participar en posteriores torneos.

—En ambos casos salimos perdiendo.

—Creo que ese es el plan.

—Darnos un buen golpe.

—El torneo es en una semana. No tendremos mucho tiempo para cubrir los puestos vacantes y si el Cowboy sigue con su juego fuera del torneo, será aún mucho más difícil hacerlo.

—Se está encargando no solo de echar a los participantes, sino de asegurarse de que nadie cubre las vacantes.

—Exacto.

—Entonces tenemos que pararlo.

—De la familia, tú eres el experto en números, tendrías que ser tú el que lo hiciera, o encontrar a alguien lo suficientemente bueno como para desbancarlo de su trono.

—Le he estudiado, Viktor, y el cabrón es muy bueno. Tendría que encontrar un jugador que fuera tan inexpresivo y frío como Andrey, alguien que cuente cartas y anticipe posibilidades como yo, y que además pueda conocer a las personas como haces tú.

—Pues suerte con eso. —Boby tosió dramáticamente, haciendo que ambos lo miráramos.

—Creo que tenemos algo que puede servir.

—Si te refieres a Sara, también lo he sopesado. Pero el Black Jack no es el póker, son sistemas de juego diferentes. Aunque pudiéramos adaptar sus fórmulas, todavía tendríamos que enseñarle a hacerlo, y una semana es poco tiempo. Además, no podemos pedirle que lo haga, no está en su contrato.

—Bueno, primero, aún no ha firmado el contrato. Segundo, y más importante, mi programa ha reconocido una pauta en el sistema de apuestas del Cowboy, y encaja totalmente con una de las fórmulas de Sara.

—¿Qué...?

—Sí, eso mismo pensé yo.

—Creo que necesitamos tener otra charla con nuestro Fantasma. ¿Te apuntas, Viktor?

—Algo me dice que será interesante.

Sara

La espera me estaba matando, pero no podía hacer nada más. La TV era mortalmente aburrida y mi trasero estaba cuadrado de estar sentada. Cuando la puerta se abrió, estaba sobresaltada y agradecida a partes iguales. Entraron dos hombres, el joven que ya conocía y otro un poco más mayor. Los dos tenían esos ojos claros que taladran el alma, aunque el nuevo parecía que pudiese realmente ver mi interior.

—Hola, Sara. Este es mi hermano Viktor. Queríamos hacerte unas preguntas, si estás dispuesta. —Solo encogí mis hombros como si realmente no me importara lo que fueran a preguntarme, pero la verdad es que estaba aterrada. Hay cosas que es mejor no revolver, porque parece que los fantasmas aparecen cuando los mencionas.

Nos sentamos de manera que Viktor estaba frente a mí y el más joven a mi izquierda, pero con su atención centrada en mí.

—No soy de los que se andan por las ramas. ¿Qué hace un jugador de póker profesional con una de tus fórmulas? —¿Qué decía de los fantasmas? Pues se

acababan de abrir las puertas de todo el cementerio. Respiré profundamente, porque sabía que iba a ser una conversación larga, muy larga.

—Es complicado.

—Me gustan las cosas complicadas.

—Pues esta te va a encantar.

—Entonces empieza a contarnos. —Viktor se recostó en su silla, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Solo le he dado mis formulas a otras personas, y no creo que estas se las hayan hecho llegar a nadie más.

—¿A qué personas?

—¿Qué conocen de la mafia del juego de Atlantic City?

—Eso nos queda un poco lejos.

—Si han topado con alguien que tiene mis fórmulas de juego, es que no están tan lejos como pensaban.

—Eso ya me encargaré de averiguarlo, lo que quiero ahora es tu historia y cómo llegó tu fórmula a sus manos.

—Digamos que fui una niña con un extraño don. Mi padre se dio cuenta de ello y decidió aprovecharse de él. Primero fueron unas pequeñas apuestas con sus amigos, pero enseguida decidió que quería algo más de dinero, y menos enemistades con sus conocidos. Así que fuimos al casino.

—¿Cómo consiguió meter a una niña en un casino?

—Tenía dieciséis la primera vez que me llevó, y no hace falta que les diga que puedo aparentar más edad con maquillaje y una falda corta. De todas maneras, yo no pedía bebidas ni jugaba, solo le indicaba cómo hacerlo.

—Tenías un sistema de señales como con tu último socio.

—Más o menos, sí.

—Si tienen tu fórmula es porque te atraparon, como hicimos nosotros.

—Fuimos descuidados, supongo que porque éramos novatos.

—Negociasteis vuestra libertad con la fórmula.

—Les dimos mis fórmulas, pero querían más. Nos obligaron a participar en partidas clandestinas y se enfadaban cuando no había buenos resultados.

—¿Qué ocurrió?

—Que huimos.

—¿Dónde está tu padre?

—Muerto.

—¿Ellos lo mataron?

—No escapamos solos. La persona que nos ayudó a hacerlo impidió que me entregara.

—Lo capturaron y propusieron un intercambio.

—Pero no pude hacerlo y ellos lo mataron.

—¿Y esa persona?

—Me escapé de él en Chicago.

—¿Podrías darnos una descripción?

—Él no tiene mis fórmulas, si es lo que piensan. Pero aun así... ahora tendría unos cincuenta, ojos grises, calvo por arriba, nariz grande... Un estilo a Gerard Depardieu,

pero casi sin pelo y con gafas.

—No es el Cowboy.

—No, no lo es —confirmó el joven.

—Aun así... —Viktor cogió su teléfono y empezó a teclear en él. Unos segundos después llegó un mensaje. Me tendió el teléfono y me mostró una fotografía—: ¿Lo reconoces? —Era un tipo de unos treinta y pico, moreno, ojos oscuros, piel bronceada, delgado, pero no había nada de él que llamara mi atención.

—No. ¿Es el que tiene mis fórmulas?

—Una de ellas, sí.

—La de las apuestas.

—Exacto.

—Ahora es cuando me piden que juegue contra él. —Viktor entrecerró sus ojos mientras el más joven se inclinaba en su silla hacia mí.

—¿Estarías dispuesta a hacerlo?

—Les diré lo que pasará si lo hago. Que a él le entrará la curiosidad, conseguirá una foto, un nombre, me investigará. ¿Cuánto tiempo creen que tardarán los italianos de Atlantic City en venir por mí?

—No dejaré que te hagan daño, lo prometo. —El joven me miraba de una manera extraña, como si realmente creyera lo que decía. Pero no podía confiar en que lo hiciera. Las promesas se rompen, como las de Harry. Él dijo que nos ayudaría a escapar, que nos mantendría a salvo, pero lo único que hizo fue llevarse a la gallina de los huevos de oro, sin importar quién cayera por el camino.

—Disculpa si no creo en la palabra de un hombre cuyo nombre ni si quiera conozco.

—Nick, Nick Vasiliev. Y los Vasiliev siempre cumplimos nuestras promesas, aunque tengan consecuencias.

Capítulo 9

Nick

Boby tenía razón, Sara lo había pasado realmente mal. Demasiada gente la había utilizado. Había perdido a su padre, su vida, y con ella a su familia. Aun así, iba a forzarla hasta que hiciera lo que quería, porque soy un cabrón egoísta que solo piensa en lo que quiere y en este momento quiero mandar al Cowboy al infierno. Sabíamos que alguien quería perjudicarnos y, gracias a Sara, sabíamos quién. Sería una hermosa ironía del destino que utilizáramos a la creadora de las fórmulas que utilizan para derrotarlos.

Los tipos eran listos, no habían incurrido en nuestro territorio como hicieron los armenios, avasallando por la fuerza para imponerse. No, estos eran más sutiles. Pero no cuentan con que somos Vasiliev y que nadie juega con nosotros.

Ahora venía la parte en que tenía que conseguir que Sara colaborase. No, no iba a lastimarla, los Vasiliev no maltratamos a las mujeres, respetamos lo que son. Salvo a aquellas que no merecen ser tratadas como tal, que las hay.

—Podemos hacerlo de manera que no estés allí, sino en un lugar seguro desde el que puedas ver las jugadas y al mismo tiempo puedas decirme las pautas a seguir.

—¿Y crees que no se darán cuenta de que te están chivando por la oreja las jugadas? Suerte con eso.

—Tú confía en mí, sé cómo hacerlo.

—Es tu cuello el que está en juego.

—Exacto. ¿Qué dices?

—De acuerdo.

—Bien. Ahora necesito que te pongas a trabajar con alguna fórmula que me ayude en el póker.

Sara

—¿Estás cómoda?

—Sí, eh...

—Boby.

—Sí, es difícil recordar un nombre cuando no te lo han dicho.

—Intentaré no cometer más errores de esos.

—¿Y dices que éste el Cowboy al que tiene que enfrentarse Nick?

—Sí, todo un elemento. —Seguí mirando la grabación de la partida que se reproducía en mi monitor. Analizando cada movimiento, cada inspección ocular que realizaba el tipo sobre las cartas en la mesa. Sabía que yo podía ver en esa grabación mucho más que ellos. Sí, Boby estaba ejecutando un programa de rastreo sobre las apuestas, e incluso sobre los gestos del tipo, sus expresiones, sus manos... ¿Recuerdan aquella serie de TV, aquella que se llamaba *Miénteme* (Lie to me)? En ella salía un tipo que podía saber si una persona mentía o no solo con estudiar sus expresiones faciales. Los ojos, la boca, las cejas... todo eran pistas que leer para llegar a una respuesta. El póker es algo parecido. Los contrincantes se estudian unos a otros,

buscando tics, manías, gestos que delaten si el jugador tiene una buena mano, si es mala o si se está marcando un farol.

El programa de Bobby también analizaba los patrones de los jugadores, buscando tics, señales que delataran la mano de cada participante. He de decir que era bastante bueno. Y me refiero al programa y al Cowboy. Sonreía continuamente, como si supiera que iba a ganar de antemano, como si todas sus cartas fueran buenas. Era un engreído prepotente que sabía que tenía los medios para desplumar a sus oponentes. Basta con apostar cuando tienes buenas cartas y no hacerlo cuando las tienes malas.

Mis ojos buscaron incansablemente, hasta que encontré algo...

—Bobby, ¿hay alguna imagen en la que se pueda ver la oreja derecha del Cowboy?

—Puedo intentarlo, ¿has encontrado algo?

—Sus ojos.

—El programa lo ha rastreado y no ha conseguido encontrar una pauta.

—No, me refiero hacia dónde miran... Fíjate, ahí. —Pausé la imagen de mi monitor, justo en el momento en que los ojos del Cowboy miraban a su lado derecho, solo un par de segundos, como prestando atención a algo, pero no había nada ahí, nadie hablaba, nadie se movía en ese momento, a menos....

Bobby pasó la grabación hasta que consiguió una imagen parcial del lado derecho de la cabeza del Cowboy, pero por aquel sombrero que llevaba, el que le daba el apodo, no se podía ver gran cosa.

—Ahí, Bobby, ¿puedes aumentar la imagen?

—La grabación no tiene mucha calidad, pero puedo intentar algo. —El chico se puso a teclear en su terminal y pasó varios «filtros para quitar el ruido de la imagen». Sus palabras. A mí lo mismo me servía que me hablara en coreano, no entendía ni jota. Después de un buen rato, algo apareció.

—Sí, hay algo ahí —señaló con el índice.

—Te lo dije. Parece...

—Una especie de comunicador.

—Eso pensé.

—Entonces, por lo que parece, nuestro hombre es un tramposo, pero de los gordos.

—Seguro que tendrá algún programa que trabaja en tiempo real. Alguien introducirá los valores en un ordenador y después le soplará las probabilidades.

—Eso sí que es estar a la última. Normal que nadie pudiera con él, es como si jugaras contra Watson.

—¿Watson?

—Sí, la supercomputadora que en 2011 ganó a todos los competidores de Jeopardy. Quizás te suene más Deep Blue, o Deeper Blue, las supercomputadoras que jugaban al ajedrez.

—Algo he estudiado de eso, sí.

—Pues algo parecido tenemos aquí. El Cowboy realmente no es el jugador, es solo la imagen. Contra lo que jugamos es una máquina.

—Entonces la única manera de vencerlo es haciendo lo mismo.

—Mm, como en Misión Imposible, tipo espías y esas cosas. Esto cada vez me va gustando más.

—¿Qué te está gustando cada vez más? —Nick se estaba acercando a nosotros,

con la tranquilidad y presencia de quien se sabe dueño de todo, aunque no lo era, ese era Viktor, o al menos eso me dio a entender Bobby. Dijo: «el centro de control y los equipos de seguridad los gestiona Viktor, que es el que paga nuestras nóminas». Así que Nick es simplemente «el hermano de», como se diría coloquialmente. Por lo que averigüé, Nick se encargaba de supervisar el torneo cerrado de póker que se iba a desarrollar en el casino propiedad de su padre. «Hijo de», otra etiqueta más. Puede que algún día acabe gestionando algo, o simplemente se dedique a servir de apoyo al resto de la familia.

—¿Te sientes con ganas de ser Ethan Hunt? Ya sabes, en plan espía como en Misión Imposible.

—¿No podría ser más como Jason Bourne? Reparte más golpes —sugirió Nick.

—Sí, es una jodida máquina el tío. Pero Bourne trabaja prácticamente solo, y aquí necesitarás un equipo de apoyo —aclaró Bobby.

—Explicadme vuestro plan.

—Verás, aquí, nuestra nueva incorporación, ha descubierto algo muy interesante.

—Ya sabía yo que Sweetie iba a ser un gran refuerzo para tu equipo.

—¿Sweetie? —quise saber.

—Es una larga historia, Sara —cerró el tema Nick.

—Y algo me dice que no quiero saberla.

—Nos estamos desviando del tema de la conversación.

—Sí, perdona, Bobby. ¿Qué has descubierto, Sara?

—Pues parece que el auténtico jugador puede ser una máquina, o varias personas trabajando juntas, esa es mi teoría.

—Lo de varias personas no me lo habías dicho.

—Es otra teoría, e incluso puede que sea un combinado de ambos.

—Sí, es factible.

—A ver, genios, ¿dónde entra Bourne en todo esto? —interrumpió Nick.

—Necesitamos un jugador allí, alguien que le plante cara. Alguien que envíe y reciba la información de la partida. Que realice las apuestas, que recoja las ganancias, ya sabes.

—Sí, alguien a quien le rompan la cara si descubren que está haciendo trampas —se dio cuenta él.

—Qué chico más listo eres, Nick.

—Sí, fui a la universidad, ¿sabes?

—Vale, chicos. El plan.

—Sí, con respecto a eso, podríamos preparar una furgoneta como las del FBI o los espías, y apostarnos en un lugar cerca de la partida, para la señal y eso. Con material de comunicaciones y algunos equipos acondicionados para trabajar con la información.

—Sí, sería un buen centro de operaciones alternativo. ¿Podrías preparar algo así, Bobby?

—¿Bromeas? Tú dame el equipo que necesito y lo tienes hecho.

—Bien, porque lo necesito para el jueves.

—¿Eh?

—Por eso venía. Sam acaba de informarme de que hay una partida programada para dentro de dos días, aquí, en Las Vegas.

—¿Y piensas acudir?

—Ahora creo que tengo que hacerlo, ¿tú qué piensas, Sweetie?

—Que es tu culo el que está en juego.

—Sí, a menos que quieras arriesgar el tuyo. No, era broma. Yo jugaré mi culo y tu sentarás el tuyo en un lugar seguro.

—Boby pondrá una silla con un cojín grande para mí en la furgoneta.

—Ni hablar, tu estarás aquí, en la central. No te quiero tan cerca.

—Sí, hombre. Necesitarás a alguien que alterne las fórmulas de apuestas y de juego, y eso no podrá hacerlo ni Bobby ni un puñetero programa. —Nick se acercó a mí, imponiendo su altura y su corpulento cuerpo. Sí, podría aplastarme de un estornudo, pero yo no le tenía miedo.

—Prometí que te protegería y es lo que voy a hacer. Tú te quedas bien lejos. ¿Entendido?

—Eh, Nick. Ella tiene razón. No podemos preparar un enlace de comunicaciones de tres puntos en tan poco tiempo y que sea estable. Si la recepción es mala... —Vi la mandíbula de Nick tensarse y eso me... me dio ganas de pasar los dedos por encima de esa piel. Era como ver un tigre, saber que es peligroso, pero aun así tener la tentación de acariciar su pelaje.

—Está bien. Pero te quedarás en la furgoneta y no saldrás de allí. Y llévate un cubo porque no saldrás ni para mear, ¿entendido?

—Sí, jefe.

—Avísame cuando esté listo. La partida es a las diez en el barrio rojo. Que Sam te dé la dirección y los detalles que necesites.

—Me pondré con ello ahora mismo. —Nick salió de la sala mostrando su espalda tensa y su... ¿Por qué tenía que mirar ese trasero suyo? Porque, por primera vez en mucho tiempo, tenía tiempo para admirar el paisaje, y ese chico tenía unas preciosas vistas. Sé que dijo algo, pero no lo entendí, aunque por la entonación me pareció como si fuera una palabrota.

—Un día de estos tengo que aprender ruso. Maldecir en inglés no mola tanto. —Así que era ruso, ¿eh? Pues molar, molaría, pero a mí me pareció tremendamente sexy.

—¡Oh, mierda! —se lamentó mi nuevo compañero.

—¿Qué pasa, Bobby?

—Le has mirado de esa manera.

—¿De qué manera?

—De la manera en que sé que se me ha escapado otra por culpa de esos Vasiliev. Anda, ayúdame con los equipos para la «operación Bourne», a ver si consigo ganarme algún punto extra.

—Pero qué raros sois los hombres.

Capítulo 10

Sara

—¿Estás cómoda? —Miré a Bobby por enésima vez, si me preguntaba una vez más si estaba todo bien, le tiraba la silla a la cabeza.

—Lo estoy. ¿Tenemos imagen?

—Míralo tú misma. —Rodé hasta el monitor donde vi el interior de un vehículo conducido por uno de los hombres de Viktor y a otro de esos guardaespaldas sentado en el asiento del acompañante. Nick iba en el asiento de detrás.

—Comprobando recepción de audio, ¿me recibes?

—¿Cuánto falta para llegar, Alexis?

—Seis minutos, señor.

—Bien, Sweetie, tienes seis minutos para llenar mi cabeza de fantasías. ¿Nunca te han dicho que tienes una voz muy sexy?

—No, pero me han dicho que tengo un rechazazo demoleador.

—Mmm, una chica mala. Cómo me pone eso. ¿Eres de las que se vuelven salvajes en la cama?

—Necesito que cuando llegues, te gires para darme una panorámica bien amplia. Cuando llegues a la mesa intenta ponerte en un lateral, donde la luz no dé de lleno en la cámara.

—Y mandona. ¿Eres de las que atan a sus amantes? Porque eso no lo he probado, pero creo que contigo me dejaría.

—Sí, sigue soñando.

—Está nervioso —me susurró Bobby.

—¿Qué?

—Nick está nervioso. Viktor aprieta los puños, Nick bromea o habla de sexo.

—Entonces debe de estar asustado, porque está haciendo las dos cosas.

—¿Asustado? Ningún Vasiliev se asusta, créeme, eso no está en su diccionario.

—Pero has dicho...

—Nervioso, he dicho nervioso, no asustado. —Bien, un kamikaze acostumbrado al riesgo al que le gusta decir cosas picantes antes de entrar en acción, lo que me faltaba.

—¿Y los otros?

—¿Qué otros?

—Los otros Vasiliev, ya sabes, el padre y el otro hermano. ¿Qué hacen cuando se ponen nerviosos?

—A Yuri no he podido pillarle su tic, es difícil de leer.

—¿Y el otro hermano?

—Andrey. Ese cabrón no se pone nervioso.

—¿No tienen ningún tic delatador?

—No, he dicho que no se pone nervioso. El tipo es un témpano de hielo. Ya puede explotar una maldita guerra delante de él que ni pestañea, ni suda, ni nada. Es Terminator.

—¿Eso crees?

—No lo creo, lo sé. —La imagen de la puerta abriéndose llamó nuestra atención, el juego había empezado. Nick comenzó a caminar y pude vernos a nosotros mismos, aparcados no muy lejos. La furgoneta no llamaba mucho la atención, parecía algo destartada, pero tampoco era una chatarra, al menos por fuera. La cámara apuntó hacia el otro lado de la calle, donde unas cuantas «chicas» esperaban atraer algún cliente para la noche. Putas, ni más ni menos. No es que fueran un dechado de glamour, pero las había peores en otros barrios. Estas al menos parecían... Ni siquiera sabía que palabra ponerles. ¿Llamativas, aunque de una forma refinada? Sí, difícil encontrar la palabra, porque ni de broma eran elegantes.

—Estamos dentro. —La cámara insertada en uno de los botones de la chaqueta de Nick nos daba la imagen de un restaurante ¿turco? Sí, podía ser. Su camino lo llevó por un pasillo, donde, pasados los baños, había una puerta que decía «privado». Nick llamó y la puerta se abrió unos centímetros. El hombre al otro lado lo miró y Nick puso un rollo de billetes de 100 delante de sus narices.

—He venido a jugar. —El tipo abrió la puerta mostrando al otro lado una mesa con varios jugadores ya sentados.

—Oh, mierda. —Boby vio algo que no le gustaba.

—¿Qué ocurre? —Nick empezó a caminar hacia uno de los puestos, cuando alguien le detuvo por el pecho.

—Cacheo.

—OK, pero trátame con cuidado la mercancía. —Boby tenía en su monitor la imagen ampliada de uno de los jugadores. Nada más tenerlos a la vista, su programa de reconocimiento estaba tratando de identificar a los integrantes de esa partida. El que uno de ellos le hubiese hecho decir aquello, no me gustaba nada.

—¿Qué ocurre? ¿Quién es ese?

—El Empalador.

—¿Vlad Tepes, Drácula?

—Ya quisiera ese, este da mucho más miedo, porque está vivo y tiene peor genio.

—¿Qué?

—Nick, sal de ahí, colega. Esa partida no te conviene.

—¿Quieres explicarte, Boby?

—¿Nick? ¡Mierda!

—¿Qué ocurre?

—El cacheo, hemos perdido el vídeo y parte del audio.

—¿Pero qué demonios?

—Nick, colega, sal de ahí, no podemos ver ni oír, estás solo colega, y ese tipo te va a destrozar.

—Me estás dando miedo, Boby

—A ver cómo te lo explico, Sara. El Empalador era capitán en la antigua Yugoslavia, cuando la guerra, ya sabes. Pues se ganó su apodo a pulso. Para resumir, odia todo lo ruso, no tolera a los graciosos y tiene muy mal perder.

—En conclusión, Nick no sale de ahí de una pieza.

—Tú sí que sabes resumir.

—Mierda, mierda, mierda.

—La imagen va y viene a ratos. Nick, escúchame, sal de ahí, di que has cambiado

de idea, que te encuentras mal, invéntate lo que sea, pero sal de ahí. —Boby metió la cabeza entre las manos y suspiró resignado.

—Tengo que llamar a Viktor. Esto se va a poner feo. —Mi mente empezó a trabajar a toda velocidad. La imagen parpadeaba, por lo que sabía que Nick no estaba abandonando la mesa, sino que acababan de poner un par de torres de fichas frente a él. Estaba loco. Jugar y perder contra el Cowboy ya sería malo, pero al menos estaría entero. El pánico de Boby era demasiado real. Acababa de descubrir cuál era su tic del miedo, pues no hacía más que pasarse la mano por la nuca. Tenía que hacer algo, tenía que ayudar a Nick, tenía que...

—Tengo una idea, espera aquí.

—¿Qué? ¿A dónde vas?

Boby

¡Joder, joder, joder! Nick me iba a matar, Viktor me iba a matar. Era demasiado joven para morir. La puerta de la furgoneta se abrió, dejando que una ráfaga de aire caliente entrara junto con la amenazadora envergadura de Viktor Vasiliev.

—¿Dónde está mi hermano?

—Dentro, y el muy cabezota no quiere salir

—Voy a entrar allí dentro y a sacarle de las orejas.

—No puedes.

—¿Qué?

—Ella...

—¿Ella qué?

—Sara está entrando. — Giré un poco el monitor de mi izquierda para que viera la cámara. La tía tenía pelotas. Había salido a la calle, le había comprado la ropa a una de las putas de allí afuera, había vuelto y, mientras se cambiaba, me había hecho preparar otra cámara. Cuando salió por la puerta, llevaba la cámara totalmente operativa, sin audio, pero nos apañaríamos. El caso era llegar hasta Nick. Sara acababa de llamar a la puerta y el tipo de antes la miró de una manera totalmente diferente a como había hecho con Nick. Cuando le vi relamerse los labios, supe que Nick me iba a matar, joder, vaya si lo iba a hacer.

—¿Sabe esa loca dónde se ha metido?

—Lo sabe, sí que lo sabe.

—Voy a posicionar a mis hombres. A la menor señal de peligro, entramos ahí y los sacamos.

—Nick, ¿me oyes? Los refuerzos están en la puerta. Y, colega, no he podido hacer nada para evitarlo.

Nick

¿Refuerzos? ¿Qué refuerzos? Miré hacia la puerta algo más que curioso por la persona que estaba al otro lado.

—¿Va a entrar alguien o no? Estamos intentando tener una partida tranquila.

—Una puta que dice ser tu chica, pequeño Vasiliev.

—¿Mi chica? —El tipo se hizo a un lado y juro que mi corazón se saltó un par de latidos. En la puerta había una joven con una peluca de pelo rosa, un vestido dorado

que tapaba poco, demasiado poco, y unos zapatos con plataforma de esos transparentes que usan las actrices porno. Sus labios pintados de un rojo intenso me devolvían una sugerente sonrisa. Pero aquellos ojos, aquellas piernas. ¡Joder! Seguro que a su espalda se podía ver el trasero más perfecto de Las Vegas.

—Nicky, cariño.

—Ey, nena. ¿Por qué no me esperaste en el coche? —«Sé natural», me repetía por dentro, «como si esto te pasara casi todos los días». Es mi chica. Es mi chica y ha venido a buscarme, nada más. No es Sara, no está entrando en la boca del lobo y no lleva el vestido más corto que jamás hayas visto.

—Me aburre esperar, ya lo sabes.

—Puede esperar fuera con los otros chicos.

—Nah, va a ser mi amuleto de la buena suerte. ¿Algún problema con eso, chicos? —Miré a mí alrededor, al principio buscando a alguien que se negara a que ella se quedara a buen recaudo, cerca de mí. Pero al parecer, la idea de tenerla a la vista gustó a la mayoría de ellos. Pero ni de coña iba a permitir que le pusieran algo más que sus ojos encima. Hice una promesa, iba a protegerla y es lo que iba a hacer.

—¿No? Bien. Ven aquí nena, pon ese trasero aquí encima. Quiero tenerlo bien a mano. —Sara hizo una perfecta imitación de saltito adolescente, con movimiento de manos incluido y se apresuró, con pasitos tremendamente cortos, a poner su perfecto culo en el muslo de mi pierna izquierda, justo donde la había indicado. Abrí mis piernas para que las suyas se acomodaran bien en el hueco y aproveché para pegarse a mí y envolver mi cuello con sus brazos. Ni demasiado asfixiante, ni demasiado flojo, el toque justo de posesividad sin ser empalagosa. Acomodó su trasero de manera dramática, regalándome una edulcorada sonrisa.

—¿Así, Nicky?

—Sí, nena. Pero no te muevas mucho. O ese trasero tuyo me va a crear un problema gordo, muy gordo.

—Oh, eres malo.

—¿Continuamos con la partida, caballeros? —Sí, continuamos jugando, porque necesitaba algo en lo que centrarme y dejar de pensar que tenía el trasero de Sara en mi regazo, mi mano sosteniendo algo intermedio entre su cadera y su trasero, para evitar que se viera demasiado de esa carne, y una perfecta vista de sus generosos pechos a escasos centímetros de mi cara.

—Sopla mis cartas, nena. Dame suerte. —Ella se inclinó y, divertida, soltó un pequeño hilo de aire sobre mi mano, asegurándose de que veía la mano que tenía. Su cabeza giró sobre la mesa, como si no le importara nada más que los montones de fichas de cada persona. Pero no era así, ah no. Aquella arpía tenía otra idea en mente. Con la segunda mano me di cuenta de que los pequeños arañazos que sus dedos trazaban sobre mi hombro eran en realidad una sutil indicación de lo que quería que hiciese con mis cartas. Así descubrí que tenía sobre mí tantos dedos como cartas. Iba marcando un camino diferente para cada dedo, de tal manera que un arañazo hacia abajo, quería decir que me quedara con esa carta, un arañazo hacia arriba, que me deshiciera de ella. Y con las apuestas, algo parecido. Su pie ascendía por mi pantorrilla diciéndome que subiera la apuesta, descendía hacia el tobillo para que pujara bajo y se alejaba de mí para que no fuera en esa mano. Sutil, básico, pero nos fue bien.

—Tu chica está resultando un auténtico amuleto, Nick. Quizás puedas prestármela algún día.

—Yo no comparto, amigo. Soy demasiado escrupuloso.

—Ya veo, ni siquiera la has besado. —Sentí el trasero de Sara ponerse duro y tuve que tranquilizarla con mi mano.

—Es verdad Nicky, no me has dado un piquito cuando llegué.

—Ahora estoy ocupado, nena, pero luego prometo compensarte.

—Vamos hombre, dale un besito a la muñeca. —Le sonreí al tipo, como si en realidad no quisiera partirle los dientes de un puñetazo y levanté la cara hacia Sara. Ella se inclinó y me dio un besito de esos fugaces, casi infantiles. ¡Mierda! No recordaba la última vez que alguien me había besado así. No, espera, sí lo recordaba, fue mi hermana. Pero eso no quería decir que lo fuera a dejar así, no. Esa chica se iba a enterar de cómo besa un Vasiliev, al menos cómo lo hago yo.

Capítulo 11

Nick

Tenía que estar contento, eufórico. Las malditas fichas se acumulaban delante de mí y desaparecían de los montones de los demás. Pero no estaba feliz, ni mucho menos, ¿Por qué? Por el puñetero tipo que se estaba merendando a Sara con la mirada. Éramos tíos, sí, pero cualquier gilipollas sabía que no se podía mirar de esa manera a la chica de otro cuando él está delante.

—Deja de mirarle el culo a mi chica.

—Ella lo enseña, yo lo miro. ¿Algún problema?

—Puedes tenerlo, sí.

—¡Eh, calma chicos!

—No me gusta como la miras.

—Pero yo soy solo tuya, Nicky. —Su mano me acarició la cara, pero con la suficiente fuerza como para hacerla girar y que la mirara a los ojos. Cuando lo hice, su sonrisa compungida decía una cosa, pero sus ojos decían otra. ¡Maldita sea! Echaba fuego por ellos, como si me estuviese riñendo. Sí, lo sé, en aquel momento tenía un pequeño ataque de posesividad, pero eso era normal en aquellos ambientes.

—Esto es un juego. Las riñas amorosas se quedan fuera. O apuestas o te largas. —No necesité nada más. Me levanté como un gato que caía a una cazuela de agua hirviendo, asegurándome que tenía a Sara bien sujeta y que no se caía.

—De acuerdo. Dadme mi dinero y me largo.

—¡Eh! No puedes irte con nuestro dinero.

—Lo he ganado, así que es mío. —El Cowboy esbozó una leve sonrisa y acomodó sus ganancias en una torre alta.

—Si, llévate a esa puta y fóllatela de una vez. A ver si así te calmas un poco. —Mi respuesta se la tragó Sara. Su boca estaba sobre la mía, evitando que soltara una buena cantidad de palabras ofensivas. Pero olvidé todas y cada una de ellas, porque había encontrado algo mucho mejor, su sabor. Mi boca tomó el control del beso, porque no tenía suficiente con lo que me daba, porque quería mucho más. Aferré su cuerpo por sus caderas, y la estreché más fuerte contra mí, sintiendo que sus formas se ajustaban perfectamente a las mías. Como atraídas por un potente imán, mis manos viajaron hasta su trasero, encontrando que se ajustaba perfectamente a mi tamaño y gemí de felicidad, como debió hacerlo Cenicienta cuando su pie entró en el zapato. Sí, conozco el cuento, tengo una hermana, ¿vale? Y mi madre me leía todos los cuentos que encontraba para que me durmiera.

—Sal de una puta vez de ahí, Nikolay. —La voz autoritaria de Viktor me sacó de una patada del paraíso. Alejé a Sara de mí y recuperé el control.

—Mi dinero. Tengo cosas más interesantes que hacer. —Recogí las ganancias y salí de allí arrastrando a Sara a mi costado. He de reconocer que ella mantuvo el tipo, no se salió de su papel hasta que la puerta del coche se cerró detrás de nosotros.

—¿Pero qué mosca te ha picado? Casi lo jodes todo, si no lo has hecho.

—Probamos tus fórmulas contra las del Cowboy y le hemos sangrado. Para mí eso

es suficiente.

—Teníamos que habernos quedado y sacarle todo, ese era el plan.

—El plan era que yo entrara allí e hiciera el trabajo, no que tu aparecieras casi desnuda y provocaras un motín para violarte.

—¿De qué diablos estás hablando? Nadie iba a violarme allí dentro.

—Si no llego a estar protegiéndote, si no hubiese marcado mi territorio todo el jodido tiempo, no habrías durado ni medio minuto.

—He sido yo la que ha entrado a salvar tu culo, gilipollas. Tu cámara se había muerto, no teníamos audio y te estabas metiendo en una partida con el Empalador, a quién no le gustan los rusos y tampoco perder.

—Eso ya lo oí, Sweetie. Yo decidí quedarme porque necesitaba medirme con el Cowboy.

—Ya sabemos a quién te enfrentas, Nick. No necesitas medirme con él. Salvo que sea tu jodido ego masculino el que quiera esa pelea, para demostrar lo machote que eres.

—Mi ego no necesita ninguna pelea para demostrar lo hombre que soy.

—Ah, ¿no? Entonces deja de gritarme como un adolescente sobrehormonado y dame las gracias por entrar a ayudarte metida en un vestido sudado y sucio de dios sabe qué otros fluidos corporales, con unos zapatos que me están destrozando los pies y una peluca que debe tener inquilinos con muchas patas. —Me quedé clavado. Tenía razón, había arriesgado su culo para ayudarme. Fue a mi auxilio, anteponiendo su propia seguridad y anonimato. Y yo se lo pagaba metiéndome con aquel estúpido disfraz que llevaba puesto.

—Lo siento.

—¿Eh?

—Siento haberte metido en esto. —Parpadeó, se recostó en su asiento, volvió a mirarme y regresó su mirada al frente, como si no encontrara qué decir o hacer. Después de un rato en silencio, cogí su pie y empecé a quitarle el zapato.

—¿Qué... qué estás haciendo?

—Dijiste que te estaban destrozando los pies.

—Pero no tienes que hacer eso.

—Sí, debo hacerlo. —Cuando cogí el otro pie y repetí el mismo proceso, no opuso la resistencia de la vez anterior, e incluso se quitó la peluca y empezó a rascarse la cabeza con energía.

—Necesito una ducha.

—Veré qué puedo hacer, pero nos estarán esperando para analizar lo ocurrido.

—Estupendo. Pues lo que sí está claro es que me debéis cincuenta dólares.

—¿Cincuenta dólares?

—¿No pensarías que llevo al trabajo ropa de esta guisa metida en el bolso?

—Para tan poca tela, el vestido ha salido realmente caro.

—Ya, no tuve mucho tiempo para regatear.

—Le diré a Bobby que los registre como gastos de representación.

—Y creo que me merezco también un plus de peligrosidad por llevar estos tacones.

—Sí, parecía que te costaba caminar con ellos.

—¡Ja! A ver lo que haces tú, con unos tacones de veinte centímetros y encima de

un número más pequeño.

—El vestido tampoco es de tu talla.

—Ya, me sorprende que no se me haya salido una teta hasta el momento.

—Mmm, no hagas eso. Bastante tengo con ese trasero tuyo, no quiero imaginar cómo es lo poco que tapas. —¿Roja? Se había puesto roja. Sí, Sweety era una chica tímida. Con pelotas tan grandes como las de un tío, pero tímida.

Viktor

Tuve que obligar a Bobby a cerrar el audio. No podía seguir escuchando a esos dos más tiempo. La conversación se estaba yendo a prados que no quería pisar. Y lo más surrealista de todo, mi hermano Nick pidiendo disculpas. Casi me deja noqueado. Solo se disculpaba con mamá y hacía años que escuché el último «perdón». Algo estaba ocurriendo entre ellos, pero no estábamos en un buen momento para averiguarlo. Teníamos algo que hacer, algo que debía concentrar toda nuestra atención.

Capítulo 12

Nick

Podía decir que estaba totalmente centrado en la conversación que mantenían Viktor y Bobby, pero mentiría. Mi mente estaba dividida, entre la sala de control y la puerta que comunicaba con el baño. Sara estaba aseándose allí dentro, quitándose ese minúsculo vestido, antes de que al pobre Bobby se le salieran los ojos de sus cuencas.

—¿Sweety? —Viktor esperaba mi respuesta con una ceja levantada. Odio cuando empieza a encajar piezas en su cabeza, y ésta mucho más.

—Bueno, todo empezó por el nombre que le pusimos...

—Le pusiste.

—Sí, Bobby, le puse, el nombre que le puse a Sara antes de saber quién era.

—¿Un nombre clave, como el del Fantasma?

—Exacto. Lo primero que me llamó la atención fue su trasero, así que empecé llamarle «culo goloso», ya sabes, *sweet ass*, *sweet*... Sweety.

—Así que, que le llames Sweety, que también significa «cariño», no tiene ningún otro significado oculto.

—¡No! Pero qué cosas se te pasan por la cabeza.

—Tengo el resultado de la partida —interrumpió Bobby mientras revisaba su teléfono.

—¿Tan pronto?

—Cuando salisteis de la partida, el Cowboy se hizo con el control. Acaba de deshacerse del último. Adoro esto de la información en la red en tiempo real.

—Que yo sepa, nadie va contando que ha ganado una partida de póker ilegal por ahí, y menos lo publica para que se entere la policía.

—Él no, pero otro de los jugadores, sí. Es ese niño bonito que canta pop que estaba en la partida. Acaba de ponerlo en su Twitter.

—Al Cowboy le funcionó mejor su equipo espía.

—Debe de tener un sistema de transmisión más sólido que el nuestro —puntualizó Bobby.

—Eso es normal, lleva operando más tiempo —remarcó Viktor.

—Tampoco nos fue tan mal, Bobby. Con la cámara y el audio que metió Sara, pudimos salir del paso.

—No llevaba audio, Nick, solo vídeo.

—Entonces ¿cómo podías introducir las apuestas en la computadora? Ni siquiera yo soy tan bueno como para calcular el importe de las apuestas con tanta rapidez.

—Es que no introduje ningún dato.

—Pero Sara.... —¡Joder! Lo había estado calculando ella directamente, como hacía con las cartas del Black Jack. Pero el póker...

—Os dije que empecé jugando con mi padre y sus amigos. —Su voz nos hizo volvernos a todos. Llevaba una camiseta y unos pantalones cortos de deporte de Viktor, y le quedaban realmente enormes. Aunque me aliviaba que ya no llevara ese pequeño trapo dorado sobre su piel, tampoco me gustaba demasiado que llevara la ropa de Viktor. Llámame raro, pero Viktor tenía a Katia en casa y Sara... Sara era...

—Así que empezaste con el póker y después te pasaste al Black Jack.

—Con el póker es más fácil que te reconozcan. El Black Jack es más anónimo y más rápido.

—Eso es cierto.

—Y ahora, ¿cuál es el plan?

—Hemos estado sopesando nuestras posibilidades, y hay una que me gustaría comentar contigo.

—¿Conmigo? —¡Eh! Esa parte me la había perdido. ¿Cuándo mencionó Viktor que había una opción de contramedida en la que estuviese incluida Sara?

—Eres muy buena en el póker y me gustaría que participaras en el torneo.

—¡¿Qué?! —Fue como escuchar mi propio eco con la voz de Sara.

—No, no puedo participar. Habrá mucha gente y... alguien me reconocerá y Benny y sus hombres vendrán... y...

—¿Estás loco Viktor? No voy a exponerla de esa manera. Lo del barrio rojo no debió ocurrir y a esto no voy a dejar que vaya. Es pasar de estar delante de un lobo a enfrentarse a una manada de ellos.

—Va a estar bien, Nick. Distribuiremos las mesas de tal manera que ella esté lo más alejada del Cowboy que se pueda. No va a reconocerla porque él no se enfrentó con Sara, lo hizo contigo. Será un jugador nuevo, alguien que no conoce.

—¿Y las putas cámaras del Cowboy? Hay muchos más ojos de los que no vemos, y uno de ellos puede reconocerla.

—Han pasado varios años desde que Sara huyó y podemos cambiar su aspecto para que no la reconozcan, como ha estado haciendo hasta ahora en nuestro casino.

—Pero... pero eso solo era un disfraz para unas horas. El torneo es diferente, son personas que se estudian intensamente y durante mucho tiempo.

—Van a ser solo dos días y estarás en un entorno vigilado. Ningún jugador que pase a la segunda fase abandonará el hotel del casino.

—Yo... no creo... —Viktor se acercó a Sara y apoyó las manos en sus brazos. Sé que ese gesto no era más que una manera de darle énfasis a sus palabras, de demostrarle que estaba allí para garantizar su seguridad, pero no me gustó que lo hiciera. Sara era mi responsabilidad, yo era quien iba a protegerla, era mi promesa, no la suya.

—Yo estaré contigo, Sara.

—Eso no es buena idea, Nick. No queremos que el Cowboy y sus espías os relacionen, así que tendrás que permanecer en un segundo plano.

—¿Qué segundo plano? El torneo se desarrolla en nuestro hotel-casino, la seguridad de los jugadores es cosa mía.

—Recuerda, Nikita, anoche ya marcaste tu territorio sobre una chica. ¿Vas a hacer lo mismo sobre otra en menos de una semana?

—Eso no es nuevo, Viktor. Cambio de chica como de calzoncillos.

—No podemos correr riesgos. Además, podrían acusarte de favoritismos con uno de los participantes. —Sí, eso sí podría pasar. Y con gente que viene de ambientes tan... difusos, esa era una peculiaridad que nuestro torneo no necesitaba endosarse. Ilegal, sí, pero totalmente limpio, al menos por nuestra parte. Así que apreté los dientes y asentí, pero no iba a quedarme lejos de Sara.

—¿Qué decides, Sara? Espera, quizás necesites algo que endulce tu decisión.

—¿Endulce? ¿Qué... qué van a...?

—¿Hacer? No somos como la gente de la que huyes, pequeña. No extorsionamos ni nos aprovechamos de aquellos que no quieren ser explotados. Me refería a que nosotros cubriremos tus gastos de inscripción, puedes considerarlo un préstamo, pero el premio será tuyo, totalmente.

—¿Y si no gano?

—Creo que en esta sala todos tenemos una fe ciega en ti. Creemos en tus aptitudes, yo particularmente creo que vas a destrozarlos. Pero si no lo haces, no tendrás que devolver nada. Considéralo una inversión de riesgo. Ganas, nos la devuelves, pierdes, Nick no se comprará un coche nuevo el año que viene.

—¡Eh! ¿Por qué yo?

—Porque vas a ser tú quien le preste el dinero.

—Cabrón.

—Yo también te quiero, Nick. —¿Enfadado porque mi hermano me hubiese sableado? No. Cubriría ese dinero sin dudarlo. Pero no iba a dejarle que creyera que podía mangonearme como a un adolescente. Más joven, sí. Pero cuatro años no le daban ese poder sobre mí.

Capítulo 13

Katia

Recibir visitas en la casa nueva no era habitual, sobre todo porque no hacía mucho que estábamos allí, pero era Lena la que estaba entrando por la puerta, así que tampoco era como si no lo esperara.

—Hola, cuñada. Prepárate, que nos vamos de misión.

—¿Misión? —Miré detrás de ella, donde estaba una chica que no conocía. Cabello oscuro, ojos inquietos y toda la pinta de sentirse incómoda. Pero Lena acabaría con eso en poco tiempo. La sonrisa de mi cuñada era suficiente para saber que la misión tenía que ver con la chica, aun así...

—Sara, te presento a la esposa de mi hermano Viktor, Katia.

—Es un placer.

—Lo mismo digo.

—Tu querido marido me ha pedido que transforme a esta joven, y es lo que vamos a hacer.

—¿Tú y yo?

—Pues claro. Sé que se me dan bien estas cosas, pero siempre es divertido hacerlo con las amigas.

—Solo si me prometes acompañarme a comprar las cosas del bebé.

—Ah, por la cuna olvídate. Guardé la que usaron de mis niños. ¡Ay, cómo crecen! No me distraigas. Lo dicho, hoy, sesión de chicas.

—Bien, si vamos a salir tendré que avisar a Sam y Blake.

—¿Blake? Ah, sí, la exagente del FBI. Otra mujer. Esto prometo, cuantas más chicas, mejor. —Bueno, si de algo estaba segura, es que mi día no iba a ser aburrido. Nada que ver con buscar por internet algunos muebles para la casa.

Nick

—¿A Lena? ¿Le has encargado el trabajo a Lena?

—Sí, ¿por qué no? Es mujer y sabe de esas cosas de chicas.

—Si la has puesto a ella al mando, convertirá a Sara en un anuncio de ropa de marca.

—Tranquilo. Le expliqué la situación y le di unas instrucciones muy claras.

—¡Joder, Viktor, es Lena! Se va a pasar tus instrucciones por el forro de los zapatos.

—Bueno, pues yo creo que ha hecho un trabajo estupendo. —Miré hacia donde miraba Viktor y mi pequeño detector de traseros dio un gran salto de alegría. Sí, era Sara, pero al mismo tiempo no era ella. Parecía un hada. Aquel pequeño vestido era todo lo opuesto al aquel otro dorado. Etéreo, delicado, femenino... No incitaba al sexo, pero haría que los hombres no apartaran la vista de ella. ¿Y así creían que pasaría desapercibida? Yo diría que no.

—Hola, chicos. Sí, ya sé, no es lo que querías, pero no pude resistirme a que se lo pusiera. En las bolsas lleva ropa más sencilla, como pediste. Pero me apetecía que hoy

brillara.

—No voy a quejarme. —Katia se sentó en la silla junto a Viktor y él la arrastró hasta que estuvo muy cerca de la suya. Después la besó, quizás con demasiado azúcar para mi gusto. Pero claro, estaba embarazada, había que tratarla con delicadeza.

—Así que os habéis divertido.

—Como niños en el parque de atracciones. —Vi a Blake caminar hasta una mesa más alejada junto a Sam y después sentarse. Era lo bueno de ser escolta y acompañar a tus protegidos a restaurantes caros, que comías en una mesa no demasiado lejos y no tenías que pagar la cuenta.

—¿Qué te apetece cenar? —le preguntó Viktor a Katia.

—Algo suave, tal vez pescado a la plancha.

—Yo tengo que irme. He de preparar un examen para esta semana —informó Sara.

—Te llevaré.

—Recuerda lo que te dije, Nick.

—Lo haré, no te preocupes. —Besé las mejillas de las chicas y recogí las bolsas de Sara para llevarlas a mi coche.

Sara

—Puedo meterlas yo misma en casa.

—Lo sé, pero así compruebo el interior, si me lo permites, claro.

—Llevas lo de la protección demasiado en serio.

—Perdona que te lo diga, pero tu apartamento no es de los más seguros. Prefiero cerciorarme.

—Nunca ha ocurrido nada grave por aquí.

—Robaron a tu vecino del primero hace casi un año y al de dos pisos más arriba le rajaron las ruedas del coche... Yo diría que el vecindario no es tan seguro.

—Ya, y según tú, ¿dónde debería vivir?

—En mi edificio no ha habido nunca ningún robo, y tenemos un portero las veinticuatro horas.

—Eso es porque puedes permitirte pagar algo así.

—Ahora cobrarás un sueldo mayor, puedes cambiar de domicilio y mudarte a uno mejor.

—Pensaré en ello, pero ahora no. —Después de revisar las habitaciones, se detuvo frente a mí. Estaba tan cerca, que tuve que levantar la cabeza para poder verle la cara. Su mano se alzó y me retiró un mechón de pelo, pasándomelo detrás de la oreja.

—Para cuando empiece lo del torneo tendrás que haber encontrado otro sitio, uno donde estés más segura.

—Ya te he dicho que lo pensaré.

—Si no lo haces tú, escogeré por ti.

—No eres mi padre, ¿sabes?

—No, pero prometí protegerte y me tomo muy en serio mis promesas.

—Ya. Será mejor que vuelvas a tu trabajo, si es que lo tienes. Yo tengo que estudiar.

—Lo tengo, soy contable.

—Ya, pues buenas noches, señor contable.

Sentí su beso en la frente, antes de sonreírme y desaparecer. Tenía que estar enfadada, porque el tipo había investigado a mis vecinos, mi casa. ¿Y quién decía que no habían registrado mi apartamento? Pero, por otra parte, el que se preocupara por mi seguridad de aquella manera, solo le hacía sumar puntos, no restarlos. Despierta, Sara, dijo que cambiaba de chicas como de calzoncillos, así que será mejor que no te ilusiones. Es guapo, de una familia rica y tiene carácter, pero no es lo que tú necesitas. Gana ese puñetero torneo, coge el dinero, y corre. Sé lista.

Nick

—Oye, Bobby, ¿tienes lo del torneo listo?

—Me pediste que fuera un torneo limpio y he encontrado una manera bastante efectiva para que lo sea.

—Sabía que, si alguien podía hacerlo, ese eras tú.

—Eso se merece un aumento.

—¿Recuerdas? Yo no soy tu jefe.

—Entonces por qué estoy trabajando para ti y tu torneo de póker.

—Primero, porque el torneo fue idea de Yuri y, segundo, porque te encanta todo lo que se sale de la monotonía, y más si tiene que ver con el negocio de los Vasiliev.

—Joder, cómo me conoces.

Capítulo 14

Katia

—Buenos días, mi tesoro. —Sentí el dulce beso de Viktor sobre mi vientre y sonreí. Me estaba acostumbrando a ese lado tierno suyo. Después trepó hacia mis labios y los besó por segunda vez esa mañana. Era nuestro nuevo ritual de la mañana, primero me besaba a mí, luego al lugar donde descansaba nuestro bebé y luego a mí otra vez.

—Vendré a recogerte para ir a la consulta del médico.

—Mmm, no, Lena y yo tenemos que pasar por una tienda antes, así que ella me dejará en tu oficina.

—Ok, pero llévate a Sam y Blake.

—...Sam y Blake —terminamos juntos la frase.

—¿Te estás metiendo conmigo?

—¿Yo? No se me ocurriría.

—Bien, porque sabes que perderías. —Me regaló esa sonrisa traviesa suya.

—La única batalla que se pierde es la que no se pelea.

—Así que quieres pelea, ¿eh? —En un parpadeo, lo tenía suspendido sobre mí, sujetando mis muñecas a los lados y su rostro a unos centímetros de alcanzarme.

—Solo puntualizo que eres demasiado pretencioso al adjudicarte una victoria que aún no has conseguido.

—Soy un Vasiliev, pequeña Katia. Nosotros no nos rendimos. —Aproveché su confianza, para realizar esa llave que Blake me había explicado y que había practicado en secreto. Sí, lo sé, estoy embarazada y no puedo hacer esas cosas. Pero ver el rostro de sorpresa de Viktor fue la mejor recompensa. Ahora estaba yo encima de él, sometiéndole falsamente con mi cuerpo, porque sabía que, si estaba allí, era porque él lo permitía. Su sonrisa volvió lentamente a su cara a medida que encontró las ventajas de aquella posición. Su ingle presionada en el lugar correcto.

—Olvidas, querido esposo, que ahora yo también soy una Vasiliev y que tengo que empezar a demostrarlo.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué vas a hacer? Llevo en esto mucho más tiempo que tú, ninguna tortura hará que me rinda, pero puedes intentarlo, te doy permiso. —Arqueé una ceja y comencé mi ataque. Él era más experimentado, pero yo jugaba con una pequeña ventaja que era momento de aprovechar.

Como fisioterapeuta, no solo conocía el cuerpo humano, sino que había aprendido a interpretar el lenguaje de cada uno de mis pacientes, sus reacciones, sus necesidades... y había aprendido a conocer el cuerpo de Viktor. Me incliné sobre su pecho, acerqué mis labios a su clavícula, depositando un delicado beso en su sedosa piel. Suave, ligero... Noté su piel erizarse por el contacto y sonreí por dentro. Abrí un poco mis labios, dejando que la puntita de mi lengua asomara y tocara aquella sensible piel. Empecé mi camino despacio, ascendiendo hacia su cuello, mientras notaba que sus músculos se tensaban en anticipación, que retenía la respiración. Llegué hasta ese lugar tan sensible, justo ese trocito de piel escondido tras el lóbulo de la oreja, donde mi lengua se separó lentamente, abandonando mi caricia. Escuché su gemido una décima

de segundo antes de que se moviera y nos volteara, quedando de nuevo sobre mí.

—Casi lo consigues.

—Entonces, tendré que seguir practicando hasta lograrlo.

—Voy a tener que vigilarte más de cerca, te estás convirtiendo en un peligro.

—Solo para ti.

—Eso es lo mejor. —Lo bueno que tenía ser su propio jefe es que nadie le diría nada si llegaba tarde y ese día llegó tarde, muy tarde.

Nick

—¿Ya te vas? —Me giré para ver a mi padre caminando hacia mí por el pasillo. Su oficina estaba en la misma planta que la mía, aunque yo estaba al otro lado del pasillo. Cuestión de rangos.

—Sí, terminé de cuadrar el balance, hice las anotaciones, pasé los datos fiscales y estoy a la espera del envío de las cifras de Viktor.

—Lo hiciste bastante rápido.

—Quizás es porque tengo prisa por salir hoy.

—¿Por lo del torneo?

—En cuatro días estarán registrándose los primeros participantes. Quiero tenerlo todo despejado para cuando empiece el movimiento.

—¿Conseguimos sustituir a los que se retiraron?

—Usé la lista de candidatos que confeccionó Bobby y conseguí que algunos se apuntaran.

—¿Tenemos las cifras definitivas?

—Ciento ochenta y cuatro, aunque puede que consiga alguno más.

—¿Te presentarás como candidato de la familia?

—Tenía pensado hacerlo, pero los planes han cambiado.

—Por la chica.

—No puedo estar en el torneo y vigilar su entorno.

—Viktor se encargará de su seguridad.

—Yo me hice responsable de eso, papá.

—Ah, entiendo. Así que es tan buena como dice tu hermano.

—Es mucho mejor.

—Entonces no es una locura apadrinarla.

—Viene con un lastre muy grande, papá.

—Lo sé, Viktor me puso al corriente. La cuestión es si nosotros vamos a estar a la altura.

—¿Qué quieres decir?

—Su problema es ahora también nuestro problema. Solucionaremos lo nuestro, pero... ¿podrá ella solucionar el suyo?

—Yo la metí en esto, yo me encargaré de solucionarlo.

—Viktor la metió en el juego, tendría que encargarse él.

—No, papá. Cuando ella tenía demasiado miedo para colaborar con nosotros, yo le prometí que la cuidaría. Es mi responsabilidad.

—Una promesa, eso es algo serio.

—Lo sé.

—Entonces haz lo que tengas que hacer.

—Pensaba hacerlo de todas formas. —Mi padre asintió y dejó que siguiera mi camino. Cogí mi coche y me dirigí al Crystals Mall, donde sabía que Sara estaba trabajando con Bobby. Esos dos se habían compenetrado a la perfección. Sabía que era bueno para el trabajo, pero había algo ahí que no acababa de gustarme...

Viktor

Aquellas manchas de la pantalla no se parecían en nada a un niño, pero si el médico decía que lo era y que estaba sano, tendría que creerle.

—¿Se puede saber ya el sexo del bebé? —¿Impaciente? Sí, mierda, quería saber si podía empezar a comprar pequeños guantes de boxeo para mi pequeño. Como Vasiliev tenía que empezar a dar golpes antes que a andar.

—¿Podemos, doctor?

—Está de apenas nueve semanas, señora Vasiliev. Quizás podamos hacerlo cuando esté de once o tal vez trece. Mejor con dieciséis semanas, así estaremos más seguros. —Le vi mover el aparato ese sobre el vientre de mi mujer. Al menos dos puñeteras semanas, tendría que esperar dos puñeteras semanas más.

—Bueno, esperaremos. Nos conformaremos con saber que está sano. —Sí, Katia podía ser paciente, pero yo no era como ella. Nada que tuviera que ver con Katia o nuestro bebé iba a hacer que esperara. Sencillamente no podía.

Capítulo 15

Nick

—¿Cómo van los registros? —le pregunté a Bobby.

—Quedan dos por hacerlo, pero todavía están en plazo.

—¿Cuántos se quedan en el hotel esta noche?

—Ciento veintiuno.

—¿Sara?

—La registré a primera hora de la tarde, pero no la he visto desde entonces.

—¿Cómo que no la has visto?

—Dijo que se iba a su habitación, así que supongo que está allí. —Asentí con la cabeza.

—Ocúpate de todo aquí, voy a comprobar que está bien.

—Ok, *bwana*.

—No tienes tú suerte. —Lo dejé con una sonrisa traviesa en la cara. Ese pequeño genio insolente no sabía realmente con quién estaba jugando. ¿Amigos? Puede, pero hay temas y momentos en que puede ser peligroso para su salud. Subí a la habitación de Sara, sabía dónde estaba, porque yo mismo la ubiqué allí. Estaba lo bastante lejos del resto de participantes, como para que no se cruzara con ninguno de ellos. Incluso revisé a cada huésped de toda la maldita planta, la mayoría parejas.

Llamé a la puerta, por cortesía, más que nada, porque durante el torneo, llevaría una llave maestra en el bolsillo. Al poco llegó una voz desde el otro lado.

—¿Quién es?

—Nick. —La puerta se abrió, y apareció una Sara seria, e incluso algo ojerosa. Estaba claro que no había dormido demasiado bien.

—Deberías descansar un poco, tienes mala cara.

—Ya, eso cuéntaselo a mis nervios.

—Vas a destrozarlos, Sara, lo sabes.

—No es eso lo que me preocupa.

—Quizás esto te tranquilice un poco. —Saqué un pequeño saquito del bolsillo y lo abrí. Dejé que la delicada joya cayese en la palma de mi mano bajo la curiosa mirada de Sara.

—¿Sabes lo que es un botón del pánico?

—Lo aprietas y suena la alarma.

—Pues aquí lo tienes, junto con un pequeño GPS.

—Sabrás en cada momento dónde estoy. —Alcé el teléfono para que viera el punto rojo marcado en la pantalla.

—Te tendré cada maldito segundo. Tú solo tienes que llevarlo siempre puesto. Incluso puedes bañarte con él, es sumergible a cincuenta metros.

—¿Y qué exactamente debo apretar?

—La piedra negra, aquí. —Apreté la abultada superficie durante dos segundos y el teléfono empezó a vibrar y parpadear como un loco. Realicé la secuencia completa de desactivación y lo volví a poner en alerta.

—¿Lo ves? Estaré pegado a tu culo en menos de dos minutos.

—Un alivio.

—También puedo quedarme a dormir aquí, si lo prefieres.

—No, está bien así.

—Entonces, descansa. ¿Quieres que te pida un vaso de leche caliente?

—No, mami. Estaré bien.

—Nos vemos mañana entonces. Vendré a recogerte. —Salí de la habitación y se me borró la sonrisa. Mami, ¡yo no soy mami!

Sara

—Tomen lugar en sus asientos. —Seguí la mirada de Nick, que me indicó una mesa, la más alejada a la derecha. La del Cowboy estaba en el extremo opuesto y me senté en un lugar que le daba la espalda.

—Son ciento ochenta y nueve jugadores, repartidos en veintiún mesas. De cada una de ellas, solo podrán quedar dos jugadores, cuarenta y dos en total, que pasarán a la segunda ronda. Se repartirán en seis mesas de siete jugadores. Aquí podrán solicitar fondos extras por valor de 5 000 dólares. De cada una de estas mesas pasarán tres jugadores, quedando dieciocho para las rondas de mañana. Estos cuarenta y dos jugadores deberán permanecer en el hotel-casino, el resto podrá retirarse. Mañana jugarán en tres mesas, con seis jugadores en cada una, pasando dos jugadores de cada mesa. Los seis jugadores que queden jugarán la partida definitiva. El último jugador en pie recibirá el premio de tres millones de dólares. —Todos los participantes guardamos silencio, como si esperásemos el pistoletazo de salida. Entonces el croupier jefe dio la señal.

—Damas y caballeros, a jugar. —Miré a mí alrededor. Todos con ropa de distinto tipo, algunos con auriculares en sus oídos, otros con gafas, gorras o sombreros... Había unas pocas mujeres, así que no era la única.

El crupier empezó a repartir y me concentré en el juego. Era extraño cómo centrarme en las cartas podía hacer que todo lo que me rodeaba dejase de importar. Solo estábamos nosotros siete y el mazo de cartas del croupier. Me centré en no ser la primera en salir victoriosa de mi mesa, por eso, cuando se cerraba una partida, levantaba la vista e inspeccionaba las otras mesas. Cuando dos de ellas se vaciaron, empecé a atacar sin piedad, era el momento de salir de allí.

Viktor

Tenía a Bobby trabajando en la central, rastreando los patrones de juego en las nuevas cámaras de la sala. Y sí, había varios contadores de cartas, pero ninguno como el Cowboy y la chica de Nick. ¿Que por qué la llamaba así? Porque me parecía que, aunque no lo reconociera, Nick se comportaba de una manera rara a su alrededor. Era algo más que preocuparse por su seguridad. Lo sospeché cuando escuché aquella conversación extraña entre ellos después de la primera partida, pero lo supe cuando Sara llegó con aquel vestido que Lena le había comprado y Nick la acompañó a casa. Sí, protección... Ahí había saltado una razón totalmente diferente a la de la protección. Por experiencia, sabía que uno mismo era el último en verlo, así que dejaría que mi hermano se diera cuenta por sí solo. Sería divertido ver cómo aquellos dos llegaban a

puerto.

—Jefe, tengo al Cowboy en línea.

—Bien, pásame la llamada. —No es que el Cowboy me estuviese llamando a mí, precisamente, pero yo escucharía esa conversación. El clic del acoplamiento sonó en mi auricular.

—*¿Qué tal te ha ido?*

—*Bien, he pasado a la siguiente ronda, como esperábamos.*

—*¿Cuántos han fallado?*

—*Al final consiguieron más jugadores, solo han perdido once plazas.*

—*Son unos cabrones con recursos, esos rusos.*

—*Con las deserciones nos ha salido el tiro por la culata, porque se quedaron con el seguro de no reembolso de todos ellos, y reemplazaron casi todas las plazas.*

—*Eso no estaba en el plan, pero tampoco hemos perdido todo. Asegúrate de conseguir el saco de dinero.*

—*Cuenta con ello, Benny.*

Así que Benny. Podía ser el mismo Benny del que huía Sara. Si así era, solo podía ser una persona: Benedetto Corsetty. Era el sobrino del gran capo de la mafia italiana allí en Atlantic City. No es que fuera muy listo, pero era muy ambicioso y le gustaba hacerse el duro. Puede que eso funcionase con la gente común, pero no lo hacía con la gente que realmente estaba en el negocio. Había gente peor que él, mucho peor. Puede que los Vasiliev no fuéramos unos desalmados, pero todo el mundo sabía que no se jugaba con nosotros, porque habría consecuencias, devastadoras consecuencias.

Capítulo 16

Nick

Estuve toda la puta mañana vigilando al Cowboy y a Sara, intentando descubrir si el tipo desviaba la mirada hacia ella, pero no ocurrió. Cuando terminó la primera ronda, esperé a que los jugadores salieran de la sala para su descanso. El hotel-casino proveía un bufet de comida para que aquellos que habían pasado la primera criba pudieran retomar fuerzas. O si lo preferían, podían ir a su habitación para descansar. Cuarenta y dos personas serían más fáciles de controlar que casi doscientas.

Viktor tenía un equipo especial cubriendo el torneo, así que yo solo tenía que preocuparme de pegarme al culo de Sara, y eso no iba a ser un problema. Ese culo... ese culo se estaba dirigiendo al bufet en ese momento. Caminé hacia ella y me incliné hacia su oído para que solo ella me escuchara.

—Será mejor si comes en tu habitación. Ya di orden para que lo tuviesen todo preparado. —Ella alzó sus ojos hacia mí.

—Eso les diría a todos que soy tu protegida, y no queremos llamar su atención, ¿recuerdas?

—Desde mi punto de vista, que te lleve a la habitación solo les dirá que quiero meterme en tus bragas.

—¿Eso crees?

—El 94 % de los participantes son hombres, así que dame ese voto de confianza, conozco las mentes de los que son como yo.

—Así que te gustaría quitarme la ropa, ¿eh?

—Desde el momento en que te vi con ese minúsculo vestido dorado —Sara abrió los ojos como platos, e incluso se puso un poco colorada, pero su sonrisa traviesa... Oh, señor, contradecía todas las demás señales. Una puñetera jugadora de póker. No sabía lo que había en su cabeza, pero todas las alternativas tenían que gustarme.

—Así que hice una buena elección, el dorado es tu color.

—No, cariño. Le pongas lo que le pongas a este trasero, será de mi color.

—Mmm, un hombre de culos.

—No te quepa duda. Me muero por poner mis manos ahí y...

—¡Buscaros una habitación! —Genial, lo que dijo ese tipo era lo que debíamos hacer. Cogí la mano de Sara y empecé a llevármela a los ascensores.

—¡Eh!

—Estoy aprovechando la coyuntura. No te quejes. —Esperamos a los ascensores, mientras continuábamos con nuestro papel, porque había varias personas con nosotros y alguno podía ser un jugador. Posé una de mis manos sobre su cadera, mientras miraba sus ojos bien de cerca.

—Tienes unos ojos increíbles.

—Solo marrones.

—Brillan como estrellas.

—Serán las luces.

—No, eres tú. —El ascensor llegó y entramos en pelotón. Apretamos el botón de

nuestra planta y esperamos a que llegara nuestro turno. Yo no perdí el tiempo: antes de girarme hacia Sara, escaneé a las personas del ascensor y encontré un sombrero sospechoso. Así que me metí en mi papel con muchas más ganas. Le hice una pequeña seña a Sara y ella asintió, también lo había visto. La acorralé con mi cuerpo, tapándola de la vista del resto. Mi brazo tapaba su rostro, mientras mis dedos jugaban con su cabello.

—Tu pelo es tan suave.

—Deja de hacer el tonto y bésame. —Aquello me descolocó, ninguna chica había pensado que mis intentos de seducción fueran tontos. Sí, algunas se lanzaban en picado antes de que pudiera abrir la boca, pero, definitivamente, ninguna había dicho que... ¡A la mierda! Mi boca ya estaba sobre la suya, abriendo sus labios para que mi lengua la explorara como quería. Mi otra mano no perdió el tiempo y se deslizó directa al lugar que estaba grabado en mi GPS interior desde hacía... desde el primer momento en que posé los ojos sobre ese culo. ¡Oh, dios! Sí, aquel trasero era perfecto, jugoso pero firme, del tamaño perfecto para mi mano, sencillamente, el paraíso. El último timbre del ascensor nos devolvió a la realidad...

—Tenemos... tenemos que salir. —Le di un pequeño besito y la tomé de la mano para sacarla de allí. Éramos los últimos, no había nadie más. Pero mis precauciones no se habían limitado a accionar un botón por debajo de la planta de Sara, a la que accederíamos por las escaleras, también la había puesto en un ala del hotel en la que no coincidiría con Cowboy. Por eso sabía que el cabrón no debería haber subido en aquellos ascensores, pues no eran los que le correspondían. ¿Una confusión? No lo creía. Tenía algunas cosas que comentar con Viktor y Bobby.

Sara

Mmm. ¡Señor! El chico sabía besar. Y sus manos... eran grandes, fuertes, decididas, hambrientas, pero para nada rudas. Mi trasero daba fe de que lo habían tratado bien, demasiado bien. Y ese abdomen, esos deliciosos bultitos que toqué... el cabrón tenía una buena tableta de chocolate ahí escondida. ¿Camisa de botones? Ahora sabía por qué las llevaba, era la mejor manera de esconder toda esa mercancía. Pero no debía ponerme a soñar. Primero, solo era un trabajo para él y, segundo, era uno de sus calzoncillos, cuando me hubiese usado, cuando estuviese sucio, me cambiaría por otro limpio. ¿Merecía la pena abandonar mi sequía por él? Si iba a continuar trabajando para su hermano, no, no la merecía. Aunque si cumplían su palabra y me llevaba el saco de dinero, tal vez podía darme un capricho antes de desaparecer. Porque lo había pensado, mucho. Esos tres millones de dólares me permitirían salir del país y comenzar una nueva vida lejos de todos ellos, lejos de Benny, lejos de los Vasiliev, lejos del juego y sus problemas.

—Sara.

—¿Sí?

—Tengo que salir un momento. No abras a nadie, recuerda que yo tengo llave y soy el único que vendrá a esta habitación a buscarte. ¿De acuerdo?

—Sí.

—Bien, ahora come y descansa. La siguiente ronda empezará en una hora.

—Ok.

Viktor

—¿Estás seguro?

—Al 99 %. Pero Bobby nos sacará de dudas, ¿verdad? —La voz de Bobby sonó desde el otro lado del monitor.

—Lo tengo jefe, se bajó en el piso doce.

—Su habitación no está en esa ala del hotel, yo mismo lo puse con los demás jugadores en la zona sur.

—Vale, Nick. Entonces, u os estaba siguiendo o iba a visitar a alguien.

—Estoy en ello, jefe.

—Revisa los registros del hotel y las cámaras de seguridad, quiero saber con quién ha estado el Cowboy, cuándo y dónde.

—Sí, jefe, estoy en ello.

—Yo voy a volver con Sara.

—Ten cuidado, Nick. Puede que tengamos ratas en el barco.

—Lo tendré, hermano. —Volví a mirar el monitor en el que aparecía la puerta de la habitación de Sara. Por precaución, las dos habitaciones contiguas estaban vacías, y Alexis o Brown estarían en la habitación de enfrente. En estos momentos, esa habitación era tan segura como la cama del presidente de los EE. UU.

Capítulo 17

Nick

Cuando entré en la habitación, lo primero que hice fue buscar a Sara, pero no estaba. Por un momento pensé que me había desobedecido, que había salido de la habitación. Pero el sonido del agua corriendo me dijo que podía estar en la ducha. Ahora bien, eso no quería decir que realmente estuviese allí. Hacía tiempo que aprendí a no dar las cosas por hecho. «Creí» no era un tiempo verbal que fuera conmigo. Así que me fui hacia el baño y abrí la puerta con cuidado. Encontré una toalla cerca de la ducha, un montón de ropa y el cuerpo de una mujer al otro lado de la mampara de cristal esmerilado. No necesitaba verle la cara, ese culo era único. Aun así, la busqué. Su cabeza estaba apoyada contra los azulejos, como si pesara demasiado para que su delicado cuello sostuviese toda la carga. Entonces comprendí que fingía ser más fuerte de lo que en realidad era. Estaba asustada y podía entenderlo. Yo he crecido en este ambiente, convivo con el riesgo, aunque controlado. Ella había corrido tan lejos del peligro como había podido, y ahora la estábamos obligando a plantarle cara. Y eso estaba pudiendo con ella.

En silencio salí del baño, sin que ella notara mi presencia y esperé en la habitación. Pasaron como diez minutos y ella salió por fin. Se sorprendió un poco al verme, pero no demasiado.

—¿Ya es la hora?

—No, tranquila, todavía quedan diez minutos para irnos.

—¿Está todo controlado? —Sonreí y asentí. Controlado era una palabra que podía admitir, si hubiese dicho seguro ya no estaría tan convencido, no desde que el Cowboy había salido de su zona.

—Tenemos vigilado a todo el mundo y yo estaré siempre cerca. —Ella asintió y se terminó de peinar el pelo húmedo. No quería decirlo en voz alta, pero nuestro numerito de antes y la reciente incursión en su ducha... No necesita mucha aclaración.

Cuando llegó el momento, revisé el pasillo y salimos de la habitación. La guie con una mano en la espalda, mientras conversábamos sobre lo que venía después.

—¿Estás lista?

—Sí.

—Recuerda, si necesitas recurrir al reenganche, solo tienes que solicitarlo al croupier. Nosotros nos encargaremos de todo.

—De acuerdo. —Llegamos al salón, donde la mayoría de los jugadores ya estaban en sus mesas, incluido el Cowboy. Todo normal. Me dirigí a mi puesto de observador, encontrando alguna sonrisa por el camino y algún que otro ceño fruncido. Lo que no me gustó fue sentir cómo alguien se paraba a mi lado, y descubrir que era Viktor.

—¿Novedades? —Viktor reculó hacia la pared y yo lo seguí para darnos algo más de privacidad.

—El cabrón no fue a ninguna habitación.

—¿Qué? —Eso no encajaba.

—Se fue a las escaleras.

—¿Subió a nuestra planta?

—Salió veintisiete minutos después a la planta de la recepción.

—Demasiado tiempo para bajar doce pisos.

—Sabían que no hay cámaras de vigilancia en las escaleras, así que hay varias opciones. O subió hasta vuestra planta para ver en que habitación os metáis o tuvo un encuentro clandestino. Bobby está revisando las cámaras de vuestra planta, para ver si en algún momento se abre la puerta, pero no aparece en ninguna de ellas. Pudo simplemente vigilar y descubrir que utilizabais también las escaleras y seguís a vuestra planta o tener esa reunión, e incluso ambas cosas.

—¿Revisasteis las cámaras de las otras plantas? Alguien tiene que haber accedido a las escaleras en ese intervalo de tiempo.

—Sospechamos de un par de SUV en el aparcamiento. Sabemos que alguien salió del vehículo mientras este estaba parado frente a la entrada a la zona de ascensores, que sabes es la misma que la de las escaleras. El vehículo estaciona y después de un rato repite el proceso de forma inversa.

—No tiene pinta de ser algo improvisado.

—No, no la tiene.

—¿Sabemos de quién es el vehículo?

—Alquilado con un nombre falso. Bobby lo está buscando con las cámaras de la ciudad. —Sopesé las opciones y no me gustaba ninguna. Sabía lo que estaba pensando Viktor, así que tan solo lo expresé en palabras.

—Tendremos que subir nuestras apuestas.

—¿Te acuerdas de Alex Bowman?

—Joder, sí. —Yo podía ser bueno blanqueando el dinero de las apuestas ilegales, pero Viktor era el puñetero Aníbal haciendo planes.

Sara

La partida fue bien, e incluso no me preocupó estar en la primera mesa que sacó sus tres finalistas. Lo que sí me desconcertó fue que Nick no esperara a que el resto de las mesas terminaran. Estaba a mi lado casi antes de que mi culo dejara la silla.

—Tenemos planes, Sweetie.

—¿Planes? —Lo miré a la cara, y me encontré con esa traviesa sonrisa suya, que hacía que se me erizase el pelo de la nuca.

—Confía en mí. —Joder, sabía que estaba interpretando un papel y que varios de los jugadores de mi mesa ya estaban con la antena puesta.

Me llevó hacia la salida, pero en vez de salir hacia los ascensores de la vez anterior, me llevó hacia una entrada en la que ponía «Solo personal autorizado». Caminamos por un pasillo muy iluminado, con poca gente, a todas luces personal del hotel. Nadie nos dijo nada, como si supieran quién era él y que era normal verlo por allí. Se paró frente un ascensor, pasó una tarjeta por el lector y las puertas se abrieron. Lo primero que noté, aparte de que el tamaño era menor a los del resto del hotel, era que el cuadro de mandos contenía apenas cinco botones. Pulsó el último y empezamos a elevarnos.

—¿Dónde vamos?

—La familia tiene una zona privada. Pasaremos la noche aquí.

—¿Mi habitación no es segura?

—Esta zona está siempre vigilada y así daremos un descanso al personal de vigilancia de tu habitación.

—Entiendo. —Llegamos a una planta que tenía una distribución y una decoración totalmente diferente al resto del hotel. En vez de seguir el pasillo frontal, fuimos a una puerta a la derecha. Esperamos un rato y un chasquido metálico sonó antes de que la puerta se abriera. La atravesamos y se cerró de nuevo. Para mi sorpresa, estábamos en otro pasillo, aunque más pequeño. Avanzamos unos metros y nos detuvimos ante otra puerta. Nick la abrió y me indicó que pasara. Sí que debía ser una zona segura, porque no se puso a revisar la habitación antes de entrar.

Creo que mi boca se quedó atascada en el «Oh». Era como una gran habitación, con una cama grande, una mesa con un servicio para cenar, acceso a una enorme terraza y un par de puertas.

—Ahí están el baño y un vestidor. Seguro que encontramos algún pijama para ti.

—Eh... espera. ¿Voy a dormir aquí?

—*Vamos* a dormir aquí. —Miré la habitación de nuevo, sí, era enorme, pero solo había una cama, UNA.

Capítulo 18

Andrey

Hacía mucho tiempo que no veía a Alex, seis años para ser exactos, pero eso no quería decir que mi confianza en él hubiese mermado. Después de mi propia familia, era la única persona a la que confiaría mi vida. Quién iba a decir que, después de destrozarnos durante más de una hora con los puños, íbamos a terminar siendo amigos.

Alcé la vista hacia la puerta de la terraza, cuando escuché la puerta abrirse. Y ahí estaba, metro noventa y cuatro de irlandés bien trajeado.

—Alex —saludé.

—Andrey. —Estreché su mano, tirando uno del otro para darnos aquel fuerte abrazo que siempre nos dábamos en los reencuentros.

—Te veo bien, irlandés.

—No puedo decir lo mismo, ruso. Te noto desmejorado. —Alcé una de mis cejas y sonreí. Sí, el cabrón seguía manteniendo el cuerpo de un púgil, quizás con algo más de volumen del que recordaba. Yo, por fortuna o por desgracia, hacía tiempo que me había acostumbrado a solo mantenerme en forma. Ya no necesitaba resolver mis asuntos a golpes, como antaño.

—Ya sabes, la edad.

—Son solo dos años más, Andrey. Lo que yo creo es que te has ablandado. —Casi se me escapa un intento de risa desganada, pero no lo consiguió.

—¿Viktor te comentó algo sobre nuestro problema?

—Me dijo que se estaban colando algunos carroñeros del este en vuestra zona y que necesitabais un pequeño refuerzo.

—Benedetto Corsetty.

—El tocapelotas de Benny. Creí que su tío lo mantenía alejado de los problemas.

—Al parecer, le ha soltado la correa para que se lleve los problemas lejos de casa.

—Odio a los perros que cagan en el jardín del vecino.

—Entonces, ¿te apuntas para la patrulla de control animal?

—Con los Vasiliev, siempre. Os lo debo. —Y sonreí, no porque supiera que contaba con su gratitud y su ayuda, sino porque por unos pocos días, sería como volver diez años atrás, a nuestra época de universitarios. No sería lo mismo, pero volveríamos a pelear juntos.

Katia

Patás salió disparado hacia la puerta, señal inequívoca de que Viktor iba a travesar la puerta de entrada en 3, 2, 1...

—¡Eh, grandullón! Te estás acostumbrando a esto de los recibimientos, ¿eh?

—Creo que lo que ocurre es que quiere ser el primero al que le prestes atención. — Me acerqué a él y le di su beso de bienvenida. Toda una tradición desde que vinimos a vivir a esta casa. Bueno, antes también, pero al no ser nuestra casa no podía decir que era tradición. Cuando conseguí que me soltara el trasero, aparté el rostro lo suficiente

para ver sus ojos de cerca. Azules, mi marido los tenía siempre azules para mí.

—Antes de que lo olvide, mañana tendré que irme pronto.

—¿Trabajo en la oficina?

—Tenemos algo de jaleo con el casino de Yuri.

—¿Problemas?

—Estamos en medio de un torneo de póker. Jugadores, torneo y dinero, juntar eso ya son problemas.

—Pero tú podrás con ello, cariño.

—Eso tenlo por seguro. Pero como voy a estar muy ocupado, le he pedido a Sam que se pase por aquí. Por si lo necesitas.

—¿Y Blake?

—Estará fuera, como siempre.

—Vale.

—Y ahora, ¿qué tenemos para cenar?

—Filetes de pollo al yogurt, y trufas.

—Mmm, ¿y qué te parece si nos llevamos el postre a la habitación?

—Estás travieso.

—Es que, como tengo que madrugar, tengo que disfrutar de mi tiempo con mi esposa de otra manera, así que, a la cama prontito.

—Lo quieres todo.

—Todo no, solo lo importante. Y ahora, vamos a cenar. —Me alzó y dirigió mis piernas para que envolvieran sus caderas, sosteniéndome por mi trasero, mientras dejaba que jugueteara con su cuello. Me encantaba torturarlo con cosquillas en aquella zona.

Nick

—Estás muy callada. —No hacía falta ser un genio para ver que Sara estaba nerviosa, y sabía que no era solo por el torneo.

—Solo estoy algo cansada.

—Entonces será mejor que nos vayamos a dormir ya. —Noté ese leve instante en que su cuerpo se tensó, y lo supe. —Sara, solo será dormir.

—Sí.

—¡Por dios! ¿Has visto el tamaño de esa cama? Podemos dormir toda la noche, y movernos más que un niño, sin llegar a tocarnos.

—Yo... Nunca he... dormido con un extraño.

—¿Nunca has dormido con otra persona?

—Con mi padre, pero eso fue cuando huíamos de Benny.

—Pues hazte a la idea de que esto es parecido.

—Ya, es fácil decirlo.

—Si fuese una chica, ¿te sentirías más cómoda?

—No lo sé, probablemente sí.

—Pues entonces, imagina que soy una chica. Para ti, esta noche, seré tu amiga Nicka. ¿Qué te parece? —La vi sonreír y supe que iba por buen camino. Si le quitaba hierro al asunto y conseguía que se sintiera más cómoda, se relajaría lo suficiente para dormir.

—¿Cómo una fiesta de pijamas?

—Vale, una fiesta de pijamas. Ve a cambiarte. —Ella asintió y se fue al baño con el pijama que había escogido antes. Iba dirección al vestidor, cuando me detuve en seco, antes de que ella desapareciera tras la puerta.

—Pero como eso salga de aquí, te corto la lengua.

—Bobo.

—Lo que tú digas, pero no soy ningún gay de esos. Así que, si alguien pregunta, follamos como locos. —La escuché carcajearse mientras cerraba la puerta. Y sonreí, porque era un puñetero genio. Cogí un pantalón de pijama del vestidor, de esos de seda que usaba Yuri porque había que ser recatado, pero tampoco agobiarse. Soy de los que duerme en bóxer, así que ni loco me ponía una de esas camisas para dormir. Vestirse para ir a la cama, qué gilipollez. Si no fuese porque el «pequeñín» se emociona cuando me muevo en la cama, le dejaría al aire toda la noche. Pero ya se sabe, las zonas sensibles mejor cubiertas. Las chicas lo tenían peor, ellas tienen más zonas sensibles que cubrir. Solo con imaginar el constante roce en los pezones... Uf, deja de pensar en esas cosas Nikita, que el pequeño cazador se ha puesto a olisquear. Algo serio, necesito algo serio. Saqué mi teléfono y marqué el número de Andrey.

—Hola, Nick.

—Buenas noches, Andrey. ¿Te encargaste de nuestros invitados?

—Sí, está todo listo.

—Entonces, nos veremos mañana por el casino.

—Como en los viejos tiempos.

Capítulo 19

Andrey

Cerré la línea y me quedé un momento mirando al vacío. Los viejos tiempos, cuando todos los hermanos solo nos preocupábamos por vivir el momento sin pensar en el mañana. Ahora es el mañana y no es como creía que iba a ser. No sé, tal vez esperaba tener a alguien como hizo papá, como Viktor... O tal vez yo no soy el indicado. La familia es todo lo que tengo y tampoco voy a hacerme cargo de ella, no, eso se lo dejo a Viktor. Él será perfecto como sustituto de papá. Yo... A mí me sobra con el bufete de abogados, con ocuparme de todos los temas legales y fiscales, de mantener sus culos lejos de la cárcel. Cada uno es bueno en lo suyo, y lo mío son las leyes. Tengo todo lo que necesito, sin las responsabilidades de ser el heredero y, aun así, noto que me falta algo. Hay un hueco dentro de mí, que no tengo ni idea de cómo llenar, porque no sé qué es lo que me falta. Tengo un buen trabajo, que disfruto, una familia a la que quiero y que me ama, tanto dinero y poder como un hombre pueda desear sin volverse loco, una mujer sexy y preciosa que me da todo lo que le pido, pero algo me falta. O tal vez es lo que me dijo una vez Nick, que me estaba convirtiendo en un hombre de hielo.

—Andy, tesoro. Me estoy enfriando. —Levanté la mirada para ver a Lisa apoyada en el marco de la puerta, su pelo rubio cayendo sobre sus hombros, sus labios de un rojo intenso, su piel blanca resaltada por aquella escasa lencería de color negro. Mi pene se levantó por instinto, anticipando lo que iba a venir, porque, aunque sea un hombre de hielo, sigo necesitando esas cosas. Sexo, intenso y agotador, lo que me recomendó el médico para el estrés; por eso no lo tengo, porque me medico con frecuencia.

Caminé hacia Lisa mientras me quitaba la chaqueta y la corbata. Me detuve delante de ella, al tiempo que veía como se pasaba la lengua seductoramente por los labios. Sí, es una golosa que sabe apreciar el buen material y no soy modesto, un Vasiliev no puede serlo, porque la genética nos ha bendecido y hacemos nuestro trabajo para ayudarla. Mi chica empezó a arrodillarse, al tiempo que fue soltando el cinturón y el botón de mis pantalones. Ya estaba sobre sus rodillas cuando me bajó la cremallera. Sabía lo que quería, llevarme al límite lo antes posible para terminar conmigo y con su obligación de satisfacerme. Pero soy un Vasiliev y si algo hacemos es pelear hasta el final, incluso con el sexo. No se lo iba a poner fácil y cuando lo consiguiera, exigiría más, hasta que quedara tan exhausto que no pudiera moverme. Y después me dormiría.

Sara

Después de ducharme y ponerme ese suave camisón de seda, me dirigí a la cama. Nick estaba quieto mirando por el gran ventanal, abstraído en sus pensamientos, a mil millones de años luz.

—Ya puedes usar el baño. —Se giró hacia mí y me dedicó una pequeña sonrisa. Parecía tan diferente al Nick de hace un momento... Había dos partes en él, la risueña

y divertida y la seria que hacía su trabajo con eficiencia. Era difícil creer que convivían en armonía, pero él lo conseguía. Lo seguí con la mirada mientras desaparecía por la puerta del baño. Escuché el agua correr y lo sentí cuando entró de nuevo en la habitación. Llevaba uno de esos pantalones de pijama de seda de color gris oscuro. ¡Madre del amor hermoso! Ese cuerpo podía haber participado en la película de 300 y no haber necesitado retoque alguno. Lo seguí con la mirada hasta que se metió bajo las sábanas y se tapó con ellas. ¿En serio? Se tumba boca arriba, con las manos bajo la cabeza, marcando esos bíceps, ese torso, ese abdomen tableado, ¿y el idiota no se aprovecha de ello? Si fuera una mujer como las que andan por ahí afuera, habría saltado sobre él y me lo habría comido de postre. Lo malo es que no tengo ni idea de cómo comer algo así. Mi primera vez fue hace demasiado tiempo, y entonces fue con un chico, un proyecto de hombre, y esto... ¡Mierda! Era como comparar un triste petardo, con el puñetero 4 de julio. Demasiado para mí; tenía que reconocer que estaba amedrentada.

—Duerme, Sara. Mañana va a ser un día duro, pero tendrás tu recompensa.

—Tres millones. Pero todavía no los he ganado.

—Confío en tus aptitudes, sé que vas a ganar.

—El Cowboy puede haber actualizado las fórmulas. Una competición no es lo mismo que una timba de póker entre amigos.

—Por eso no te preocupes, lo tenemos todo controlado. Confía en mí. Mañana vas a ser tú contra solo un puñado de hombres y los vas a destrozar. —Giró la cabeza hacia mí, bajó su brazo y me hizo señas para que me acercara. —Ven aquí. —Obedecí mansamente, pegándome a su costado y recostando mi cabeza sobre su bíceps. —Si confiaras en ti la mitad de lo que yo lo hago, no le dedicarías al torneo ni un solo pensamiento.

—Es difícil hacerlo.

—Siempre puedo intentar distraerte. —Alcé la vista para encontrar su sonrisa picarona y ambos sabíamos que sí que encontraría más de una manera de conseguir su objetivo, pero no podía permitirme caer, no con él. Es como un bombón de chocolate cuando estás a dieta, sabes que es delicioso, te tienta hasta llevarte al límite, te resistes. Si caes, todo tu esfuerzo será en vano, pero si resistes, te sientes más fuerte.

Nick

No fue la luz de la mañana lo que me despertó, no fue el sonido del despertador. Fue esa suave caricia que recorría mi piel con delicadeza. No necesitaba abrir los ojos para saber lo que vería. Sara estaba parcialmente sobre mí, sus piernas enredadas con las mías, su mejilla apoyada sobre mi pecho y su mano... Aquella traviesa mano iba trazando el contorno de mis músculos abdominales con efectiva decadencia. Estaba más duro que un tronco de bambú —es lo que tienen los amaneceres de los hombres—, pero aquella mano exploradora me ofrecía más que una caricia directa sobre la zona en cuestión. Sus dedos llegaron a la zona donde terminaba la piel y empezaba la tela del pijama, pero no se detuvieron. La punta de sus dedos se deslizó peligrosamente bajo el elástico y no pude callarme.

—No me provoques, porque muerdo. —Su cara se alzó sobresaltada. Sus ojos eran dos pozos oscuros y profundos, sus dientes mordían el labio inferior solo un segundo

antes de que su lengua lo lamiera; y entonces perdí el sentido. La volteé con rapidez y me coloqué sobre ella, dejando que mi cuerpo le dejara bien claro al suyo que no tenía escapatoria. No dijo nada. Su boca estaba entreabierta y, como si reaccionara instintivamente a su invitación, salté sobre ella para tomarla.

Capítulo 20

Sara

Cuando desperté, lo primero que noté es que mi almohada respiraba y estaba caliente. Y después, que esa almohada era Nick y que seguía dormido. Con toda aquella carne prieta y perfecta bajo mi mano, ¿cómo iba a resistirme a tocarla? Así que lo hice. Pasé mis dedos sobre aquella superficie tentadora y me deleité con su tacto. Era suave, firme y tremendamente seductora. ¿Sería todo igual? Sí, ya no soy una adolescente y quizás ese sea el problema, que no me desfogue cuando era mi momento y ahora estaba muy necesitada de ello. Pero, si me arriesgaba a aquello ahora, ¿estaría preparada?. Reconozcámoslo, ya no era una niña, pero Nick Vasiliev estaba mucho más lejos que yo de serlo. Su forma de besar, su forma de tocar, incluso su forma de controlarse, decían que sabía mucho sobre el tema. Quizás demasiado. ¿Qué le pediría a una mujer? Fuese lo que fuese, era algo que yo no podría darle, pero me podía la curiosidad de saber qué era él capaz de darme.

—No me provoques, porque muerdo. —Sus palabras me sorprendieron, porque no me di cuenta de que estaba despierto. Pero más allá de la amenaza, supe que había estado quieto, no sé si disfrutando, pero sí dejando que yo explorara, que saciara mi curiosidad. Por un segundo, deseé que me mordiera, que perdiera ese control que mantenía la distancia del inocente flirteo, del control que utilizaba para asustarme y alejarme. Y como si mis deseos hubiesen sido escuchados, el depredador se lanzó sobre mí. Podía ser joven, ser inexperta y no saber lo que me depararía ese hombre, pero estaba dispuesta a aceptar el reto. Lo quería, necesitaba probarlo para decir después «lo hice y fue con él».

Cuando su mano empezó a ascender por mi pierna, retirando la suave tela del camisón a su paso, supe que iba a tomarse su tiempo. Sus labios jugaban con mi boca, como si darme y quitarme fuera algo más que una deliciosa tortura para ambos. Era un provocador. Sus dedos rozaban aquellas partes importantes, haciéndome desear que las alcanzara, pero no haciéndolo realmente. Era como llegar a casa y quedarse en la puerta, y lo odiaba por eso, pero no quería que dejara de hacerlo porque sabía que habría más.

—No voy a permitir que te arrepientas, Sara. Pero éste es el momento en que dices que me detenga, porque no habrá opción después. ¿Sigues conmigo, Sara? —Mi cabeza asintió porque yo no podía formar palabras, no podía. Él le había robado a mi boca la capacidad de hablar.

—No, Sara, necesito oírte. Dime que quieres continuar Sara, dímelo.

—Quiero. —Entonces, como si de un animal adiestrado por su amo se tratara, Nick dejó el control fuera y se lanzó a tomar y dar tanto como ambos necesitábamos. Me alzó hasta que ambos quedamos de rodillas sobre la cama. Sus manos ascendieron por mis costados, hasta obligarme a alzar los brazos y retirar el camisón de mi cuerpo.

—Dios, eres preciosa. —Y lo decía él, al que estaba dispuesta a morder como si fuera un trozo de pizza caliente. Mis dedos se deslizaron por su marcado abdomen, hasta llegar al lugar donde la tela ocultaba aquella parte que quería explorar. Ninguna

palabra, ninguna mano, nada impidió que deslizara la tela para descubrir lo que había debajo. Y, ¡oh, dios mío!, era mejor de lo que me imaginaba. Era una única tabla que llegaba hasta un pequeño montón de rizos oscuros, de los que sobresalía un mástil listo para enarbolar la bandera.

Deslicé mis dedos por la cálida y dura superficie, recreando al condenado que iba a saltar de la plancha de aquel barco. Su respiración se entrecortó y sus manos entraron en acción. Me recostó con delicadeza sobre las sábanas, y volvió a explorar mi cuerpo con avidez, encendiendo cada parte, cada pequeño rincón que deseaba ser explorado. Estaba preparada, sus dedos exploraron y confirmaron que estaba lista, pero, aun así, siguió con la tortura. Su lengua se recreó en mi piel, mis pechos, mis costillas, mi vientre... y siguió descendiendo hasta perderse en el valle entre mis piernas. Sentí cómo me saboreaba, cómo torturaba aquellos labios como antes hizo con mi boca, haciendo que algo dentro de mí creciera en forma de súplica. Alzó su cabeza cuando estaba casi a la puerta de llegar a lo que fuera que me esperase al final de aquello. Reptó por mi cuerpo, deshaciendo el camino que hizo al bajar, cuando ya casi estaba a punto de llegar a...

—¡Joder! —Saltó de la cama y empezó a buscar entre sus ropas del día anterior. Aunque agradecía la vista de aquel cuerpo tan perfecto, aquel trasero tan «mordible», no podía estar más frustrada. De un salto, volvió a la cama, me besó fugazmente y me mostró el objeto que nos había interrumpido. Un preservativo—. Casi haces que lo olvidara. —Rompió el pequeño paquete de aluminio con los dientes, se lo colocó con celeridad y se quedó suspendido contra mí, como esperando a que lo rechazara.

—¿Quieres hacerlo de una vez? Me estás... Mmm —No pude terminar porque su boca se fundió con la mía y su cuerpo empezó a abrirse camino dentro del mío, lenta y deliciosamente invasivo. Y no, no se parecía para nada a mi primera vez, ni a la segunda. Definitivamente, esta tercera era la mejor de todas.

Nick

El cuerpo de Sara era todo pureza, sencillez, sin artificios, perfecto. No había en él ningún olor que lo saturara, ningún sabor que lo adulterara. Era ella en estado puro y sabía cómo debía saber el cuerpo de una mujer, a éxtasis, a placer y a deseo. Ella lo tenía todo, ni grande ni pequeño, sino el punto perfecto. Todo natural, sin falsedades. Era Sara, era mi Sweetie, mi dulce.

No me costó llevarla a la cima, llevarla al orgasmo, porque con ella tan solo se trataba de dejarse llevar, de sentir. Todo estaba en Sara, solo tenía que cogerlo y pedir más. Fue increíble sentirla convulsionar debajo de mí, sentir cómo sus paredes me aprisionaban y, mejor aún, sentir a mi propio cuerpo dejándose guiar al clímax supremo. Cuando mis ojos regresaron a ella, a su dulce rostro, sentí que mi mundo había cambiado. Esto ya no sería lo mismo con cualquier otra, esto solo lo obtendría con Sara.

Entonces supe que estaba perdido, que ella había ganado esta partida y también ganaría todas las demás, jugara con quién las jugara. Comprendí a Viktor. ¿Por qué seguir deambulando en otros prados? Ella era lo que no quería perder.

Capítulo 21

Sara

El agua me resbalaba por los brazos mientras sentía a Nick frotando el jabón en mi espalda con sus propias manos. Me sentía rara, porque aquel acto me provocaba sentimientos contradictorios. Soy una adulta que ha vivido sola y totalmente independiente desde los dieciocho. He aprendido a cuidar de mí misma, no necesitaba a nadie y menos para cumplir con mi propio aseo. Así que tener encima las manos de otra persona haciendo mi trabajo era algo... extraño, vergonzoso. Pero, por otro lado, las manos de Nick me estaban tratando como si fuera la pieza más delicada de la vajilla, había cuidado, mimo y delicadeza en su toque. Se estaba tomando su tiempo con ello, como si no fuera solo el lavar mi cuerpo lo que estuviese haciendo, sino revisando centímetro a centímetro, comprobando que todo estaba en su lugar, comprobando el aspecto que tenía y que estaba bien. Puede sonar raro, pero me sentía como un bebé al que su madre estuviera bañando por primera vez.

Sentí sus dedos deslizarse con calma por mi espalda y detenerse en mi trasero, acunando los cachetes en sus palmas.

—Tienes un trasero perfecto.

—Supongo que está bien. —Su mano derecha me apretó, clavando sus dedos en la carne, pero sin llegar a ser doloroso. El calor de su cuerpo se irradió al mío por la proximidad, al tiempo que podía ver su perfil junto a mi cabeza. Su boca muy cerca de mi oído, su voz ronca y profunda.

—He dicho que es perfecto, no que esté bien. Hay mucha diferencia. Y créeme, sé de lo que hablo. —Depositó un suave beso en mi cuello y su calor se alejó segundos antes de que la puerta de la ducha se abriera—. Será mejor que nos pongamos en marcha, si no, no saldremos de la ducha en toda la mañana.

Tragué saliva, porque podía imaginar las maneras en que Nick podría entretenerme todo ese tiempo, mientras el agua caliente nos seguía mojando. Antes de salir, me tomó de la mano y me sacó de allí, para que me metiera en la toalla que sostenía entre sus brazos. Estaba tentada a cerrar los ojos mientras él se dedicaba a secarme con dulce eficiencia. Cuando terminó, me envolvió con la toalla y sus brazos al mismo tiempo, dejando mi espalda bien pegada a su pecho. Su barbilla rasposa por la barba incipiente se deslizó por mi cuello con delicadeza.

—Esto no ha sido solo un revolcón, Sweetie. Este es tan solo el primero. Tú no eres para usar y olvidar, que te quede claro. —Asentí con la cabeza. Nick me besó en la mejilla y me dio un ligero cachete en el trasero mientras se alejaba—. Vamos a vestirnos antes de que mande todo a la mierda y cometa una locura.

—Tengo que ir al torneo.

—Precisamente por eso.

Nick

No podía dejar de observarlos a todos, pero mi vista volvía una y otra vez a Sara. Estaba en mi lugar de siempre, en la periferia de la zona de juego con los brazos

cruzados sobre el pecho. No necesitaba prestar atención a lo que iba a transmitir el croupier principal a los jugadores, de hecho, estaba más interesado en no perder detalle de la expresión de uno de ellos en concreto, aunque sabía que Bobby estaría analizando todas las reacciones en tiempo real.

—Damas y caballeros, con el objetivo de que no sean molestados e interrumpidos, el uso de móviles queda restringido desde este momento. Pueden utilizar sus aplicaciones de música, pero no podrán acceder a ninguna señal externa, ya que las comunicaciones serán interrumpidas. La única transacción permitida será el acceso a la terminal central, con la que podrán realizar sus transferencias de efectivo si solicitan el incremento de fondos de reserva. —Y ahí estaba, el Cowboy había perdido el color. Sí, hijo de puta, estás solo. Hemos cortado tus transmisiones. Un inhibidor de señal, amplificado para cortar los recursos para los tramposos como tú. Aquí se venía a jugar limpio.

Las partidas en las tres mesas se desarrollaron con normalidad, salvo por el hecho de que el Cowboy sufrió lo suyo y fue el tercer eliminado de su mesa. Cuando abandonó la sala, sabía que uno de los hombres de Viktor lo seguiría y que las cámaras de seguridad no le perderían esta vez. Bobby había instalado varias cámaras inalámbricas en puntos estratégicos de las escaleras, algo provisional que debería subsanarse en el futuro, porque nosotros aprendíamos de nuestros errores. Si no estábamos instalándolas en aquel momento, era porque no queríamos levantar la liebre. Tenían que seguir creyendo que nos llevaban ventaja.

Un movimiento de Sara llamó mi atención. Parecía que no acababa de sentirse cómoda en el asiento y eso me hizo sonreír. Sí, la culpa de eso era mía. Sabía que había fuego dentro de ella, sabía que era una hembra salvaje, pero su curiosidad al explorarme, su vacilación en algunos momentos y su apretado interior me dijeron que tenía muy poca experiencia. ¡Y maldita sea! Sentaba bien ser yo quien le enseñara aquel camino.

—Seguro que sé de dónde viene esa sonrisa de tu cara.

—No estoy distraído, Viktor.

—No he dicho eso. Así que... la noche ha estado interesante.

—Más bien la mañana.

—Mmm, pensaba que eras más rápido.

—No tenía en mente que ocurriera.

—Pero ha ocurrido.

—¿Tienes al Cowboy cubierto?

—Está en su habitación.

—¿Alguna llamada?

—No ha usado el teléfono.

—Eso no quiere decir que no se esté comunicando.

—Lo sé. Bobby consiguió cortar la comunicación aquí en la sala de juego, pero no piratear la señal.

—¿No pusiste micrófonos en su cuarto?

—Algunos, pero hay maneras de hacer que no sirvan de nada, ¿verdad? —Ambos sabíamos que siempre había una manera de burlar un micrófono. Bastaba con ir al baño, abrir los grifos, y meterse en la ducha. Nadie se ponía a hablar en la ducha, y los

micrófonos no aguantaban bien la humedad y el calor.

La mesa de Sara empezó a vaciarse, señal de que ya solo quedaban los dos finalistas. Era el momento de salir de la sala de juego. Como el día anterior, había dado órdenes de llevar comida a la habitación de Sara.

—¿Está todo listo? —Viktor acarició el auricular oculto en su oreja y me sonrió.

—Bowman está en posición.

—Bien, entonces es hora de irnos.

Andrey

Las cámaras del puesto de vigilancia que había instalado Bobby mostraban todo el recorrido que estaba haciendo Nick con la chica. Nuestros hombres tenían cubiertos el garaje, las escaleras y la entrada principal desde primera hora de la mañana, incluso antes de que los jugadores hubiesen abandonado sus habitaciones. Una de las pantallas empezó a centellear en rojo y Bobby corrió hacia el teclado para pasar la imagen al monitor central.

—¿Qué mierda...?

—¿Qué ocurre?

—Tengo una coincidencia con la matrícula y el vehículo de ayer.

—¿El del aparcamiento subterráneo?

—Sí.

—¿Dónde está?

—Ese es el caso, acaba de detenerse en la zona de servicio del lateral del hotel.

—¿Detenerse?

—Sí, ha parado y no tiene pinta de moverse. —Extraño. ¿Por qué iría a pararse en el exterior del edificio? Miré el monitor de la derecha, donde veía a Nick y Sara saliendo del ascensor y dirigiéndose a las escaleras para subir a la planta superior.

—¿Hay algún acceso al hotel desde ahí?

—Ninguno, no hay puertas, ni ventanas bajas, es una pared alta, salvo que ahí...

—¿Qué hay ahí?

—Están debajo de lo que sería la ventana de la habitación de Sara, pero hay 16 plantas hasta ella. —Me incliné sobre el monitor, buscando con la mirada alguna pista de lo que aquello significaba. Había una frase que Arthur Conan Doyle ponía en boca de Sherlock Holmes cuando la situación se enredaba: «Una vez descartado lo **imposible**, lo que queda, por **improbable** que parezca, debe ser la **verdad**». Lo imposible en este caso es que accedieran a la habitación por ahí, y mucho menos que arrojaran a Sara desde esa altura, porque nosotros no teníamos esos andamios colgantes para limpiar ventanas. Pero...—¿Tenemos cubierta la terraza superior?

—No, pero mandaré a alguien para allá enseguida.

—Quiero ver imágenes de la azotea. —Bobby tecleó y las imágenes aparecieron en uno de los monitores. No había nadie allí, al menos que pudiera verse. ¡Mierda! Necesitaba ver quién estaba en ese puñetero coche.

—Manda a un guarda de seguridad allí abajo, si no puedo ver lo que hay allí, que lo saquen de la zona.

—Ahora mismo. —Abrí el canal de mi comunicador y esperé que los del otro lado escucharan.

—Tenemos compañía en la carretera exterior del hotel. —Volví hacia la imagen de Sara y Nick en el monitor y los vi desaparecer por la puerta de su habitación. Teníamos su audio en línea porque Bobby había pirateado su teléfono. Después de que Nick se negara a poner alguna cámara o micros en la habitación, era la única alternativa que había encontrado Viktor. Y ahora, agradecía esa previsión por su parte. La voz desconocida que sonó en los altavoces de la sala hizo que todos apretáramos el culo.

—Hola, Sara. Cuánto tiempo sin verte.

Capítulo 22

Sara

Benny. El cabrón de Benny estaba sentado en mi cama, con esa sonrisa engreída y arrogante en la cara. La puerta la cerró a nuestras espaldas uno de sus hombres y supe que nuestra huida era imposible. La mano de Nick sostenía firme la mía, dándome una falsa sensación de seguridad. ¿Se atrevería Benny a secuestrarme delante de un Vasiliev? ¿Nick lucharía? Estaba segura de ambas cosas, al menos más de la primera. Revisé el cuarto con la mirada buscando algo que pudiera ayudarnos. Eran cinco hombres, contando a Benny; uno en la puerta, Benny en la cama, dos en los flancos y otro pisando la espalda de alguien maniatado en el suelo; un camarero, a juzgar por el uniforme del restaurante y el carrito de comida descartado en uno de los laterales.

—Sara, Sara. Te dije que no hicieras estupideces y aun así tu padre y tú os escapasteis.

—Tú le mataste, Benny.

—Os avisé a ambos de que yo no jugaba.

—No voy a ir contigo, Benny.

—Discrepo, vas a hacerlo y no vas a presentar resistencia, ninguno de los dos lo vais a hacer. —Entonces Nick habló por primera vez. Su voz calmada, clara, pero a la vez oscura e intimidatoria.

—No sabes con quién te estás metiendo.

—Oh, creo que sí, Nicky. El pequeño Vasiliev. Una lástima que le hayas cogido cariño a mi jugadora, porque no vas a volver a ponerle una mano encima. Es mía.

—Ni lo sueñes. Ahora me pertenece y yo cuido de lo que es mío.

—Va a venir conmigo y tú no vas a poder impedirlo.

—No volverá contigo.

—¿Seguro? Salva, ¿podrías mostrarle a la chica la razón por la que hará todo lo que le pida? —Uno de los hombres se acercó a mí e intentó cogerme del brazo. Nick se lo impidió. Pero antes de que empezara la pelea, Benny intervino con su voz hastiada.

—Solo va a acercarla a la ventana, Nicky, para que vea quién ha venido con nosotros de visita a Las Vegas. —Nick asintió cuando pareció entender que podría haber alguien allí que sí me interesara ver. Caminamos lentamente hacia la ventana, Nick manteniéndose entre el tal Salva y yo. Cuando miré por el cristal vi la calle allí abajo. A esta distancia no podría reconocer a nadie.

—Aquí, Sara, tu madre quiere saludarte. —Miré desconfiada hacia el teléfono que me tendía Benny, lo cogí y escuché una voz masculina que amenazaba a alguien para que hablara.

—¿Sara, estás ahí? —Podían haber pasado años, podría haber creado una nueva vida, pero no olvidaría la voz de mi madre.

—¿Mamá? —Escuché sus lágrimas mientras agradecía a Dios que estuviese viva, al tiempo que alejaban el teléfono de ella. Cuando miré hacia la calle, vi que había una mujer a la que sujetaban mientras la arrastraban fuera de un coche. Hacían señas hacia arriba y su pequeño rostro intentaba ver algo que no podría distinguir a esta

altura: a mí detrás de un cristal.

—Mi teléfono, si no te importa. —Tiré el teléfono a Benny. Tenía a mi madre y ambos sabíamos lo que ocurriría si no iba con ellos. No podía permitirme perder a otro, incluso sabiendo lo que me esperaba si aceptaba. Al menos, ella seguiría viva, aunque tampoco aquello iba a ser vida. Me giré hacia Nick, para intentar decirle que lo sentía, que debía hacerlo, pero, sobre todo, darle las gracias. Gracias por haberse preocupado por mí, por haber intentado mantenerme a salvo, por haberme dado mis mejores momentos. Al recordarlos, me sentiría feliz de haberlos vivido. Y pedirle perdón, porque iba a rendirme. Pero al mirarlo, vi que su atención estaba allí abajo, en el lugar donde estaba mi madre. ¿Entendía realmente dónde me encontraba? ¿Comprendería mi rendición? Solo tenía una escapatoria. «No te resistas Nick, no pelees». Era lo único que repetía en mi mente, como intentando transmitírselo a él. No podía ver cómo lo lastimaban, no quería que él también sufriera por mi culpa.

Como si hubiese tomado una decisión, Nick alzó la cabeza de nuevo y me miró, pero aquellos ojos no eran los de una persona que se rinde, aunque tampoco eran los de una persona que se rebela, no. Estaban fríos, inexpresivos.

—Será mejor que nos demos prisa, Sara. Hay un torneo de póker y lo vas a ganar para mí.

—No trabajaré para ti, Benny.

—No le queda otra opción.

—La única opción es decidir en qué punto te voy a romper la columna vertebral. No volverás a andar, Benny, pero estoy sopesando dos posibilidades: dejar que tus manos puedan apretar el gatillo de una pistola para suicidarte o dejarte paralizado de cuello para abajo.

—Muy gracioso, Nicky. Pero ahora no tengo tiempo para tu bravuconería.

—Tiempo es lo que se te ha acabado, *ahora*. —Me empujó contra el suelo, muy cerca de la protección de la cama. Mi rodilla fue la primera en impactar, luego mis manos y por último cayó mi fuerza. Nick había decidido luchar, mis súplicas no habían servido de nada.

Nick

Amo a mi hermano Viktor y sus enrevesadas maneras de pensar. Él esperaba que esto ocurriese, por eso se empeñó en que llevara el maldito auricular en la oreja todo el tiempo. Quería que estuviese al tanto de todos los pasos que se seguían y bien que nos vino.

El cabrón de Benny creía que tenía todo bajo control, pero no era así. Por eso lo amenacé con romperle la espalda, porque tenía la confirmación de que Andrey estaba al otro lado de la puerta y de que los hombres de refuerzo estaban cerca. Yo no soy un bocazas arrogante, sé que tengo que mantener la boca cerrada cuando la integridad de otra persona está en riesgo. Lo único que quería era ganar tiempo. Vi por la ventana cómo nuestros hombres se hacían con la situación allí abajo y sacaban a la madre de Sara. Recibí la confirmación por el auricular. Ahora solo quedaba el golpe final. Solo necesitaban mi señal para entrar aquí y reducir a esos gilipollas. Miré de soslayo al camarero que estaba tendido en el suelo, con sangre saliéndole de la boca y el zapato de uno de los hombres de Benny clavándose en su espalda. Era Alexis, nuestro Alexis.

Y sabía que podía patear a ese hombre cuando quisiera. Ya éramos dos en la habitación. Revisé la posición de los hombres de Benny por última vez. Uno cubriendo la puerta de entrada, dos a ambos lados de Benny, otro sobre Alexis y Benny. Estaba claro quién iba a ir a por quién. Benny era mío, solo tenía que poner a Sara a salvo. Tenía que sacarla de la línea de visión del enemigo para que nuestro trabajo fuera más fácil. Apreté el culo y me preparé para empujarla contra el suelo para que la cama le hiciera de escudo, mientras el infierno se desataba en aquella habitación. Y di la señal.

—Tiempo es lo que se te ha acabado, **ahora**. —Sara ya se estaba cayendo cuando toda la acción empezó a reproducirse en perfecta sincronía. Alexis ya estaba derribando al tipo que pensaba que le tenía sometido y la puerta principal y las laterales que comunicaban con las dos habitaciones contiguas se abrieron con milésimas de segundo de diferencia. Tres hombres entraron en la habitación, disparando Tasser sobre los tres hombres de Benny y apuntando con otra arma a otro de los hombres de este. Todos estaban en el suelo, salvo Benny. Lancé mi primer golpe sobre su cara sorprendida, derribándolo sobre la cama de un buen izquierdazo antes de clavar mi rodilla sobre su pecho mientras le apretaba el cuello hasta ver que se ponía rojo. Cuando revisé la habitación de una rápida mirada, encontré a Alex Bowman y sus hombres atando a los tres hombres de Benny que habían derribado y a Alexis dándole una patada en la cara al cabrón que le había golpeado antes. Sí, nuestro chico era vengativo; paciente, pero vengativo. Cuando tuvimos a los hombres de Benny bien atados, cada asaltante dio su señal.

—Derecha controlado.

—Izquierda controlado.

—Acceso principal controlado.

—Ventana controlada. —El de la ventana era Alexis. Daba gusto ver cómo se integraba en la dinámica militar de los hombres de Alex. Esos tipos eran unos puñeteros profesionales, fríos y precisos. Viktor acertó con aquella nueva incorporación al plan.

—Gilipollas controlado. —Sí, ese era yo, tenía que ponerle la guinda al pastel, soy así.

—¡Eh! Nick, el gilipollas está empezando a ponerse azul. —El cabrón de Alex se estaba riendo de mí, de mi desmesurado agarre sobre Benny. Pero me daba igual, solo me preocupaba la seguridad de Sara, nada más. Por instinto, la busqué con la mirada y me la encontré con la espalda apoyada en una de las mesitas junto a la cama, agarrándose la muñeca izquierda y con la mirada angustiada. Esa era mi chica, sin miedo que la paralizara, solo estaba preocupada por las bajas. Sabía que estaba pensando en su madre y no quería hacerla sufrir innecesariamente.

—Tu madre está a salvo, Sara. Viktor la tiene. —Noté como su tensión se aliviaba y vi las gracias reflejadas en su mirada. Haría cualquier cosa por ella, no tenía que dudarle.

Capítulo 23

Nick

Ver a Sara abrazando a su madre, me hizo crecer como dos metros. Y odiaba interrumpirlas, pero teníamos que seguir con el plan. Nada había ocurrido en el hotel-casino y teníamos que reflejar esa normalidad.

—Sara, debemos regresar al torneo. —Sara me miró, pero no soltó a su madre. Le dio un fuerte apretón y asintió.

—Ahora tengo que irme, mamá. Ellos cuidarán de ti hasta que regrese.

—Te quiero, cariño.

—Y yo a ti, mamá. —Si fuera un hombre sensible, aquella escena habría hecho mi corazón natillas, pero no lo era. Cogí la mano de Sara y empecé a llevarla lejos de la zona de seguridad.

—¿Estás lista?

—Ahora sí. —Odiaba que tuviera que hacer aquello, pero no solo era necesario, sino que el dinero del premio le ofrecería una libertad que no había tenido hasta entonces. Si yo estuviese en su lugar, ganaría ese maldito premio, cogería mi dinero y a mi madre y buscaría un lugar seguro para ambas, seguramente fuera del país. Si era inteligente, Sara haría precisamente eso, y ella lo era.

Viktor

Bowman estaba parado a mi derecha, con los brazos cruzados, sin decir nada. Tampoco había mucho que decir. Me tocaba a mí decidir qué hacer con aquellos cinco tipos que estaban delante de nosotros. Si por Alex fuera, tendríamos cinco dedos sobre la mesa, pues tenía un extraño método para hacer que los que se metían con los suyos quedaran marcados, una parte del castigo que llegaba después. Si vas a Chicago y ves a un tipo no asiático al que le falta el dedo meñique de la mano derecha, es muy probable que no lo haya perdido por accidente y que Alex tuviera algo que ver con ello.

—¿Qué vas a hacer? —Sí, esa era una buena pregunta. Primero estaba el caso de que una familia de Atlantic City se había metido en nuestro territorio y, además, amenazado a un Vasiliev. Eso no podía perdonarse. Si fuesen de Las Vegas, sería la guerra, pero había que tener varias perspectivas de aquel asunto. Primero, tenía que asegurarme de que Benny había estado trabajando a espaldas a su tío. De ser así, me cobraría el favor de devolverle a su sobrino de una pieza. De lo contrario... Cogí mi teléfono y localicé el número que Boby me había facilitado.

—Voy a hacer una llamada y me gustaría que estuvieses presente. —Alex asintió y caminó conmigo al pequeño despacho de la fábrica semiabandonada. Pulsé la tecla y esperé a que la señal de llamada diera paso a la voz de Carlo Corsetty.

—¿Quién es?

—Señor Corsetty, soy Viktor Vasiliev. Tengo algo que le pertenece.

—¿Vasiliev? ¿De Las Vegas?

—Correcto.

—A mí no se me ha perdido nada en... Espera, ¿de qué estamos hablando?

—Su sobrino ha estado causando problemas en uno de nuestros hoteles.

—¿Benny? ¿Benny ha estado por ahí?

—Benny aún está aquí, Corsetty. Él y sus hombres están a punto de pagar por sus, llamémoslo, ofensas hacia mi familia.

—Si ha metido las narices donde no debía, es justo que le den un escarmiento.

—El caso, Corsetty, es que ha hecho algo más que meter sus narices. Que intentara sabotear nuestro torneo de póker es el menor de sus problemas.

—¿Qué ha hecho esta vez?

—Ha atentado contra alguien de mi familia y ha pretendido secuestrar a uno de nuestros empleados, que, casualmente, es la chica de mi hermano pequeño.

—¡Joder!

—He tenido que convencerlo para que no le rompiera la espalda. Yo no soy de los que aprueba la violencia a sangre fría, pero he estado tentado de dejarle hacer lo que quería.

—Entiendo.

—Ahora bien, por deferencia a su familia, y evitar una guerra de punta a punta del país, he sopesado la posibilidad de devolverle a su chico de una pieza. Sobre todo, porque no creo que sea correcto que su familia pague por los errores de un niño descerebrado en el cuerpo de un hombre.

—Pienso lo mismo.

—Entonces, había pensado enviar a su problema con un amigo de la familia, más que nada para garantizar que le sea devuelto.

—Lo agradecería.

—Espero más que un agradecimiento, Corsetty, pero ya tendremos tiempo de hablar de eso en otro momento.

—Por supuesto.

—Dejaré a su sobrino en las manos del señor Bowman para que se lo entregue.

—¿Bowman, de la mafia irlandesa de Chicago?

—Sí, señor Corsetty, creo que entiende la necesidad de que las familias se lleven bien. Y los Vasiliev mantienen buenas relaciones con Bowman.

—Sí, comprendo.

—Bien, entonces le enviaremos a su chico. Sobre el resto de sus hombres, los dejaré en manos de Bowman, él decidirá qué hacer con ellos. Y, señor Corsetty, a su chico le daremos un pequeño correctivo. Más que nada, para recordarle contra quién no debe levantar la mano.

—Entendido. —Colgué y vi la media sonrisa de Alex.

—Así que nuestras familias se llevan bien.

—Le rompiste un par de costillas a Andrey, eso te hace amigo de la familia.

—Cómo echo en falta los viejos tiempos.

—Berkeley, quién volviera a tener diecinueve.

—No jodas. —Sí, le entendía. Mis diecinueve eran sus veintiuno. Fue por entonces cuando perdió a toda su familia, parte a manos de su tío, al que él mató después. Los Vasiliev estuvimos allí porque... Eso es otra historia.

—¿Qué vas a hacer con ellos?

—Bueno, no han intentado nada directamente contra los míos, así que seré suave.

—Haz lo que quieras, pero Benny es de Nick.
—Eso pensaba.

Sara

Entré en aquella sala y ocupé mi puesto como si nada hubiese ocurrido, porque nadie debía saber que había pasado en realidad. Secretos, eso alimentaba la fama de los Vasiliev, ahora lo entendía. Los rumores podían crear problemas, pero si no había nadie para confirmarlos, solo eran material para inflar la imagen de los Vasiliev. Yo sabía bien lo que era guardar secretos, no iba a ser un problema para mí ocultar este.

Miré a mí alrededor, a los cinco jugadores contra los que debía pelear por el premio. Los nervios hacía tiempo que se habían ido y no tenía encima la presión de las etapas anteriores. Ganara o perdiera, mi vida iba a ser diferente. Tenía un trabajo y a mi madre, y podía dejar de preocuparme por Benny. Nick había dicho que se iba a encargar de que dejara de ser un problema, y confiaba en él. Sabía que iba a hacer algo fuera de la ley, algo relacionado con el dolor, pero no me importaba, porque hay una ley no escrita que debe cumplirse y con la que estoy totalmente de acuerdo: el dolor se paga con dolor.

El croupier empezó a repartir las cartas y yo me preparé para jugar. Ese era mi momento, ahí estaba la puerta a mi independencia.

Capítulo 24

Nick

Tuve que contenerme, pero disfruté rompiéndole la nariz al pretencioso gusano de Benny. Para mí no era suficiente, pero verlo lleno de sangre, moratones y quejándose de dolor, tenía que serlo. Tener a Sara a salvo de ese tipo tenía que serlo.

—¿Has terminado?

—No, pero tendrá que bastar. —Viktor me tendió la toalla para que limpiara los restos de Benny de mis puños. En una hora había hecho un buen trabajo, pero ahora tenía que volver corriendo al casino, asearme un poco y ver qué tal le iba a mi chica con la partida. Viktor me tenía al tanto de sus progresos, pero no era lo mismo que estar allí y verla en acción. Era fascinante ver cómo su montoncito de fichas iba subiendo. Mientras salía hacia mi destino me crucé con Alex. Le tendí la mano y él la estrechó con fuerza, como nos gustaba a los Vasiliev.

—Ha sido un placer volver a verte —le dije.

—Lo mismo digo.

—Tenemos que encontrarnos en circunstancias más agradables.

—Qué quieres que te diga, yo me lo he pasado bien —respondió Alex.

—No era a tu chica a la que querían secuestrar.

—No, tienes razón. —Asentí con la cabeza y me fui de allí.

Sara

Sabía que no era la única que contaba cartas, ni la única que recurría a fórmulas matemáticas para hacer mis apuestas e intentar descubrir las cartas de los demás. Así que encontrarme con alguien como yo en la mesa no me sorprendió, pero tampoco me alegró mucho. El tipo era bueno, por eso estábamos sentados uno frente al otro decidiendo quién se llevaría el premio final. Los dos lo queríamos y los dos teníamos opciones, pero las posibilidades se ampliaban cuando solo quedaban dos jugadores en la mesa. Los dos lo sabíamos. Nos habíamos estudiado cada uno a su manera, pero aquello no era suficiente, ambos lo sabíamos. No se me daba bien pillar los tics de los jugadores, solo recurría a la lógica y él lo sabía. Cuando repartieron las cartas, antes de levantarlas sopesé mis opciones. Había sido una jugadora coherente, nada arriesgada, metódica y ambos lo sabíamos. Para ganar aquella mano tenía que hacer algo que no había hecho nunca. Levanté las cartas, vi lo que tenía y dejé que la felicidad me envolviera.

Ambos realizamos nuestras apuestas y cuando llegó el momento decisivo, el tipo no continuó porque mis cartas decían que mi mano era mejor que la suya. Cuando levantó las suyas, vi que tenía un trío de jotas, algo con lo que habría ganado a mi pareja de ochos. Sí, me había tirado un farol, de los grandes, porque alguien que no usa faroles, una matemática como yo, no cambia los datos, solo los acomoda a la fórmula.

Había ganado el maldito torneo, había conseguido mis tres millones de dólares. Alcé la vista hacia Nick y lo encontré allí, en su esquina, sonriendo.

Se acercó y me felicitó como los demás, solo que él no se fue, se quedó a mi lado.

Me hicieron entrega de las tres fichas de un millón de dólares que podría canjear en el casino en cualquier momento. Después Nick me acompañó fuera de la sala.

—Supongo que quieres ver a tu madre.

—Sí.

—Creo que está dormida. El médico la revisó y le dio un calmante porque tenía la tensión por las nubes.

—Puedo entenderla.

—Podemos ir a cenar hasta que nos avisen de que ha despertado.

—Me parece bien. —Empezamos a caminar hacia el restaurante, como si fuésemos personas normales, como una pareja, nada más. Y eso me gustó.

—¿Ya has pensado qué vas a hacer con el dinero?

—Voy a buscar un sitio en el que mi madre y yo podamos vivir.

—Supongo que tendréis mucha vida familiar que recuperar.

—Mis padres estaban divorciados cuando mi padre y yo empezamos con el asunto del juego, así que siempre estuvo un poco al margen. Realmente no supo lo que pasaba hasta que desaparecí.

—Y lo hiciste para protegerla a ella también.

—Si no me encontraban no habría con quién negociar, no les serviría de nada retenerla y matarla como a mi padre sería como acabar con su única baza para extorsionarme.

—Tuvo que ser difícil para ti.

—Lo fue, pero me fui acostumbrando.

—Bueno, ahora todo eso ha terminado.

—No estoy tan segura. —Llegamos a una mesa apartada del restaurante, donde un camarero nos tomó la comanda después de acomodarnos. Daba gusto ser el jefe, no esperabas para nada. Uno se podía acostumbrar a esto con demasiada facilidad.

—¿Por qué no estás segura? Benny no va a ser un problema, nunca más.

—Pero no es el único.

—En esta ciudad nadie se atreverá a tocarte, no mientras yo siga en pie. Tienes mi palabra.

—Las palabras no sirven de nada, sé de lo que hablo.

—Te equivocas. La palabra de un Vasiliev es ley. Se cumple o se pagan las consecuencias.

—Das miedo cuando dices esas cosas.

—Los demás deben tener miedo, tú nunca. A estas alturas deberías saber que ni yo ni nadie de mi familia te hará daño.

—Prometiste protegerme, lo recuerdo.

—Cumpliré todas y cada una de las promesas que te haga, Sara. Si no estuviese convencido de querer cumplirlas no las haría, eso tenlo por seguro.

—De acuerdo. —Cenamos y después Nick comprobó el estado de mi madre.

—Sigue durmiendo y según el médico, podría no despertar hasta mañana. Parece ser que no había conciliado el sueño la noche anterior.

—Supongo que la situación también agotó sus energías.

—Será mejor que tú también descanses. Mañana puedes cobrar tu premio. Te aconsejaré cómo moverlo para que el estado no te investigue, ni los impuestos se

coman parte del premio.

—¿Sabes de esas cosas?

—Soy contable, ¿recuerdas? Yo llevo las cuentas de la familia y gestiono la mayoría de los activos.

—Vaya, creí que lo decías en broma.

—Bromeo con las cosas que no son importantes, con el trabajo y la familia no.

—Vaya, eres una joya.

—Sin tallar, pero lo soy. No te quepa duda. Y ahora, será mejor que nos retiremos.

—Me ayudó a levantarme de la mesa retirándome la silla y luego me tomó de la mano para caminar juntos. No es que me molestara, pero el torneo ya había terminado, podíamos dejar de fingir ante los demás. ¿O acaso esto ya no era parte del plan?

Repetimos el mismo camino que el día anterior, hacia la zona reservada para la familia Vasiliev.

—¿Otra vez vamos a dormir juntos?

—Hasta el momento que me digas que no quieres hacerlo más.

—Hoy no quiero dormir contigo.

—Entonces buscaré otra habitación. —Antes de que se diera la vuelta lo cogí por el antebrazo y lo obligué a mirarme a los ojos, mientras me acercaba a su cuerpo.

—He dicho dormir, porque prefiero hacer otras cosas. —Sus brazos me aprisionaron con fuerza, dándome una fuerte sacudida.

—No vuelvas a hacer eso.

—¿El qué?

—No juegues conmigo de esa manera, porque duele.

—Lo siento.

—Tendrás que compensarme si quieres que te perdone.

—¿Cómo quieres que lo haga? —Pasé mis uñas por su pecho, como había visto en alguna película.

—De momento bésame, es un buen comienzo.

Capítulo 25

Andrey

—¿Ya te vas? —Alex Bowman se giró hacia mí y me sonrió. Sí, era de los pocos que conseguía que lo hiciera. Alex no tenía muchos motivos para sonreír.

—Sí. Aprecio la hospitalidad de Las Vegas, pero tengo trabajo que hacer.

—Pensé que disfrutarías un poco más de la chica de tu habitación.

—Guapa, con curvas y experiencia. Lo que necesitaba. Pero no tengo tiempo para seguir jugando.

—Ya, y tú tampoco repites mucho.

—Si la mercancía vale la pena, sí que repito.

—Ya. ¿Volveré a verte pronto?

—Pásate un día por Chicago y nos pondremos al día.

—Echo en falta nuestras noches de chicos.

—Sí, yo también. Pero es el precio que hay que pagar cuando uno madura.

—No, son las responsabilidades.

—Eso también. Cógete unos días y pásate por Chicago. Tengo una botella de whisky de treinta años que está esperándote.

—Lo intentaré.

—Parfraseando a Yoda: «hazlo o no lo hagas, pero no lo intentes». —Dejé que su sonrisa me contagiara mientras lo observaba subir al SUV que lo esperaba.

—Entonces lo haré.

—No tardes mucho. —No esperé a que el coche se fuera. Entré en el casino y caminé hacia el aparcamiento subterráneo. El día para mí empezaría en unas horas, pero no tenía muchas ganas de ir al trabajo. Volvería a casa y después de dormir unas horas, dejaría que Lisa me diera un buen momento. Incluso podría pedírselo ahora.

Llegué a casa y al ir a marcar el código de seguridad en el teclado de la alarma me di cuenta de que estaba desconectada y eso no me gustó nada. Vigilé cada paso que di hasta llegar a mi despacho. Revisé que no había nadie y activé el cierre de seguridad. Las pantallas empezaron a emerger de sus escondites, mostrando lo que captaban las cámaras de seguridad. La casa estaba vacía. Ni siquiera estaba Lisa. Oí el aviso de que abrían la puerta principal y vi cómo entraba una silueta menuda. Conocía esos zapatos de tacón, era ella. Hablaba por teléfono, su voz dulce y clara, pero no lo suficientemente alta como para que la oyera. La seguí mientras se dirigía a nuestra habitación, se desnudaba y se ponía un *babydoll* de encaje rojo. Se metió en la cama y apagó las luces. Había algo raro en aquello. Al entrar había activado la alarma y no tenía ni chaqueta ni chal por encima, y eso que siempre llevaba algo que le cubriera la garganta porque decía que se resfriaba con facilidad. La única razón para no hacerlo es que no hubiese salido a la calle. Pero si no venía de la calle, ¿de dónde?

Me acomodé mejor en el asiento, tomé la grabación de hacía unos minutos y la rebobiné. Subí el sonido hasta poder escuchar lo que decía. «Ya he llegado... No, todavía no... Ya te dije que hoy pasaría la noche fuera, me lo dijo él». Sí, yo se lo dije. ¿Pero con quién estaba hablando? «Sí, te avisaré cuando vuelva a ocurrir... Te

mandaré un mensaje, como siempre... Sí, adiós».

Y ahí estaba, la traición. Había una cosa que soportaba peor que la mentira: la traición. Y la mayoría de las veces, ambas iban juntas. Me pasé la mano por el pelo y froté mis cansados ojos. ¿Sorprendido? No, porque salvo por mi familia, no me fiaba de nadie y acababan de demostrarme que no estaba equivocado. Por la mañana tendría que hablar con Viktor, pues necesitaba que Bobby revisara las cámaras del edificio y el teléfono de Lisa. Si había aprendido algo en mis años como abogado, es que, para condenar a alguien, se necesitaban pruebas, y yo las quería todas.

Viktor

Abrí los ojos cuando la luz de la mañana entró en la habitación. Tenía a Katia aún abrazada a mí, en la misma postura en que la coloqué cuando llegué a casa tan solo unas horas antes. No había podido llegar a tiempo para acostarnos juntos, pero al menos estaba aquí para verla despertar y eso tenía que servirme. Me estaba volviendo un blando sensiblero, pero me la sudaba. No tenía que demostrarle nada a nadie y estar con mi mujer compensaba cualquier chisme que circulara por ahí. Además, cuando se empezara a correr la voz de lo de Benny, la imagen que el mundo tenía de los Vasiliev se volvería aún más fuerte y oscura. La justicia Vasiliev, así lo llamaba Yuri, y estaba de acuerdo.

Me incliné para olerle el cabello a Katia y la acomodé un poquito más cerca. Quería ver sus ojos abrirse esta mañana y quería verla sonreír al verme. Sí, ya lo he dicho, un blando sensiblero.

Sara

Oí el agua de la ducha y supe que Nick estaría dentro. La noche había estado genial, pero no por ello tenía más clara la decisión que quería tomar. Existe una frase que todos los delincuentes dicen: «toma el dinero y corre». Yo estaba cansada de correr, así que esta tendría que ser la última vez que lo hiciese.

—¿Quieres que pida algo para desayunar? —No me había dado cuenta de que la ducha se había apagado, ni de que Nick había terminado, hasta que habló mientras se dirigía a la cama para sentarse junto a mi cadera.

—Yo... me gustaría ir a ver a mi madre.

—Veré si está levantada. —Se levantó y cogió el teléfono. Lo escuché hablar mientras cogía algo de ropa del vestidor y después regresaba.

—¿Quieres desayunar con ella?

—Sí, eso sería estupendo.

—Iré a buscarla mientras te preparas.

—Gracias.

—No, Sara, gracias a ti por confiar en mí.

—Me pusiste muy difícil el no hacerlo. —Se inclinó hacia mí, me besó en la frente y se vistió rápido. Estaba en la ducha cuando se fue de la habitación. El agua no despejó mis dudas, pero sí acabé tomando una decisión. Hiciera lo que hiciera, tenía que estar de acuerdo con mi madre, porque ahora éramos dos en esta huida del pasado.

Cuando estiré la mano para tomar el gel, vi una silueta al otro lado del cristal de la ducha. Unos intensos ojos azules me miraban desde allí y yo no tuve miedo, porque,

aunque parecía como si una fiera salvaje se fuese a abalanzar sobre mí, sabía que no me haría daño.

—Nick.

—Olvidé... olvidé preguntarte qué querías para desayunar.

—A ti. —¿Yo dije eso? Debí hacerlo, porque Nick abrió la puerta de la ducha y se metió vestido bajo la lluvia de agua para besarme y apretarme contra su cuerpo. Sabía que había algo importante que ambos debíamos hacer, pero me dio igual. Fuera lo que fuera podía esperar.

Blake

—Ya no trabajo para el FBI, Bloom. Así que no sé para qué me llamas.

—Ahora estás en una posición privilegiada, Blake. Entraste en la guarida del dragón.

—Tengo un nuevo trabajo, eso es todo.

—Trabajas para Viktor Vasiliev, Robin, al menos podías ser un poco más colaborativa.

—¿Ahora soy Robin? Vaya, antes no tenías esa familiaridad conmigo, Bloom.

—Escúchame, voy a acabar con esa familia, tengo los medios y que estés tú no es indispensable. Pero te advierto, Blake, cuando todo esto estalle no querrás estar de su lado, te lo aseguro.

Capítulo 26

Nick

La madre de Sara no hacía más que mirarnos, y es que teníamos «CULPABLE» escrito en la cara. Lo de la ducha fue rápido, pero, aun así, nos tomó nuestro tiempo. La tardanza, el pelo mojado de ambos y los labios hinchados de Sara eran demasiadas pistas para no tenerlas en cuenta y su madre no parecía tonta. Lo que todo hombre teme es que lo acorralen con preguntas como las que hacen los padres cuando sales con su hija; y la madre de Sara no iba a ser diferente.

—Así que... ¿estáis juntos?

—Algo así, mamá. Es difícil de explicar.

—No creo que sea tan difícil, está claro que tenéis sexo, o eso parece. Solo quiero saber si hay algún plan de futuro o es simplemente una aventura puntual.

—¡Mamá!

—¡Qué! Pueden haber pasado años, pero siempre me he preocupado por ti. ¿Qué hay de malo en hacerlo ahora?

—Lo que tu madre quiere saber es si eres una más o si hay algo serio entre nosotros. —La mujer asintió, mirándome directamente a los ojos. Bien, pues ahí estaba el caso. ¿Quería algo más serio? ¿Estaba preparado? ¿Era ella la indicada? De momento solo tenía claro que no quería perderla tan pronto, puede que nunca, pero no iba a presionarla, dejaría que ella decidiera—. Iremos [UdMO25]hasta donde Sara quiera ir. Si decide quedarse conmigo, me alegraré enormemente. Pero si decide que no quiere que forme parte de la siguiente etapa de su vida, lo aceptaré,[M26][UdMO27] [M28][UdMO29] aunque no me guste.

—Suenas... raro.

—No soy ningún cavernícola, señora.

—No, lo decía porque...

—Porque ha oído cosas sobre mí, de nuestra familia.

—Oí hablar a los hombres de Benny y lo del rescate.... Tú no eres un simple empresario, Nick. Disculpa si te tuteo, pero es que eres tan joven.

—Puede hacerlo, no se preocupe. Y tienen razón, mi familia tiene muchos recursos y poder que no están al alcance de otros, y no tenemos remordimientos por usarlos. No somos Hermanitas de la Caridad, pero tampoco comemos niños. No puedo prometerle que la vida de Sara a mi lado sea un camino de rosas, pero sí puedo asegurarle que nadie en esta ciudad se atreverá a hacerla daño y si lo hace pagará un precio muy alto.

—Eso me sirve. Entiéndeme, sé que Sara no podrá estar a salvo sola, necesita a alguien como tú que pueda cuidar de ella.

—Hay más opciones, mamá. Podemos simplemente desaparecer, salir del país, una vida nueva.

—Seguirás huyendo toda tu vida, mirando hacia atrás por miedo a que te encuentren. No, cariño, lo mejor es plantarle cara al peligro. —¡Joder, esa mujer me gustaba!

—Estoy de acuerdo, pero la decisión no es mía, sino suya.

Andrey

—Me alegra que llevemos la seguridad de tu edificio, Andrey. Pero me gustaría saber qué es lo que tiene que buscar Bobby.

—No lo sé, Viktor. Es una corazonada, o tal vez algo más que eso. Anoche, cuando llegué a casa, Lisa no estaba y la alarma no estaba conectada. Llegó después, mientras hablaba por teléfono con alguien de una manera demasiado familiar. Puedes llamarme paranoico, pero algo me dice que no salió del edificio.

—¿Crees que te está engañando con otra persona, alguien de vuestro mismo edificio?

—Eso es lo que quiero que Bobby compruebe. Además, creo que no es algo nuevo porque se han intercambiado mensajes antes, por lo que escuché.

—Pondré a Bobby con ello lo antes posible. Después de lo del Fantasma y lo del torneo, me estaba empezando a preocupar de que se fuese a aburrir.

—Con la familia Vasiliev eso no es posible.

—Sí, por eso trabaja para nosotros, somos su droga.

—Pobre tipo. Tenemos que conseguirle una novia.

—Lo primero es lo primero. Vamos a averiguar qué se trae entre manos tu chica. De momento te aconsejaría que siguieras actuando como si no supieras nada.

—No soy un novato, Viktor, sé lo que tengo que hacer.

—Necesito que mandes toda la grabación a Bobby, así tendremos la secuencia horaria y puede que alguna pista más, de esas que solo Bobby puede encontrar.

—Gracias, hermano.

—Tu seguridad es la seguridad de toda la familia, Andrey, lo sabes. Además, cuando uno de nosotros descubre algo raro, suele acertar.

—Sí, a veces desearía tener una vida más normal.

—¡Eres abogado, Andrey! Seguro que hay tipos más raros que tú. Además, te aburrirías siendo un simple mortal.

—Puede que sí.

Robin Blake

—Buenos días, Robin.

—Buenos días, señora Vasiliev.

—Como sigas llamándome así, acabaré creyendo que soy mi suegra. —Sí, costaba llamarla así, pero trabajaba para ella y su marido, no podía ser de otra manera. Había una línea que no debía pasar, eso lo sabíamos todos los que trabajábamos para otra persona. Sostuve la puerta del coche hasta que Katia entró, cerré y pasé a ocupar mi posición en el asiento del acompañante. A Sam le gustaba conducir y he de decir que conocía la ciudad mucho mejor que yo. Además, era verle al volante y las barreras de algunos lugares se levantaban antes de que llegáramos a ellas. Ser conocido era lo que tenía.

Ese día fuimos a llevar a Katia a un centro comercial a las afueras, donde había visto en internet que confeccionaban bodis de bebé con un tejido especial que cambiaba de color cuando el pequeño tenía fiebre. No es que yo tuviese mucha experiencia con eso de ser madre, pero la pobre mujer estaba algo histérica. Como si el bebé fuese un pequeño gran tesoro, un pequeño príncipe o princesa.

Caminábamos hacia la tienda, cuando empezó a sonarle el teléfono. Al sacarlo del

bolso algo cayó al suelo. No me dio tiempo a ayudarla, ella ya lo estaba recogiendo, pero entonces lo vi. Mi abuela materna era cajún y algo tenía de bruja. Decía que, por la forma en que una mujer embarazada se inclinaba a recoger algo del suelo, se podía saber el sexo del bebé. Me explicó lo que tenía que observar y eso hice. No premeditadamente, pero sí por defecto. No sé si habré heredado algo de mi abuela — aparte del carácter rebelde—, pero si lo que ella me enseñó es cierto, los Vasiliev iban a traer al mundo a una pequeña princesa.

Mientras Katia hablaba por teléfono, creo que con su marido, reconocí nuestro alrededor buscando cualquier posible amenaza. Casi pasa desapercibido, pero conocía demasiado bien a Bloom como para no reconocer sus trajes baratos y replanchados. Acababa de entrar en una cafetería y, por su forma de andar, sabía que iba a una entrevista que le tenía excitado y nervioso al mismo tiempo. Quizás fuera curiosidad, quizás fuera intuición, el caso es que le hice un gesto a Sam y me acerqué a él.

—Necesito comprobar algo, ¿puedes hacerte cargo unos minutos? —Sam asintió y siguió a Katia hasta la pequeña tienda. Caminé hasta la cafetería y, como esperaba, Bloom estaba sentado en una mesa apartada. Casi me quedo congelada al ver que un tipo rubio se sentaba a su lado. Recordaba al tipo, era el exnovio de Katia, solo que parecía más... fuerte, más musculoso, como si hubiese estado ejercitándose. En dos meses había adquirido una considerable masa corporal, y no precisamente de grasa. Saqué el teléfono y tomé un par de fotos. Después, salí de allí intentando pasar desapercibida. Conociendo a Bloom, enseguida empezaría a revisar su entorno. Con la prueba en mis manos, debía decidir qué hacer con ella. Sabía que allí había algo; con aquellos dos, seguro que no era bueno para Katia, ni para Viktor.

Capítulo 27

Viktor

—Blake, Sam me ha dicho que querías hablar conmigo. —La vi tensar su espalda, como si lo que fuera a decirme le resultara incómodo.

—Sí, señor. Esta mañana vi algo que, probablemente, le interesará saber.

—¿De qué se trata? —Buscó en su teléfono y me mostró una fotografía en él. Me costó reconocer al hijo de puta que estaba con Bloom, pero estaba claro que era Rocky. Ese cabrón había estado ejercitándose a conciencia y eso solo podía significar que tenía una pelea en mente. Era un tipo persistente, tenía que reconocerlo, pero no iba a caer en su juego. No iba a volver a enfrentarme a él; estaba claro que buscaba sangre y esta vez no se la iba a dar. El gilipollas estaba realmente loco y tenía un ego demasiado sensible. No le bastó con que yo le derrotara cuando se suponía que podía vencerme. El que una chica lo derribara en un baño tampoco debió hacer mucho por su autoestima. Necesitaba resarcirse de ambas derrotas y, si no me equivocaba, esta vez tenía toda la intención de destrozar a su oponente.

—Gracias, Blake. Hiciste bien en tomar esa foto. De momento, vamos a reforzar vuestro equipo con un hombre más, porque no me gusta que Rocky esté tan cerca de Katia.

—De acuerdo.

—Una cosa más, Blake.

—¿Sí, señor?

—No le comentas esto a Katia, no quiero asustarla. Con el embarazo no necesita que su tensión arterial se dispare.

—Entiendo, señor.

—Confío en que puedas cuidar de ella como hasta ahora.

—Descuide, señor.

—Ah, ¿podrías enviarme la foto? Me gustaría tenerla.

—Sí, señor. —Con la foto en mi teléfono me encaminé hacia la sala central de control. Bobby estaba concentrado en unas imágenes en blanco y negro, así que tuve que tocarle el hombro para llamar su atención. Se giró en la silla y parpadeó un par de veces para enfocar la vista. Debía de llevar horas revisando imágenes en el monitor.

—Hola, jefe.

—¿Estás trabajando en lo de Andrey?

—Sí, jefe. Creo que tengo algo, pero aún tengo que recibir una confirmación de la base de datos de tráfico.

—Entonces quizás es demasiado pronto para que le eches un vistazo a esto.

—¿De qué se trata? —Le tendí el teléfono y vi cómo entrecerraba los ojos. Había algo girando en su cabeza, ahora solo debía esperar a que se detuviera.

—Este traje... —Se giró de nuevo hacia la mesa y, antes de que hiciera nada, la foto se había descargado a uno de los monitores. En otro de los monitores vi la imagen de un hombre saliendo de un coche en un garaje. Y sí, parecía que ambos tipos llevaban el mismo traje penoso. Los bajos del pantalón un poco cortos, las mangas de

la chaqueta un poco más largas y unos zapatos algo grandes. Algunas líneas rojas y amarillas empezaron a trazarse encima de la figura del tipo, hasta que se volvieron verdes, y Bobby se reclinó en su asiento.

—Sí, puedo confirmar que es la misma persona. —Aquello sí era extraño, porque...

—¿De dónde es la imagen del aparcamiento?

—Del edificio de Andrey. —Sentí un golpe dentro del estómago y varias ideas empezaron a unirse dentro de mi cabeza, pero necesitaba pruebas.

—¿Crees que es con quien estuvo Lisa?

—El edificio de Andrey tiene las mismas deficiencias de cámaras de vigilancia dentro de las escaleras, así que tan solo puedo suponer que sí. Los tiempos encajan totalmente y a esas horas no hay más gente andando por el edificio, así que parece obvio.

—Sí, demasiado para ser una coincidencia.

—¿Tienes las transcripciones de los mensajes?

—Todavía no, pero tengo las fechas en que se enviaron y parece que esos dos llevan en contacto desde hace mucho tiempo, casi desde que te casaste, jefe. —Eso no me gustaba nada, pero nada, nada.

—En cuanto consigas las transcripciones me avisas. Yo llamaré a Andrey.

—Sí, jefe.

—¡Ah! Y quiero saber dónde mierda ha estado metido Rocky y dónde se mueve ahora.

—Me pondré a ello, jefe.

Sara

—Tenemos que decidir qué vamos a hacer, mamá.

—Yo no puedo salir del país, Sara. Ahora tengo una familia. —La miré extrañada. Yo era su familia e iba a irme con ella. Ladeó la cabeza y suspiró pesadamente.

—Tu padre y yo nos divorciamos y yo rehíce mi vida con otra persona. Ahora estoy casada con otro hombre, cariño, y tienes un hermano de cinco años.

—Un hermano. Tienes otro hijo.

—Bueno, Regi tenía otro hijo de otra pareja, así que tengo dos hijos y un marido.

—Tienes otra familia.

—No, cariño, las dos tenemos otra familia. Puedes venir a vivir con nosotros. Regi estaría encantado de que vinieras con nosotros. Estoy segura. —Una familia. Mi madre había rehecho su vida y yo pedía que lo abandonara todo para acompañarme. El destino es una perra. Tanto tiempo sola para descubrir que ya no formaba parte de nada. Todos tenían una vida, menos yo.

—Pero no vas a venir, ¿verdad? Quieres quedarte con ese chico.

—¿Con Nick?

—Él quiere que te quedes. ¿Por qué no lo intentas? Si la cosa no funciona, siempre puedes irte. Tienes tres millones de dólares, tienes los medios para hacer lo que quieras. —Hacer lo que quiera, cuándo quiera y dónde quiera. Tenía que tomar una decisión, pero no tenía que ser ahora, ¿verdad? Nick me protegería mientras decidía.

Nick

La vi caminar hacia mí y algo en mi interior me decía que había tomado una decisión y que era posible que no me gustara. Odio sentirme así, a merced de otras personas.

—Nick, ¿podrías ayudarme con el dinero?

—Claro, ¿qué quieres hacer con él?

—Supongo que es dinero negro, así que tendría que hacerlo legal. No quiero líos con el estado.

—Podemos hacer unas cuantas maniobras y registrarlo en una cuenta corriente en el lugar que quieras. Podríamos crear una fundación y hacerte gestora de las cuentas. Nadie preguntará de dónde vinieron los fondos y nadie cuestionará lo que hagas con él.

—Me parece una idea estupenda. ¿Y podría transferirle parte a mi madre?

—Eres la dueña del dinero, puedes hacer lo que quieras con él.

—Ya, pero no quiero que ella tenga problemas.

—No los tendrá, te lo aseguro.

—Bien, entonces, ¿puedes ponerte con ello?

—Necesitaré que firmes algunas cosas cuando todo esté en marcha.

—Bien. Cuando esté listo, llámame.

—¿Ya... te vas?

—Tú tienes trabajo que hacer y yo tengo que volver al mío. No quiero que mi jefe se enfade conmigo por faltar tantos días. —Sentí que el vacío de mi estómago se llenaba de luz. Aquello quería decir que se quedaba, que continuaba en su trabajo. Al menos hasta que su dinero fuera legal.

Capítulo 28

Andrey

No podía creer lo que me enseñó Viktor. Bueno, sí podía. El puñetero Bloom, Lisa tramaba algo con el puñetero Bloom. Pero ¿no veía la estúpida que estaba jugando con una serpiente venenosa? O tal vez había sido una infiltrada desde el principio y nos engañó a todos. Creí que hice un buen trabajo al investigar su pasado, que una vida como la suya no podía falsificarse. Tampoco puede ser que una agente del gobierno se hubiese convertido en una puta con todas las palabras, porque era una puñetera profesional haciendo felaciones y permitía que la follara duro ese trasero suyo.

Era un estúpido por haber metido en mi propia casa al enemigo, pero qué le iba a hacer, el daño ya estaba hecho. No podía seguir lamentándome por ello, tenía que afrontar las consecuencias y actuar. Ojalá hubiese seguido viviendo como antes de traerla a mi vida. Como decía Bowman: fóllalas y olvídalas, así nunca serán un problema, salvo que las dejes embarazadas. Desde nuestros tiempos en la Universidad de Berkeley, los dos habíamos tenido el mismo credo y costumbres. Incluso habíamos estipulado una norma un poco depravada, lo sé. Follar con condón no era suficientemente seguro para nosotros, así que procurábamos terminar en la boca o en el ano de las chicas, así no había la posibilidad de fecundar un óvulo por error. Asqueroso, lo sé, pero era una regla que había mantenido a los bebés a raya. Con Lisa me había relajado, sobre todo desde que pagaba sus inyecciones anticonceptivas y me aseguraba de que se las ponía, sin olvidar el uso de preservativos. Pero con tantos secretos, tendría que asegurarme mejor. Mañana haría una visita a su ginecólogo, que yo pagaba, y le exigiría ver su historia clínica. Pero eso sería mañana, ahora solo quería relajarme y dormir. Me atusé el pelo, notando la humedad de la ducha aún en él. ¿Cuánto tiempo llevaba parado frente a la ventana mirando las luces de la ciudad, tan solo con una toalla tapando mis partes? ¿Quizás media hora? Ese era el motivo por el que no quería estar al frente de la familia, porque de vez en cuando me daban esos momentos en los que mi mente divagaba. A Viktor no le pasaba, él actuaba casi por instinto donde yo me tomaba demasiado tiempo en pensar.

Noté una ligera presión en el hombro y giré la cabeza para encontrar los labios de Lisa besando la piel allí expuesta.

—Pareces preocupado.

—Un mal día.

—Creo que puedo arreglarlo. —Cuando comenzó a descender hacia el suelo para quedar sobre sus rodillas, supe lo que venía. Sus dedos ágiles retiraron la toalla de mis caderas y su boca atrapó la carne que estaba empezando a despertar. Puede que yo no tuviese muchas ganas de sexo, pero mi cuerpo era un ente independiente con sus propias ideas.

Permití que hiciera su magia sobre mí y me dejé arrastrar por su maestría. Podía ser una mentirosa, una traidora, pero la puta tenía una boca increíble. Tuve que apoyar una mano sobre la pared a mi lado, para que mi cuerpo no se balanceara en exceso. Mis ojos se cerraron y me dejé reconfortar por su saber hacer. Sí, la zorra sabía cómo

arreglar un mal día, tenía que reconocerlo, pero eso no haría que cambiara lo que era, ni que yo la perdonara ni olvidara. Mi mente fría estaba centrada, no caería en sus engaños, pero eso no impedía que mi cuerpo siguiera disfrutando, al fin y al cabo, soy un hombre muy sexual con necesidades que cubrir.

Viktor

—¿Qué tienes para mí, Bobby?

—Rocky Bellami salió para Miami en vuelo regular. Parece que solo vino a pasar el día. Por lo que parece, se ha metido en el mundo de las peleas ilegales de la costa este. Ha estado ejercitando y ha comprado varias sustancias para conseguir aumentar su volumen y fuerza.

—¿Sabes por qué se reunió con Bloom?

—No, eso no, pero puedo decirte que está buscando peleas aquí en Las Vegas y que ha ido a los sitios oportunos para hacerlo.

—Para alguien de la otra punta del país, eso solo puede significar que tiene ayuda de la zona.

—Estoy en ello, pero quizás necesitaría a un investigador de campo como refuerzo.

—Pondré a Sam en ello. ¿Qué más tienes?

—Esto no es un hipermercado, jefe. Las transcripciones se las di ayer, no tengo mucho más.

—Supongo que me has acostumbrado mal.

—Eso me pasa por ser tan bueno.

—¿Me estás pidiendo un aumento de sueldo?

—¿Qué tal unas vacaciones?

—Veré lo que puedo hacer, pero no antes de que solucionemos esto.

—Hecho. —Me alejé de la sala de control y saqué el teléfono. Iba siendo hora de convocar una reunión familiar y de empezar a mover algunas fichas.

Sam

Colgué el teléfono y miré el reloj, aún quedaban quince minutos para que Candy llegara a la cita. Esto de conseguirle un trabajo en el hotel de los Vasiliev había sido un regalo. Mi mujer se encargaba de lidiar con las cuentas y los proveedores del restaurante, y se le daba bien, sobre todo desde que me pasé a «saludar» al chef y le dejé bien claro que, con mi mujer, tonterías las justas. Desde entonces había ido suave como la mantequilla.

Quedar para almorzar o cenar era algo que nos gustaba hacer, porque con nuestros trabajos, sobre todo el mío, casi teníamos poco tiempo para hacer cosas juntos. Aquello tenía solución, vivir juntos, pero Candy se aferraba a su independencia como a un clavo ardiendo. Me hubiese gustado que al final accediera a cambiar de opinión, y al menos lo intentáramos, pero esta noche agradecía que aún no hubiésemos dado ese paso. Candy no era tonta. Aunque no preguntara, y yo no dijera tampoco mucho, sabía cuál era mi ocupación y lo aceptaba. Esa noche debía hacer mi trabajo, y el que ella no supiera el por qué era un gran alivio. ¿Cómo iba a decirle: «mira, el jefe quiere que me pase por los bajos fondos para averiguar qué trama el ex de tu hija, que por cierto se ha estado paseando por Las Vegas hace poco»? No, en ocasiones como esta prefería

mantenerla en la ignorancia. No soy una persona violenta, solo cuando la situación lo requiere, pero en el caso de Rocky... mataría a ese hijo de puta por lo que hizo a nuestra Katia y porque estaba claro que seguía siendo dañino. Había personas que estaban mejor fuera de este mundo.

—Hola, ¿esperaste mucho?

—No, acabo de llegar. ¿Dónde quieres ir a almorzar?

—Sorpréndeme. —Le di un pequeño beso y sonreí con malicia.

—No me tientes, porque podríamos no comer.

—Malo. Tienes que alimentarme porque tengo un trasero que llenar. Palabras de mi novio.

—Así que tu novio te dice esas cosas, ¿eh?

—Sí, se preocupa por mí.

—Un tipo con suerte.

—Y guapo. —Me paré en seco y la aferré fuerte para darle un beso mejor, con más consistencia, porque aquella chica juguetona lo estaba pidiendo a gritos.

—¿Cuánto tiempo tienes para almorzar?

—Una hora, como siempre.

—Tendrá que ser suficiente.

—¡Eh! —La agarré de la mano y la arrastré de camino a la recepción del hotel. Iba a coger una habitación, a pedir algo de comer al servicio de habitaciones para dentro de cuarenta y cinco minutos y a aprovechar el tiempo hasta que llegara la comida.

Capítulo 29

Sara

Boby estaba centrado en un trabajo del que no quería compartir mucha información, solo sabía que estaba buscando a un tipo que estaba empeñado en dar problemas a los Vasiliev. Yo me dediqué a rastrear a los contadores de cartas entre las imágenes de las mesas de juego, pues ese era mi trabajo. Una vez metida en faena, lo demás no importaba.

Revisé las cámaras de seguridad en tiempo real y vi a Nick atravesando la sala de juego del casino. Seguí su camino durante todo su recorrido, espíe con quien se detenía a hablar, a quien miraba. Hasta que me golpeé en la cabeza mentalmente y decidí volver a ponerme con las mesas de juego. ¿Me estaba obsesionando con él? Para no hacerlo, el tipo era una pieza de carne estupendamente apetecible y yo ya había probado a que sabía. Estaba contaminada con su sabor y ya no hacía otra cosa que desear probarlo de nuevo.

Solo había dos caminos que podía seguir con él, salir corriendo hacia el otro lado o tomar tanto como pudiera antes de perderlo. Estaba claro que ya había decidido hartarme hasta empacharme. Recordaba escuchar una conversación entre un par de chicas en el trabajo. Una de ellas le decía a la otra que se había acostado con el pequeño Vasiliev y que le perseguía cada vez que aparecía en su radar, para intentar llevárselo de nuevo a la cama. La otra chica le decía que dejara de hacer eso, porque el chico no era de los que aguantaba a las mujeres pegajosas y que si se excedía hasta podía perder el trabajo. No sé si yo estaba incluida en ese grupo de fans, pero me aprovecharía de la situación tanto como pudiera, hasta que Nick decidiera que había tenido bastante y después... Bueno, ya vería lo que ocurría después.

Nick

Cuando entré en el despacho de Yuri, mis hermanos ya estaban esperando en sus asientos. Podía haber dejado lo que estaba haciendo y haber llegado antes, pero estaba demasiado centrado en acomodar el dinero de Sara. Irónico; lo que quería era retrasarlo todo lo posible para mantenerla más tiempo aquí, pero también quería estar preparado para el momento en que ella decidiera que quería irse, si llegaba el caso.

—Bien, ahora que estamos todos, será mejor que os ponga al día, ¿Viktor?

—Lo que tengo no os va a gustar nada de nada.

—Déjate de rodeos.

—Eres un impaciente, Nick. Ok, empecemos por el principio. Andrey tuvo una sospecha con respecto a Lisa y he confirmado que está en contacto con Bloom. Por los mensajes que Bobby consiguió recuperar, además de tener encuentros furtivos cuando Andrey está lejos de ellos, parece ser que Lisa lo pone al día de sus horarios, de sus salidas de rutina, de todo lo que Andrey hace.

—Bloom está siguiendo mis pasos.

—No, está siguiendo los de toda la familia. Cuando te ciñes a tu rutina, Lisa permanece en silencio, pero cuando no vas a casa a dormir, cuando llegas tarde,

cuando vas antes al trabajo... todo eso llega a oídos de Bloom.

—Y esas cosas solo ocurren cuando estamos metidos en algo que implica a la familia.

—Exacto.

—Entonces, ¿Bloom controla a la familia gracias a los movimientos de Andrey?

—Algo así, Nick. Bueno, el caso es que ayer Bloom se reunió en Las Vegas con Rocky Bellami.

—¿Por qué vuelve a aparecer ese cabrón?

—Os dije que conseguiría el trato que Bloom hizo con el tipo, pero no ha habido manera de hacerlo. Mis contactos en el FBI dicen que Bloom está metido en una gran operación y que el tal Rocky es un confidente o algo así —explicó Andrey.

—El caso es que está claro que están maquinando algo y tenemos que prepararnos para ello.

—Tú eres el especialista en estas cosas, Viktor. ¿Qué crees que está tramando Bloom?

—He visto al cabrón de Bellami y ha conseguido subir su masa corporal. Está claro que se está preparando para una pelea, una que no tiene intención de perder.

—¿No irás a pelear contra él, verdad hermano?

—Yo ya le vencí una vez, no tengo que demostrar nada. Además, ya no tengo el factor sorpresa y él se ha estado preparando durante estos dos últimos meses, me lleva demasiada ventaja.

—Yo estoy en el circuito ilegal ahora, Viktor, podría ocupar tu lugar. —me ofrecí.

—Hace dos meses te habría dejado hacerlo, pero ahora... Nick, ese cabrón está loco y quiere llevarse a alguien por delante, no dejaría ni que respirase en tu dirección. Y si Bloom está en medio de todo esto, me huele a trampa.

—Entonces dejemos que lo hagan.

—¿Qué? ¿Estás loco Andrey?

—No, solo digo que les dejemos hacer lo que tienen pensado, pero lo haremos a nuestra manera. —Todos nos quedamos en silencio un minuto, sopesando la propuesta de Andrey. Viktor entrecerró los ojos y nos miró a todos, buscando que alguno no estuviese de acuerdo, pero nadie iba a dar un paso atrás. Ninguno de los hombres en ese despacho era de los que huían o se escondían. Todos afrontábamos los desafíos de frente, aunque nos partieran la cara al hacerlo. Yo sabía cuál era mi parte de todo aquello, todos sabían cuál iba a ser la parte de cada uno.

—Bien. Tengo a Sam investigando las actividades de Bellami en Las Vegas y a Bobby las de Miami. Cuando sepamos lo que pretende, podremos empezar a mover nuestros hilos.

—Entonces, decidido, comencemos a posicionar nuestras fichas. —Cuando mi padre daba una orden, todos nos disponíamos a cumplirla. Yo tenía un gran trabajo por delante y debía hacerlo rápido.

Andrey

Cuando salí del hotel vi a Katia esperando en la cafetería y a Alexis y a Blake vigilando en su periferia. Los ojos de la exagente del FBI me miraron fríos por un momento, quizás un segundo más de lo necesario y mis instintos de supervivencia se

activaron. Ella estaba demasiado cerca de nosotros, justo en la posición perfecta para vigilar los pasos de Viktor. Él insistía en que había roto los lazos con Bloom y el FBI, y mis contactos lo confirmaban, pero era demasiada casualidad para no tenerla en cuenta. ¿Era Bloom tan inteligente como para hacerle creer a Viktor que había sido él quien contrató a Blake y no que fue algo que el propio Bloom quiso desde un principio?

Como abogado, como Vasiliev, había aprendido a desconfiar de las coincidencias y la traición de Lisa me había enseñado a desconfiar de las mujeres y sus oscuras intenciones. Y ahora, tenía una cita con cierto ginecólogo para averiguar hasta dónde llegaba la traición de Lisa, porque, aunque lo del FBI apuntaba en una dirección, yo necesitaba chequear todo el terreno.

Capítulo 30

Nick

Guardé el teléfono en la bolsa de deporte y la metí en la taquilla del gimnasio. Necesitaba prepararme para esto y, para hacerlo, debía trabajar duro, pues no sabía de cuánto tiempo disponíamos. Empezaría por incrementar mi rutina diaria con cinco kilómetros más después del entrenamiento. Caminé hasta la cinta para correr y programé mi rutina de carrera. Tenía diez kilómetros por delante, como cada día de lunes a sábado a partir de ahora.

Noté que alguien se ponía a trotar en la cinta a mi lado y sabía quién era antes de mirar, porque el olor de su desodorante era demasiado familiar para confundirlo con otro.

—Creí que te había perdido, amigo. Tres días sin venir a entrenar es mucho tiempo para ti.

—Lo hice por mi cuenta, Fredo. Sabes que no puedo vivir sin mi dosis de adrenalina.

—Sí, supongo que eso lo has tenido cubierto. ¿Problemas en el trabajo? —Podía haberle contestado, podía decirle lo del torneo de póker, pero, aparte de que nunca solía contarle todo a Fredo, recordé lo que Lisa le estaba haciendo a Andrey y a nuestra familia y me frené en seco.

—Ya sabes, problemas con proveedores, algún empleado que suplir a última hora... Nada que no se pueda solucionar con un poco de esfuerzo y muchas llamadas de teléfono.

—En eso sí que no te envidio, tío.

—Ya, porque tú no tienes un trabajo en el que responder.

—Tú eres mi fuente de ingresos. Sigue ganando y yo seguiré cobrando mis apuestas.

—Tendrás que encontrar un trabajo, Fredo. Un día de estos me retiraré de las peleas.

—Bueno, cuando eso ocurra, lo haré, pero de momento, pienso dejar las cosas como están. Me gustan así. —Sacudí la cabeza mientras sonreía, el cabrón no pensaba en el futuro. Tenía un año más que yo y no era capaz de pensar como un adulto. Puede que no quisiera crecer, pero ocurriría de todas maneras y era mejor estar preparado. Si esperaba que lo llevara en mi cola toda su vida, se llevaría una decepción, porque yo sí iba a crecer. Iba a formar una familia algún día, tendría mi mujer, mi casa, mis hijos... ¿Cuándo me había llegado la madurez? No, no era madurez, era saber que mis prioridades habían cambiado. Ya no quería seguir viviendo una vida alocada y vacía, porque había encontrado a alguien interesante, con un culo perfecto, a la que no quería ver alejarse de mí. Era joven, sí, pero no tanto. Formaría una familia, seguramente no mañana, pero algo me decía que ya había encontrado con quién.

Seguimos nuestra rutina de entrenamiento y cuando iba por la mitad del recorrido de mis últimos cinco kilómetros, Fredo cambió el tema de conversación de manera

brusca. No es que me extrañara, Fredo era así, sobre todo cuando una chica guapa entraba en su radar, como era en este caso.

—¡Madre mía! Ese sí que es un trasero perfecto. —¡Ah, mierda! No podía ser otra persona. Habíamos estado comparando traseros desde que lo conocía y nunca le había oído decir esas palabras. Casi perfecto, muchas veces, pero perfecto a secas, nunca. Así que solo podía ser una persona, Sara. Por eso, y porque le había mandado un mensaje pidiéndola que se pasara a buscarme por el gimnasio cuando terminara su trabajo.

Me giré hacia la entrada y la vi. Llevaba uno de esos pantalones ajustados que marcaban su perfecto culo, haciendo babear a todos los hombres del gimnasio. Cuando reconocí al hombre que se acercaba a ella, no pude evitar enfadarme. Fredo, el puñetero cabrón no perdía el tiempo. Pero esta vez no ganaría, porque Sara era mía. Salté de la máquina y caminé deprisa hasta ellos.

—Hola N.... —No la dejé terminar, asalté su boca y marqué mi territorio para que todos aquellos tipos supieran que yo iba primero, que golpearía su cara si se atrevían a flirtear con ella. Estaba dejando bien claro que ella estaba conmigo. Señor, sabía tan bien... y su trasero encajaba tan bien en mis manos. Toda ella había sido creada para mí.

—Eh, colega. Respira. —Cuando terminé el show, estaba demasiado recalentado como para frenar, así que cogí a Sara de la mano y la llevé a la sala de entrenamiento de la parte de detrás. Cerré la puerta con ella, empujándola sobre la madera y asaltando de nuevo su cuerpo. Y ella me seguía, nada podía mejorar eso.

—¿Me has echado de menos? —me preguntó con aquellos ojos brillantes.

—Puedes jurarlo.

—¿Para esto querías que viniera? —¡Mierda! Casi olvidé el motivo de hacerla venir. Había discutido con Viktor y Andrey sobre implicarla en esto, así que le diría una verdad a medias.

—Tu madre vuelve a Atlantic City en el avión de esta noche.

—Lo sé.

—No quiero que te quedes sola en tu apartamento, quiero que te traslades al mío.

—Dijiste que nadie me haría daño en esta ciudad, que estaba a salvo.

—No he dicho que sea por tu seguridad, es por la mía.

—¿La tuya?

—Me he acostumbrado a dormir contigo a mi lado.

—¿Y qué tiene que ver tu seguridad con el haberte acostumbrado a no dormir solo?

—Si no duermes conmigo, me convierto en un ser irascible y un Vasiliev irascible es un peligro para la ciudad y para sí mismo.

—Estás loco.

—Totalmente. —Sus brazos se enredaron en mi cuello y yo aproveché para levantar sus piernas y envolverlas en mi cintura. Adoraba esa postura.

—Así que quieres que duerma en tu apartamento.

—Quiero que te mudes a mi apartamento, es diferente.

—Eso suena...

—Es demasiado rápido, lo sé. Pero nosotros somos así, no nos tomamos demasiado tiempo en actuar, solo lo hacemos.

—Iba a decir que sonaba a demasiado serio para Nick Vasiliev. Ya sabes, cambias de chica como de calzoncillos y he notado que en eso eres un chico muy limpio.

—Sí, bueno, probemos a ver qué tal me sienta el cambio.

Sara

¿Sorprendida? Totalmente. ¡Eh!, pero no iba a quejarme. No, señor. Recogimos algunas de mis cosas de mi apartamento y las llevamos al apartamento-mansión de Nick. Sí, dijo que había sido el apartamento de su hermano antes, pero eso no desmerecía el que fuera gigantesco para una persona sola.

Casi no me dejó terminar de acomodar mis cosas en su armario, cuando me arrastró hacia el baño. Esto de dejar que Nick me sedujera en la ducha, se estaba convirtiendo en una costumbre que no me costaría en adoptar como permanente.

Capítulo 31

Viktor

Miré perplejo el teléfono. Una llamada de Danny. Habíamos dispuesto que solo me llamaría cuando pasara algo realmente grave, algo que la pusiera en riesgo, algo... ¡Mierda! Tenía las pelotas a la altura del ombligo.

—Diga.

—Viktor, tengo algo importante que decirte.

—¿Tienes algún problema?

—No, pero quería que lo supieras antes de que suceda.

—Dime.

—Mo y yo nos vamos a casar... —Sentí un alivio tremendo al escucharlo. —dentro de una semana, en Las Vegas.

—Vaya, eso es estupendo. ¿Ya lo tenéis todo organizado?

—Solo hemos comprado los billetes de avión. Íbamos a reservar un hotel para un par de días y luego regresaríamos a Miami. No tenemos mucho tiempo y queríamos hacerlo ya. Hemos cambiado algunos turnos para tener el próximo fin de semana libre.

—Bien, deja que me encargue del alojamiento. Te enviaré un mensaje con el nombre del hotel. Tu solo encárgate de llegar y registrarte, el resto es cosa mía.

—Pero...

—Déjame hacer eso.

—Vale.

—Intentaré concertar una reunión, pero no puedo prometerlo, estamos ...

—Lo entiendo.

—Entonces, dale mi enhorabuena al novio y para ti un fuerte abrazo.

—Gracias. —Danny se casaba, en Las Vegas, en una semana. Tenía muchas cosas que preparar, porque ella era de la familia aunque nadie lo supiera. Y si de algo nos encargábamos los Vasiliev era de la familia.

Andrey

El médico de Lisa estuvo muy colaborativo, sobre todo porque yo era quien pagaba sus facturas, porque era abogado y, sobre todo, porque era un Vasiliev. En ocasiones como esta era cuando más agradecía llevar ese apellido; abría puertas sin necesidad de llamar.

Tenía mi información y no estaba muy contento con ella. Lisa debía haberse puesto la última inyección hacía un mes, pero no lo había hecho. Eso podría haberme preocupado, pues el buen doctor creía que queríamos tener un bebé y que Lisa estaba preparándose para concebir. Le había recetado algunas vitaminas, ácido fólico, para que empezase a preparar su cuerpo para la maternidad. Pero según su última revisión de hacía tres días aún no habíamos conseguido concebir[M32][UdMO33][M34]. El buen doctor me animó a no desalentarme, porque hacía poco que estábamos intentando ser padres y a veces estas cosas llevaban tiempo. Tiempo y un milagro, porque junto con sus anticonceptivos uníamos los preservativos y esos tenía un índice de eficacia del

97%, salvo que se rompieran y... ¡Oh! Mierda, Lisa debía de estar sabotando mis condones si pretendía quedarse embarazada. Todavía no había tenido ningún condón roto, pero eso no quería decir que no estuviese pinchado. Tenía que parar a comprar una nueva remesa y esconderla en un lugar seguro, al que ella no accediera.

¿Y por qué no suspender el sexo? Porque además de seguir con la normalidad, como dijo Viktor, pensaba follármela hasta por las orejas. Iba a pagar con creces todo lo que estaba haciendo a mis espaldas. Se lo dejé muy claro desde el principio, yo cubro tus gastos con una mensualidad y tú cubres mis necesidades sexuales. Solo eso, nada más. Ni amor, ni hijos, ni ñoñadas de parejitas. Puede que la llevara a alguna cena, algún espectáculo, pero nada más. Yo había estado cumpliendo mi parte del trato, pero estaba claro que ella quería cambiar las condiciones unilateralmente. Lisa sabía dónde se metía cuando accedió a nuestro acuerdo, así que se atendería a las consecuencias de jugar con un Vasiliev.

Sara

Miré otra vez los números de la pantalla del PC de Nick. Ya estaba hecho. La hipoteca de mi madre estaba pagada, había un fondo para la universidad de mi hermano y unos cuantos miles de dólares en su cuenta. Nos habíamos ajustado a las cantidades que no levantarían sospechas, así que no habría ningún problema para mi madre ni su familia. Ahora mi colchón era un poco más pequeño, pero yo me sentía feliz de que así fuera.

—Estás sonriendo.

—Es que me siento bien.

Me alegra ser quien ha provocado eso. —Miré a Nick con el ceño fruncido. ¿A qué se refería? ¿A haber sido el artífice de las transacciones? ¿O a haberme dejado, no hacía ni media hora, la zona vaginal totalmente derretida? Algo me decía que pensaba que era lo segundo, a él le gustaba jugar con la ambigüedad. Pero si quería jugar a eso conmigo, sabía la mejor manera de contraatacar.

—Tendré que darte las gracias.

—Sí, tendrás que hacerlo. —Me estiré, para alcanzar su cuello con los brazos y acercarlo lo suficiente como para poder besarlo, salvo que dejé mi boca a escaso medio centímetro de la suya.

—Gracias. —Escuché su gemido de protesta, un segundo antes de tomar él mismo su premio. Estaba bien eso de poder hacer que él cayera bajo mis encantos, me hacía sentir poderosa. ¿Cuántas mujeres podían decir, en esta ciudad, que tenían a un Vasiliev? Pues este era ahora mío y no lo iba a soltar en una buena temporada. Este calzoncillo se lo iba a tatuar en la piel.

Nick

Me he acostado con modelos, con chicas de calendario, con mujeres que hacían babear a los hombres por una segunda oportunidad y no había caído con ninguna de ellas. La razón por la que estaba tan atrapado por Sara era un misterio en sí mismo. Pero hacía tiempo que había aprendido una cosa más importante que el porqué: saber qué hacer cuando ocurre. Así que en ello estaba, disfrutando del momento todo lo que

podía. Me gusta el sexo con Sara, me entretiene charlar con ella, me provoca su forma de pensar, me seduce su mente, me excita su desafío, me enciende todo de ella y todavía estoy lejos de aburrirme a su lado, creo que eso sería imposible. Me estaba acostumbrando demasiado rápido a tenerla conmigo, a tocarla cuando quería, a besarla cuando lo deseaba, a estrechar su cuerpo cuando dormía. Soy un puto yonqui de Sara y no pienso desengancharme.

Sam

Ya tenía la información que Viktor quería, que fuera algo que me llegaba en lo personal solo hizo que fuera más exhaustivo en mi búsqueda. El cabrón de Rocky Bellami tenía un representante aquí en Las Vegas y, por lo que sabía, no quería introducirlo en el mundo de las peleas ilegales, buscaba una confrontación en concreto, quería pelear con un Vasiliev, le daba igual con cual. Al parecer, un Rocky borracho le había contado a alguien que pretendía machacar al pequeño Vasiliev y que luego iría a por el segundo, porque, cuando lo dejara en una silla de ruedas, Viktor Vasiliev iría a buscarlo y él estaría esperándolo.

El tipo había tenido dos peleas en el circuito *underground*, no era suficiente para enfrentarse a Nick, pero estaba haciendo su camino y lo estaba haciendo a fuerza de golpes. Era un cabrón sicótico en el *ring* y se estaba haciendo un nombre. Le llamaban el Demente y vaya si le pegaba. Tenía que avisar a Viktor, porque el tipo se estaba metiendo en el terreno de Nick y lo tenía puesto en su punto de mira.

Capítulo 32

Viktor

Estábamos en el despacho de Yuri, en la casa familiar. Las mujeres estaban tomando el sol en la terraza mientras esperaban a que la comida estuviese lista. Mis sobrinos estaban creando tsunamis en la piscina mientras su madre les gritaba para evitar que las mojaran, algo inútil, porque era eso lo que pretendían. Más les valía no mojar a mi Katia, porque no quería que pillara un resfriado estando embarazada.

—Así que nuestra pequeña Danny se casa en Las Vegas.

—Así es. He reservado un par de suites para esos días.

—Ojalá todo el asunto de Bloom no nos estuviese mordiendo el culo, porque me gustaría celebrar esa boda.

—Tengo algo en mente. Puede que no sea lo que nos gustaría, pero es lo mejor que podemos hacer sin llamar la atención y que sea totalmente en familia.

—¿Crees que podrás hacerlo? Tu boda se conoció casi antes de celebrarse.

—No te preocupes, papá, voy a hacerlo.

—Entonces, habrá que dar la noticia al resto de la familia.

—Temo la reacción de Lena, mira cómo se puso con mi boda con Katia.

—Sí, habrá que controlarla. Se lo diré a tu madre.

—Bien, en ese caso vamos a ver si ya está la comida, tengo un hambre que me muero.

—¿No se supone que tu mujer es la que tiene que comer por dos?

Nick

Tomé la mano de Sara con más firmeza. Sí, era una encerrona, pero quería que todos, y sobre todo ella, supieran lo serio que era esto. Así que allí estábamos nosotros dos, llegando de la mano a casa de mis padres para celebrar una comida familiar como casi todos los domingos. Es complicado reunirnos a todos, pero era una ley no escrita: si podías, ibas. Caminamos hasta el salón principal donde la familia estaba empezando a sentarse. Me detuve y sonreí a mi madre.

—Hola, Nikita.

—¡Traes a una chica! - Esa fue mi hermana y su boca entrometida.

—Familia, para los que no la conocéis, esta es Sara.

—Hola Sara, bienvenida. —Mamá se levantó, le dio un abrazo con sus dos besos correspondientes y empezó a caminar hacia la cocina. —Voy a buscar un servicio para ti. Este hijo mío podía avisar que traía a alguien a comer.

—Esa era mi madre, Mirna. Esta es mi hermana Lena, mi padre Yuri, mi cuñado Geil, mis dos sobrinos, mi cuñada Katia, y a mis hermanos Viktor y Andrey ya los conoces.

—Es un placer conocerlos a todos. —Fue un alboroto de preguntas y risas y poco a poco noté cómo Sara iba perdiendo esa tensión. En el fondo no somos tan diferentes al resto de la gente, no éramos como la familia Adams.

Después de comer, cuando solo quedaba el café y los niños habían salido corriendo

de nuevo a la piscina. Viktor soltó la noticia de que Danny venía a casarse a Las Vegas. Fue divertido ver a Lena haciendo planes y Viktor intentando frenarla. Esta vez no podía ser como la boda de Katia, no con los espías de Bloom sobre nosotros, no podíamos arriesgarnos con Danny y su anonimato, así que Lena tuvo que entenderlo. No es que Viktor dijera mucho sobre Bloom, pero Lena y Mirna no necesitaban muchas palabras para comprender lo que ocurría.

—Puedo dejarle mi vestido de novia. —La voz de Katia se escuchó a mi derecha y Lena la miró con ese brillo en los ojos que decía: «sí, puede servir».

—Siempre dicen que hay que llevar algo prestado en tu boda.

—También podemos darle un bono regalo para que compre los zapatos en una de las tiendas del Crystals Mall.

—Algo regalado y algo nuevo. Bien, nos queda...

—Quieta Lena, del resto me encargo yo.

—Vale, vale. Eres tú quién la conoce, Viktor.

—Sí. Así que dejármelo todo a mí, ¿de acuerdo? Vosotros solo tened un vestido bonito listo para cuando os llame. —Tenía que reconocer que no imaginaba a mi hermano Viktor de organizador de bodas, pero oye, si podía coordinar la seguridad de dieciséis empresas, podría hacer eso también.

Cuando regresamos a mi apartamento, en el coche, noté que Sara estaba demasiado callada.

—¿Yo... yo también tengo que ir a esa boda?

—Pues claro, eres mi novia.

—¿Novia?

—A ver si te crees que llevo a cualquier chica a comer con mi familia.

—¿Cuántas has traído?

—Desde que tengo pelo en las pelotas... eres la primera.

—¡Agh! ¡Esa boca!

—No, en serio, era un niño cuando invité a una compañera del colegio a venir a merendar a casa. Quería impresionarla con nuestra piscina. Pero creo que tenía más miedo a decir que no a un Vasiliev, que ganas de venir porque yo le gustase.

—Ves, eso está mejor. Pero, aun así, me gustaría saber estas cosas antes que los demás.

—Mi familia tampoco sabía que iba a traerte.

—No, me refiero a lo de que ahora soy tu novia. Ellos parecían saberlo, porque me miraban como si...

—Sí, tal vez tendría que habértelo dicho. No estoy acostumbrado a estas cosas.

—¿A tener novia?

—Eres la primera, entiende que ande un poco perdido en eso.

—Pues para tu información, en estas cosas de dos se suele preguntar.

—¿No quieres ser mi novia?

—Demasiado tarde para eso.

—¿Cómo que demasiado tarde?

—Esa pregunta ya no puedes hacerla porque se supone que ya lo soy, así que, ding, ding, ding, siguiente pregunta.

—No, no, no. Eso no es así, si algo no te gusta, me lo dices y se cambia, así de

sencillo.

—Yo no he dicho que no me guste, solo que es demasiado tarde para preguntarlo. ¿Por qué yo te digo una cosa y tú piensas otra? —¡Joder! Esta mujer iba a matarme con su lógica, porque era totalmente cierta y porque me rompía todos los esquemas. Sentí sus brazos envolver mi cuello y sus labios besando mi mejilla.

—Seré tu novia, pero la próxima vez pregunta.

—¿La próxima vez? Lo de ser novios se pregunta una sola vez.

—¿Quieres ir a cenar a un chino, Sara? Oh, sí, me encantaría. ¿Quieres que te acompañe a comprar ese vestido? Mmm, solo si me subes la cremallera en el probador. —¡Mierda! Di un pequeño volantazo, y aquel pequeño gemidito tan cerca de mi oreja, tan bajito y sus labios tan cerca de mi piel, casi me sacan de la carretera. ¡A la mierda! Salí de la vía y paré en uno de los arcenes. Me quité el cinturón de seguridad y me abalancé sobre ella para besarla.

—Eres una bruja tentadora.

—Solo contigo.

—Mi bruja. —Después de besarla por unos minutos y sentir que el coche se balanceaba cuando los otros vehículos pasaban a nuestro lado a toda velocidad, decidí que lo más seguro era terminar lo que habíamos empezado en nuestro apartamento.

Capítulo 33

Viktor

Una pelea, el cabrón de Rocky quería una nueva pelea. Pero esta vez no quería perderla. No sabía hasta qué punto ese gilipollas creía que podía llegar, pero ni de broma podría superar a Nick si se ponía en forma. Ya era una maldita máquina dentro del circuito *underground*, pero es que el nivel tampoco era muy alto. Dale un par de meses y mi hermano se convertiría en un auténtico aniquilador. Lo sé, porque yo pasé por lo mismo, igual que todos los Vasiliev de nuestra familia. Solo necesitamos una pequeña motivación y llegamos donde los demás sueñan. Mira el tío Viktor. Él luchó por sacar a flote a su familia y lo consiguió a fuerza de golpes. Solo un puñado de balas pudieron frenarlo.

—Jefe, tengo lo que me pidió. —Recogí el pendrive que me tendió Bobby y asentí. Caminé hacia mi despacho y lo conecté a mi portátil. Fichero a fichero, fui desgranando la detallada información que Bobby había conseguido sobre Rocky. El cabrón estaba entrenando en su gimnasio de Miami, aumentando su rendimiento y masa muscular a base de químicos. Se iba a convertir en un puto camión de dieciséis ruedas.

Me recosté en mi sillón y empecé a darle vueltas a la cabeza ¿Qué podía hacer para deshacerme de él? Cogerlo y meterlo de cabeza en el barco. Demasiado fácil, aunque apetecible. Pero ¿qué hacía con Bloom? La desaparición de Rocky sería más munición en su revólver. No, tenía que hacer que los dos cayeran ahorcados con su propia soga. Sí, eso sería estupendo. Si pudiera... ¡Oh! Sí, había una manera. Retorcida, complicada, lenta, pero definitivamente sería perfecta. Sabía que estaba sonriendo, pero qué le iba a hacer, soy un puto genio. Ahora solo tenía que trazar todo el puñetero plan con mis hermanos y Yuri. Cada uno a su manera, íbamos a atar un pequeño nudo en aquella cuerda. Íbamos a ejecutar nuestra propia misión imposible.

Nick

Si fuera otra persona pensaría que estaba colocado de hierba, marihuana, hasta las cejas, pero era Viktor y lo imposible, retorcido y brillante, se juntan para hacer estrategias perfectas. ¿Su plan? Una jodida obra de ingeniería. Pieza a pieza, llevaríamos a término una obra maestra de la perdición de esos dos gilipollas. Nadie se mete con un Vasiliev y mucho menos con toda la familia, porque Bloom aspiraba a demasiado y ya saben lo que dicen del que quiere dar un mordisco grande: que se puede atragantar. Por mi parte, no iba a tener ningún problema. Delegaría la parte limpia de la contabilidad del negocio en algún subalterno de confianza y de la turbia me encargaría en mi tiempo libre desde casa. Mi prioridad, ponerme en forma para el día del combate. Si todo salía bien, sería en dos meses. Gracias a dios que Sara vivía conmigo, porque no podría encontrar mucho tiempo para ella y eso me jodía realmente, porque acabamos de formalizar lo nuestro, o más bien yo lo había hecho, aunque había sido una mierda.

Curioseé en internet sobre esas cosas de chicas, cómo pedirle ser tu novia, ir a vivir juntos, el primer beso y, realmente, me había pasado por el forro de los pantalones

todo el protocolo. Así que tenía que compensarla, pero con todo esto encima... Entonces se me iluminó la azotea. Podía hacer como Viktor y regalarle algo, una joya que demostrara lo que siento por ella, sobre todo al resto del mundo, algo que dijera «Es mía» y todos sabrían lo que ocurriría si le hacían daño, algo que dijera claramente que pertenece a un Vasiliev, a éste Vasiliev. Algo que la uniría a mi nombre, más de lo que podría hacerlo una estúpida foto de compromiso. Y lo supe, tenía la imagen en mi cabeza, solo necesitaba hacerla realidad.

Miré el reloj, aún tenía tiempo antes de que Sara terminara su trabajo de la mañana, así que me fui a encargarlo y a comprar todos los suplementos alimenticios que iba a necesitar, ya no era suficiente con cuidar mi alimentación, ahora debía complementarla con todo lo que mi cuerpo iba a necesitar.

A veces pienso que Fredo tiene un sexto sentido para encontrarse conmigo en los lugares más inoportunos, o tal vez... ¿y si era otro de los espías de Bloom? Daba asco no poder confiar en nadie.

—Hola, tío. ¿Comprando suministros?

—Sí. Tenía la despensa vacía.

—Así que tenemos una pelea en el horizonte.

—¿Cuándo no la ha habido?

—Así me gusta, mi chico haciéndome ganar dinero. —No estar seguro de la fidelidad de tus «amigos» era una mierda, porque no sabías hasta donde puedes decir sin perjudicar el plan, pero ¿quién dijo que no podía aprovecharme de él?

—¿Sabes cómo andan los demás luchadores? ¿Qué se cuece?

—Lo de siempre, algunos se retiran, otros se lesionan y muchos aparecen para cubrir los puestos libres.

—¿Alguno que deba preocuparme?

—¿A ti? ¡No jodas! Eres Nick el Ruso Negro Vasiliev, son ellos los que deberían estar preocupados.

—Nunca está de más saber a qué me enfrento.

—Ya, si quieres investigaré un poco, pero no creo que tengas problema alguno con los novatos.

—Deja que eso lo decida yo. Es a mí a quien van a golpear, ¿verdad?

—En eso tienes razón. Veré qué averiguo.

—Gracias, Fredo.

—De nada, solo protejo mi inversión.

Sara

No es que fuese infrecuente que Nick me recogiera en el trabajo para ir a almorzar, lo había estado haciendo bastante últimamente. Lo raro es que saliera del despacho de Bobby después de mantener una conversación privada. Si trabajaba en lo mismo que él, ¿por qué no confiaba en mí de igual manera? Eso me hacía dudar de que realmente me tomara en serio. Sí, buena para un torneo de póker, buena para llevarme a su cama, pero ahí terminaba la cosa.

—¿Lista para ir a comer?

—Dame un minuto. —Nick se apartó un poco de mi puesto y pude observarle mejor por unos segundos. Era raro verle vestido tan informal, con unos jeans y una camiseta

de *The Punisher*. Aquellos malditos bíceps destacaban como unos pompones rosas en las orejas de Marilyn Mason. ¿Por qué los chicos con ojos de un azul increíble usaban camisetas negras? Porque les sentaban de muerte y a Nick todavía más. Una no sabía si apartarse de su camino o tirarse directamente encima de él. Mejor lo segundo, indudablemente, porque aún podía hacerlo. Es que estaría deseable incluso con una de esas chaquetas que usa Elton John.

—Si sigues mirándome así, no vamos a salir del edificio.

—¿Y cómo te estoy mirando?

—Como si quisieras quedarte atascada conmigo en el ascensor.

—Pues sí, así te miro. ¿Vas a hacer algo al respecto? —Su frente se posó sobre la mía, mientras sus manos me aprisionaban contra mi mesa.

—Deja de hacer esas cosas, Sweetie. Soy un Vasiliev y no rechazo un reto como ese.

—Dejémoslo en que eres un hombre fácil. —Su boca se adueñó de la mía imponiendo su dominio, hasta que la repetida tos de Bobby hizo que Nick se detuviera.

—Buscaros una habitación.

Capítulo 34

Nick

Dos malditas sesiones de entrenamiento, esa era mi rutina ahora. Una por la mañana y otra por la tarde. Era el primer día y estaba completamente exhausto. Creo que de no ser por la ducha en el gimnasio ahora estaría dormido detrás del volante.

—¿Todo bien?

—Cansado.

—¿Un mal día?

—No, solo he empezado una nueva rutina de entrenamiento. Estos días, con lo del torneo me he abandonado un poco.

—No hablas como un contable.

—Ya sabes que soy muchas cosas. —Noté un peso sobre mi hombro cuando Sara posó su cabeza en él.

—Mi novio es polifacético.

—¿Te importa si hoy cenamos en casa?

—Puedo darte un masaje si quieres.

—Sabes cómo mimar a un hombre.

—No te acostumbres, tipo duro.

Sara

No lamentaba el no tener una nueva sesión de sexo con Nick —bueno, un poco sí —, pues realmente necesitaba descansar. Estábamos en la cama, yo encaramada a su cuerpo como la mona de Tarzán y él durmiendo como un tronco. Me gustaba verlo dormir, así, tan de cerca, sintiendo su pecho subir y bajar pausadamente.

No podía dejar de pensar en que los rumores debían ser ciertos. Se decía que había un Vasiliev en las peleas clandestinas, aunque nadie se lo creía del todo, porque ¿un Vasiliev dejando que lo golpearan? No, la familia era demasiado poderosa como para poner a uno de los suyos dentro de una jaula cerrada, a merced de un *destrozacuerpos* cualquiera. Además, ese rumor llevaba vigente décadas, incluso desde antes de que Yuri Vasiliev tuviera pelo en las pelotas, como decía Nick.

Sí, he curioseado. Si Bobby, mi jefe, se entera de que he usado los equipos para encontrar ese tipo de información, seguro que me despide. ¿Y para qué? Para encontrar solo un par de pistas. La primera y más relevante es un vídeo, el único en toda la red, que muestra a un Vasiliev, que no es Nick, sino Viktor, dando una buena paliza a un chico rubio en una pelea, dejándolo como la mierda. La otra pista me la ha dado un bloguer, fan acérrimo de las peleas ilegales, que asegura no perderse ninguna de las peleas de un tal Ruso Negro y que los vídeos que saca clandestinamente de las peleas desaparecen casi de inmediato de la red. Lo que me lleva a suponer que puede que Viktor no sea el Ruso Negro porque, según lo describe el bloguer en sus comentarios, ese luchador se ajusta más a Nick que a su hermano.

Eso me asusta una barbaridad, porque de ser ciertas mis sospechas, Nick se jugaba el físico en cada pelea sin ninguna necesidad de hacerlo. Alguien que necesita

el dinero, lo entiendo, pero Nick... ¿Y si un día recibe una patada en las costillas que le provoca una perforación de la pleura y muere asfixiado? ¿Y si lo golpean en la cabeza y lo dejan en un coma permanente? Pero ¿quién era yo para criticar lo que hace? Pues su maldita novia. No quería perderlo ahora que lo tenía. Me aferré un poco más fuerte a su cuerpo, porque de alguna manera quería protegerlo. Sí, él era más fuerte que yo, pero nunca estaba de más que te presten un poco más de esa fuerza. Aunque la mía no sirviera de mucho, se la daría.

Viktor

¿Nervioso? ¡Joder, sí! Era la boda de Danny y nada podía fallar. Repasé por quinta vez las instrucciones con todo el personal del hotel. No quería fallos, no quería brechas, no quería un solo error. Comprobé por última vez la suite que había reservado para los novios. Los trajes de ambos tendidos sobre la cama principal, la nota que deberían ver nada más llegar.... Sí, no era la primera boda que se hacía en el hotel, ni los primeros novios que atendíamos y tampoco eran los primeros Vasiliev que se casaban aquí, bueno, sangre Vasiliev, así que tenía que relajarme. Había momentos en que me gustaría ser un puñetero ténpano de hielo como Andrey.

—Señor, acaban den registrarse en recepción.

—Bien. Que avisen al capellán. —Cerré la línea del teléfono y salí con rapidez de la habitación. La rueda había empezado a girar. Me dirigí al ascensor de servicio y bajé a la zona de personal. Mientras caminaba por los pasillos, una sonrisa tonta apareció en mi cara. ¡Mierda! Me estaba poniendo todo marica con tanta tontería de chicas, pero... más valía que nadie se atreviera a decir que tenía un lado femenino porque le partiría las piernas. Saqué de nuevo el teléfono y marqué el primer número.

—Dentro de tres horas en el hall del hotel, trae a tu chica y poneos guapos.

—Un poco justo, ¿no te parece?

—Pues entonces empieza a mover el culo, Nick. Estas cosas no esperan a nadie.

—Allí estaremos.

—Bien. —Marqué el siguiente número.

—¿Te has afeitado hoy, Andrey?

—Y me he limado los colmillos.

—Bien, entonces dentro de tres horas en hall del hotel.

—Allí estaré.

—Lo sé. —Seguí marcando número tras número hasta que toda la familia quedó convocada. Ahora solo quedaba esperar. Mientras, subiría a la suite de la familia, me ducharía y me cambiaría de ropa.

Danny

—¡Joder! —Mo me había quitado la palabra de la boca. La suite era enorme y preciosa. Tenía una pequeña terraza con vistas a la ciudad y un precioso centro de flores con una gran tarjeta en él:

Espero que este día sea perfecto. La ropa está sobre la cama, la tarjeta regalo es para que consigáis el calzado. El capellán os espera a las cinco de la tarde en el salón de ceremonias junto al jardín. Si he olvidado algo, pedidlo en recepción, están a vuestra completa disposición.

Corrí hacia la habitación donde encontré un precioso vestido de novia y un esmoquin. Seguro que eran de nuestra talla y no pude evitar imaginarnos ataviados con ello. Viktor había convertido una boda relámpago en una boda hermosa, digna de mostrar a mis hijos y sentirme orgullosa. Sí, yo había decidido que quería una boda rápida, solo con aquellos que merecían estar allí, pero Viktor me dio la belleza que no debía faltar en un día así. Nadie dijo que sencillo, rápido y pequeño fuera en contra de hermoso y refinado.

—¿Tus abuelos ya estarán instalados en su habitación?

—Su vuelo llegaba una hora antes del nuestro, así que supongo que sí.

—Pues llámales y diles que se pongan guapos. Tenemos cita con un capellán en menos de tres horas. —Mo cogió la tarjeta que aún tenía en mis manos y leyó el mensaje.

—Tu primo no pierde el tiempo organizando cosas.

—Boda exprés, planes exprés.

—Bueno, entonces, ¿qué te parece si nos vamos a por esos zapatos, volvemos, nos damos una ducha para relajarnos y después pongo mi apellido detrás de tu nombre?

—Daniella Leahao, muy exótico. —Mo envolvió sus brazos alrededor de mi cintura y me alzó para que nuestras bocas estuvieran bien cerca.

—Prepárate, que te voy a dar toda una vida de exotismo.

—Poco a poco, soldado, que la mercancía todavía no es tuya.

—¡Ja! Intenta evitarlo.

Capítulo 35

Nick

El cabrón de Viktor nos metió a hurtadillas en uno de los salones, donde se estaba oficiando una boda. No necesitábamos preguntar nada, todos sabíamos por qué estábamos allí. No es que fuera lo más apropiado esconderse en una de las esquinas entre las sombras como si fuéramos ladrones, pero era lo que había. No sé si Danny podría vernos bien a todos, pero su sonrisa se amplió cuando miró hacia nosotros. No éramos un grupo pequeño, pero estábamos tan apretados que era difícil calcular cuántas personas había sin acercarse un poco más. En total, estábamos papá, mamá, sus cuatro hijos, mi cuñado Geil, Katia y a Sara la tenía bien sujeta entre mis brazos. Miré a Viktor, que abrazaba a Katia desde la parte posterior, con sus manos entrelazadas sobre mi futuro sobrino, igual a como yo sostenía a Sara, bueno, salvo por lo de la sorpresa dentro de su vientre.

Era hermoso saber que estabas con quien querías compartir tu vida y además saber que no lo ibais a hacer solos, sino con una familia que estaba creciendo. Compartir algo tan definitivo como un hijo. Los sentimientos pueden cambiar con el tiempo, pero un hijo era el resultado de un momento muy especial entre dos personas que se quieren, o al menos así debería ser.

—Puedes besar a la novia.

—¡Oh, dios! Qué bonito.

—Lena, empieza a mover el culo. Tenemos que irnos.

—Pero....

—Luego tendrás tu oportunidad para más azúcar, ahora muévete y no hagas ruido.

—Salimos con celeridad y Viktor cerró la puerta el último.

—Bien, familia. Ahora id subiendo a la planta 22, a la suite 2201.

—¿Más sorpresas?

—Lena deja de preguntar y mueve ese culo. Geil, azuca el trasero de tu mujer, o lo haré yo. —Escuché un «¡zas!» y un «¡eh!» seguido de risitas y supe que Geil había cumplido la orden de Viktor. Nos metimos todos en el ascensor de servicio y en menos de tres minutos ya estábamos dentro de una suite con un servicio completo de cena para once, con tarta de novios y champán incluidos.

—No se te ha escapado nada, hermano.

—Faltan los novios, pero espero que eso cambie pronto. —Quince minutos después, un aviso de mensaje alertó a Viktor. Sonrió y volvió a meter el teléfono en el bolsillo.

—Bueno, es el momento de aplazar la luna de miel de esos dos tortolitos. —Un minuto después, unos sorprendidos Danny y Mo estaban siendo abrazados y besados por varios Vasiliev. Seguro que no recordarán todos los nombres que les dimos, pero estar allí ya era suficiente. Cuando nos conocimos un poco mejor, nos sentamos alrededor de la gran mesa y empezamos a comer de aquel banquete.

No me malinterpretéis, pero creo que las bodas deberían ser así siempre, solo la gente imprescindible, solo aquellos que te quieren y que realmente siempre estarán allí

para ti, para los novios, la auténtica familia y amigos.

La noche estuvo bien, contando anécdotas de nuestra familia, recordando al tío Viktor, sobre todo, pero lo mejor, fue ver sonreír a papá y a Andrey. Ojalá pudiesen estar siempre así de felices y relajados. Aunque sé que no podía ser así, al menos deseé que tuviesen motivos para hacerlo más a menudo.

Sara

Es raro sentir que estás dormida, pero notar que se te congela el trasero y que además te mueves sin estar moviéndote. Sí, lo sé, suena raro, pero era así. Parpadeé varias veces hasta entreabrir los ojos y vi porqué estaba sintiendo todo aquello. Había varios espejos a mí alrededor y un siseo me hizo girar la cabeza, para ver las puertas del ascensor cerrándose. ¡Vaya! Estaba en brazos de Nick, haciéndole cargar con mi peso cuando seguramente no tenía muchas energías para hacerlo. Intenté ponerme en pie, pero me lo impidió apretándome un poco más contra su pecho.

—Sssshhh, ya estamos llegando.

—Me quedé dormida en el coche.

—¿Qué te dio la pista?

—Muy gracioso. Bájame. —En ese instante el ascensor se detuvo en nuestra planta y Nick dejó que una pequeña risa vibrara en su pecho.

—Unos metros más no van a matarme y a ti esos zapatos te están destrozando los pies.

—Yo no he dicho...

—Tengo ojos, Sweetie. —Cuando llegamos a la puerta del apartamento, Nick comprendió que necesitaba una mano libre para poder acceder a las llaves y abrir la puerta. Así que finalmente aceptó mi orden y me bajó. Mientras él abría, yo me quité los zapatos y dejé que mis pies descalzos me metieran dentro de casa. Escuché la puerta cerrarse a mi espalda y, segundos después, el brazo de Nick se envolvió en mi cintura para pegarme a su costado mientras caminábamos a nuestra habitación. Nos detuvo frente a la cama y yo solté un pesado suspiro. Estaba agotada y no podía ni imaginar de dónde sacaba las energías mi chico.

—Deja que te ayude con el vestido, date la vuelta. —Le di la espalda y dejé que sus manos hábiles deslizaran la cremallera hacia abajo. Sus dedos acariciaron mis brazos mientras ascendían hacia mis hombros. Por instinto ladeé mi cuello, porque sabía que su boca asaltaría aquel lugar. Retiró el pelo y antes de sentir su beso sobre mi piel, algo pesado cayó sobre mi esternón. Mis dedos instintivamente fueron a tocarlo, notando que era algo frío y pequeño.

—Llevo todo el día con esto metido en el bolsillo, esperando el momento oportuno para ponerlo en el lugar que le corresponde, pero... no me pareció oportuno quitarles su momento a los novios.

—¿Qué es? —Me tomó de la mano y me llevó hasta el espejo del baño. Se situó detrás de mí mientras me acariciaba la oreja con sus labios.

—Busqué algo que fuera perfecto, algo que dijera «es la chica de Nick Vasiliev», algo que mostrase lo importante que eres para mí. Y encontré esto. Una representación de mi corazón, custodiado por mi ángel.

—Es...es precioso.

—No, Sara, tú eres preciosa, esto solo es un símbolo que te protegerá de los que sean tan estúpidos como para intentar lastimarte. A la vez, les dirá a todos que he entregado mi corazón. Si llevas esto les dirás a todos que me perteneces, pero si es demasiado para ti, o un día cambias de opinión, bastará con quitártelo y serás libre de nuevo.

—Suen a algo más serio que vivir juntos.

—Suen a que eres muy importante para mí y que estoy compartiendo esa información con el resto del mundo. Solo hay una cosa más vinculante que esto y es poner mi apellido junto a tu nombre.

—¿Estás seguro de esto?

—Nadie me obliga a hacer nada que no quiera, no me lanzo al agua si tengo dudas. Si he llegado hasta aquí es porque estoy seguro. Ahora dime, ¿lo llevarás siempre o lo devolvemos a su estuche hasta que te sientas más...?

—Lo llevaré siempre. —Nick sonrió y empezó a besarme suavemente.

—Bien. Ahora será mejor que nos quitemos la ropa, nos metamos en la cama y durmamos un poco. Cuando recupere las fuerzas formalizaremos este contrato como deber ser.

—¿Me vas a hacer firmar un contrato?

—Oh, sí. Pondré a trabajar mi pluma con tu tintero y me pasaré un buen rato poniendo firmas.

Capítulo 36

Danny

No era la primera vez que me despertaba boca arriba, desnuda bajo las sábanas y con la mano de Mo sobre mi vientre. Pero era la primera vez que lo hacíamos como marido y mujer. Sentí el peso del anillo en mi dedo e instintivamente lo acaricié con el pulgar. Giré la cabeza para encontrar a un Mo profundamente dormido, con esa expresión de inocencia infantil en su rostro. ¡Nam, me lo comería de un bocado.

Sé que tenía una sonrisa estúpida en la cara, pero era imposible quitarla de allí. La boda había sido preciosa. Los abuelos de Mo fueron nuestros testigos y no sé si a la abuela le quedaron lágrimas cuando terminó la ceremonia. Podíamos haber cenado con ellos, pero el abuelo se llevó a la abuela, diciendo que su nieto tenía que rematar la ceremonia como debía ser y que nos dejaban para que continuáramos con la siguiente parte. Vamos, una manera suave de decir «coge a tu mujer y agótala a p...». Y Mo estaba más que dispuesto, pero mi primo Viktor llamó a nuestra puerta antes de que pudiésemos quitarnos los zapatos. No creo que ninguno de los dos se hubiese enfadado por ello.

Los Vasiliev son mi familia y conocerlos por fin había sido el mejor regalo de boda que hubiese soñado. Con el que tenía más *feeling* era con Viktor, sobre todo por la historia que compartimos y me sentía realmente contenta de ver que había encontrado a alguien con quien compartir su vida. Katia parecía tenerlo completamente enamorado y ella también se veía feliz. Además, saber que iban a ser padres les daba a ambos una luz tan cálida que daban auténtica envidia.

Sé que mi nueva familia se movía en círculos un poco turbios y que los hombres eran tipos duros y todo eso, pero Viktor y Nick parecían haber encontrado algo que les daba motivos para relajarse y disfrutar de la vida. Yuri parecía arrastrar consigo un antiguo dolor que era difícil de curar. Y Andrey... Andrey parecía que sangraba por dentro, como si la vida no fuera algo que disfrutar, sino padecer. Ojalá encontrase a alguien que le dé lo que necesita para ser feliz, como hicieron sus hermanos.

Viktor sonsacó a Mo información sobre sus proyectos y, si bien no me importó, me pareció algo curioso, sobre todo porque de vez en cuando le pillaba una extraña expresión... ¿Tendría algo que ver con la oferta de trabajo de la constructora de Miami? Le ofrecían un mejor salario que en el hospital, mejores horarios y la posibilidad de promocionarse cuando terminara la carrera de arquitecto. Mo estaba ilusionado, e incluso soñaba ya con encontrar una casa para nosotros, e incluso construirla.

Viktor dijo que tenía pensado construirse una casa en Miami, para cuando fuese de visita a comprobar cómo iban los negocios por allí. Sabía que no le gustaba mucho dormir en hoteles, así que no me extrañó. Lo que sí me mosqueó fue que le sugiriese a Mo que se encargara de buscar algo para él y que le gustaría que se encargara de la reforma o construcción. Si tanto quería proteger nuestra relación de familia, ¿por qué intentaba establecer una relación comercial como aquella? Él sabría, porque yo no iba a cuestionar sus motivos y mucho menos sus acciones. Tenía que alegrarme, porque íbamos a vernos un poco más que hasta ahora, o al menos eso esperaba.

Familia, la palabra era ya grande en sí, pero cuando la pronunciaba no podía dejar de sentir que era mía. Ahora Mo y yo éramos familia y pronto seríamos alguno más en ella, porque cuando terminara su carrera y consiguiera su nuevo trabajo, iba a mandar las pastillas anticonceptivas a la basura. Me moría de ganas de formar nuestra propia rama y sabía que Mo quería que sus abuelos conocieran a sus bisnietos. Aunque gozaban de buena salud, tampoco es que tuvieran demasiado tiempo para esperar.

Noté que algo se movía a mi lado y vi los ojos de Mo parpadeando hasta que se abrieron del todo. Su sonrisa ya estaba saludándome antes de que las palabras salieran de su boca.

—Buenos días, señora Leahao.

—Buenos días, marido.

—Dilo otra vez.

—Marido.

—¿Sabes? Creo que es hora de que los señores Leahao se den su primera ducha juntos como marido y mujer. —Posó un rápido beso sobre mis labios y saltó de la cama para tirar de mi brazo y sacarme de debajo de las sábanas. Me llevó a la ducha entre risas, pero yo le detuve en seco cuando vi el jacuzzi humeante en el fondo del baño. Es pecado ir a Las Vegas y no volverse un poco salvaje.

—¿Y si cambiamos la ducha por un baño de burbujas? —Mo miró hacia el lugar que señalaba y alzó una ceja de esa manera que siempre me volvía loca, porque decía que su parte traviesa estaba tomando el control.

Sara

Sentí pequeñas presiones sobre mi espalda, al tiempo que diminutos escalofríos saltaban sobre mi piel. Me re Coloqué en la cama y noté que algo, como cuatro columnas de piedra, me mantenían atrapada dentro de ellas.

—Buenos días, Sweetie. —Giré la cabeza para encontrar el rostro sonriente de Nick sobre mí. Tenía el pelo mojado y de las puntas resbalaban pequeñas gotas de agua. Me giré totalmente y él se acomodó entre mis piernas, como si ese fuese su asiento favorito del sofá.

—Te has duchado.

—No quería pringarte con mi sudor.

—¿Saliste a correr?

—Como cada mañana.

—No eres humano. Tienes que ser un Terminator.

—Nah, solo es alimentación sana, buena genética y mucha motivación.

—Dime dónde puedo comprar de eso, necesito dos o tres raciones.

—He llamado a Bobby y le he dicho que hoy no vas a ir a trabajar.

—¿Te he dicho que te quiero? —Su rostro se puso serio de repente, como si aquella conversación fuera una importante negociación. Entonces comprendí que mis palabras tuvieron la culpa.

—Dilo otra vez, pero solo si de verdad quieres hacerlo. —Levanté la mano hacia su mejilla notando la tensión bajo la piel. Para él era importante que yo pronunciara esas palabras, tanto como para mí decirlas. Pero, por extraño que pareciera, podía hacerlo porque eran verdad. Este mujeriego reformado, este mafioso con honor y ética, se

había metido bajo mi piel como la nicotina de un parche a la que me había vuelto adicta.

—Te quiero. —Permaneció en silencio, quieto, como analizando la verdad de mis palabras en el interior de mis ojos y después se lanzó a besarme. Y tuvimos sexo, pero diferente. Fue tierno, delicado, pausado y sobre todo intenso. Y supe que en realidad no habíamos tenido sexo, sino que habíamos hecho el amor, porque de todas las partes de mi cuerpo la más implicada fue mi corazón.

Capítulo 37

Nick

Destrocé el saco con una combinación de golpes, pero no me di por satisfecho, tenía energía para más. Hoy me sentía el cabrón más afortunado de toda Las Vegas y nada ni nadie iba a poder cambiar eso.

—Ey, tío. —Como dije antes, nadie.

—Hola, Fredo.

—Tengo lo que me pediste. —Agarré el saco y lo estabilicé antes de ir a por mi botella de agua.

—Bien, dame lo que tienes.

—Tengo un par de videos de los nuevos tipos. —Me mostró un vídeo de dos combatientes en plena pelea, uno de ellos afroamericano.

—El de color es King Kong y se está haciendo un hueco entre los diez primeros puestos. —Maniobró el teléfono y puso en marcha otro vídeo.

—Estos dos son el Mecánico y el Demente. —El tipo rubio sabía quién era, el puñetero Rocky. Y sí, había dado un gran salto desde el otro vídeo, en el que mi hermano Viktor lo vapuleaba. Su cuerpo había crecido, sí, y aunque parecía algo más salvaje y con más técnica, seguía teniendo la misma mirada de siempre. ¿No entendía que era precisamente esa actitud la que tenía que cambiar? Él solo subía al ring con la mentalidad de provocar el mayor sufrimiento y dolor a sus oponentes, y sí, eso le daba victorias, pero no las tendría frente a adversarios como un Vasiliev. ¿El dolor? Lo teníamos asumido. ¿El sufrimiento? No dejábamos que nos atrapara. Había una receta para vencer y era la que todo Vasiliev aprendía a cocinar desde que era un niño.

—Este, quiero al rubio.

—Está fuera de la ciudad. Al parecer va y viene. Pero con King Kong podemos conseguir una buena suma.

—Nah, no me interesa.

—Tú nunca has rechazado una buena pelea, hermano.

—Puede que me haya vuelto más selectivo.

—¿Selectivo? Una mierda. Estás aflojando el ritmo, Nick. Ya no corres en la cinta y pareces cansado cuando vienes al gimnasio por las mañanas.

—¿Insinúas que estoy desatendiendo mi entrenamiento?

—Lo que digo es que estás bajando tu rendimiento, que algo te está agotando antes de venir a entrenar. —¡Joder! Si él supiera lo que hice esta mañana después de mi carrera de diez kilómetros, pensé con una sonrisa en la cara. Tampoco iba a decirle que hacía un entrenamiento más fuerte por las tardes en el gimnasio privado del apartamento. Pero eso era parte del plan, que Rocky cayera dos veces en la misma trampa, que no viera la evolución que iba a hacer, que pensara que seguía el mismo entrenamiento de siempre. Ocultaba mi desarrollo bajo sudaderas y pantalones largos, no iba a darle pistas—. ¿Así que es eso?

—¿Eh?

—Es esa chica del otro día, ¿verdad? La del trasero perfecto.

—¿Qué pasa con ella?

—Te la estás tirando como un animal poseso.

—Eso no es de tu incumbencia.

—Sí lo es, joder, tío. Tienes que pensar más con la cabeza y menos con la polla, hermano. Te está chupando la energía.

—No eres mi puñetero entrenador. ¿A ti qué más te da lo que haga fuera del ring? Seguiré cumpliendo, no te preocupes.

—Me preocupo por ti, porque no puedas mantener el tipo en tu próxima pelea.

—Lo haré, tranquilo. —Fredo soltó un improperio y se dio la vuelta. ¿Qué mosca le había picado? Ni que fuera a terminar mi carrera si me enfrentaba a Rocky, era solo una más... ¡Oh, mierda! ¿Y si él creía que la de Rocky iba a ser mi última pelea? ¿Y si Fredo quería ganar algo de dinero antes de que me enfrentara a Rocky? Me estaba volviendo un neurótico retorcido como mi hermano Viktor, pero tenía que pensar en esa posibilidad. Eran demasiados indicios como para pasarlos por alto. Tal vez me equivocara, o tal vez no. Tendría que tomar algunas precauciones.

Boby

Lo de Nick se estaba convirtiendo en una obsesión. Ya era el segundo localizador que me pedía ocultar esta semana, aunque esta vez me había dado carta blanca. ¿Dónde coño podía meter un localizador para un tipo como Fredo? No sé qué mierda le gustaría llevar siempre encima. Si por mí fuera, se lo colaría en el teléfono o en el reloj, pero tendría que encontrar un momento en que él estuviese lejos del objeto porque notaría su falta. Podría colarme en el gimnasio donde entrena, forzar su taquilla, coger su teléfono o su reloj, llevarlo hasta Pasha, instalarlo y dejarlo otra vez a su sitio. Pero probablemente tardaríamos demasiado tiempo. ¿Colocar yo el dispositivo? No, joder, lo mío era trabajar con los equipos, trastear con algún componente, no instalar esas minúsculas piezas con precisión. Para eso estaba Pasha, un relojero hindú con unos nervios de cirujano.

Sé que él no salía de su cueva, una pequeña relojería en la zona vieja, pero necesitaba llevarlo conmigo y hacer el trabajo tan rápido como pudiéramos. Entré en la relojería, haciendo tintinear la pequeña campanilla sobre la puerta. Pasha salió del pequeño cuartito al fondo, mientras yo caminaba hacia el mostrador.

—¿En qué puedo servirle, señor Cameron?

—Buenos días, Pasha. Tengo un par de piezas que me gustaría que revisara.

—No hay problema, puedo echarles un vistazo ahora, si quiere.

—Verás, el problema es que son piezas que es difícil de transportar y querría saber si puedes revisarlas donde están ahora. —Pasha arrugó el ceño mientras sopesaba la propuesta. No, él no se arriesgaría de esa manera, era exponerse demasiado, pero, por otro lado, éramos sus mejores clientes, los que dejaban una buena cantidad de dinero que mantenía a flote su pequeño negocio.

—Tendría que darme alguna referencia sobre el tipo de pieza. —Sí, sabía que el último trabajo estaba muy reciente en su memoria.

—No sabría cómo describirlo, pero podría intentar hacer un dibujo.

—Entonces pase a mi trastienda, le dejaré lápiz y papel. —Aquella era mi señal. Libré el mostrador y entramos a la pequeña habitación llena de pequeñas piezas de

reloj, soldadores y herramientas.

—¿De qué se trata?

—Tengo que insertar un par de localizadores, pero no puedo disponer de las piezas por mucho tiempo.

—Entonces supongo que no es algo consentido. ¡No!, no quiero saberlo. Solo asegúrame que no va a morir nadie.

—Me conoces, Pasha, sabes que no trabajamos así. Es más bien un tema de seguridad.

—De acuerdo. ¿Qué quieres marcar, dónde y cuándo?

—Un reloj, un teléfono móvil, unas llaves de coche o todo a la vez, no lo sé. Cuando tenga los objetos actuaremos sobre la marcha. Cuándo no sabría decirte, pero te avisaría con media hora de anticipación. Puedo acondicionar un lugar con todo lo que puedas necesitar si me especificas lo que es.

—Yo me encargo de mis herramientas, tú solo dame acceso a una mesa muy iluminada y una lupa fija bien potente.

—Lo tendré listo para mañana. Tal vez sea por la mañana cuando te necesite. Te mandaré un mensaje con la localización y la hora.

—Esto tendrá un plus.

—Cuento con ello. —La campanilla de la puerta volvió a sonar, pero antes de que Pasha dijera nada, se oyó una dulce voz femenina pidiendo ayuda.

—Papá, traigo tu encargo. ¿Podrías ayudarme? Pesa mucho. —Pasha pareció sonreír un poco más e inclinó la cabeza hacia mí. Salí detrás de él y juro que casi se me para el corazón. ¿Esa diosa hindú era la hija del arrugado Pasha?

—Hola, tesoro, deja que te ayude.

—No es gran cosa, pero intenta llevarlo encima tres manzanas.

—Demasiado esfuerzo para las manos de una artista.

—Oh, perdona, no sabía que estabas con un cliente.

—Ya habíamos terminado, no te preocupes.

—Volveré a llamarle. Señorita. —Incliné la cabeza con respeto hacia ella y salí de la tienda haciendo que la campanilla volviera a sonar, o eso creo, porque el ruido que hacía mi desbocado corazón retumbaba como un tambor taiko de metro y medio de diámetro.

Capítulo 38

Nick

Jason Bourne de nuevo en acción. ¡Joder! Me encanta ser un Vasiliev por cosas como esta. Qué no darían muchos por vivir una experiencia igual en sus propias carnes.

Sabía que Fredo iría a entrenar al mismo gimnasio en el que yo estaba, era parte de nuestra rutina compartida. La hora en que lo hacía a veces variaba un poco, pero la auténtica diferencia era que yo me preparaba para pelear y él solo lo hacía para mantenerse en forma y conseguir un cuerpo sexy con el que atraer a las chicas, o al menos eso decía. Yo en peleas no le había visto, salvo cuando teníamos que defendernos de algunos gilipollas.

Cuando lo vi entrar en el gimnasio sabía que Bobby ya había enviado el mensaje a nuestro hombre para que llegara hasta aquí. Quizás lo hiciera antes, porque teníamos vigilado a Fredo hoy como algo excepcional, porque el cabrón podía llegar a detectar a algunos de nuestros chicos que conocía de vista y tonto no era, tenía que darle eso.

Diez minutos después de entrar en el vestuario, Fredo salió hacia la cinta de correr que estaba a mi lado. Mis auriculares no retransmitían precisamente la música de mi iPod, así que podía saber en qué punto estaba la operación. Escuché la voz de Alexis decir «*lo tengo*» y después la de Bobby responder «*en posición*».

—Tienes mejor cara, tío.

—Estoy tomando vitaminas y puede que haya bajado un poco el ritmo.

—¿Dejaste a esa chica?

—Ni de coña. Ese trasero es mío.

—*Paquete recibido.*

—Esa chica va a acabar contigo, pero hasta que no lo veas yo no puedo hacer nada al respecto. —Fredo empezó a retirarse de la cinta y yo tuve que mover ficha para mantenerlo donde estaba.

—Es solo una chica, Fredo. No estarás cabreado porque sea yo el que me la esté tirando, ¿verdad? ¿Es eso, la querías probar tú?

—¿Qué? ¡No! Es tan solo que no pensé que te dejarías pillar las bolas por una.

—¿Crees que me tiene pillado por las bolas?

—Joder, tío. Tú no repites. Tú no vas a una mujer, son ellas las que vienen a ti y tú decides si te quedas con ella o pasas a la siguiente.

—Puede que esta me guste un poco más, eso es todo. —Me encogí de hombros para no darle más importancia a mis palabras.

—Puedo entenderte, un culo así es difícil de soltar. —Sí, pensé, un culo así te deslumbra como un fuego artificial en el cielo, pero no hace que te quedas parado en el mismo sitio el resto de la noche. Cuando la luz se extingue te vas. Pero la luz de Sara no era como la de los fuegos artificiales, sino como la de las estrellas. Se queda ahí suspendida en la oscuridad de la noche, inextinguible. No tan brillante, no tan cegadora, no tan explosiva, pero igual de hermosa. El trasero de Sara, sí, era espectacular, pero su cerebro era aún más increíble, y además estaba la fortaleza que

tenía dentro. Era fuerte de una manera que muchos no entenderían, era de las que no se rendía, de las que se mantenía de pie, luchando hasta que caía. Y cuando lo hacía, se volvía a levantar. Sara era una superviviente, como los Vasiliev.

—Sí, tengo culo para rato, amigo.

—¿Has pensado lo de King Kong?

—¿Lo de pelear con él antes que con el rubio?

—Sí. Necesitas otras opciones por si el rubio no está disponible, ya sabes, para mantenerte en el circuito.

—Una pelea cada dos semanas. Puede ser posible, pero antes quiero ponerme en forma. Estos días de descanso han bajado mi nivel.

—Y la chica también.

—Ah, pero ha merecido la pena. —Fredo parecía más contento, incluso sostuvo mi saco mientras lo golpeaba. Volvíamos a estar bien, o al menos eso parecía.

—*Paquete regresando.*

—Yo me retiro, tío. Ya he tenido bastante por hoy. —Tenía que retenerlo un poco más.

—Eh, Fredo, ¿podrías buscarme una pelea para dentro de un par de semanas? Algo suave, ya sabes, para ver cómo estoy.

—¿Estás seguro?

—Necesito volver al circuito. No quiero que se olviden de mí.

—¿De ti? Eso no es posible.

—*Paquete entregado.*

—Nunca se sabe, siempre hay nuevas estrellas emergentes.

—Pero ninguna como mi chico. —Fredo comenzó a caminar hacia el vestuario mientras yo apuraba mi botella y sopesaba dónde me había metido. Tendría una pelea dentro de poco y, conociendo a Fredo, sería un oponente que tener en cuenta, porque cuanto más difícil, más dinero. Si este era uno de sus últimos cartuchos, intentaría sacar el mayor rendimiento posible. Pero quizás me estaba volviendo blando, porque deseaba equivocarme. No me falles Fredo, no puedo perder a mi mejor amigo.

Viktor

Algo olía realmente mal. Si las sospechas se confirmaban, el puñetero Bloom estaba tejiendo una jodida tela de araña a nuestro alrededor. Lisa, Fredo, Rocky y ¿tal vez Blake como sospechaba Andrey? Los tres hermanos estábamos cubiertos. Bloom preparaba algo muy grande y solo había una manera de escapar de su trampa: dejar que construyera su rascacielos a nuestro alrededor y después derribarlo con él dentro. Porque según decía mi madre, cuanto más alto subes, más fuerte es la caída.

—¿Está listo, señor Vasiliev?

—Eh, sí, doctor, estamos listos. —Cogí la mano de Katia y miré las extrañas manchas del monitor. Uno de aquellos manchones brillantes era mi bebé, nuestro bebé.

—Parece que hoy sí tendremos suerte, su bebé está colaborador.

—¿Se ve lo que es?

—Bueno, parece que tendrán que empezar a comprar ropita rosa, es una niña. —Una niña. Iba a tener una hija. Después de treinta y seis años, iba a llegar otra mujer

Vasiliev a la familia.

Mundo, prepárate. Mi hija va a ponerte patas arriba cuando te ponga los pies encima. Va a ser feroz como su padre y hermosa como su madre. Pero nada de chicos hasta los treinta, por lo menos. Lo primero que va a aprender es a romper los brazos de los chicos con las manos largas, por si su papá no está cerca. ¿Todavía había internados de monjas para adolescentes? No, estaba desvariando, porque mi niña iba a ser una Vasiliev y a un Vasiliev no se le puede enjaular. Lo único que podía hacer era rezar para que fuera tan dulce como su madre. Oh, mierda. Algún día iba a ser el padre de una novia... Viktor, tranquilízate, aún no ha nacido, tienes tiempo de prepararte para lo que venga y hacerla tu niña, que solo quiera a su papi, ningún otro hombre en su vida. ¿Por qué no podíamos haber tenido un niño? Son más fáciles de educar. Con los chicos no es tan complicado: estudia, no te drogues y no embaraces a ninguna chica. Natalidad, control de natalidad. No, mejor eso se lo dejo a su madre.

—¿Viktor, estás bien?

—Eh, sí. —Me arrodillé junto a Katia y besé sus labios.

—Vamos a tener una niña.

—Parecía que estabas pensando en encerrarla en casa antes de nacer.

—¿Encerrarla? Qué va. No soy ningún jeque árabe de esos. Pero voy a enseñarla a romper narices.

—Sí, nunca se sabe cuándo hay que romper alguna.

—Es una Vasiliev, va a romper más de una.

—Entonces será mejor que vayas tú a las reuniones de padres del cole.

—Pues claro que pienso ir, a todas. Mi pequeña es lo más importante, después de mi mujer, claro.

—Eres un caso.

—Por eso me quieres.

—No, es porque besas muy bien.

Capítulo 39

Boby

Sí, lo sé, pirateé el maldito teléfono de Fredo por dos razones. La más importante no era para hacer un trabajo redondo, de esos que deja muy contentos a los jefes. No, lo hice para impresionar a Pasha. Él podía incrustar pequeños chips sintéticos en lugares imposibles y hacer que la recepción sea perfecta. Pero yo puedo conseguir el control de cualquier dispositivo electrónico que se considere inteligente. ¿Un iPhone? Chupado.

Pirateé su software, cloné el número e hice todo lo que un hacker podría hacerle a un teléfono. Ahora podía no solo seguirle la pista con las coordenadas GPS, podía tener una copia de sus mensajes e incluso escuchar sus llamadas en tiempo real, grabarlas o ambas cosas. Y mejor todavía, podía utilizar su cámara y su micrófono para convertir su terminal en el perfecto espía. Pero eso no se lo dije a Pasha, solo le dije que ahora podía localizarle igual que sus rastreadores. La cuestión era impresionar a mi futuro suegro, no acojonarle. Ups, suegro, un desliz. De momento necesitaba centrarme en conseguir una cita con su hija. Que él tuviese raíces hindúes podía dificultarme la tarea. Pero, ¡eh!, soy un tipo listo, por eso no le iba a hablar a ninguno de mis jefes de mi descubrimiento. Sí, todos tenían una chica en sus vidas, pero algo me decía que el puesto de Lisa iba a quedar libre pronto. Y un Vasilev disponible... era un riesgo que no iba a correr.

Cuando el trabajo estuvo hecho y los dispositivos comprobados, saqué la furgoneta de allí como si tuviese multas de aparcamiento por pagar. Esto de la unidad móvil estaba siendo demasiado frecuente, así que ya podía ir pensando en dejar el vehículo lo más equipado posible. Estaba en la oficina del Crystals cuando Nick llegó.

—¿Todo bien?

—Marcamos su reloj, la llave electrónica de su coche y un botón de su cazadora de cuero. El teléfono también es un micrófono y cámara espía, además podemos oír sus conversaciones y mensajes.

—Eres una maldita máquina, Boby.

—Lo sé, un día de estos pediré un aumento de sueldo.

—De momento, ¿qué te parecen un par de pases VIP para la próxima Comic Con?

—Joder, tío. Eres mi Santa Claus particular. ¿Te he dicho que te quiero?

—Llegas tarde, tengo novia.

—Ya lo he notado. Hablando de tu novia, hoy está en la terminal del casino.

—Entonces iré a saludar.

Nick

Mi chica era la más guapa de toda la sala de control, aunque tampoco había que hacer mucho esfuerzo, porque era la única mujer de un grupo de seis. ¡Oh, mierda! Cinco frikis informáticos alrededor de una chica guapa y lista. Bueno, cuatro, porque Boby sabía que no debía babear cerca de la chica del jefe. Respecto a los demás... ya iba siendo hora de mostrarles con quién podrían tener problemas si intentaban ligar con

Sara.

Caminé hasta el puesto de Sara y me incliné para que nuestras cabezas estuviesen a la misma altura.

—Buenos días, Sweety.

—Ah, hola. Hoy no habíamos quedado para almorzar, ¿verdad?

—Anótalo como sorpresa. Pero antes... —Sé que es posesivo, sé que es dominante, pero tomé su cabeza en mi mano y la obligué a soportar mi beso de posesión. Bueno, obligar no, porque mi Sweety aceptó de buen grado el que yo le comiera la boca delante de aquellos listillos, pero tampoco iba a dejar que se negara. Puedo ser realmente persuasivo si quiero.

—¿Marcando territorio? —¿Cómo era eso que se decía en ese juego de barcos? Tocado y hundido. Mi chica era tremendamente lista y eso me encendía como una hoguera regada con gasolina.

—Solo aclaraba alguna posible duda.

—Vale. Pero no te enfades si a mí me da por hacer lo mismo. —¿Mi Sara poniéndose toda posesiva y besucona? Cuando quiera. No saben lo que nos pone a algunos tíos el que las chicas se pongan salvajes y lleven la iniciativa. Pero solo conmigo, eh, que quede bien claro. Una loba sí, pero mi loba.

Repasé con la vista el colgante de rubí que le regalé y lo acaricié con los dedos. Quedaba de maravilla en su cuello.

—Es hora de que te luzca como es debido.

—¿No me luciste en el campeonato de póker?

—Nah, ahí solo les quedó claro que eres buena en el juego. Hoy vamos a mostrarles que eres mi chica.

—¿Y esto no es suficiente? —Ella miró el colgante que frotaba entre mis dedos, mientras acercaba su tentador cuerpo hacia mis caderas. Estaba jugando con fuego, pero dejaría que lo hiciera porque sentaba decadentemente bien.

—Eso por sí solo no significa nada, pero si lo llevas puesto mientras caminas de mi mano, lo significa casi todo.

—Ah. Es bueno saberlo. ¿Y qué tienes planeado?

—Prepárate, porque vamos a ir al circo.

—¿Al circo?

—Cirque du Soleil, para ser exactos. Tengo boletos de zona VIP, para las siete.

—Oh, genial. Cirque du Soleil son mis favoritos.

—¿En serio?

—De verdad. Si por mí fuera, iría una vez a la semana a verlos.

—Pues tienes suerte, hay cinco espectáculos distintos en la ciudad. Podrías ver uno cada semana sin repetir ninguno. —Sus brazos se apretaron alrededor de mi cuello, pegando tentadoramente sus pechos contra mis pectorales.

—¿Y qué tengo que hacer para conseguirlos todos?

—Dejar que tu novio te lleve y darle las gracias.

—Ya estoy pensando en cómo hacerlo. —Mierda, mierda, mierda. Aquella maldita lengua que lamía sus labios era pecaminosa y ella lo sabía, por eso me regalaba aquella imagen. No iba a llegar a la noche. ¿Le sentaría mal que me cobrara mi recompensa antes de darle su regalo? Probablemente sí. Puede que ni ella ni yo

seamos gimnastas, pero cuando regresáramos a casa, de fijo que íbamos a ponernos a hacer alguna acrobacia.

Robin Blake

—¡Eh, Robin!

—Señora. —Katia levantó una ceja hacia mí, dándome tiempo a rectificar. Era difícilísimo acostumbrarse a llamarla por su nombre, pero ella insistía en tratarme más como una amiga que como una empleada—. Dime, Katia.

—¿El rosa o el lila? —Katia tenía un pequeño pijama en cada mano, uno de color lila y totalmente achuchable y otro rosa demasiado empalagoso para mi gusto, demasiados lacitos.

—Yo me quedaría con el lila, no soy muy de lacitos.

—Sí, demasiado recargado. Yo tampoco quiero que mi pequeña parezca un algodón de azúcar. Decidido, el lila. —Katia se giró hacia la caja registradora y, al hacerlo, su cabeza parecía tener dificultad para quedarse quieta. Antes de que se cayera ya estaba sosteniéndola por el brazo.

—¿Te encuentras bien?

—Uf, creo... creo que me estoy mareando. —La sostuve en mis brazos mientras sus piernas parecían doblarse. Miré hacia la entrada de la tienda, donde Sam estaba controlando a la gente que entraba.

—¡Sam! —Se giró hacia nosotras, su mano se movió instintivamente hacia su arma, pero cuando nos vio salió corriendo hacia nosotras.

—¿Qué ocurre?

—Se marea.

—Tiene que verla un médico.

—No es nada, se me pasará.

—Hazlo por mí, pequeña. Yo estaré más tranquilo y conservaremos la cabeza. Porque tu marido se pondrá como un energúmeno si no te llevamos volando a que te revise un médico.

—Vale, lo haré. —Cuando salimos de la tienda, éramos todo un espectáculo. Sam con Katia en brazos como en las películas, yo abriendo paso hacia el coche y Alexis vigilando nuestra retaguardia. Sí, eso era hacer una puesta en escena y no lo que hacían en la alfombra roja de los Oscars. Cuando ya estábamos llevándola hacia el hospital, Sam iba retransmitiendo la situación a Viktor. No quería estar en el pellejo de Sam; decirle a Viktor que su esposa no estaba bien y que la llevábamos a urgencias era parecido a pegarle un bofetón a Hulk. Prepárate porque va a aparecer el tipo grande y verde que tiene mal genio.

—Tu marido está en camino, pequeña.

—Es solo un mareo, por dios.

—Primero, no tenía que haber sucedido de repente y sin causa aparente y, segundo, estás embarazada. Si no te llevo a que te revise un médico, tu madre me corta las pelotas.

—Vale, entendido.

—¿Estás mejor?

—Tengo un poco de frío, pero el mareo se está pasando. —Le toqué la frente y la

noté húmeda. El sudor se estaba enfriando y le causaba esa sensación de frío. Mareo, sudoración... eso no podía ser bueno.

Capítulo 40

Viktor

—¿Quieres estarte quieto? Solo la están reconociendo. —Sí, ya. Eso era fácil de decir, pero la que estaba dentro de esa sala eran mi Katia y nuestra pequeña. Si algo les pasaba...

—Ahí sale el médico. —El médico reculó cuando me vio o, mejor dicho, nos vio saltar sobre él como una manada de lobos sobre una oveja. Eso era una de las cosas de ser un Vasiliev, éramos una jodida piña. En cuanto Sam me llamó, puse el modo turbo hacia el hospital. Casi llegamos al mismo tiempo, lo justo para que fuese yo el que sentara a Katia en la silla de ruedas. Estuve a su lado hasta que esa enfermera estirada me mandó salir de la habitación. Más le valía haber tratado con cuidado a mi Katia, porque si no podía irse buscando otro trabajo bien lejos de la ciudad.

—¿Cómo se encuentra?

—¿Son todos familiares?

—Yo soy su marido, este es mi hermano, mi madre y mi hermana.

—Y yo soy su padrastro. —Puntualizó Sam. Sí, sabía que la madre de Katia y él habían intimado, pero oírle decir eso confirmaba la seriedad de su relación.

—Eh, bien. He revisado a su... mujer. —Me miró directamente al decirlo—. Y he advertido que tiene la tensión bastante baja. Normalmente en las embarazadas ocurre todo lo contrario, que la tensión se dispara. A la señora Vasiliev le ha pasado lo contrario. Su tensión es ya de por sí baja y tuvo un episodio que la bajó más, de ahí el mareo. No es que necesite un tratamiento específico, pero hay que vigilar esa tensión. De momento que esté bien hidratada, que no haga esfuerzos y que evite estar parada de pie mucho rato. Caminar sí, parada no. Es decir, nada de colas a menos que esté sentada. Traten de que no sufra cambios drásticos que puedan alterar su presión arterial y así mantendremos su tensión estable.

—Entendido. ¿Podemos llevarla a casa?

—Puede pasar para ayudarla a vestirse y les traeré el informe de alta. —Antes de que terminara la frase ya estaba abriendo la puerta de la habitación. Katia estaba atándose la camisa sobre el sostén y aunque en otra ocasión aquello me hubiera parecido sexy, ahora estaba más preocupado por su estado.

—¿Te sientes mejor?

—He tomado un zumo y me ha venido bien. El doctor dice que si me vuelve a pasar esto tome uno lo antes posible, porque el azúcar me reanimará.

—Le diré a Sam que prepare una reserva para llevarla siempre encima.

—Puedo llevar un zumo en el bolso, Viktor.

—Y Sam también, así que no discutas.

—No he discutido. —La envolví en mis brazos y apoyé mi frente sobre la suya. Esperaba que estas cosas no ocurrieran muy a menudo, porque me dejaban totalmente agotado. ¡Maldita sea! Tenía que empezar a tomar más vitaminas porque si esto me hacía mi hija aún dentro de su madre, que no me pase nada cuando salga de ahí.

—Terminemos de vestirte para llevarte a casa.

—Vale. —Me agaché para tomar sus zapatos y ponérselos. Cuando miré hacia arriba, su rostro parecía tan frágil... Tenía la piel más pálida, algo de ojeras bajo los ojos, todo ello resultado de los vómitos y esa tensión baja. Antes admiraba a las mujeres por tener la fuerza necesaria para traer al mundo a nuestros hijos, pero ahora estaba empezando a entender que no era solo soltar un trozo de más de tres kilos de carne gritona por un agujero del tamaño de un limón. Era asumir que tu cuerpo iba a cambiar durante 9 meses, dejar que esos cambios te vapulearan a conciencia, y aun así estar feliz de ello. Me levanté y la besé, porque ella era la verdaderamente fuerte.

—¿Nos vamos?

—Sí. —Cuando abrí la puerta, Andrey tenía el informe del médico en la mano mientras asentía ante sus últimas indicaciones. Seguro que se puso todo «te puedo demandar» para evitar que el médico nos interrumpiera. Detrás de ellos dos, un tropel de gente empezó a caminar hacia nosotros. ¿Sala de espera? Para qué cuando había un buen pasillo. Noté que Sam tenía abrazada a la madre de Katia, que seguro llegó mientras estábamos dentro.

—¿Estás bien, cariño?

—Sí, mamá. Un bajón de tensión, solo eso.

—Tienes que cuidarte, cariño.

—De eso nos encargaremos todos, ¿verdad Sam?

—Verdad. —Tendría que darle las nuevas instrucciones en cuanto las chicas estuvieran ausentes, porque no quería preocupar a ninguna de las dos. Sí, iba a ser un exagerado, pero estábamos hablando de mis chicas y con ellas nunca nada sería demasiado.

Nick

Después del susto de Katia no tenía muchas ganas de volver al entrenamiento. Aunque de todas formas ya casi había terminado cuando recibí el aviso. No llamé a Sara, así que cuando la recogiese en el trabajo tendría que decirle lo que había ocurrido.[CS43][M44] Al final todo se quedó en un pequeño susto, pero Viktor no veía eso. No sé cómo de normal podía ser eso de la tensión en una embarazada, pero si algo teníamos todos claro era que no íbamos a alterar a mi cuñada. Katia era una mujer fuerte, así que verla tan vulnerable le hacía a uno el corazón pedazos.

Salí del aparcamiento del Crystals y subí a la zona de las oficinas para recoger a Sara. Al encontrarme entre la gente del centro comercial me di cuenta de que no iba realmente bien vestido para la ocasión. El Crystals era para gente con dinero y, en aquel momento, yo vestía la ropa menos apropiada para estar allí. Pantalones de deporte gastados, deportivas viejas, una sudadera deslucida... y mi físico tampoco ayudaba con esa ropa. Gritaba problemas por cada poro de mi piel. Menos mal que me conocían los chicos de seguridad del edificio, si no, ya estaría siendo expulsado.

—¡Eh, chico! ¿Querrías ganarte unos dólares? —Miré al tipo y no le presté mucha más atención.

—No, gracias. Estoy bien.

—Robarle a alguien aquí dentro no es buena idea. Si necesitas dinero rápido, yo podría ayudarte.

—No estoy interesado.

—Bueno, si cambias de idea, aquí tienes mi número. —Cogí la pequeña tarjeta y la metí en uno de mis bolsillos para que me dejara en paz. Y funcionó, porque el tipo se fue sonriendo. No me engañaba. Bajo su apariencia de tipo rico, había un carroñero en busca de presa. ¿Qué se pensaba, que tenía un chico nuevo con el que jugar? Conmigo ni de coña, me iban las chicas y ser yo quien escogía, y en ese momento ya había una en mi mente.

Vi a Sara caminando por el fondo del pasillo y todo lo demás dejó de importar. Caminé hacia ella y la aferré por ese succulento trasero para apretarla a mi necesitado cuerpo. Besé su boca con ganas, quizás porque había pasado demasiado tiempo desde la última vez.

—Hola, Sweetie.

—Hola. Creí que te ibas a poner guapo para llevarme al circo. —¡Oh, mierda, lo olvidé! Miré el reloj, si quería llegar a tiempo no podía regresar a casa a cambiarme. Las entradas estaban en el coche, pero... Miré a mi alrededor. Sí, tenía todo lo que necesitaba a mi alcance.

—Vamos a solucionarlo. —La arrastré de la mano a una de las tiendas en las que solía comprar mis jeans. Entré dentro y en menos de diez minutos tenía sobre mi piel unos pantalones y una camisa más acorde con mi imagen. Las deportivas viejas, las cambié por unos zapatos elegantes. Cuando salí del probador con mi nuevo atuendo, Sara se relamió los labios inconscientemente. ¿Sería pecado si llegábamos un poquito tarde? No, mejor le daría su día de circo y, después, como decía Freddie Mercury «the show must go on», el show debe continuar, pero sería en mi casa.

Capítulo 41

Sara

Después de tanto tiempo escondiéndome del mundo, ahora la vida me sonreía. No sé cómo narices lo consiguió Bobby, pero mis notas y calificaciones de la universidad a nombre de Rosa Espinosa pasaron a llevar mi nombre. El trabajo estaba bien, era entretenido y cobraba más que de limpiadora de habitaciones en el hotel. Sí, bueno, el número de la seguridad social había cambiado, pero no me importaba. Bobby no llega a todas partes.

Lo bueno de llevarse bien con el jefe, y hablo de Bobby, es que podía acomodar mis horarios. Me quedé con el turno de tarde, porque ahora que tenía más dinero, podía pagar por más asignaturas. Así vivía ahora: por las mañanas a la universidad, por las tardes en el trabajo y por las noches y días libres con mi novio.

Como ese viernes. Nick me llevó a uno de los espectáculos de Cirque du Soleil, como prometió. Había comprado tickets para cada viernes, hasta agotar las cinco distintas representaciones. Esta era nuestra tercera actuación y he de decir que estaba más que necesitada de Nick. ¿Por qué? Pues porque tuvo que salir por la noche y yo estaba dormida cuando llegó de madrugada. Puedo entender su trabajo, es como estar de guardia las veinticuatro horas. Por la mañana, me levanté con cuidado y recogí mi ropa para ducharme en el baño de la otra habitación. Ni siquiera abrí las persianas. Él necesitaba descansar y yo podía perfectamente ir a la universidad por mis medios. Tampoco lo vi a la hora del almuerzo, porque él estaba en el gimnasio, aunque sí que hablamos por teléfono. Así que después de salir del trabajo esa tarde, tenía un mono de novio considerable.

Caminé hacia la salida de la zona de oficinas, donde lo encontré recostado contra la pared, revisando el teléfono con atención. Dos chicas reían y lo miraban con deseo, pero él ni lo notaba. Los celos me podrían corroer por dentro, pero tenía que asumir que yo también había mirado a otros chicos de esa misma manera, aunque nunca me atrevía a nada más que mirar. No es que pensara que ellas no se atrevieran a ir más lejos, pero sabía que tampoco iba a pasar, porque según me dijo mi chico, él odiaba las mentiras, por eso no las decía. Así que si decía algo era porque tenía intención de cumplirlo. Me dijo que solo yo importaba, no necesitaba a nadie más. Si quisiera volver a esa vida de sexo con desconocidas, no me lo ocultaría, lo diría y listo. Nick no necesitaba mentir.

—Hola, ¿estás esperando a alguien?

—A mi novia. —Cuando alzó la cara para mirarme, vi que le habían golpeado el rostro. Tenía el labio partido y ligeramente hinchado y un rasponazo amoratándose en su pómulo.

—¡Oh, dios mío! ¿Qué te ha pasado? —Él sonrió y me tomó de la cintura para acercarme a su cuerpo.

—Solo una pelea.

—Espero que arrestaran al tipo.

—No ese tipo de peleas. —¡Oh, mierda! Aquello era lo que temía, que Nick fuera

realmente el Ruso Negro, y él acababa de confirmármelo, ¿o no?

—¿Peleas clandestinas?

—Sí. —Lo aferré bien fuerte y metí mi cara en su cuello.

—¿Qué te ocurre?

—No voy a decirte cómo debes vivir tu vida, pero me asusta que pelees.

—No tienes de qué preocuparte.

—Lo hago, porque no quiero que salgas herido.

—Esto no es nada, tendrías que ver al otro tipo.

—A eso me refiero.

—¿Te preocupa el otro tipo?

—No, me asusta que algún día tú seas el otro tipo. El que acabe en el hospital o peor. —Sus brazos se apretaron aún más sobre mi cuerpo y sentí su aliento caliente sobre el cuello.

—Sé lo que hago, Sara. El día que dude, el día que vea una pequeña posibilidad de que eso ocurra, no entraré en la jaula.

—Prométemelo.

—Lo estoy haciendo.

—Tengo tu promesa, Nick Vasiliev, no lo olvides.

—Ahora dales un besito a mis heridas, necesitan mimos para sanar.

—Necesitan antisépticos, pero le daré esos mimos a mi novio, si no te importa.

—Me parece bien. —Me dio un último beso y cogiéndome de la mano me llevó hacia la salida.

Nick

Mientras contemplaba a Sara disfrutar del espectáculo, me dio por pensar. De todas las chicas con las que había estado antes, ninguna tenía miedo de lo que pudiera ocurrirme en una de mis peleas. A la mayoría les atraían los luchadores, a otras les intimidaban, pero sufrir por mí... A parte de mi madre y mi hermana, ninguna lo hizo. Medité un buen rato y al final decidí que no quería hacerla sufrir más de lo necesario, así que, después de la pelea con el rubio ex de Katia, iba a dejarlo. Es más, esa sería mi única pelea. En cuatro semanas dejaría el mundo de la lucha clandestina y lo haría porque había encontrado la mejor razón para hacerlo, mi chica.

Fredo tendría que buscarse otra fuente de ingresos, porque este ruso había llegado al final del trayecto. El problema venía ahora, cuando volviera a lidiar con él en el gimnasio. No le iba a gustar la noticia, pero tampoco tendría que dársela ahora, esperaría a después de mi última pelea. No sé cómo hacían el resto de luchadores, pero yo solo abandonaría con un simple «lo dejo, esta fue la última».

Boby

La alarma de mi monitor empezó a parpadear. Me acerqué al teclado y busqué el motivo. Había una coincidencia en una lista de pasajeros. Revisé el vuelo y el nombre. Robert Bellami tenía reserva de avión para Las Vegas para dentro de diez días. No le esperábamos tan pronto, pero tampoco era una sorpresa. ¿Que si sabía lo que tenía el jefe planeado para él? Pues claro, había estado trabajando en aquello como el que más, aunque Viktor era el único que conocía todos los detalles y sabía por qué. Los

secretos se guardaban mejor si solo los conocía una persona.

Envié la información al teléfono de Viktor, porque él debía dar la orden del siguiente paso. Y, como esperaba, la dio.

—*Pon en marcha el recibimiento previsto para su llegada*”. —Sí, que se preparara aquel gilipollas, esto no se lo esperaba ni en un millón de años.

Revisé la documentación que me envió Andrey y repasé mentalmente los pasos a seguir. Los tenía grabados en la memoria y ahora debía poner en práctica todo el pequeño plan. Ojalá me hubiesen dejado ser a mí el que hiciera el pequeño trabajo, pero Viktor insistió en que debía estar coordinando en la central. Puede que Viktor no me lo hubiese ordenado, pero iba a hacerle mi propia jugada a aquel rubio inflado de esteroides y si todo salía como esperaba, los de misión imposible me contratarían para darle «alegría» a su próximo guion. ¿Quién dijo que solo los espías tenían acceso a los mejores juguetes?

Capítulo 42

Nick

—Aquí está mi muchacho.

—Llegas tarde, Fredo.

—Ya, a diferencia de ti, yo puedo salir a festejar.

—Eres un cabrón afortunado. —Accionó la cinta de correr a mi lado y comenzó un trote relajado. Sabía lo que iba a soltar por esa boca suya, incluso antes de que la abriera.

—Una gran pelea la de antes de ayer.

—Gracias.

—El tipo no llegó casi ni a tocarte.

—No maltrató partes importantes.

—Seguro que te recuperarás pronto, como siempre.

—Eso espero.

—Puedes permitirte otra pelea antes de enfrentarte al Demente. —Y ahí estaba, esa desesperación por sacar más dinero antes de llegar a Rocky. Cada palabra que soltaba me convencía más de que Fredo sabía algo sobre la pelea, algo que le llevaba a pensar que sería la última.

—No sé, creo que voy a tomarlo con calma. Además, a mi novia no le gusta cómo me dejó la cara el tipo de la última pelea.

—¿Tu novia? ¿Desde cuándo Nick Vasiliev tiene novias?

—Desde que decidí quedarme con ella.

—Es esa chica, ¿verdad?, la del trasero espectacular.

—Tú lo has dicho, hermano.

—Vamos, Nick. Es solo un trasero. Puedes tener tantos de esos como quieras. Aún eres demasiado joven para amarrarte a una sola chica.

—Eh, piénsalo de esta manera, así habrá más para ti.

—Ya. Sigo pensando que te tiene pillado por las pelotas, pero ese es tu problema.

—¿Vas a enfadarte conmigo por eso?

—Nah, no merece la pena.

—La vida es demasiado corta para andar enfadándose por cosas como esa. Somos colegas, tío. Una chica no va a separarnos.

—No, tienes razón. —Fredo siguió centrado en su carrera, aunque yo podía apreciar que había algo que no le gustaba, pero se mordía la lengua.

Boby

Alcé la vista del monitor cuando vi unas sombras que se acercaban a mi puesto. Eran dos hombres, casi un calco uno del otro, salvo que uno era como unos veinte años más joven. Al viejo lo conocía.

—Hola Sam, ¿a quién me traes?

—Hola Bobby, este es mi hijo Phillip. Viktor dijo que tenías un trabajo delicado y que querías a alguien limpio. —Cuando hablábamos de alguien limpio, nos referíamos a

alguien que no estuviese relacionado con nosotros de ninguna manera, alguien que nunca hubiese realizado un trabajo para nosotros. Pero también necesitaba que fuese de confianza y ser el hijo de Sam para mí era suficiente garantía, y supongo que para los Vasiliev también.

—Veamos si puede servir. Hola, soy Bobby.

—Puedes llamarme Phill.

—Puedes dejarme a tu chico, prometo devolvértelo entero.

—Eso ya lo sé, Bobby. Porque él puede patearte el culo si te pasas. —Sam se fue con una sonrisa socarrona en la cara, mientras Phill negaba con la cabeza.

—Bueno, no necesito pedirte el currículum, pero me gustaría saber hasta dónde conoces del trabajo de tu padre.

—Mi padre nunca me ocultó nada, aunque se guardaba los detalles que podían comprometerle.

—En este trabajo, la discreción es fundamental.

—Entiendo eso.

—Bien, ¿Cómo de puesto estás en las nuevas tecnologías?

—Pruébame. —Y eso hice. Empecé a sacar el equipo que utilizaríamos para darle la bienvenida a Rocky y Phill lo estudió con atención. Hizo las preguntas correctas y demostró tener una buena base. Y el tipo aprendía bastante rápido. Sí que prometía. ¿Qué tendría, veinticuatro? Sí, sería una estupenda incorporación a nuestras filas, si es que decidía quedarse. Lo cual no me extrañaría, era más seguro que el ejército, se cobraba mejor y estabas en casa, ¿qué más podías pedir?

Tenía la misma presencia que su padre, quizás un poco más ruda, un imán para las chicas. ¡Oh, mierda! Ni de coña. A este iba a mantenerlo lejos de mi diosa, porque ya tenía bastante con los Vasiliev. Mmm, ¿por qué tenía que estar rodeado de tipos musculosos? Así era difícil que un intelectual como yo consiguiera llamar la atención de chicas guapas e interesantes. Confía en tus posibilidades, Bobby... Su padre es un hombre de ciencia, un artesano... alguien como tú... Sí, ya, ponles delante unos abdominales duros como tabletas de chocolate y ya verás cómo les hacen chispitas los ojos a todas las mujeres. No seas derrotista, Bobby, que aún no has hecho ningún movimiento con la chica. Confianza, ten confianza.

Sam

Que estaba orgulloso de mi hijo no era ningún secreto. Tampoco que también estaba muy contento con mi trabajo y los jefes que me habían tocado. Así que, unir las dos cosas me pareció lo mejor del mundo, mejor incluso que los perritos calientes del estadio de béisbol un día de partido.

Nada más licenciarse, Phill me llamó y me dijo: «papá, voy a dejar la marina». Me sorprendió, porque realmente le gustaba, pero no cuestionaría sus decisiones, él era lo suficientemente adulto como para saber qué quería en su vida. Así que tan solo le pregunté.

—¿Y qué quieres hacer ahora?

—De momento me gustaría tomarme unas vacaciones y después sopesaré mis opciones.

—¿Te gustaría verte a Las Vegas? Dicen que es un buen lugar para relajarse.

—¿De verdad no sería una molestia?

—Ya te hablé de Candy y ella sabe de ti. Creo que le gustaría conocerte.

—Me alegra que hayas encontrado a alguien que te haga feliz.

—Ella lo hace. ¿Qué dices, te vienes?

—Haré la maleta. —Luego oí que Viktor buscaba a alguien limpio para un trabajo importante, alguien de confianza, y enseguida pensé que Phill sería el indicado. Y si le gustaba esto y hacía un buen trabajo, seguro que Viktor lo contrataría. Un marine, recién licenciado y con mi sangre era un caramelo.

Phill sabía en qué andaba metido su padre y, en vez de criticarlo, le parecía realmente excitante. Ojalá encontrara su sitio aquí, con la familia Vasiliev, porque no solo tendría un buen futuro, si no que volvería a tenerlo cerca. Tengo muchos años que recuperar con él. Y por soñar... ¿No sería increíble que los dos trabajáramos protegiendo a la hija de mi mujer? Al final todo quedaría en la familia, mi nueva familia. A Katia ya la apreciaba y me sentía un poco abuelo de esa pequeña que gestaba. Si mi hijo se uniera, tendría la familia que siempre quise y que me fue arrebatada.

Capítulo 43

Katia

—Buenos días, princesa. —Abrí los ojos para encontrar a Viktor con el rostro suspendido encima de mí. Aquellos ojos me miraban con una adoración que hizo que mi estómago se contrajera ¿O era un sprint de mi bebé en su piscina? No, la piscina era demasiado pequeña como para siquiera notar algún ligero cosquilleo.

Los labios de Viktor se posaron sobre los míos con dulzura y delicadeza, como si tuviese miedo de romperme. Al principio me pareció tan tierno... pero ya me estaba cansando. Solo fue un mareo por el embarazo, no me convertí en una figurita de cristal de Murano. Ya estaba echando de menos al Viktor apasionado y arrollador que me lanzaba al éxtasis sin ninguna compasión. Sí, el Viktor dulce estaba bien, pero necesitaba un poco de variación y algo más de marcha, como decía el rey Julian, ese personaje de *Madagascar*, el que cantaba lo de «Queremos marcha, marcha», «I like to move it, move it».

No es que fuera una depravada, es que Viktor me había malacostumbrado. Yo antes vivía sin tener sexo, pero con Viktor... Ahora tenía que escribir esa palabra con letras mayúsculas. Pero mi dios Eros hoy no estaba en plan «te devoro entera», sino más bien «¿cómo ha dormido la niña de papá?». ¡Agh! Era frustrante; y seguro que la culpa la tenían estas malditas hormonas del embarazo, porque quería que este hombre me devorase cada vez que lo tenía cerca. Tenía que encontrar la manera de conseguir mi ración diaria de carne de marido y tenía que hacerlo ya.

Pasé la mano por su pelo aún mojado, no necesitaba más para saber que se había levantado pronto y se había ido al gimnasio a quemar toda esa energía que yo quería robarle.

—¿Vendrás a casa a comer?

—No, estos días tengo mucho trabajo, así que llegaré tarde.

—Entonces te esperaré para cenar.

—No te preocupes por mí, si tienes sueño échate a dormir antes de que llegue.

—Pero...

—Sé dónde encontrarte.

—Está bien. —Me dio mi beso y me alzó en brazos para depositarme en el suelo.

—Aún tengo tiempo para desayunar con la dormilona de mi mujer. —Sí, lo sé, otra consecuencia del embarazo es que ahora dormía más que un oso en invierno. Así que me tendría que conformar con los pocos momentos en que estaba despierta.

Caminamos de la mano hacia la cocina, donde el aroma a café recién hecho lo impregnaba todo. Daba gusto tener a alguien que cuidara de nosotros. Mi zumo ya estaba sobre la mesa de desayuno, al igual que un par de tostadas calentitas. Tomé el zumo natural con ganas, pero fue oler los huevos revueltos de Viktor y echar a correr hacia el baño a vomitar. Cuando terminé, Viktor me extendió una toalla húmeda para limpiarme.

—No te acerques, te mancharás el traje.

—Tengo más.

—Llegarás tarde al trabajo.

—Lo bueno de ser el jefe es que nadie va a decirme nada. —Me tomó en brazos y me sacó del baño.

—¿Cocina o sofá?

—Cocina. —Esa era una rutina desde que los vómitos habían empezado. Acababa tan cansada de vomitar que necesitaba recuperarme y tampoco tenía muchas ganas de seguir comiendo. Pero sabía que debía intentarlo, tal vez con unas galletitas. Viktor me sentó sobre la silla alta, me besó la frente y acarició mi mejilla.

—Sam y Blake estarán aquí en unos minutos.

—Lo sé.

—No te esfuerces demasiado.

—Sam no deja que haga nada.

—Es por el bien de mis chicas. —Su mano se deslizó por el pequeño abultamiento de mi abdomen. De ser otra mujer, pensarías que es ese tipo de tripita de buda que muchas chicas tienen, no la de una embarazada. Salvo que yo sí lo estaba.

—Pórtate bien con mamá, mi pequeña Tasha.

—¿Tasha?

—Era el nombre de mi abuela, Natasha. Viendo la guerra que nos está dando, no pude evitar pensar en ella. Era una mujer de armas tomar.

—Natasha, me gusta.

—También podemos ponerle otro nombre que te guste a ti, no hay nada decidido.

—Nah, me gusta Natasha, como la Viuda Negra.

—¿La de Marvel?

—Ajá.

—Natasha Vasiliev. Tiembla Natasha Romanoff. —Viktor me dio un último beso y se alejó con una sonrisa.

Robin Blake

—Robin, ¿qué tal se te dan las herramientas?

—¿Herramientas?

—Sí, ya sabes, taladro, martillo y esas cosas.

—Si se ha roto algo, podemos llamar a mantenimiento y...

—No, no. Es una sorpresa.

—¿Una sorpresa? —Katia suspiró y me hizo un gesto para que la acompañara. Llegamos hasta su portátil y me mostró la imagen de algo que acababa de comprar online.

—Lo entregarán esta tarde, pero no está incluido el montaje. —Abrí los ojos como platos y la miré incrédula. ¿En serio quería montar eso en su casa? ¡Eh!, no me pagaban para criticar sus gustos.

—Supongo que podría defenderme con un taladro percutor y unos tornillos.

—Estupendo. Hay que buscar el sitio correcto para ponerlo, no quiero que se venga abajo en cuanto cargue un poco de peso sobre ello.

—¿Dónde lo quieres poner?

—Creo que hay un buen sitio en el gimnasio. —¿En el gimnasio? Bueno, al menos no estaría a la vista de las visitas. Caminamos hasta allí y revisé el lugar. Sí, el saco de

boxeo pendía de una sección del techo, que parecía atravesar una fuerte viga de cemento armado. Podría servir.

—¿Allí estaría bien? —Katia se situó en el lugar que le indiqué y se giró, comprobando la zona que quedaba alrededor.

—Sí, puede servir.

—Ok. ¿Cuándo van a entregarlo?

—En un par de horas. ¿Nos dará tiempo a ir de compras antes?

—Sí, supongo que nadie abrirá tu paquete mientras no estés si tardamos algo más.

—Bien. Entonces vámonos, tengo algo importante que hacer. —La seguí a la salida mientras avisaba a Alexis con un mensaje para que preparara el coche. Seguro que Sam metía una pequeña nevera con unos cuantos zumos antes de salir.

Nick

—¿Qué tenemos? —Boby caminó al terminal y empezó a pasar fotografías recientes de Rocky. El tipo se estaba poniendo como una bola, por lo menos doce kilos más que cuando se enfrentó a Viktor.

—Por lo que sabemos, no solo ha estado entrenando como un animal, sino que se ha dedicado a destrozar sparrings. En Miami ya nadie quiere meterse en el cuadrilátero con él.

—Quizás por eso ha decidido volar antes a Las Vegas, para seguir aquí su entrenamiento.

—He puesto a un par de chicos a seguir a su promotor, un tal J. D. Goldman, y, por lo visto, anda buscando carne de cañón para Rocky.

—J. D. Goldman, ese nombre me suena. —Cuando vi su imagen en el monitor supe de qué lo conocía. Era el tío que me dio su tarjeta en el Crystals. Así que era eso, quería que me metiera en una jaula con Rocky para que el cabrón me destrozara.

—Está buscando chicos para Rocky, pero no creo que le interese demasiado el que sepan pelear.

—Eso he oído. Al parecer, el Demente tiene un ego que satisfacer, y a Goldman le gusta tener a su chico contento.

—Está mandando a pobres incautos al matadero.

—Nadie dijo que fuera buena persona.

—Entonces puede que saquemos ventaja de eso.

—Me das miedo cuando te pones en plan Andrey.

Capítulo 44

Robin Blake

No es que sea de esas mujeres que piensan que hacer trabajos masculinos las hace más independientes, pero he de reconocer que sentir el taladro perforando el techo le daba a una esa sensación de fuerza y poder que ponía las hormonas por las nubes. A este paso, saldría del gimnasio del jefe haciendo eso del golpe en el pecho y diciendo «soy un machote». Ni que decir tiene, la camisa y la chaqueta desaparecieron en el momento en que me metí en faena. Estaba en camiseta de tirantes, sudada como un caballo de carreras después de pasar la línea de meta, pero satisfecha con mi trabajo. Sobre todo, porque ahora entendía lo que Katia quería hacer. Al menos no tenía a Sam encima de mí, sino a Katia ayudando.

—Bueno, creo que ya está. ¿Vas a probarlo? —Katia rodeó mi obra maestra mientras la observaba con ojo crítico. Aferró con fuerza y tiró con ganas colgando su peso. No, no iba a ceder, había metido unos buenos tornillos allí dentro. Podía caer una bomba que eso seguiría en pie.

—Creo que aguantará. —Recogí las herramientas y las metí en su caja. Tendría que dejarlas en su sitio antes de irme, porque otra cosa no, pero soy muy ordenada y dejo las cosas tal cual las encuentro.

—Necesito que mantengas a Sam fuera de aquí, no quiero que lo descubra y se lo cuente a Viktor.

—No habrá problema. —Teníamos una especie de caseta antes de llegar a la casa principal, algo como el puesto de vigilancia, pero acondicionado como un apartamento. Hoy había un gran partido y no habría problema en dejarle el mando a distancia a Sam para que lo viera en la gran pantalla de la sala de descanso, sobre todo cuando Alexis estaba con nosotros. Yo me ofrecería a quedarme en la casa principal esta vez, porque siempre lo hacía uno de nosotros.

Prefería quedarme en la casa principal porque hablar con Katia era más entretenido que la conversación de Alexis. Sam no estaba mal, pero los temas de conversación con un hombre solían ser un poco reducidos. Así que, después de acomodar las herramientas llegué a la casa de control y les informé sobre los planes.

—Esta tarde me quedaré en la casa principal, así podréis ver el partido entre ronda y ronda.

—¿Lo harás? ¡Genial! Voy a hacer la ronda exterior. —Alexis salió zumbando, mientras Sam se vertía más café en la taza.

—Tenemos acceso a un buen gimnasio por nuestro contrato, no es necesario que asaltes el del jefe.

—Muy gracioso.

—¿Qué te ha obligado a hacer Katia allí dentro?

—Quería que la instalara un aparato de esos para mujeres.

—No entiendo por qué te lo ha pedido a ti, hay un equipo de mantenimiento para hacer esas cosas, e incluso podríamos haberlo hecho Alexis o yo.

—Creo que se sentía más cómodo si lo hacía yo, ya sabes, cosas de chicas. —Moví

los ojos hacia un lado ladeando la cabeza. No iba a mentirle, porque tarde o temprano descubriría por sí mismo lo que había nuevo en el gimnasio. Pero bien podía dejarle la duda de lo que era sin necesidad de quedar mal. Y al parecer funcionó.

—Ah, vaya, cosas de chicas. Sí, mejor que lo hicieras tú.

—Eh, ¿lo del gimnasio es cierto?

—¿Cuál?

—Lo de que entra en nuestro contrato.

—¿No te dio Bobby el anexo del contrato?

—No lo he leído, si te soy sincera.

—Bueno, pues deberías, hay algunas cosas que están muy bien, como el acceso a uno de los tres gimnasios del grupo de empresas Vasiliev. Solo tienes que ir allí, enseñar tu credencial y te darán acceso a todas las instalaciones.

—Así, ¿sin pagar nada?

—Es uno de los beneficios de ser uno de sus empleados de seguridad. Es esencial mantener una buena forma física y nuestros reflejos afilados.

—Suenan bien.

—Tu mírate bien a fondo el anexo, seguro que encuentras más cosas interesantes.

—Lo haré.

Viktor

Toda la maldita tarde estuvimos revisando la documentación que íbamos a necesitar para el plan y, si bien la idea era buena, había muchos puntos que cubrir porque Andrey era muy meticuloso. Había dedicado muchas horas a tener cubierto no solo lo básico, sino cualquier grieta que pudiese surgir. Y cuando Andrey se pone puntilloso, era un auténtico grano en el trasero.

Esto de ser el director de orquesta iba a acabar conmigo. Ojalá todo resultara como estábamos planeando, porque si no... no sé si sería capaz de embarcarme en otra aventura como esta. Mírenme, ya de noche y yo llegando a casa sin muchas esperanzas de toparme con nadie. Seguro que hacía horas que Katia estaba dormida, hasta Patas estaría en su tercer sueño... Salvo que... ¿alguien se había dejado el equipo de música encendido? Toda la casa estaba en penumbra, como siempre que llegaba a estas horas, pero la música... Dudo que Katia la oyera desde nuestra habitación, pero tampoco era plan dejarla toda la noche encendida.

Caminé hacia el origen para encontrarme con la puerta del gimnasio entreabierta, con algunas luces encendidas dentro. Esa música... *Centuries* de Fall Out Boy... Y aquella luz roja saliendo de allí... Abrí la puerta con el corazón luchando por salirse de mi pecho, y olvidé respirar, pero no de moverme. Mis piernas siguieron acercándose hasta la sensual figura femenina contorneándose en la barra de metal como una maldita diosa del sexo. No había tacones interminables esta vez, no había peluca azul, pero que me cortasen un brazo si no era aún más sexy tenerla en ropa interior solo bailando para mí.

No me importaba si las embarazadas podían hacer aquello, porque estaba claro que podían, ¡vaya si podían! Al menos esta mujer que me estaba llevando al borde del precipicio con sus caderas. Sus piernas se enrollaban en el acero como sensuales tentáculos y sus brazos parecían estar en su elemento, como Tarzán entre las lianas.

Me vio acercarme, lo sabía, porque sus ojos me observaban bajo sus oscuras pestañas, y su sonrisa se volvió traviesa, no, más bien tentadora e incitadora. Sus piernas volaron en una pirueta imposible y yo no pude soportarlo más. Me acerqué hasta ella y la tomé por la cintura. Besé aquellos labios rojos, con toda el hambre del que lleva meses a dieta. Mi pequeño Vitya estaba listo para la madre de todas las batallas y juré por Dios que iba a dársela, a darnosla a ambos. Mis manos volaron a aquel trasero y lo alzaron para acomodarlo más cerca del lugar al que pertenecía. Las piernas de Katia, mi Katia, se enrollaron en mis caderas y tuve que gemir cuando se aferró tan fuerte que nuestras ingles casi se fundieron en una sola pieza.

—Eres la perdición de cualquier hombre.

—Solo te necesito a ti.

—Me tienes.

—Nunca he tenido sexo en la barra. ¿Probarías conmigo? —Estaba devorando su boca antes de encontrar una respuesta a eso. Sus manos volaron hacia el tubo de metal, aferrándolo sobre su cabeza, regalándome esos pechos tentadores, que necesité atender con mi boca. Sostuve su peso con mi pierna y una mano, mientras que la otra se apresuraba a desabotonar su sostén, y ya de paso soltar el botón de mi pantalón y bajar la cremallera.

Iba a ser rápido, duro, pero no sería suficiente con uno. Iba tomarla en aquella endemoniada barra y después la llevaría a nuestro cuarto y seguiría con más. ¿Mi gatita quería jugar? Pues íbamos a hacerlo. Y podía irse preparando, porque pensaba ganar todas las partidas de esta noche, y las de mañana.

Capítulo 45

Nick

¿Cabreado? Mucho. Había una pelea programada para el viernes por la noche y alguien había metido mi nombre en ella. Y yo no había sido. ¿Ir? No, no iba a hacerlo y no solo porque había decidido no meterme en ninguna pelea antes de la de Rocky, sino porque tenía planes. Primero, había quedado con mi chica para llevarla al Cirque du Soleil. Era nuestro pequeño ritual de las últimas semanas, la cuarta para ser exactos. Y, segundo, tenía que estar precisamente en un lugar público, porque nada tenía que relacionarnos con la bienvenida a Rocky Bellami. Andrey había sido tajante. Era delito y, por consiguiente, debíamos estar no solo lo más alejados, sino tener coartadas totalmente sólidas. Una tontería, lo sé, pero él quería mantenernos lo más al margen posible, por eso nuestra liebre iba a ser alguien virgen, alguien sin marcar.

Así que no iba a ir a una pelea, que, al ser ilegal, era una mala coartada. Volviendo a lo de mi cabreo, el motivo tras él no era el que me hubiesen incluido en esa pelea, sino quién había sido. Fredo. El tipo se había comprometido a llevarme allí, sin mi conocimiento y mucho menos mi consentimiento. ¿Que cómo me enteré? Pues por mensaje, como todos los contrincantes. Se les envía un mensaje indicándoles el lugar de la pelea y la hora, y el mío había llegado hacía quince minutos. Cuando llamé al organizador para aclarar el error resultó que no lo era, mi «amigo» había confirmado mi asistencia. Había encontrado a Fredo por ese maldito localizador que le habíamos puesto encima y hacia allí me dirigía. Estaba sentado en una mesa exterior de una cafetería, muy atento a los mensajes de su teléfono.

—¿Por qué lo has hecho?

—Nick, hermano. Iba a llamarte en unos minutos.

—No has contestado.

—¿A qué te refieres?

—A lo de la pelea.

—Ah, eso. Pensé que quizás al final te animarías a ir. Ya sabes, después de estar con tu chica.

—Te dije que no iba a pelear en una temporada, Fredo.

—Ya, pensé que esa temporada ya había pasado. De todas maneras, es contra King Kong, Nick. El tipo lleva unas semanas alardeando de que te destrozará en el primer asalto. —Mi vanidad, el tipo sabía qué pieza tocar para hacerme caer, pero eso era antes, cuando ese era el papel que debía interpretar, ahora tenía otro.

—No voy a ir Fredo, tengo planes. Así que llama y cancela. O mejor, lo haré yo.

—Eso no es bueno para mi reputación, pero lo haré si es lo que quieres.

—Hazlo. Es más, olvídate de mí, búscate otro por el que apostar porque no voy a volver a hacerlo.

—De acuerdo. —Me giré y lo dejé allí. Puede que quitármelo de encima alterase los planes de Viktor, pero Nick Vasiliev nunca dejaría pasar algo así por alto sin cabrearse y se suponía que debíamos actuar con normalidad. ¿Drástico? Quizás, pero no iba a retractarme.

Phill

Tenía la imagen del tipo en mi teléfono y la señal de que ya estaba desembarcando había llegado hacía un minuto. Me puse en mi puesto y acomodé todo el material con normalidad, como si todo lo que estaba preparando en mi puesto fuera lo habitual. Si algo había aprendido, era que si tú hacías algo como si fuera lo más normal del mundo, la gente tendía no solo a creer que lo era, sino a no prestarte ni un poco de atención.

Tener todo metido bajo el mostrador era fácil, hacer que el tipo no se diera cuenta de lo que estaba haciendo, no tanto. Abrí el laptop y preparé la conexión inalámbrica del pad. En otras palabras, tenía una tableta digitalizadora, de esas que parecían una tabla de plástico, sobre la que normalmente se dibujaba con un lápiz especial, de esos de punta de plástico, y ese dibujo aparecía sobre el monitor del portátil, donde un programa recogía y mostraba la información, además de guardarla en un fichero. También tenía el clonador de teléfonos bien adherido bajo la superficie del mostrador.

Ahora solo faltaba que el tipo llegara y haría la jugada. Y como si lo hubiese convocado con la mente, allí estaba llegando. Estiré el chaleco de mi uniforme y puse esa sonrisa de bienvenida que todos los recepcionistas de hotel ponían en su cara cuando llegaba un nuevo cliente.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarle?

—Mi maleta no estaba en la cinta del equipaje.

—Trataré de encontrarla. ¿Me deja su tarjeta de embarque? —El tipo empezó a sacar cosas de sus bolsillos, hasta localizar el resguardo de papel, lo tomé y empecé a teclear en el ordenador, o, mejor dicho, en el portátil, inicializando el programa de clonación del móvil. Distraídamente desplacé el receptor, hasta dejarlo justo debajo del teléfono que el tipo dejó sobre el mostrador. Sí, un aparato de esos sí que era un incordio en el bolsillo. La pequeña barrita de «en proceso» apareció en la pantalla, mostrando el estado de la operación. Bien, primera parte en marcha. Cogí la tabla digitalizadora, sobre la que había acomodado los impresos de reclamación, la coloqué en un lugar alejado del teléfono, para que no lo moviera y al tiempo se sintiera cómodo escribiendo en ella.

—Necesito que rellene la hoja de reclamación. Aquí anote sus datos, aquí una breve descripción de su maleta y lo que llevaba dentro. Aquí abajo no olvide poner la fecha de hoy y su firma. Intentaré localizarla mientras tanto.

—Hay que joderse. —El tipo giró la tableta sobre el mostrador, pero no se fue a una de las sillas a sentarse. Sí, eso de poner a alguien detrás, esperando su turno, tenía ese efecto. Uno no se movía, hasta que lo suyo se había arreglado, más que nada para no volver a hacer cola para ser atendido.

No necesitaba buscar la puñetera maleta del tipo, sabía perfectamente dónde estaba, porque uno de los hombres de los Vasiliev se había encargado de apartarla nada más ser descargada del avión. Aun así, mi vista estaba clavada en el monitor, donde cada letra que el tipo escribía quedaba impresa sobre la pantalla. Y al final, su firma. Bien.

—Ya está. ¿Y ahora qué?

—Le avisaremos al móvil en cuanto su maleta aparezca. Podrá pasar a recogerla, o se la enviaremos a su domicilio.

—A mi domicilio, lo he puesto ahí en el impreso.

—Bien. ¡Oh! Parece que está aquí, en el aeropuerto. Tan solo fue desviada a otra cinta transportadora. ¿Quiere esperar hasta que la localicemos o prefiere que se la enviemos?

—Envíemela.

—De acuerdo. Pues ya está anotado. Espero disculpe nuestro fallo, señor.

—Sí, ya veremos. —El tipo recogió sus cosas de encima del mostrador y se alejó hacia la salida del aeropuerto. Activé la señal de trabajo hecho para que el auténtico responsable de las reclamaciones llegara en un par de minutos. Mientras tanto, le sonreí a la chica que estaba la siguiente en la cola.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarle?

—¿Me darías tu número de teléfono, encanto? —Le sonreí y empecé a recoger el material bajo el mostrador. En menos de un minuto, todo estaba guardado en un maletín junto a mis pies. Y ahora, saldría de allí e iría directamente hacia el Crystals, donde Bobby estaba esperando el fruto de mi trabajo.

Capítulo 46

Sara

Caminé hacia el estacionamiento de empleados y vi a un hombre apoyado contra la puerta del acompañante de mi Ford Explorer rojo nuevo y con cristales tintados. Sí, había gastado algo de mi dinero en aquel capricho y estaba encantada con él. Nick decía que era un auto de chicas, pero no me importaba porque era precisamente una chica la que lo conducía.

—Eres una tardona, Sweety.

—¿Qué haces aquí? Se suponía que nos veríamos en casa antes de ir al espectáculo.

—No hace falta que te cambies, así estás preciosa.

—Ya, pero huelo como un caimán de los pantanos. Apesto a sudor. —Nick metió su nariz en mi cuello al tiempo que me abrazaba contra él.

—Sigues oliendo bien para mí.

—Me siento sucia y pegajosa.

—Lo estás mejorando, Sweety. —Sí, podía notar precisamente «eso» creciendo contra mi vientre. Nick era un caso.

—Anda, tonto. Será mejor que nos movamos o no llegaremos a tiempo. ¿Dónde está tu coche?

—Vine con Viktor, así que tendrás que llevarme a casa en tu cosita roja.

—¡¿Cosita?! La estás ofendiendo. No le hagas caso, bonita. Es un chico, no entiende de estas cosas.

—¿Qué no entiendo? Es roja, por favor.

—Ven aquí. —Lo arrastré hasta el lado del conductor, abrí la puerta, me senté en el asiento, introduje la tarjeta llave y encendí. Todos los equipos del frontal se iluminaron con colores azul neón, contrastando con el negro de la consola.

—Vaya. —Nick se acercó mucho a mí, incluso me levantó del asiento y se sentó dejándome encima de él. Sus ojos estaban clavados en todo el juego de luces, incluso la pantalla multimedia del navegador estaba iluminada y en los altavoces sonaba la última canción que había estado escuchando. Sí, mi pequeña era una preciosidad tecnológica y podía cargar un elefante allí detrás, me tenía enamorada y ahora estaba seduciendo a mi chico.

—¿Qué te parece ahora mi cosita? —No contestó, tan solo me levantó y me desplazó al asiento del copiloto. Volvió sus manos al volante y lo acarició con veneración. Sí, le gustaba mi chica.

—Será mejor que te ates el cinturón.

—¿Vas a conducir tú?

—Sweety, cuando se trata de ti y tus cosas, quiero la experiencia completa. — Sonreí mientras él cerraba la puerta y ambos nos ajustábamos el cinturón. Salimos del estacionamiento rumbo a casa. Era divertido ver a mi chico feliz jugando con mis juguetes.

Nick

Vaya, vaya, mi chica tenía un gusto inmejorable para los coches. Y, ¡eh!, ¿rojo?. Los Ferrari también son rojos, ¿no? ¿Y detrás? Todos aquellos asientos podían inclinarse y hacer una enorme cama improvisada. ¡Dios! Me estaba poniendo a mil con solo pensarlo. Estaba a un latido de salir de la puñetera carretera y comprobar si cabíamos los dos allí atrás si nos poníamos al lío. ¿Un latido? ¡A la mierda! Cogí la siguiente salida y nos saqué de la autopista. Avancé unos metros hasta quedar bien lejos de la carretera principal y paré el vehículo en el arcén.

¿Quién dijo que mi chica fuese lenta? Antes de siquiera poder desabrochar el cinturón de seguridad, la tenía subida en mi regazo a horcajadas, su boca devorando la mía y yo feliz de estar así. Mis manos volaban entre su trasero y su cabeza, indecisas.

—Eres una... traviesa.

—Tú paraste. —¡Oh, señor! Cada vez me estaba gustando más este pedazo de coche.

No hubo aviso, no hubo frenazo, tan solo un golpe letal contra mi costado del Explorer y la sensación de girar y caer hacia el infierno. Mis brazos se envolvieron protectoramente por instinto alrededor de Sara, aferrándola con todas mis fuerzas a mí, tratando de protegerla. Me sentí como un hielo dentro de una trituradora, sacudido de lado a lado sin poder impedirlo. Mi cabeza golpeó contra el cristal, al tiempo que sentía como Sara era arrancada de mi lado. Fueron unos segundos, una fracción minúscula de tiempo, pero pareció toda una vida.

Cuando el coche se detuvo, mis ojos buscaron a Sara. Estaba a mi derecha, su cuerpo parado entre el techo y la puerta del coche. Fue cuando noté que aún seguía sujeto al asiento por el cinturón de seguridad. Moví las manos hacia el anclaje y tardé un rato en conseguir soltarme. No solo estaba aturdido por el golpe, sino que algo rojo impregnaba todo. Casi caigo encima de ella, pero no lo hice. Con torpeza me aferré a los asientos y apoyé mis pies donde pude, hasta quedar de rodillas junto a Sara. Toqué su rostro inerte, notando cómo la sangre resbalaba por su nariz. Sus ojos estaban cerrados y no contestaba a mis palabras. Porque la estaba llamando, estaba pidiendo que abriera los ojos, aunque mi voz sonaba tan lejos que no parecía que fuese yo quien lo decía.

Noté algo que me resbalaba por la cara y, al tocarlo, vi que era algo viscoso y rojo. Mi cabeza palpitaba y sabía que estaba a punto de perder la consciencia. Tenía poco tiempo. Alcancé el cuello de Sara y saqué el colgante. Busqué la pequeña palanca oculta en uno de los costados y con la uña del dedo la deslicé. Después, me dejé caer a su lado y tanteé en busca del reloj en mi muñeca. Accioné la secuencia de los botones que me sabía de memoria y dejé que mi cabeza se apoyara cerca de mi Sara. La ayuda llegaría pronto. Había lanzado una doble señal de alarma a la central, el equipo de rescate enseguida estaría en camino.

Unas luces cegadoras que no paraban de moverse y el dolor, un fuerte dolor en la cabeza, se mezclaban con el sabor metálico en mi boca y la voz de Viktor que me llegaba desde alguna parte.

—Aguanta Nikita, ya estamos aquí. Tranquilo. —Sentí que zarandeaban mi cuerpo y mi cabeza intentaba registrar trazos de algo, hasta que finalmente pude despertar del todo. Viktor estaba a mi lado tratando de conseguir que le contestara.

—Sara.

—Están con ella ahora, Nikita.

—¿Cómo está? —Costaba hablar, dolía como el infierno concentrarse en las palabras, pero tenía que saber qué había pasado con mi chica, necesitaba escuchar que estaba bien, necesitaba...

—Los paramédicos [CS50][M51]la están estabilizando dentro del coche, pronto la sacarán de ahí. —Sentí mi cuerpo dando pequeñas sacudidas y es cuando noté que estaba tendido sobre una camilla y que me estaban arrastrando hacia algún lugar.

—No, no voy a irme sin Sara. —La camilla crujió al tiempo que la izaban dentro de la ambulancia. Aferré con mi mano la chaqueta de Viktor, manchándola de sangre. Él me la sostuvo con fuerza y me miró con esa expresión suya que decía que iba a hacer algo y nadie iba a impedirselo.

—Voy a quedarme con ella y la llevaré al hospital. No voy a dejarla sola.

—Viktor.

—Voy a ocuparme de tu chica. Tu céntrate en que te atiendan y espera a que vaya a buscarte para llevarte con Sara.

—Cuida de ella.

—Lo haré. —Su cara fue lo último que vi antes de que las puertas de la ambulancia se cerraran y un tipo con guantes de látex me pusiera una mascarilla de oxígeno.

—Tranquilo, su amiga va a estar bien.

—Es mi mujer.

—Se va a poner bien. —Cuando la puerta de la ambulancia se abrió, el aire frío me golpeó como una bofetada inesperada. Al llegar a las puertas de acceso, vi el rostro familiar de Andrey. Empezó a caminar a mi lado.

—Andrey...

—Tranquilo, Bobby está trabajando en ello, vamos a cazar a ese hijo de puta.

—¿Hijo de puta? —La mirada de Andrey me dijo mucho más que las palabras, aunque mi aturdida mente tardó más de lo normal en reconocerlo, pero lo hice. ¡Hijo de puta! Nos habían golpeado, alguien golpeó nuestro coche y lo sacó de la carretera tirándolo terraplén abajo.

—¿Qué...?

—Viktor está con la policía, pero no hay que ser muy listo para entenderlo, Nick.

—¿No fue un accidente?

—No había marcas de frenada y tampoco nadie se quedó a auxiliaros. Quien quiera que fuese, os embistió y salió huyendo.

—¡Hijo de puta! Voy a matarlo. —La mano de Andrey me retuvo con demasiada facilidad sobre la camilla, pero seguro que no era solo por el golpe, sino por la medicación que me estaban metiendo.

—Vamos a cogerlo, Nikita. Vamos a cogerlo.

—Pero yo voy a matarlo.

—Ya veremos.

—Andrey, quiero verla cuando la traigan. —No necesité decir a quién, él lo sabía. Asintió con la cabeza antes de que me metieran en uno de esos sitios donde solo podían estar los médicos, un box de emergencias o algo así. Me dejé caer sobre la almohada de la nueva camilla a la que me traspasaron, mientras escuchaba las

palabras que el paramédico transmitía al equipo médico. No hacía falta que me dijeran cómo estaba, podía sentirlo. Mi pecho ardiendo por dentro, mi cabeza palpitante y lo peor de todo, un vacío opresivo en el centro de mi corazón. No podía perderla, a Sara no.

Capítulo 47

Nick

Es bueno ser un Vasiliev, porque lo que no consigue el dinero lo consiguen el miedo, el respeto y el poder. Por eso estaba en una habitación de hospital privada, recién duchado y sentado junto a mi chica, sosteniendo su mano. Aún no había despertado, pero era normal, eso me habían dicho. Ella se llevó la peor parte del golpe por no estar asegurada, a mí me protegió el maldito cinturón de seguridad. ¿Y los airbags? Pues al estar el vehículo parado, no saltó ninguno.

Acaricé de nuevo su mano sana, la del brazo que estaba cargado de vías para la medicación. El otro, estaba sujeto a su costado con una de esas férulas para la inmovilización. El impacto la había fracturado el húmero del brazo izquierdo. También tenía una distensión en la rodilla del mismo lado y un buen golpe en su cabeza, en la misma parte. Eso era lo más grave y según los médicos, habíamos tenido suerte. Como si tener el cuerpo lleno de cortes y magulladuras no fuera nada, menos aún el seguir inconsciente trece horas después del golpe.

Rasqué mi pecho donde sabía que había un largo moratón, donde el cinturón había hecho su trabajo de fijación. Mi cabeza estaba bien, eso al menos dijo el TAC, aunque yo ya lo sabía. Soy un Vasiliev, tenemos la cabeza dura. La puerta de la habitación se abrió dando paso a Viktor.

—¿Aún no ha despertado?

—No. Los médicos dicen que lo hará en cualquier momento.

—Boby encontró algo. —La maldita policía no tenía gran cosa. Las imágenes de tráfico encontraron el vehículo que nos había estado siguiendo y resultó que había salido en la misma salida que nosotros. Era un vehículo robado, por ahí no llegaríamos muy lejos. Hasta que no encontraran el coche y tomaran huellas, no sabrían quién lo conducía. Si yo estuviese en el pellejo del tipo, el coche estaría quemándose en algún lugar del desierto media hora después del accidente. Así que no confiaba mucho en que la policía lo encontrara y mucho menos sacara algo de él. Pero si Viktor decía que Boby había encontrado algo...

—¿Qué tiene? ¿Alguna imagen de alguna cámara de seguridad?

—Antes prométeme que te lo tomarás con calma y actuarás con la cabeza fría. —
¡Mierda! Eso ya era suficiente pista, pero necesitaba oírlo de su boca.

—Cuando revisó la alarma Vasiliev, Boby activó los GPS para localizarlos.

—Es el procedimiento habitual, lo sé.

—Cuando vio que eran dos, activó todos los localizadores, ya sabes, es el protocolo estándar.

—¿Y?

—Uno de los localizadores de Fredo estaba a pocos metros del vuestro en el momento del accidente. Boby lo rastreó y comprobó que os estuvo siguiendo todo el camino.

—¡Hijo de puta! Yo lo mato. —Me puse en pie dispuesto a salir por aquella puerta, encontrar a Fredo y arrancarle partes del cuerpo una a una, hasta que no quedara nada

que arrancar. Pero antes de dar un paso lejos de Sara, me detuve en seco y me pasé la mano por el pelo. No, no iba a dejar a Sara, me necesitaba a su lado. Fredo podía vivir un poco más. Que le agradeciera a ella esos minutos, horas, lo que fuera que necesitara mi chica para regresar a mí y comprobar que estaba bien.

—No. —La voz débil y rasposa nos hizo girar a ambos hacia la cama. Sara luchaba por abrir sus ojos e intentaba humedecer un poco sus labios resecaos. Me tiré sobre mis rodillas para estar junto a ella.

—Sara.

—Nick... no lo mates...

—No merece otra cosa, cariño.

—No... morir es el final de todo. Dale algo... que le haga lamentar vivir.

—Tiene razón, hermano. Fredo merece algo peor que la muerte, merece que le des donde más le duela, algo que le haga sufrir de verdad. —Medité solo unos segundos, porque ya sabía qué era lo que más le dolía a Fredo. Había hecho esto porque su gallina de los huevos de oro se le escapaba de las manos. Dinero, el cabrón había hecho esto por dinero y yo le iba a hacer pagar por ello con todo lo que tenía. Y cuando no le quedara nada, le quitaría aún más.

—Voy a acabar con él Sara.

—Lo sé. —Me incliné sobre la cama y la besé, como había hecho cada media hora desde que la pusieron en aquella cama, pero esta vez sus labios me acompañaron. Estaba bien y eso era lo más importante.

Sara estaba de nuevo conmigo, yo me recuperada de mis heridas y tenía a todo el equipo Vasiliev en pie de guerra. Era hora de la venganza.

Yuri

Observé por la ventana del salón a mis chicas tomando el sol. Mi esposa, mi hija y mi nuera. Todas ellas relajadas, aunque sin olvidar lo que había ocurrido, bueno, solo una era totalmente ajena a todo, Katia. ¿Cómo le decías algo así a una embarazada con problemas de tensión? Fácil, no se lo decías. Lena y su madre sí lo sabían, por eso se habían ofrecido para mantenerla alejada de todo. Con Viktor metido en todo el asunto, era difícil justificar su ausencia por mucho tiempo. Lo bueno de nuestra familia es que el peso no recae sobre los hombros de uno solo, somos muchas espaldas las que podemos cargar con ese peso.

No me gustaría estar en la piel de mi hijo pequeño en ese momento, porque yo sí que no tendría la sangre fría para hacer lo que me dijeron que iban a hacer. Había que tener hielo en las venas para no coger a ese cabrón por el cuello y arrojarlo desde alguna azotea. Pero Nick estaba decidido a hacerlo. ¿No había dicho que fue idea de Sara el hacerlo sufrir donde más le dolía? ¿Que matarlo era demasiado poco? Me gustaba esa chica. Después de un accidente así tenía unas pelotas como las de un caballo para ponerse siquiera a pensar en ello. Y Nikita no solo estaba dispuesto a hacerlo, sino a pasar por todo ese maldito plan sin asesinarlo antes. Un mensaje de Viktor me sacó de mis cavilaciones.

—¿Cómo está Katia?

—Tranquila.

—Regresaré pronto para recogerla.

—No tengas prisa, tómate el tiempo que necesites. Hoy es un buen día para una cena familiar.

—Gracias.

Guardé el teléfono y observé a mi mujer mientras le ofrecía un poco más de limonada a Katia. No es que pensara que Viktor fuese blando, o no fuese capaz, pero se iba a enterar de lo que costaba tener una hija. Yo pasé mi momento con Lena y juro que todavía me preocupo por ella, aunque haya encontrado a un hombre que mataría por mi pequeña y que la cuida igual que yo lo haría. Otra chica Vasiliev. Eso era bueno, porque realmente aquella familia tenía hombres Vasiliev para cubrir unas cuantas décadas.

Capítulo 48

Nick

—Hola tío, ¿Cómo te encuentras? —Me mordí la lengua para no gritarle a ese cabrón. Podía decir que seguía sorprendido por mi llamada, e incluso un poco asustado e inseguro. Pero por eso lo hacía, porque debía hacerle confiar de nuevo, lo justo para llevarle de la mano hacia el agujero al que le quería tirar.

—Los médicos no querían dejarme ir, así que me cogí el alta yo mismo. —Eso no era totalmente mentira, los médicos querían mantenerme en observación unas horas más, pero decidí que podían vigilarme en la habitación de Sara.

—Eres un tipo duro.

—Voy a ir a por ese cabrón, Fredo.

—¿Qué?

—Está claro que fue él, Fredo. ¿Quién si no iba a querer tirarme por una carretera abajo? El Demente ese no quería enfrentarse a mí, pero lo voy a hacer. Voy a destrozar a ese gilipollas.

—Nick, tenemos que hablar —interrumpió Viktor.

—Disculpa Fredo, tengo que discutir algo con mi hermano.

—Claro, tío, estaré por aquí. —Viktor me llevó a una esquina, donde sabía que Fredo no solo podía vernos sino oírnos. Cosas de la acústica, ya saben. Y empezamos a tocar nuestra partitura.

—Tienes que recapacitar, Nick, no estás en condiciones de pelear ahora. El hombro no se recuperará a tiempo y las costillas necesitan un descanso. Además, tu equilibrio...

—A la mierda con todo ello, Viktor. Voy a subir ahí arriba y voy a terminar con él.

—Si subes a la jaula, será él quien termine contigo.

—Soy un Vasiliev, Viktor. No voy a rendirme.

—Lo que eres es un cabezota. —Aparté la mano que Viktor había posado en mi hombro izquierdo y fingí un gesto de dolor al hacerlo. Sí, no iban a darme un puñetero óscar por la actuación, pero tan solo necesitaba que Fredo la creyera, y, por su cara cuando regresé junto a él, lo había conseguido.

—Necesito que me consigas un par de cosas.

—Lo que necesites.

—Seguro que hay calmantes que pueden aliviar el dolor y que no necesiten receta médica, no como esta mierda que te dan en los hospitales.

—Eso dalo por hecho, amigo. —Asentí y lo vi alejarse por el pasillo, mientras apretaba los puños dentro de los bolsillos de mis pantalones. Voy a dejarte sin un puñetero dólar, Fredo, voy a dejarte más allá de la ruina y voy a hacer que seas tú mismo el que lo haga. Y después, cuando más desesperado estés, voy a echarte a los tiburones. Sonreí en mi interior y giré sobre mis talones para regresar con Sara. Mientras estuviese en ese hospital me quedaría en una cama a su lado. Y cuando pudiera sacarla de aquí, la llevaría a casa donde la mimaría como a un bebé la mitad del tiempo y la otra mitad trabajaría en mi recuperación y en ponerme en forma. Tenía

una pelea que ganar, por Katia y ahora por Sara.

Cuando le pregunté a Sara por qué quería destrozar a Fredo, me dijo que estaba cansada de que la vapulearan, de ser la débil a la que todos atacan. Si yo no acababa con él, lo haría ella. Mi chica sacaba sus garras. No es que la subestime, ni que piense que Fredo es demasiado para ella, conozco de buena mano ese magnífico cerebro suyo, pero no pude evitar imaginarme a un pequeño gatito bufándole a un Gran Danés. Era realmente tierno, porque yo era más bien un Rottweiler y a mí no me amilanaba un Gran Danés, ni un gato, ni siquiera un caimán de los pantanos. Yo era de los que moría peleando. Y esta pelea la iba a librar yo, porque a mi pequeño gatito no dejaría que lo lastimaran, nunca más. Yo sería quien libraría sus batallas.

Boby

El material que trajo Phill era bueno y la señal del teléfono móvil era clara y fuerte. Lo tenía localizado a las afueras de la ciudad, lejos de cualquier hotel, por lo que supusimos que estaría en un domicilio particular, alquilado o de invitado. Comprobando la dirección con la del formulario ficticio, verifiqué que era la misma. Entraría en la base de datos de los registros de la propiedad y en pocos minutos conseguiría la titularidad de la casa. El siguiente paso era averiguar dónde entrenaba el tipo. Pero eso se lo dejaba al rastreador de su teléfono. Bastaba con seguir la pista y averiguar el lugar donde se paraba durante al menos media hora.

En el otro monitor tenía los documentos legales que Andrey había preparado para la ocasión. Además de las inscripciones y solicitudes que había que presentar a los organismos correspondientes para que todo estuviese atado y legalizado. ¿Y la firma de Rocky? Llámenme genio. Hay un tipo en... Mejor no lo voy a decir, pero el tipo hace una tinta especial para impresora. Si la analizan, es igual a la que se usa en los bolígrafos de gel. Solo tenía que imprimir los formularios con la impresora láser y después rematar el trabajo imprimiendo la firma y los datos a cumplimentar a mano con la especial. ¿Cómo conseguir que los textos concuerden con lo que escribió Rocky en su reclamación del aeropuerto? Pues algo tan sencillo y trabajoso como desmembrar sus palabras para luego volver a unir las letras y así crear las palabras que necesitaba. Algunas frases estaban ya hechas, como la fecha y su nombre. El resto, fue un trabajo similar a montar un puzle un tanto complicado.

Al día siguiente, los formularios físicos se presentaron en los organismos correspondientes. Los digitales, hacía tiempo que estaban tramitados. Bien. Fase dos terminada. Y ahora...

—Boby, hay una chica que pregunta por ti. —Volví la vista hacia la entrada, donde mi diosa estaba parada, mirando con atención al otro lado de la pared de cristal de la sala. No es que pudiera ver gran cosa, porque los cristales producían un efecto óptico que distorsionaba la luz artificial y solo se podía ver un baile de colores sobre los monitores. Sí, lo sé, me encanta tener juguetes de esos en el trabajo. Caminé con agilidad hacia la salida y la hice entrar a mi despacho, eso sí, teniendo cuidado de encriptar mis monitores. No necesitaba saber o curiosear lo que hacía.

—Hola, ¿vienes a traer las piezas que dejé para arreglar?

—Sí, aquí están. —Después del accidente, había mandado arreglar el reloj y el medallón de Sara. La esfera del reloj estaba ajada y el medallón había que volver a

resetearlo. Es lo que tenían las joyas especiales, que había que apagarlas y devolverlas a su estado original. Revisé el estado de las piezas mientras por el rabillo del ojo estudiaba a la chica.

—Eres la misma que estaba la otra vez en la relojería, ¿verdad?

—Sí.

—La hija de Pasha, si no recuerdo mal.

—Soy Jaya.

—Encantado, Jaya, yo soy Robert, pero todos me llaman Bobby.

—Tienes un montón de ordenadores aquí dentro.

—Sí, necesidades del trabajo. Pero no me importaría tener alguno más.

—Eres un friki de la tecnología.

—Más o menos. No, soy superfriki, tengo que reconocerlo. ¿A ti también te gustan?

—Lo siento, a mí me van más las cosas artesanales.

—¿Como las mantas de lana?

—Ja, ja. No, más bien como la pintura.

—Así que pintura. ¿Quién es tu pintor favorito?

—Renoir.

—Mmm, me gusta *El retrato de Irene Cahen*.

—¡A mí también! Es mi favorito. No imaginaba que supieras de arte.

—Mi madre dice que sé un poquito de todo. Soy polifacético, qué le voy a hacer.

—Vaya.

—¿Has visto la exposición del Bellagio?

—No, pero me encantaría hacerlo. He oído que es preciosa.

—Tiene buenas piezas. Puede sonar a una cita, pero... ¿dejarías que te llevara a visitarla?

—Para ser una cita tendría que haber cena y esas cosas.

—Vale, te invitaré a cenar también. ¿Qué dices?

—¿Por qué no? Tengo la sensación de que contigo sería imposible aburrirse.

—Lo intentaré. Pero si ves que me vuelvo un resabido, solo tienes que decirme que pare.

—Trato hecho.

—¿Qué te parece mañana?

—Uf, tengo clases los martes y jueves hasta última hora. ¿Qué tal el domingo?

—Si cambiamos la cena por comida, por mí perfecto.

—Sería estupendo. A mi padre no le gusta demasiado que salga de noche.

—Puedo entenderlo. Entonces, tenemos una cita. Dame tu teléfono, así estaremos comunicados. Yo te diré a qué hora te recojo y tú me enviarás la dirección, ¿qué te parece?

—Que eres rápido haciendo planes.

Capítulo 49

Nick

Estaba en la central del Crystals, porque la testaruda de mi chica me había mandado a hacer lo que tenía que hacer, es decir, destrozarse el alma de Fredo. En eso estábamos Bobby y yo. Parece mentira lo mucho que la adrenalina y la furia pueden controlar el dolor, porque ahora, con la mente más centrada y fría, y la adrenalina bajo control, notaba los efectos del accidente. Estaba dolorido de pies a cabeza y terriblemente cansado. Pero eso no iba a detenerme, esta vez no.

—Cuéntamelo todo.

—Bien. La secuencia de movimientos de su rastreador GPS nos dice que el tipo no tenía muy planeado lo del accidente, pero sí que sabía que lo iba a hacer. No sé si sospechará algo, porque se deshizo del móvil, o quizás sabe que la policía puede solicitar una orden para registrar los móviles cercanos al lugar del accidente, cosa que no habría servido de mucho, ya que por la antena más cercana pasarían todos los teléfonos de los usuarios de la autopista de la que acababais de salir.

—Eso quiere decir que no tenía decidido empujarnos en aquel lugar.

—Yo pensaría que vio la oportunidad y la aprovechó.

—Eso creo.

—Segundo, por lo que averiguó Sam, se enteró en el gimnasio de lo del accidente, pero la noticia de que tú también habías resultado herido pareció desconcertarle.

—No esperaba que yo estuviese en el coche de Sara. Tiene las lunas tintadas y salimos directamente desde el aparcamiento de empleados del Crystals. No sabía que yo estaba allí.

—Podemos aventurar que Sara era su único objetivo. Ahora bien, ¿quería asustarla? ¿Quería causarle daños graves? ¿O pretendía matarla? Creo que no tuvo tiempo de pensar qué iba a conseguir con ello.

—Estaba cabreado con ella porque piensa que es la culpable de que no quiera pelear. Eso es lo primero que pensé en el hospital, cuando me enteré de que fue él quien nos embistió. Por eso le hice creer que volvería a pelear y desvié el foco de atención hacia la otra persona interesada en quitarme de en medio.

—Pero Rocky estaría más interesado en destrozarte dentro de la jaula, hacerlo en un accidente de tráfico no le serviría de nada. ¿Para qué dedicar tanto tiempo y esfuerzo a prepararse para la pelea, si al final no se lleva a cabo? Eso no tiene sentido.

—Ya, pero eso lo sabemos nosotros. Fredo no tiene ni idea de por qué Rocky está tan obsesionado conmigo.

—Supongo que eso nos viene bien. En fin, y ahora lo que he descubierto al seguir sus llamadas y mensajes.

—¿Y es?

—Está consiguiendo todo el efectivo que puede, incluso ha pedido prestado a un par de tipos aún más usureros que vosotros.

—¡Eh! Nuestros préstamos son legítimos. Andrey se ocupó de eso al legalizar el banco.

—Ya, bueno, sigamos. Por lo que he observado, tu «amigo» se ha movido en círculos bien alejados de los controlados por la familia Vasiliev.

—No quiere que sepa que está haciendo acopio de dinero.

—Eso he pensado. Lo que me lleva a creer que quiere apostar fuerte en tu última pelea y que no quiere que sepas cuánto va a apostar.

—Yo me arriesgaría un poco más y diría que no va a hacerlo por mí.

—¡Ah! Así que era eso lo que tramabas, ¿eh? Quieres que se ahorque él solito.

—Tú lo has dicho.

—Muy bien, ahí, donde le duele. Si ganas ese maldito combate, el tipo estará más allá de la ruina. Deberá tanto dinero a tipos tan malos que dudo que vuelva a ver la luz.

—Es como esas correas para perros, aquellas que se cierran más cada vez que el animal tira para soltarse.

—Muchos acaban estrangulándose a sí mismos.

—Exacto.

—Eres retorcido.

—Él se lo ha buscado.

—Amén. Y hablando de la pelea, ¿estarás bien para ese día?

—Solo estoy un poco magullado, nada más. Todas las pruebas dieron buenos resultados. En una semana podría volver a entrenar.

—Ya. Conociéndote, empezarás a hacerlo mañana mismo.

—Qué bien me conoces.

—¿Cómo está Sara?

—Ella tuvo peor suerte, pero se pondrá bien. Es fuerte y está cabreada.

—Sí, eso sí es una buena motivación para recuperarse rápido.

—¿Sabes lo que me dijo antes de venir aquí?

—Ilumíname.

—«O vas a hacerlo ahora, o juro que cuando pueda levantarme de esta cama, iré tras él con mi muleta y lo golpearé hasta dejarle hecho papilla».

—Wow, qué carácter.

—Tiene unas pelotas como balones de baloncesto.

—Ovarios, Nick.

—¿Qué?

—Que tiene unos ovarios como balones de baloncesto.

—Bueno, eso.

—Es más femenino.

—Mi chica es muy femenina.

—Eso acabo de decir.

—Vale. Deja de volverme loco. ¿Cómo va lo de Rocky?

—Seguimos el programa previsto.

—Bien. ¿Hiciste correr la voz en la calle?

—Sí. Goldman no va a conseguir llevarse a ningún incauto para que le sirva de sparring al loco de su boxeador.

—Bien. Así lo tendré más cabreado y frustrado el día de la pelea.

—¿Y tú crees que eso es bueno? A mí me daría miedo enfrentarme a un tipo así.

—Las peleas se ganan con la cabeza, Bobby. De por sí, él ya tiene un desequilibrio

mental. Si consigo desestabilizarlo del todo, será mío antes de pisar la lona.

—Pero su pegada es brutal, he visto los vídeos.

—La potencia sin control no sirve de nada.

—Pero no podrás esquivarlo siempre.

—No solo voy a esquivar sus golpes, voy a quitarle los mocos.

—¿Eh? ¿Qué quieres decir con eso?

—Que le voy a pasar el guante por la cara tantas veces, que le pondré la nariz roja solo de sobársela.

—Quieres cabrearlo aún más.

—Voy a dejarle claro que nunca tendrá una oportunidad con un Vasiliev. Quiero que se sienta usado, que sepa que estoy jugando con él.

—Eres un cabrón.

—No sé si es por culpa de lo que ha ocurrido con Sara, pero si Viktor sintió por ese tipo solo la mitad de lo que yo siento por Fredo, no entiendo cómo pudo aguantar sin romperle las piernas.

—Quizás pensó que, al igual que a Fredo, hay cosas que le dolerían más que el daño físico.

—Esta vez no va a levantar la cabeza, Bobby. Nos vamos a ocupar de eso.

—Sé que lo vamos a hacer.

—No puede fallar nada.

—Esta vez no va a pasar. Y si lo hace, siempre se puede recurrir al viejo sistema.

—Me gusta tu forma de pensar.

Capítulo 50

Nick

Mientras llegaba a la habitación de Sara, saludé con la cabeza al hombre que Viktor había puesto para vigilar su puerta. No iba a permitir que un desconocido protegiera a mi chica. Abrí la puerta y la vi dormida. Eso era bueno, porque los medicamentos para el dolor la mantendrían sedada la mayor parte del tiempo y yo no quería que ella estuviese preocupada, o con dolor. Dejé la chaqueta sobre la silla y caminé hacia la cama que había ordenado meter en la habitación. Iba a dormir a su lado y nadie iba a discutirlo. No sería lo mismo que tenerla abrazada en nuestra cama, pero era lo mejor para ella. Su cuerpo no estaba para que saciara mis arrebatos protectores con él. Porque era cierto, me picaba la piel por la necesidad de abrazarla, de resguardarla con mi cuerpo de cualquier daño que pudiera sufrir, sentirla protegida, a salvo, y ser yo quien se lo ofreciera.

Me incliné sobre ella y le besé la frente. Tenía miedo a tocarla, por si al hacerlo le causaba dolor. Parecía tan frágil en aquella cama de hospital, con aquella aparatosa venda en la cabeza, la férula en su brazo, las vías en el otro... Dejé que mi trasero se acomodara en la cama contigua, sin apartar la vista de ella y con cuidado empecé a quitarme los zapatos.

—Acércate. —Levanté la vista de nuevo hacia su rostro, pero sus ojos seguían cerrados.

—Duerme otra vez, necesitas descansar.

—Solo he cerrado los ojos un momento mientras te esperaba. —Me acerqué hacia ella otra vez y le aparté un mechón de pelo que amenazaba con caer sobre su mejilla.

—Siento haberte hecho esperar.

—Yo dije que te fueras.

—Sí, lo sé.

—¿Hiciste lo que te pedí? —Se repasó con la lengua sus labios resecaos y yo busqué el vaso de agua para acercárselo. Seguro que tendría sed.

—Hemos estado preparándolo todo. Él solo se va a meter en el agujero y, cuando lo haga, lamentará haberte hecho daño.

—Bien. No soy una persona que desee mal a nadie, pero hay veces que necesito ser mala, y ésta es una de ellas. —La hice beber un par de sorbos y después acaricié su pálida mejilla mientras sus ojos luchaban por mantenerse abiertos para mí.

—¿Necesitas algo para el dolor?

—No, ahora que estás aquí vamos a dormir. —Deposité un beso en su frente y ella cerró los ojos de nuevo, pero con una suave sonrisa en sus labios. Acomodé mi trasero en mi cama y levanté las piernas para recostarme.

—¿Qué haces ahí?

—Prepararme para dormir.

—No, échate aquí, conmigo.

—Tienes que descansar, Sweetie, y meterme en esa diminuta cama contigo no va a ayudar.

—Necesito que me abracés.

—Sara...

—Como decía mi novio, me he acostumbrado a no dormir sola. —Era una tramposa manipuladora, veía la sonrisa que no trataba de ocultar, pero no iba a reprochárselo. Con cuidado alcé su cuerpo y lo desplazé unos centímetros para dejar un poquito de sitio extra para mí. Soy un chico grande, necesitaba un buen trozo para no caerme. Después, me recosté de lado a su costado y deslicé mi mano por encima de su vientre, donde ahora descansaba la mano en la que tenía la vía del suero y la medicación.

—Si te hago daño, me lo dices.

—Tengo tantas drogas en la sangre, que no notaría si me clavaras un cuchillo en el pecho. Bueno, eso sí lo notaría.

—Menos mal que no voy a hacerlo. —Su respiración empezó a ralentizarse y yo exhalé todo el aire de mis pulmones. Sentaba bien tenerla entre mis brazos, respirar su aroma en cada bocanada de aire, aunque fuera mezclada con el olor de hospital.

—Lo perdí.

—¿El qué?

—El corazón que me regalaste.

—No, no lo perdiste. Lo tengo en mi chaqueta. Voy a traerlo. —Empecé a girarme para ir por él, pero sus dedos se aferraron a mi camisa.

—No. Ya lo cogerás mañana. Ahora quédate donde estabas. —Dejé que una tonta sonrisa apareciera en mi cara.

—Así que te gusta el calorcito que doy, ¿eh?

—Estoy malita, se supone que tienes que darme mimos y besitos.

—Todos los que necesites. —Besé con cuidado su mejilla, y ella sonrió.

—Cuando me ponga medianamente bien, voy a cobrarme todos los besos en condiciones que me debes.

—¿No beso bien?

—Esos besos son de abuela.

—Te vas a enterar. Tu céntrate en recuperarte, que ya me encargaré yo después de destrozarte a orgasmos.

—Promesas, promesas. —Estaba a punto de decir «¿Alguna vez no he cumplido una de las promesas que te he hecho?», pero la frase murió en mi boca, porque sí lo había hecho. Había prometido protegerla, que impediría que alguien le hiciera daño, y no lo había hecho —. No fallaste, Nick. Esto no fue algo que pudieras...

—Debí haberlo hecho.

—¿Sabes? No voy a ponerme a discutir sobre eso, porque no llegaríamos a ninguna parte. Así que, mejor te doy la oportunidad de resarcirte.

—¿Resarcirme?

—Sí, tendrás de darme muuuchos mimos y atenciones, hasta que me ponga buena otra vez.

—Seguiré haciéndolo también después.

—Vale, compro eso. —Tenía los ojos cerrados mientras hablábamos, así que no podía ver mis intenciones en mi rostro.

—Sara.

—¿Mmmm?

—Cásate conmigo.

—¡¿Eh?! —Sus párpados se abrieron de repente.

—Has oído bien. Di que te convertirás en mi esposa.

—Yo soy a la que han atiborrado de drogas, Nick.

—No estoy bromeando, Sara.

—Mmm, ¿te importaría que te conteste cuando esté en plenas facultades? Ahora mismo tengo la mitad del cerebro de vacaciones en Hawái.

—OK. Pero más te vale que sea un sí, porque no pienso rendirme hasta conseguirlo.

—Sí. ¿Ahora puedo dormir?

—¿Has dicho que sí?

—Acaba con la tortura, Nikita. Dame un beso en condiciones y firmaré lo que quieras.

—Has dicho que sí, Sara. Ya no vas a poder escapar de mí.

—Eso lo he sabido hace tiempo. Ahora, ¿quieres besarme de una vez? Quiero dormir y empezar a tener bonitos sueños con el semental de mi novio. —Y la besé. He llegado a algunos acuerdos de negocios antes, pero juro que esta era la mejor forma de cerrar un trato. Y no, no pensaba hacerlo con nadie más que con mi mujer. Mi mujer. 26 años y comprometido. Ahora entiendo esa maldita frase: «No es el cuándo, es el quién». Cuando encuentras a la persona que necesitas, simplemente la atrapas antes de que se te escape.

Capítulo 51

Nick

Dije que me levantaría de aquella cama en cuanto Sara se quedara dormida, tenía que dejarla descansar, pero no pude. Me quedé dormido como una maldita piedra y cuando abrí los ojos, el sol ya entraba por la ventana.

Observé su rostro tranquilo y un poco magullado resplandeciendo por el sol y supe que no me había equivocado. Fue un impulso, joder, pero ahora estaba totalmente convencido de que era lo correcto. Casarme. Quería pasar el resto de mi vida despertando al lado de Sara, abrazarla contra mi cuerpo cuando necesitara robar esa fuerza que solo ella podía darme. Me aparté con cuidado de no lastimarla y caminé hacia la silla para tomar la chaqueta. Saqué el colgante, mi colgante, y me dispuse a ponerlo en el lugar en el que pertenecía, en el cuello de Sara, donde todos podrían verlo y donde ella podría tenerlo cerca, no como un recuerdo de que me pertenecía... Pero [M54][UdMO55][M56]porque era algo que todos los miembros de la familia Vasiliev tenían.

Cuando eres importante para esta familia, pasas a ser un punto débil para el resto, por eso queríamos protegernos. Una manera de hacerlo era tener un localizador siempre encima. Un secuestro, una desaparición, una situación de emergencia como la del accidente... En cuanto la alarma se encendía, toda la familia se movilizaba para encontrarte, porque algo iba mal. Tenía que enseñarla a activar su alarma, porque ahora ella era una Vasiliev, o lo sería pronto. Sara Vasiliev, sonaba bien. Sobre todo, si le acompañaba un «esposa de Nikolay Vasiliev». Sí, así sonaba mucho mejor.

Teníamos que encontrar una fecha, pero sabía que no sería pronto. Antes tenía que recuperarse de este maldito atentado contra nuestras vidas y yo tenía que mandar al agujero a dos indeseables. Pero después... Tendría que tomarme mi tiempo en una compensatoria luna de miel. Podía llevarla a Italia. Decían que no había nada más romántico que la Toscana. También quería probar una auténtica pizza italiana, pues decían que no tenía nada que ver con la americana y eso había que comprobarlo, ¿verdad?

—¿Nick?

—Hola, tesoro.

—Tengo hambre.

—¿Qué te apetece comer?

—Chocolate.

—Te levantaste golosa.

—Oh, mierda. ¡Nick!

—¿Qué sucede?

—Necesito ir al baño, llama a un asistente.

—Yo te llevaré.

—Pero...

—Te he visto desnuda y hemos hecho cosas que...

—Vale, vale. Necesito mear. —Solté una carcajada victoriosa y empecé a cargar

con ella entre mis brazos, pero enseguida nos dimos cuenta de que estaba conectada a demasiadas cosas.

—Un asistente, sí. Lo he pillado. Lo traigo enseguida. —Ella empezó a reír y yo salí disparado hacia el control de enfermeras. Casi empujé a la pobre hacia la habitación y cuando estuvo dentro, grité por encima de su cabeza que iba a por el chocolate.

Andrey

¡Maldita sea! Aún estaba duro como una maldita roca. ¿Por qué demonios no me había quedado en el apartamento? Tenía todo el equipo necesario para ejercitarme allí. Pero no, tenía que salir de allí como un maldito misil, era eso o encontrarme a solas con Lisa. Ya era bastante malo fingir delante de ella que no sabía nada, pero tener que aguantar sus continuos asaltos en busca de sexo... Sí, se había vuelto cada vez más insistente. Antes me encantaba esa parte suya. Sexo a todas horas ¡y maldita sea si no era bueno! Era toda una profesional, pero ahora... había perdido casi todo el aliciente. Ya no era placer, era una maldita caza del espermatozoide fecundador, era un puñetero semental con fecha de entrega y eso me cabreaba. Así que fui a uno de los gimnasios de nuestra empresa. ¿Y qué me encontré? A la puñetera Blake dándole una buena paliza a uno de los chicos de Viktor. Sí, podían estar entrenando, pero estaba más que claro que ella le estaba haciendo morder el polvo.

Llevaba uno de esos conjuntos de ropa para entrenar, que marcaban perfectamente esos pechos y caderas sin disminuir la fiereza de su mirada. ¡Joder! Mi pene se levantó como un maldito perro de caza en cuanto la olió. ¿Duro? Casi reviento los pantalones. ¿Y qué hice yo? Decirle al pobre desgraciado que jadeaba a los pies de Blake que iba a enseñarle cómo se hacía. Pero me salió el tiro por la culata. ¿Dónde mierdas enseñan a los agentes del FBI ese tipo de maniobras? En un par de segundos, había pasado de tenerla debajo de mí, en una postura totalmente dominante y mi pene contento por la cama que le encontré, a pedir desesperado que me soltara porque me estaba estrangulando. Pero ni así dejé de estar empalmado. Gracias, señor, por iluminar al inventor de los sensores deportivos, a prueba de inoportunas erecciones.

La voz de Lisa resonó en el apartamento y al alzar la vista la vi allí parada, con ese maldito conjunto de lencería, medio asomando por aquella pequeña bata de seda. Puede que aquella visión no me excitase, pero que me arrastrasen los demonios si no iba a aprovecharme. Al final la maldita Blake había sido capaz de conseguir lo que había tratado de evitar durante días, follarme a Lisa. Y lo iba a hacer, pero ni iba a ser lento ni delicado, iba a correrme como un maldito caballo dentro de ella, pero no sería dentro de su parte fértil, ahí no iba a llegar.

Lo que más cabreado me tenía, o desconcertado, era que me había puesto así por una mujer que no era de mi tipo. Y no me refiero a una mujer rubia de ojos claros, a mí eso me da francamente igual. Lo que a mí siempre me ha gustado son las mujeres muy femeninas, sexy, de las que muestran su cuerpo como si fuera una caja de bombones, para que los hombres babeen. Pero Blake, con esos trajes pantalón, totalmente formales y masculinos, era lo contrario. Era sobria, anodina, pero, maldita sea, debajo de todo aquello había unas curvas letales. Y encima sabía cómo defenderse.

Lisa

Tenía puesta esa maldita canción otra vez. Como si la voz de Annie Lennox fuera parte del conjuro que quería hacer realidad.

*I put a spell on you
Because you're mine
You'd better stop the things you do
I tell you, I ain't lyin'
I ain't lyin'
You know I can't stand it
You're runnin' around
You know better daddy
I can't stand it cause you put me down
Oh no
I put a spell on you
Because you're mine
You know I love you
I love you
I love you
I love you anyhow
And I don't care if you don't want me
I'm yours right now
I put a spell on you
Because you're mine
You know...*

Y como dice esa maldita canción, yo he hechizado a Andrey, porque él es mío, me pertenece. Aunque él se resista, aunque se aleje de mí, yo lo voy a retener conmigo, porque lo amo y voy a tenerlo. Lo ataré a mí con todo lo que pueda: mi cuerpo, su hijo... Y le daré todo lo que se merece, le daré el control de la familia, porque Bloom se encargará de apartar a Viktor de su camino, y a Nick también, y él será el único Vasiliev que pueda heredar el gran imperio de la familia... Y yo estaré allí, a su lado, durmiendo en su cama, la que caliente su alma, su cuerpo... La que le dé un heredero... Seré la única que importe en su vida, la única que lo tenga, porque lo amo y haré lo que sea para retenerlo. Lo que sea.

Capítulo 52

Nick

—¿Cómo están las apuestas?

—Calientes, Nick.

—Ya sabes a qué me refiero.

—Fredo ha apostado una cantidad bastante grande.

—Bien. —Volví a golpear el saco de boxeo y Bobby se giró para darme la espalda.

—Solo queda una semana, Nick. Y veo que estás en plena forma. Pero...

—¿Pero?

—El maldito demente de Rocky ha mandado a un tipo al hospital ayer. —Paré de dar golpes, y aferré el saco contra mí para pararlo.

—Se supone que no tendría a ningún chico para servirle de sparring.

—Es difícil llegar a todas las almas desesperadas de esta ciudad. Siempre hay alguien que necesita dinero y que haría cualquier cosa por conseguirlo.

—¿Cómo se encuentra?

—Tiene una conmoción cerebral, Nick. Y el cabrón no va a pisar siquiera la comisaría de policía.

—Bloom lo está protegiendo.

—Andrey consiguió algunos documentos del FBI.

—¿Qué dicen?

—Rocky es algo más que un simple confidente. Bloom lo mantiene a salvo como si fuera un infiltrado, o tal vez más.

—Eso significa que no va a pisar la cárcel, haga lo que haga.

—Eso me temo.

—Entonces habrá que buscar una buena alternativa.

Sara

No dejaba de dar vueltas al rubí tallado en forma de corazón que pendía de mi cuello. Matrimonio, Nick me había pedido matrimonio. No es que tuviese mucha experiencia con noviazgos y ese tipo de cosas, pero tenía la impresión de que las cosas iban demasiado rápido. Aunque, cuando ves pasar la muerte delante de tus ojos, sientes no haber hecho muchas cosas. Una de las que lamenté cuando ese coche casi me quita la vida, fue no pasar más tiempo con Nick. Sí, podía hacerlo, podía unir mi vida a la suya y no arrepentirme.

Alguien dijo una vez que es mejor lamentar el haberte equivocado, que el arrepentirte de no haberlo hecho. Así que lo haría, iba a casarme con él. Pero no pensaba entrar en una capilla con este aspecto. Nick podía tener prisa por hacer las cosas, pero yo quería que mi madre y mi nueva familia asistieran a mi boda y no quería que vieran esta imagen de mí. Y, porras, quería que mis futuros hijos vieran las fotos de la boda de sus padres y encontraran una mamá bella, no solo un papá terriblemente guapo.

—Hola, Sweetie. —Alcé la vista para ver la sonrisa de mi prometido mientras se

acercaba a la cama.

—¿Lista para ir a casa?

—Ni te lo imaginas.

—Eh, eran órdenes del médico. Pero ahora te sacaré de aquí.

—He estado pensando... Me debes una cita.

—¿Una cita?

—Nos queda una representación del Cirque du Soleil por ver.

—Tienes razón. ¿Quieres ir este viernes?

—¿Bromeas? Lo que me pide el cuerpo en estos momentos son cosas básicas, no que lo torture sentada en una de esas butacas durante tanto tiempo.

—¿Entonces?

—Quiero ir después de tu pelea, cuando te hayas recuperado. Cuando los dos estemos recuperados.

—Hecho. Y hablando de necesidades básicas de tu cuerpo, ¿Qué te pide?

—Un lugar cómodo donde tumbarme, una película, palomitas y que mi novio me abrace.

—Compro.

—¡Eh! Eso es mío.

—Ya sabes lo que dicen, todo se pega menos la hermosura. Tienes tu tarde de cine en casa.

—Pero yo escojo la película.

—Mmm.

—¡Eh! No te quejes.

—Chica + peli en casa + enferma = peli lacrimógena o de esas románticas. ¿Cómo no voy a quejarme? Pero voy a verla contigo, hoy mandas tú. ¿Cuál quieres?

—Tengo pensado hacer una maratón en estos días. Pero creo que empezaré por alguna de los Vengadores. —Le vi levantar las cejas y abrir los ojos realmente sorprendido. Sí, ¿qué se pensaba, que por ser chica no podía apreciar una peli de acción? Pues sí lo hacía y los Vengadores tenían ese punto de entretenimiento que me gustaba, totalmente ficción y con un par de cuerpos con los que una chica puede entretenerse mirando. Porque, a ver, entre Thor, el Capitán América y Ojo de Halcón, ya tenía bastante para deleitarme. Y para tocar, pues tenía a mí chico a mano, que tampoco desmerecía. Es más, si fuese famoso seguro que muchas tendrían fantasías con él. ¡Qué mierda! Seguro que había muchas que ya las tenían. Pero ¡eh, chicas!, está pillado.

Viktor

Eché un vistazo al local de nuevo. Sí, podría estar algo viejo, pero era lo que necesitábamos. El ring podríamos montarlo en cuestión de horas y las sillas podría instalarlas al mismo tiempo. Solo tenía que revisar la iluminación y limpiarlo: acondicionar los vestuarios, asegurar los accesos y colocar las cámaras de seguridad. Pero eso lo dejaría para dos días antes de la pelea. De momento, tenía que preparar la lista de invitados. Doscientas personas, ¿serían demasiadas? Tal vez sí, o tal vez no. Pero tenían que ser las personas que yo quería que acudieran y hacía semanas que tenía muy claros los nombres de casi todos ellos, o al menos los de los más

importantes. Por eso enviamos las invitaciones con tiempo, para que TODOS estuviesen allí ese día. Iba a ser un puzle enorme y el día de la pelea todas las piezas debían encajar y cumplir su cometido. Más que un puzle, era como un reloj de engranajes, con sus diminutas piezas encajadas al milímetro, haciendo que las manecillas se movieran correctamente.

El teléfono sonó en mi bolsillo, lo saqué y comprobé que se trataba de Bobby.

—Dime.

—Tenemos la confirmación del tiburón.

—Bien. ¿Sabemos algo más del verificador?

—Llegará el día de la pelea, como tenías previsto.

—Tenemos la localización, Bobby. Da la orden para que acondicionen el local que vine a revisar. Hay que montar el espectáculo mañana.

—Daré las órdenes, jefe.

—Recuerda, mañana no hace falta que sean discretos.

—Lo sé, jefe. Pondré a los pájaros a cantar sobre la pelea a medio día. Los perros guardianes vigilarán desde la mañana. —Cerré la comunicación con una sonrisa. Si Bloom seguía el protocolo del FBI, no se arriesgaría a entrar en el edificio hasta que el delito se estuviera cometiendo y cuando lo hiciera iba a llevarse una sorpresa, o unas cuantas para el caso.

Capítulo 53

Nick

¿Nervioso? Más bien excitado, impaciente. Una pelea siempre sería una pelea, pero esta... Llevaba casi una hora en la misma postura, acostado en la cama junto a Sara, mirando embobado el aire que entraba y salía de su boca. Estaba aún dormida y no iba a despertarla. Contemplarla me daba una tranquilidad reconfortante. La medicación hacía que durmiera como un perezoso y yo era un cabrón acosador que disfrutaba viéndola dormir. Sabía que tendría muchos de esos momentos desde que le pedí que se casara conmigo, pero eso no quería decir que toda una vida fuera suficiente.

Quién lo iba a decir hace tan solo unos meses. Yo era el más sólido candidato al mayor soltero picaflor de la próxima década y allí estaba, perdiendo la cordura por una sola mujer. ¿Cómo había hecho para meterse tan dentro de mi alma? No lo sabía, pero no iba a hacerla salir de allí. Sara era un maldito premio que nunca había perseguido, pero que me cortaran un brazo antes de cederlo a quien lo mereciera. Ella ahora era mía y no la iba a soltar.

Recuerdo una vez que hablé con Andrey sobre chicas y le pregunté por qué había decidido quedarse con Lisa, en vez de hacer como yo y buscar una nueva cada vez que me picaba el gusanillo. Él me dijo que en una caja de bombones siempre había uno que te gustaba más que los demás, y que incluso había veces en que solo querías comerte ese y no el resto. Yo le dije que eso no servía para un amante del chocolate como yo, porque querría comerme la maldita caja entera. Pero ahora sé que he encontrado mi bombón, el que saciará mi hambre y hará que prefiera recordar su sabor, antes que mancillar su recuerdo con otro trozo de chocolate. ¡Agh! Me estaba volviendo un marica llorón y romántico.

Los ojos de Sara parpadearon y se abrieron para mí. ¡A la mierda los maricas llorones! Si no estuviera convaleciente, en estos momentos estaría enterrado profundamente en ella dándole el primer orgasmo del día.

—Buenos días, Sweety.

—Primero bésame, luego serán buenos días. —¿Aliento mañanero? ¡Es su boca! Los diamantes no dejan de ser diamantes, aunque estén encima de una mujer fea, vieja y arrugada. Sí, eso no suena bien, pero Sara es el diamante, que quede claro.

—¿Nervioso?

—No.

—No eres un tipo tan duro, a mí no me engañas.

—Tienes razón, estoy a punto de colapsar, pero... me han dicho que hay unas cuantas maneras de mandar los nervios lejos. —Sentí sus brazos enredarse en mi cuello y una sonrisa traviesa formándose en mi cara. ¡Joder! No solo pillaba las cosas al vuelo, sino que estábamos en la misma onda.

—También lo recomiendan para la recuperación física, ya sabes, por eso de hacer bombear la sangre.

—Te quiero.

—Lo sé. —Me estiré para alcanzar el cajón de la mesita a mi derecha, saqué un

preservativo y me coloqué entre sus piernas con precaución.

—Voy a tener cuidado.

—¿Vas a ser mimoso?

—Oh, sí, muy mimoso. —Y lo fui. Lo hice despacio, calmado, como si tuviese todo el tiempo del mundo, como si ella estuviese hecha de nubes. Iba a sacarle todo el azúcar a lametazos. Podría no ser el bombón más llamativo de la caja, pero definitivamente era el mío.

Andrey

A veces basta con decir pocas palabras para evitar mentir, o simplemente no decir ninguna. Así conseguí que Lisa caminara a mi lado por los pasillos de la clínica. Solo un «necesito que me acompañes» y estuvo lista en un tiempo récord. Sí, esa no era su clínica habitual, allí no estaba su médico, pero para lo que tenía en mente, no era necesario. Caminé con las manos metidas en los bolsillos y el brazo de Lisa bien anclado a mi brazo.

Me anuncié a la recepcionista y ella enseguida nos indicó la sala donde nos esperaban. La enfermera estaba esperando en la puerta cuando llegamos, con esa profesional sonrisa en su cara. Dijo mi nombre y sujeté el brazo de Lisa para que entrara conmigo. Me senté en la camilla y la sujeté bien fuerte para que se sentara a mi lado.

—Buenos días, señor Vasiliev.

—Buenos días, doctor Arnú.

—¿Están listos?

—Por supuesto. —Miré a Lisa y le sonreí.

—Bien, entonces será mejor que usted pase a la otra sala, mientras realizamos el reconocimiento a su mujer. —La confusión de Lisa estaba mezclada con la alegría. No sabía a qué demonios venía aquello, pero cuando el doctor la llamó mi mujer, sus ojos se llenaron de estrellitas. Toqué su mano con suavidad y me levanté de la camilla—. Terminaremos pronto. —El doctor asintió con una sonrisa y yo abandoné la sala. No hacía falta que me quedara para saber de qué hablarían. El doctor tenía órdenes de hacerle un examen completo y era un ginecólogo, así que sería tremendamente exhaustivo en su búsqueda.

La enfermera me acompañó al despacho del doctor, donde él no tardó en llegar y sentarse frente a mí.

—¿Cuánto tardarán en estar los resultados?

—Usted pidió que fueran rápidos, así que tendrá un adelanto esta misma tarde. En un par de días estará el resto.

—Bien. Tienen mi dirección de correo electrónico, los quiero lo antes posible.

—Sí, señor Vasiliev. Si ella pregunta...

—Yo soy el que paga, no lo olvide.

—Sí, señor. —El médico salió del despacho y fue a cumplir con su trabajo. Una suerte que fuera un mal apostador, porque la ética médica podía desaparecer al tiempo que una de sus deudas.

Una hora después, Lisa estaba caminando de nuevo a mi lado, tratando de ocultar una extraña sonrisa en su cara. Soy un maldito cabrón, lo sé, pero ella ya sabía con

quién se metía y, sobre todo, sabía que no se juega con un Vasiliev, porque perderás seguro.

Capítulo 54

Viktor

El lugar ya estaba medio lleno y eso que aún faltaba más de una hora para la pelea. Mi teléfono vibró y lo revisé para ver el último mensaje que había recibido.

Autobuses en camino. Asientos completos.

Bien, eso quería decir que se habían tragado nuestra primera mentira de la noche, bueno, la primera, no. Supuestamente el lugar de la pelea se había cambiado por problemas técnicos de última hora. Lo que no sabían era que en la dirección que les habíamos dado nunca hubo programado ningún evento y menos el nuestro.

Levanté la vista hacia Igor y le hice la señal. Él asintió y, en menos de dos minutos, las entradas estaban cubiertas por las chicas de uniforme pequeño que habíamos contratado, además de los chicos que vigilarían su trabajo. Ellas cogerían las invitaciones y llevarían a los invitados a sus asientos asignados. Todos tenían un sitio en el que deberían estar cuando la obra empezara a desarrollarse. Vi a Andrey caminar hacia mí y coger su teléfono para revisarlo. Estaba demasiado concentrado en algo, pero su rostro seguía igual de impertérrito. Difícil, incluso para su hermano, saber lo que había en su cabeza.

—¿Algún problema?

—No. Todo va según lo previsto. —Eso me dio curiosidad, esa frase tendría que haberla dicho yo, ya que, en definitiva, era el encargado de coordinar que todo estuviese encajando en su lugar. El trabajo de Andrey estaba hecho hacía días, o eso pensaba. Pero con Andrey uno no sabía a qué atenerse, era de los que disfrutaban sacándose un as de la manga en el último minuto.

—¿Has visto a Nick?

—Sí, está haciendo sus ejercicios de calentamiento.

—¿Y Rocky?

—Deseando entrar en la jaula.

—¿Bloom?

—Según Bobby, Rocky le dijo el lugar y la hora, aunque creo que le engañó un poco.

—¿Un poco?

—Le dijo que era media hora más tarde.

—Astuto, quiere asegurarse de que tiene tiempo de machacar a Nick antes de que Bloom le arruine su pequeño juego.

—¿Vas a ir a saludarlo?

—En cuanto lleguen los demás invitados.

—Apurando a última hora, ¿eh?

—Aprendí del mejor. —Andrey asintió y cerró su teléfono antes de guardárselo en el bolsillo. Cruzó los brazos sobre el pecho al tiempo que centraba su mirada en la jaula.

—Creo que voy a sacar al pequeño bastardo del vestuario de Nick.

—Sí, yo también pienso que va siendo hora de hacerlo.

—Vuelvo enseguida.

—Andrey, sonríe. Hoy será nuestro día. —Andrey esbozó una pequeña sonrisa,

pero al igual que ocurría con Miércoles, de la familia Adams, aquella sonrisa no era alegre, sino que ponía los pelos de punta.

Mientras contemplé la espalda de Andrey alejándose hacia la zona de los vestuarios de los púgiles, mi mente volvió a llevarme hacia lo que realmente era importante esta noche. Katia sabía que algo iba a ocurrir con Rocky, porque no quise ocultárselo, lo que no sabía era que iba a ser hoy, tan solo que estábamos preparando algo que ocurriría pronto.

El ruido que empezó a llegar de las puertas de entrada me hizo girarme hacia allí. Bien, no eran los pasajeros de los autobuses, pero tampoco eran actores de relleno. Alguien importante acababa de llegar, lo gritaban a voces los escoltas que tomaron posiciones antes de que el hombre entrara. Sí, nuestro tiburón acababa de aterrizar.

Nick

Me estaba costando contener mis movimientos mientras calentaba. Era difícil estar más pendiente de fingir molestias y restricciones que de concentrarme en mis ejercicios, pero todo era parte del plan. Fredo estaba delante y debía seguir con mi actuación.

La comadreja caminaba nerviosa a mi alrededor, algo inusual en él. Pero yo sabía por qué. Había metido hasta su último centavo en aquella pelea, apostó incluso dinero que no tenía, y que yo perdiese era su única opción.

—¿Quieres un poco de agua? —Fredo me tendió una botella y yo la cogí, poniéndola a mi costado. La puerta se abrió y Andrey entró con su seguridad habitual.

—Salgan todos, quiero hablar con el cabezota de mi hermano.

—Ve a tu sitio Fredo. —Él me miró y asintió sin mucha confianza. Cuando la puerta se cerró a su espalda, cogí la botella de agua y me acerqué al lavabo para vaciarla allí. Todo el mundo sabía que, del enemigo, ni agua.

—No necesito preguntar cómo te sientes, lo veo en tus ojos.

—Espero que nadie más lo haya notado.

—¿Hablaste con Sara?

—La veré después del combate. Alexis la traerá.

—Es cabezota.

—Eso, o quiere ver cómo ha quedado Rocky después de que termine con él.

—Rocky no le interesa, le preocupas tú.

—Lo sé.

—Tienes una buena chica ahí, cuídala.

—No voy a permitir que vuelvan a hacerla daño, Andrey.

—Me extrañaría si lo hicieses. —Observé que mantenía los puños bien apretados en los bolsillos de su pantalón. Y puedo ser menos observador que Viktor, pero sabía que algo lo tenía nervioso.

—Lo tenemos todo revisado y atado, Andrey, así que ¿qué te preocupa? —Él alzó la vista y por una fracción de segundo vi el dolor en su mirada.

—¿Preocuparme? Nada. Es tan solo... que voy a sacar la basura de casa. —No tenía que decirme más. Hoy era el día en que todos íbamos a limpiar bajo la alfombra, sacando toda la porquería que estaba escondida. A todos nos habían traicionado.

Andrey

Salí del vestuario, dejando que Nick sucumbiera a la tentación y llamara de nuevo a Sara. Era curioso verle tan necesitado de ella, cuando antes era de esos para los que las chicas no eran más que un medio para sacar el exceso de adrenalina de su sistema.

Revisé de nuevo el teléfono y allí estaba la confirmación de que todo estaba listo. Los análisis ya habían llegado y al revisarlos encontré lo que esperaba. Pero necesitaba una confirmación médica, eso era todo. Había enviado a Lisa a una de esas sesiones de spa que tanto le gustaban y después iba a salir con sus amigas de fiesta. Ella pensaba que yo iba a estar ocupado toda la noche y que si insistía en que se divirtiese era porque quería tenerla lejos de mí y mis asuntos. La muy perra había enviado el mensaje a Bloom, indicándole que hoy pasaría la noche fuera y que había salido pronto de casa. Bloom no necesitaba más pistas para saber que hoy era el día y que yo estaría metido en todo el asunto. Aunque seguro que Rocky ya le habría puesto al día con anterioridad.

El mensaje de Iván llegó en ese momento, confirmando que había terminado con mi orden. Bien, con la casa limpia solo tenía que ocuparme de sacar a la rata que quedaba.

Cuando llegué junto a Viktor casi todos los asientos estaban ya ocupados. Repasé con la vista los puestos a nuestro alrededor, encontrando cada pieza del gran puzle en su sitio. Miré el reloj, quince minutos para el comienzo del combate. La música de AC/DC, *Hells Bells*, empezó a sonar por los altavoces, mientras las chicas llevaban los últimos pedidos de bebidas a sus clientes. Tenía que reconocerlo, Viktor sabía cómo organizar un buen espectáculo.

Devolví el teléfono al bolsillo, sabiendo que todo lo que necesitaba estaba allí dentro. Era el momento de salir a escena. Asentí hacia el hombre una fila por detrás de nosotros y él saludó animado. Al tipo le gustaban este tipo de espectáculos con sangre de por medio, así que sabíamos de antemano que acudiría al combate con tan poco tiempo de aviso. ¿Agenda apretada? El Senador McGillian no dejaría pasar una buena pelea como esta.

Capítulo 55

Viktor

Espectáculo, era el gran vendedor de espectáculo y es lo que estaba ofreciendo. Esto es Las Vegas, aquí nada se hace a pequeña escala. Todo es grande, incluso el gilipollas que ahora ha levantado los brazos y está dando saltos dentro de la jaula. Puse algunas chicas cerca de allí, para que sus gritos se oyeran en todo el local y para que Rocky desplegara sus plumas ante ellas.

El hombre sentado dos filas por delante de nosotros, unas seis sillas más a la izquierda, estaba animando a Rocky con todas sus fuerzas; sabía por qué, era su padre. ¿Estaría tan orgulloso de él si supiera que se ha metido en el cuerpo toda esa química? Por nuestra parte, le habíamos suministrado un neutralizador, para que todos los estimulantes que tomase para la pelea no le dieran ninguna ventaja. Trampas las mínimas, queríamos una pelea justa. ¿Que cómo estaba tan seguro de que lo había tomado? Porque le vi mientras se lo suministraban sin que se diera cuenta. Las chicas pueden ser una buena distracción y si les quitabas algo de ropa, mucha más. El neutralizador actuaba durante seis horas y lo había tomado hacía casi cuatro, así que aún estaba bajo sus efectos.

La canción *Centuries*, de Fall Out Boy, sonó por los altavoces y sonreí. Era la canción de entrada que había escogido para Nick. ¿Por qué? Porque era la que bailaba Katia en la barra de metal y quería que de alguna manera ella estuviese implicada en la caída de ese gilipollas. Además, bien podría ser el lema de los luchadores Vasiliev, porque el Ruso Negro seguiría peleando en un ring mientras quedase un Vasiliev dispuesto a seguir con la tradición familiar. Seremos recordados como leyendas.

Nick

Tuve que sonreír. Recuérdame. Sí, aquel era el mensaje perfecto para todos los que osaron alzarse en nuestra contra. No es el arrepentirse, no es el pagar, es el no olvidar ni lo que has hecho y mucho menos a quién. Es el recordar día tras día, minuto a minuto, cada miserable segundo de lo que queda de tu vida, que un Vasiliev te había puesto ahí.

Subí las escaleras para entrar en la jaula y esperé hasta que la puerta se cerró y nos dejó solos.

—Voy a acabar contigo, Vasiliev.

—Puedes intentarlo.

—Voy a quitarle a tu hermano algo que quiere, cómo él hizo conmigo.

—Llora como una nenaza lo que no supiste defender como un hombre —dije versionando al estilo Vasiliev lo que la madre de Boabdil le dijo a este cuando lloró la pérdida de Granada.

—¿Eh?

—Aprende historia, cabezahueca. —Era un Vasiliev, era un tipo duro, fuerte con los puños, pero eso no quiere decir que sea un inculto. Como esperaba, el gilipollas empezó a atacarme.

Sabía que Rocky quería aprovechar todo el tiempo del que disponía hasta que llegase Bloom con su redada, por eso estaba conteniéndome, para darle la confianza de que podía acabar conmigo.

El primer round terminó con un Rocky satisfecho con su trabajo, dispuesto a continuar con un par de rounds más, pero cuando llevábamos apenas treinta segundos del segundo round, las puertas de la sala se abrieron con un rugido y varios gritos instaron a la gente a que no se moviera. Algunos salieron corriendo, otros simplemente se quedaron quietos, desconcertados. Rocky golpeó más fuerte, hasta que el árbitro lo apartó de encima de mí. Estaba frustrado, cabreado y no hacía más que maldecir y resoplar desde el centro del ring.

Yo me alejé de mi esquina, donde hasta hacía unos segundos estaba resistiendo el aluvión de golpes que Rocky me enviaba. Un agente del FBI se encargó de mantener a Rocky alejado de mí, mientras otro me leía mis derechos e intentaba esposarme con los protectores puestos. Ya se daría cuenta de que no servía de nada, porque sus esposas no podrían abarcar el ancho de los guantes. ¿Resistirme o cabrearme? Ninguna de las dos opciones, porque Andrey y Viktor se habían encargado de todo.

Andrey

Los hombres del FBI entraron en el local apuntando a todos con sus armas. Mostraban sus chalecos con enormes letras amarillas, pero eso no asustaba a un Vasiliev, y hoy mucho menos. Era el momento de mostrar las cartas, porque las apuestas se habían hecho hacía mucho tiempo. La sonrisa prepotente de Bloom se ampliaba al acercarse a mi hermano Viktor y a mí, aunque era a él a quien quería, lo sabía. Quizás porque era el encargado de mantenernos a todos seguros, la gran roca que superar para alcanzar al resto. O quizás estaba enamorado de él, nunca lo sabría; cualquier opción era posible, de Bloom esperaba cualquier cosa.

—Quedan detenidos por promover una pelea ilegal.

—¿Ilegal? —Me acerqué a él y me dispuse a entrar en batalla, porque este era mi terreno. Yo devolvería ese golpe.

—Con clase, he de reconocerlo, pero ilegal. Así que, si no les importa, quiero que extiendan sus manos para esposarles, mientras les leo sus derechos. Tienen derecho a un abogado...

—Da la casualidad de que soy abogado y lo que usted está diciendo no es correcto. Está interrumpiendo una pelea de exhibición, que tiene todos los permisos legales y cumple con toda la normativa vigente.

—Esto no es una pelea del circuito profesional, abogado.

—Nunca he dicho que lo fuera. Si no ha escuchado bien, le he dicho que es una pelea de exhibición y, como tal, está registrada en los organismos pertinentes. Ambos púgiles están federados, e incluso la federación de artes marciales mixtas ha publicado en su página oficial este encuentro. Es más, puedo mostrarle ahora mismo una copia de los contratos registrados.

—¿Contratos? —Saqué el teléfono, abrí mi correo, accedí al contrato y se lo mostré a Bloom.

—Puede ampliar la parte que crea conveniente, pero este contrato legaliza el encuentro, ya que en él se especifica que ambos púgiles han acordado no solo

participar en esta exhibición de lucha, sino que cumplen con los requisitos legales para hacerlo.

—Eso no es cierto.

—¿Me está llamando mentiroso? Tiene las pruebas delante.

—Esta firma no es la de Bellami.

—Eso es fácil de verificar, señor Bloom. Su padre está en esta misma sala. Nadie mejor que él para confirmarlo.

—¿Su padre? —Alcé la cabeza y busqué con la mirada a mi presa.

—Señor Bellami, ¿podría acercarse, por favor? —El hombre caminó hasta nosotros extrañado y a la vez algo atemorizado.

—¿Qué sucede?

—Aquí, el agente Bloom, insiste en que esto es una pelea ilegal. Intento explicarle que es un combate de exhibición, pero él se niega a creer que la firma en el contrato sea de su hijo. —Le acerqué mi teléfono, donde amplié la zona en la que se encontraba la firma de su hijo. Le vi tragar saliva y respirar aliviado. Sí, había algo peor que sorprender a una vieja gloria de la lucha en una pelea ilegal y era que uno de los contrincantes fuese tu adorado hijo.

—Esta es la firma de mi hijo.

—Esta es una jugarreta, Vasiliev. Esta pelea no es de exhibición.

—¿Cómo explicaría entonces a toda esta gente aquí?

—Solo son personas que han pagado para ver una pelea ilegal.

—Voy a explicárselo una sola vez, agente Bloom. Esto es un combate de exhibición y como tal, se ha invitado a varias personas para que lo vean. Nadie ha pagado un solo dólar para estar aquí.

—Aquí han venido a apostar.

—La única apuesta la hacen los luchadores, Bloom. En un combate de exhibición, los púgiles muestran sus habilidades ante personas que puedan impulsar sus carreras. Para que un luchador salte al mundo profesional, se requieren representantes, patrocinadores, entrenadores, publicidad.

—Su hermano no necesita nada de eso.

—Nuestra familia tiene dinero, sí, pero carecemos de los conocimientos y los demás recursos para lanzar la carrera de Nick al mundo profesional. Por eso se ha hecho esta pelea.

—Nikolay Vasiliev no va a saltar al mundo profesional. Rocky Bellami está sancionado por la federación de boxeo y no puede luchar en ninguna pelea.

—Pelea de exhibición, agente Bloom. Es imposible tratar con usted.

—¡Detenedlos a todos! —Y entonces, nuestro tiburón sacó los dientes.

—¿Bajo qué acusación, agente?

—Hasta que compruebe todos los datos, por participar en una pelea ilegal.

—O tiene una acusación en firme o no se atreva a ponerme una mano encima. Soy el Senador McGillian, y a mí no puede llevarme detenido sin una prueba sólida que confirme el motivo por el que lo hace. Atrévase y para mañana será historia en el FBI.

—¿Senador McGillian?

—Dudo que el señor Vasiliev me hubiese invitado a venir a un acontecimiento sin las garantías legales. Así que mientras compruebe que todo está correcto, le pediría

que nos deje seguir disfrutando de la pelea.

—Yo jamás me atrevería a poner en riesgo la respetabilidad de un Senador, agente Bloom. Todos los requisitos están cubiertos, la pelea es totalmente legal. Así que, cuando salga de aquí, después de ver que todo está en orden, espero que se disculpe con todos y cada uno de mis invitados. —Vi la mandíbula de Bloom tensarse. Después se apartó unos pasos y empezó a dar órdenes y a hacer llamadas. Me senté de nuevo en mi asiento y esperé a que los agentes de dentro de la jaula salieran. Ahora que había humillado a Bloom, ya solo quedaban dos. Y de ellos, iba a encargarse Nick.

Capítulo 56

Nick

Decir que Rocky estaba sorprendido no era suficiente, pero he de reconocer que el tipo era rápido amoldándose a la nueva situación. Su sonrisa se ensanchó en su cara, mientras sus ojos se volvían oscuros. Sí, la bestia había regresado, pero no tenía ni idea de a dónde. Él solo veía su oportunidad de acabar con aquello, de terminar conmigo y, al hacerlo, destrozar a los Vasiliev. Incauto.

—Ahora nada va a salvarte. Eres mío.

—No, gilipollas. Ahora es cuando llega mi turno.

—Calla y pelea. —El tipo se lanzó contra mí, pero esta vez no tenía que contenerme. Iba a destrozar a ese capullo acosador y maltratador de mujeres. Esquivé su gancho de derecha y, con una agilidad que le sorprendió, le devolví el golpe contra sus costillas. El tipo reculó un paso y pude ver su sorpresa. Sí, cabrón, se acabó tu tiempo. Sonreí con toda la maldad que había en mi interior para darle una pequeña pista de lo que iba a venir.

Mis puños volaban y golpearon su cara y torso con precisión letal, mis piernas iban directas a su objetivo, rompiendo todo lo que encontraban en su camino. Ya estaba a mi merced cuando lancé una patada a la articulación de su pierna derecha. Sabía que si lo atrapaba se retorcería y se rendiría, y yo no quería eso. Así que rompí todo lo que podía. Ese gilipollas no iba a volver a subir a un ring, y si lo hacía, le quedarían unas bonitas secuelas. Dolor, mucho dolor, ese iba a ser mi regalo.

Viktor

Cuando Rocky cayó sobre la lona, sabía que no volvería a levantarse. ¿Inconsciente? No, Nick no iba a permitirlo. Aquel gilipollas tenía que estar bien despierto para que sintiera todo aquel dolor. Conocía de primera mano el resultado de la mayoría de los golpes que le dio mi hermano. Sabía que Nick no iba a conformarse con una simple nariz rota. Siguió golpeando, hasta romperle varias costillas, le fracturó la clavícula, le dislocó el hombro, y la rodilla de su pierna dominante ya no volvería a ser la misma por mucha cirugía a la que se sometiese.

—¡Joder! Eso ha tenido que doler. —McGillian estaba frenético a mi lado. Sí, ¿no dije que le gustaba la sangre? Era un poco sádico, pero debía cuidar las apariencias, era una persona con un cargo público, al fin y al cabo. Ahora que estaba feliz y plétórico, era el momento de dar el siguiente paso para acabar con Bloom.

—Y pensar que casi nos lo perdemos por ese agente Bloom. Ese tipo es un incompetente grano en el culo.

—Puede que me meta donde no me llaman, pero me da la sensación de que igual tiene algo personal contra ti, Viktor.

—¿Igual? Lo tiene. Su única meta en la vida es tocarme las pelotas a mí y a mi familia. Es una mierda de serpiente trepadora cuyo objetivo es subir puestos en la agencia, y para ello necesita atrapar un pez gordo.

—¿Y tú eres su pez?

—No negaré que hace décadas mi familia no era de las más limpias, pero de eso hace demasiado tiempo. Nuestros negocios ahora son legales, aunque la fama es difícil de borrar. He de reconocer que no está mal que la gente piense que eres un tipo malo, facilita mucho las cosas cuando vas a negociar. —La sonrisa traviesa que le regalé a McGillian tenía el fin de recordarle que ambos nos parecíamos. Él tenía sus trapos sucios, aunque los mantenía bien enterrados sobre capas y capas de tierra. Puede que algún día fuesen de utilidad, pero, de momento, me sobraba con hacer temblar sus cimientos lo justo como para que se sintiera amenazado, aunque no por mí.

—No existen los tipos buenos.

—A lo mejor, aunque yo no conozco a ninguno. Y ese Bloom...

—¿No me irás a decir que se cree mejor que el resto?

—¿Mejor? No tiene escrúpulos y utilizaría cualquier cosa para llegar a mí y mi familia. Sin ir más lejos, ese tipo que está en la lona es un antiguo novio de mi mujer.

—¿Y lo traje aquí para atraerte a la pelea?

—No tengo idea de cómo consiguió meterlo en esto, pero está claro que quería atraparme en algo y ponerme unas esposas.

—Pero no pudo hacerlo.

—Ya nos conoces, todo es legal y está bien cubierto. Pero de no ser por ti, estaríamos retenidos en alguna sala de interrogatorios hasta que demostráramos que no hemos cometido ningún delito. —McGillian volvió a centrar su atención en la lona, pero podía ver los engranajes de su cabeza girando deprisa. Eso, tiburón, piensa. Has intervenido para joderle el plan a Bloom, luego no le caes bien. Demostraste tener algún tipo de relación con nosotros, lo que te convierte en un posible objetivo. Seguramente busque la manera de usarte para atacarnos, o para quitarte de en medio, y tienes cosas que esconder. Así que aquí viene la pregunta: ¿qué vas a hacer para quitártelo de encima? No necesitaba descubrirlo, aunque me moría de ganas, pero seguro que sería muy pronto. ¿Soy malo? Nunca he dicho que no lo fuera, solo dije que nuestros negocios son legales.

Fredo

¡Hijo de puta! Estaba jodido. Nick dijo que iba a acabar con él y eso hizo. Casi tenía el dinero para mi jubilación asegurado, pero llegó el FBI y casi arruina la pelea. Sabía que el Demente tenía algo preparado para acabar con Nick, pero no pude imaginar que sería algo de eso. Cuando estás en una pelea ilegal, lo último que quieres es meter a la ley de por medio. Pero esos Vasiliev son tipos realmente intocables. El FBI salió de allí con el rabo entre las piernas, sin ningún arresto, sin nada entre las manos. Aunque fue un alivio, me dio escalofríos. ¿Hasta dónde llegaba el poder de esa familia?

Nunca debí apostar contra Nick, su familia nunca dejaría que perdiera. Por un breve momento mantuve la esperanza, pero cuando la pelea se reanudó, el Nick que recordaba, el Nick *pateaculos*, había vuelto. Pero tampoco era el de antes. Parecía un puñetero aniquilador. No estaba centrado en ganar, sino en destrozar al tipo. Él no era así, el no convertía a sus oponentes en trozos de carne triturada. Él solo buscaba el triunfo, demostrar que nadie podía con él. Pero ahora... era como si buscara sangre. ¿Sabría algo de mis apuestas? De lo del accidente no sospechaba nada, estaba seguro. Bastaba con ver lo que le había hecho al desgraciado tirado en el suelo del

ring.

Mientras el árbitro empezaba el conteo, Nick se alejó de su víctima, su mirada perdida fuera de la jaula, hasta que me encontró. Y entonces lo sentí; el calor abandonó mi cuerpo, el frío del acero atravesó mi carne. Yo era el siguiente. El cabrón lo sabía, el frío cabrón lo sabía. Y corrí. Puse mis piernas en movimiento y eché a correr fuera de allí, lejos de su alcance, porque cuando esa puñetera jaula se abriera, yo sería el siguiente en caer.

Cuando estuve en el exterior, lejos de todos, a salvo, me permití tomar una profunda bocanada de aire fresco, reconfortante. Bien, estaba fuera, ahora tenía que llegar a casa, coger lo que pudiera y desaparecer. Pero no tenía gran cosa. Estaba tan convencido de que iba a ganar las apuestas, que había metido todo lo que tenía en ellas. Todo y más... ¡Mierda!, Nick Vasiliev no era mi único problema. Llegué a casa, hice una maleta con rapidez y salí quemando llantas. Llené el depósito de gasolina antes de salir de Las Vegas y simplemente cogí la carretera. Tenía que irme lejos. ¿A dónde? Me daba igual.

Capítulo 57

Nick

La gente intentaba pararme antes de llegar al vestuario, pero yo tenía un objetivo. En cuanto recibí la señal de que ella estaba aquí, salí de la jaula casi sin mirar atrás. Casi. No pude resistir la tentación de mirar por última vez y ver a los sanitarios subiendo a un gritón Rocky a la camilla. Había un tipo que peleaba entre la gente para alcanzar la camilla, seguramente sería el padre del chico, porque el parecido era notable y Viktor me había dicho que el hombre también era parte del plan. No sentía lástima por él. Su hijo era un puto demente y le había permitido todo. Tenía que haberle metido en cintura desde un principio.

—¡Nick, te quiero! —En otro momento, hace una eternidad, me habría girado hacia la voz femenina, habría inspeccionado la mercancía y habría sonreído. Si tenía ganas de fiesta, habría mandado a Fredo o a otro a buscarla, pero hoy no iba a ser. Ni hoy, ni nunca. El auténtico premio estaba esperando a salvo de toda esta gente en mi vestuario. Sí, puede que no en su mejor momento, pero era un millón de veces mejor que todas ellas. Guapa, inteligente y luchadora. ¿Había algo mejor? Puede, pero yo no iba a buscarlo. ¡Ah!, se me olvidaba ese trasero incomparable. Mmm.

Apreté el paso y llegué hasta la última barrera que me separaba de mi Sweetie. Abrí la puerta y allí estaba. Sentada sobre la camilla, esperando a que llegara. No le di tiempo a bajarse, llegué hasta ella y la estrujé contra mi cuerpo. No pensé en que estaba sudado y cubierto de sangre. Lo único que tenía en mente era que la necesitaba. Mis manos se sentían torpes con las protecciones, pero me las ingenié para acercar su rostro al mío y devorar su boca.

—¿Estás bien?

—Nada que no solucione una buena ducha y una de esas pastillas que tú tomas para el dolor.

—Mmm, compartiendo drogas. Que pareja más unida.

—Ya sabes lo que dicen, amar es compartir. —Volví a besarla y después me quedé un rato acariciando su espalda, sintiendo sus pequeños brazos que me reconfortaban. ¿Podía el dolor disminuir con su toque? Doy fe de que sí. Escuché un clic a mi espalda, después unos pasos y alguien que se puso en mi campo de visión. Era Sam.

—¿Lo tenéis?

—Boby tiene su rastro. El idiota salió corriendo de la ciudad.

—Bien. Cuando menos se lo espere, caerá en el saco. —Sara levantó su cara hacia mí de nuevo y pude ver la duda en su rostro.

—¿Qué vamos a hacer con él?

—¿Vamos?

—Esto también es problema mío. Se mete con nosotros, lo pateamos. —Sonreí y la abracé un poquito más fuerte.

—Tenía pensado que sus acreedores le maltrataran un poquito. Pero después...

—¿Después qué?

—Hay cosas que no puedo revelar, pero te puedo asegurar que va a lamentar lo

que hizo cada puñetero día de su vida.

—Eso me vale. Y ahora, ve a ducharte y ponte algo menos sexy.

—¿Menos sexy?

—Mmm, toda esa piel sudada, esos músculos duros para poder tocar... ¡Agh! Haz lo que te digo. Necesito llevarte a casa y darte unos poquitos mimos para que te recuperes rápido.

—No estoy tan lastimado.

—Oh, pequeño Nikita. Para lo que quiero hacer contigo, necesitarás estar en plena forma.

—Traviesa. —Besé su pelo y me encaminé a la ducha, no sin antes recibir un cachete en el trasero de mi lujuriosa novia. Sí, puede que hoy solo fueran arrumacos y una peli en nuestra cama, pero mañana.... ¿Cómo podía haber vivido tanto tiempo sin esto?

Andrey

El vodka que tenía en la mano estaba ya tibio, pero eso no me importaba. Mis ojos estaban mirando más allá de las luces que parpadeaban al otro lado del gran ventanal. Llevaba quince minutos esperando que la maldita puerta a mi espalda se abriera y cuando lo hizo me bebí todo el contenido del vaso de un solo trago.

—¡An... Andrey! No esperaba que estuvieras en casa. —Me volví para mirarla. Su voz revelaba el alcohol que había tomado y, aun así, parecía que los efectos empezaban a desaparecer.

—¿Te has divertido?

—Eh... Sí. Las chicas y yo...

—No necesito saberlo. —Me giré de nuevo hacia la ciudad, porque las vistas eran más interesantes que el de una Lisa con traje de fiesta y medio borracha.

—¿O... ocurre algo?

—Encima de la mesa tienes los resultados de tus análisis.

—Ah. Está todo bien, ¿verdad? Porque me estás asustando.

—Recuerdas nuestro acuerdo, ¿verdad?

—Eh, sí, claro.

—Iván te aguarda en el garaje. Será mejor que no le hagas esperar.

—¿Qué?

—Va a llevarte a tu antiguo apartamento, el que tenías antes de venirte a vivir a mi casa.

—Pero...

—Sabías lo que ocurriría si te atrevías a romper nuestro acuerdo.

—Yo no...

—Hace tiempo que no estás usando ningún método anticonceptivo y he encontrado varios preservativos pinchados. Pretendías quedarte embarazada, aunque según la analítica, aún no lo has conseguido.

—Yo...

—Tienes pagados dos meses de alquiler. Creo que es más que suficiente para que una chica como tú encuentre algún medio para mantenerse.

—Andrey, yo solo... —Me giré hacia ella y se detuvo antes de llegar a mí. Sí, sabía que en estos momentos mi cara era todo lo contrario a un témpano de hielo. Había odio, ira, y ella lo había visto. Era lista al no acercarse más.

—¿Crees que no iba a descubrirlo? ¿O qué cuando lo hiciera sería demasiado tarde para deshacerme de ti y mi hijo?

—Yo puedo darte una familia, Andrey.

—Tú solo me darías un hijo, Lisa, no una familia. Para mí, la familia es lealtad, es sacrificio, es amor incondicional y tú no me puedes ofrecer nada de eso.

—Yo te quiero, Andrey.

—No. Tú quieres la posición, el dinero, el poder que puedo darte; y creías que atrapándome con un hijo lo conseguirías. Pero estás equivocada.

—¿Qué...?

—Vete, Lisa.

—No puedes echarme a la calle así, tengo mis...

—Tus cosas ya se han enviado a tu nueva casa. Aquí ya no queda nada tuyo, no lo quiero.

—Andrey...

—Si al menos hubieses sido honesta, si no hubieses traicionado mi confianza, a mi familia... ahora estarías fuera de mi casa, pero tendrías tu vida asegurada. Una buena casa, dinero para compensarte, la tranquilidad de que mi nombre te seguiría protegiendo... Pero cuando nos vendiste al FBI, perdiste todos tus derechos.

—Yo...

—No intentes siquiera mentir, sé de tus mensajes con el agente Bloom.

—Yo solo quería que tuvieras lo que te corresponde. El puesto que te pertenece por derecho.

—Nunca lo he querido, Lisa. Tengo todo lo que deseo y necesito. Obligarme a coger una carga que no deseo no ha sido tu mejor jugada. Y menos si dañás a mi familia.

—Andrey...

—Vete, Lisa. Olvida que una vez tuviste mi confianza, olvida que tuviste todo lo que podía ofrecer a una mujer, olvida que estuve en tu vida. Yo ya lo he hecho, o lo haré en el momento que deje de odiarte.

—Andrey.

—¡Basta! Estoy manteniendo una actitud recta contigo, pero no sé cuánto tiempo podré contener a la bestia que llevo dentro y que desea estrangularte. O te vas ahora o juro que te mato. —Creo que lo entendió por fin. Sus tacones sonaron mientras se alejaba y oí la puerta cerrarse con suavidad, casi sin fuerza. Iván se encargaría de dejarla en su nueva casa.

Pensé que sería justo que la restituyera al mismo momento que llegó a mi vida, que supiese que todo lo que había conseguido a mi lado lo había perdido. Sus tarjetas canceladas, sus cuentas a cero, no porque yo las hubiese vaciado, sino porque ella nunca se preocupó de llenarlas. ¿Su ropa? Que se quedara con ellas, a mí no me servían de nada. ¿Sus joyas? Esas estaban metidas en mi caja fuerte, aunque yo tampoco le compré muchas. Algún día las venderé, o se las regalaré a cualquier chica que me haga feliz unos momentos, no lo sabía... pero ella no se las llevaría, no las tenía cuando llegó a mí. Sé que tendrá que vender su cuerpo para conseguir todo lo

que tenía a mi lado, pero eso ya no me importaba. Es escoria, un desecho desleal y traicionero, sin escrúpulos. Gracias a dios que no engendramos un hijo con su sangre.

Caminé hacia el mueble bar y me serví otra copa de vodka. La bebí de un trago y dejé el vaso sobre la barra de nogal. Mis pasos me llevaron hasta mi habitación, donde me quité la ropa y la posé en la silla con cuidado de que no se arrugara, como siempre. Sí, soy un frío cabrón sin sentimientos, con un corazón de piedra, insensible. Nada me altera, porque no puedo sentir. Después, me metí bajo las sábanas y cerré los ojos. Puede que tardase en dormir, porque me había acostumbrado a follar antes, porque siempre había alguien que calentaba mi cama y ahora las sábanas estaban frías.

¿Acurrucarme y hacer la cucharita? Quizás un par de veces, cuando aún había un poco de corazón que necesitaba que lo consolaran, pero realmente nunca me gustó esa actitud toda pegajosa tras el sexo, ni siquiera con Lisa. Pero la soportaba, dejaba que me abrazara, porque ella lo necesitaba y si la tenía contenta, por las mañanas me despertaba con una de sus espectaculares mamadas. Sí, definitivamente echaría de menos el sexo a todas horas, pero no sacrificaría a mi familia por ello. Además, no había tenido deseos de sexo en los últimos días. Mi pene apenas se levantaba ya, salvo cuando...

Capítulo 58

Nick

Una puñetera semana y las secuelas aún seguían llegando. Bien por nosotros. ¿He dicho que amo a mi hermano Viktor? Es un puñetero estratega. Aníbal el cartaginés, muérete. Estábamos sentados en el despacho de Yuri, poniéndonos al día antes de ir a comer con nuestras mujeres.

—Lo último que se sabe de Bloom, es que está en traslado de prisioneros peligrosos entre Estados Unidos y Canadá.

—Uuuu, eso tiene pinta de ser muy emocionante.

—Sí, mucha acción dando agua a los presos. Según tengo entendido, tiene una amonestación por abuso de poder y se dice que una mano negra le ha quitado todos sus privilegios y que lo de ascender... es historia.

—Me alegra saber que ya no va a molestarnos.

—Quizás se nos pongan las orejas algo rojas cuando piense en nosotros.

—¿Qué hiciste, Viktor?

—Oh, ¿quizás hacerle saber que eso le pasa por meterse con nuestra familia? No sé, lo tengo confuso.

—Eres un cabrón.

—Pero me quieres, Nick.

—No lo dudes.

—Bien, hijo. ¿Y qué tenemos de las otras piezas? —le instó a continuar papá.

—Rocky regresó a Miami con su familia y, por lo que he averiguado, las facturas de hospital son altas y la rehabilitación está siendo una mierda. ¿Sabías que si un boxeador lo sorprenden con sustancias ilegales en su organismo, el seguro no se hace cargo de sus gastos médicos?

—No creo que a su padre lo tenga muy contento.

—No, pero estoy por quitarle ese peso de encima en cuanto el chico esté medianamente aceptable.

—¿Qué tienes en mente?

—Si creía que se había librado de nosotros con una simple paliza, es que no conoce a los Vasiliev. La primera vez, golpeamos, la segunda, no le damos opción a levantarse. De momento tengo un viaje pendiente a Miami.

—Bien, esto se anima. Siguiendo.

—Fredo sigue huyendo como el correccaminos. Ha empeñado su reloj, pero sigue conservando el teléfono y el coche. Por lo que seguimos teniéndolo cubierto. Uno de sus acreedores lo alcanzó y le dejó un imborrable recuerdo en sus huesos.

—¿Los dedos de la mano?

—Abrir una cerveza ya no será tan fácil.

—Bien.

—Tampoco he dicho que terminara con él. Casi mata a Nick y Sara, eso merece un mayor castigo. —Asentí. Que ese cabrón sufriera. Quizás me estaba impacientando, pero prefería cogerle y aplicarle nuestro castigo, antes de que el resto de los

acreedores hiciera lo suyo, como teníamos en mente en un principio.

—¿Hay más?

—Lisa está en uno de los clubs de striptease de Medina, el colombiano.

—Tenía pocas opciones desde el principio —intervino Andrey por primera vez en la reunión.

—Ya, por lo que he oído, tiene las rodillas peladas y llagas en la boca. Aun así, sigue quitándose la ropa sobre el escenario.

—Pensé que sería más lista que eso.

—El morbo de tenerte como su ex no alcanza para quitarle la mancha negra de encima, Andrey. La forma en que salió de tu casa y los rumores... no la han ayudado mucho.

—Ella se lo buscó.

—En eso estamos de acuerdo.

—Bueno, Bloom, el boxeador loco y los dos traidores. ¿Nos queda alguien más?

—De momento no. He hablado con Sasha para lo de las nuevas incorporaciones y está impaciente por recibirlos.

—Ese cabrón depravado... Pero hay que hacer negocios con el diablo si quieres meter a alguien en el infierno.

—Bueno. Dejemos el trabajo aparcado. Es hora de ir a comer.

—¿Qué hay hoy?

—¿Y lo preguntas, Viktor? Desde lo de la pelea, tu madre no hace más que cocinar las cosas que le gustan a Nick.

—Pero Katia no puede tomar algunas de esas cosas.

—Parece mentira que no conozcas a tu madre. Tiene a tu mujer más mimada que a su propio marido. Y antes de que lo digas, Nick, también está cuidando de Sara para que esté cómoda. Nada que no pueda manejar con ese brazo suyo.

Sara

Tenía a Lena y Mirna sentadas a mi derecha y a Katia recostada, o más bien esparrada sobre una tumbona a mi izquierda. Los dos hijos de Lena chapoteando y haciendo el ganso en la piscina y un refrescante combinado sin alcohol a mano. Sí, lo sé, es un asco estar escayolada, es un asco tomar calmantes y es un asco que te obliguen a holgazanear todo el día, pero, ¡eh!, me encanta que se preocupen por mí y me cuiden y esta familia sabe cómo hacerlo.

—¿Y cuándo dices que te quitarán la escayola?

—En tres semanas si todo sigue bien.

—Ah, entonces todavía te queda un tiempo de baja para disfrutar.

—Eso dice Nick. Quiere que vayamos de viaje, pero ya le he dicho que con el brazo así...

—¡Tonterías! Precisamente por eso tienes que ir. En un hotel te libras de hacer camas, comidas y todas esas cosas. Además, tendrás a Nick para cuidarte.

—Sí, eso me da un poco de miedo.

—Pues no debería. Nunca había visto a mi hijo pequeño tan pendiente y servicial con nadie. Lo tienes comiendo de tu mano, Sara, recuérdalo bien.

—Demasiado tentador para no aprovecharme de ello.

Giré la cabeza hacia las puertas francesas por las que llegaban nuestros hombres. Nick venía con uno de esos bañadores de pierna larga, que le hacían parecer todo un surfista. ¿He dicho alguna vez que mi prometido está para comérselo? Pues es así. Es verlo caminar hacia mí, con esa sonrisa y tan poca ropa, y me entran los calores, y eso que estoy tomando el sol en una tumbona junto a la piscina.

Su trasero se acomodó junto a mi cadera y se inclinó para darme un beso rapidito en los labios. ¿Está mal si me tiro a sus brazos y le obligo a tener sexo delante de su familia? Sí, una lástima. Pero siempre podemos regresar pronto a casa.

—Qué, ¿poniéndonos verdes?

—Todavía no, pero si nos das algo más de tiempo, llegaremos a ello. —Su mano se deslizó por mi muslo y noté la frescura de sus dedos, dejando un rastro de piel de gallina a su paso. ¿O era por otra cosa que no tiene nada que ver con el contraste de temperaturas?

—Estás muy caliente.

—Sí, necesito refrescarme. ¿Me ayudas a meterme en la piscina?

—Sí, pero voy a llevarte bien lejos de mis sobrinos. No quiero que se les vayan los ojos detrás de las tetas de su tía.

—¡Eh!

—Sweety, en cuanto te meta en el agua, esos pezones tuyos van a clavarse en...

—No sigas, depravado.

—Necesito enfriarme. —Miré hacia el lugar que señalaban sus ojos y vi el pequeño bulto bajo su bañador. Gracias, señor, por hacer que mi chico tenga la delicadeza de decirme esas cosas al oído y gracias también por dejarme disfrutar de «eso» cuando lleguemos al agua. ¡¿Qué?! Me gusta comprobar cómo está la mercancía. Llamadme mala, o mejor, chica afortunada.

Capítulo 59

Viktor

Estos últimos meses han sido de lo más tranquilos, al menos para Katia y para el resto de las mujeres Vasiliev. Tuvimos que ponerlas al corriente de lo ocurrido, aunque sin especificar todo, claro. Hay cosas que, por mucho que quieras decir, es mejor mantenerlas en secreto. Solo los hombres Vasiliev debían saberlo, porque los secretos dejan de ser secretos cuando los conoce más de una persona. Y ya éramos cuatro, bueno, casi cinco, porque de todo el personal implicado, Bobby es lo suficientemente inteligente y estuvo tan presente en el proceso, que dudo que no sepa todo lo que movimos para conseguir nuestro objetivo.

Con Bloom fuera del mapa, el FBI se mantenía a una buena distancia de nosotros. La rata de Lisa estaba donde le correspondía, en las alcantarillas. Sí, lo sé, dije que las mujeres merecen nuestro respeto, pero también dije que había serpientes con piel de mujer y estaba claro que Lisa era una de ellas. Andrey realmente había sufrido por aquel golpe. ¿Cómo era esa frase? Durmiendo con su enemigo. Pues Andrey lo había hecho. No quiso contarnos lo que había hecho con ella, tan solo que la sacó de nuestras vidas y tampoco el resto de la familia se quiso entrometer. Lisa era algo que tenía que solucionar por sí mismo y nosotros lo respetábamos.

Ojalá Andrey encontrara a alguien que curase sus heridas, alguien que le hiciera reír de nuevo, como cuando éramos más jóvenes. Pero sé que no es suficiente con desearlo o buscarlo, simplemente te golpea, como a mí. Katia cambió mi mundo y, aunque me haga débil, al mismo tiempo me hace más fuerte y no tengo otra opción que amarla por eso.

Mi dormilona Katia es... ¡Eh! ¿Dónde está? Mi brazo palpa la cama, notando su lugar vacío y frío, alzo la cabeza buscándola en la habitación, pero no hay rastro de ella. Un ahogado gemido de dolor sale del baño y, como si algo quemara mi trasero, salto de la cama para llegar hasta allí. Mi Katia está junto a lavabo, aferrándose la tripa con una de sus manos y la otra clavada sobre el espejo.

—¿Qué... qué te ocurre? —Su rostro se levanta hacia mí y fue como si me clavase un cuchillo de carnicero en las entrañas. Esa mirada da miedo, auténtico miedo y creo que quiere transmitir «¿tú qué crees, gilipollas?», pero tiene la boca contraída, hasta que al fin unas palabras se escapan entre sus dientes.

—Ya viene.

—No, no, no puede ser. Aún falta una semana.

—Tu hija ha decidido que va a ser ahora. Es una Vasiliev, intenta decirle que no.

—¡Joder, joder! —Una de las manos de Katia se aferra a la mano que le tiendo y noto como me comprime los huesos. ¡Mierda! Duele, pero no por la mano, sino por verla soportar tanto sufrimiento—. Bien, lo tengo todo previsto. Avisaré a Sam y Robin y te llevaremos al hospital como un rayo. —Siento la mirada asesina nuevamente en mí. ¿Qué he hecho mal? El plan es... y entonces me doy cuenta. Es demasiado pronto, ni Sam ni Robin han llegado aún, solo está el equipo de seguridad nocturno en el perímetro exterior. Estoy solo en esto. Siento un dolor opresivo que vuelve a

deformarme la mano. Nos hemos parado. Sí, no sé cómo, estamos en medio de la habitación.

—Viktor...

—Lo sé cariño, lo sé. —La siento sobre la cama, corro al vestidor y salgo de él con un vestido suelto y unas sandalias mientras me pongo unas deportivas. Miro hacia Katia y me encuentro un charco de agua bajo su trasero y líquido resbalando por sus piernas.—¡Mierda!

—He roto aguas. —Salgo disparado para el baño, cojo una toalla y llego a tiempo para secarla, después de quitarle la mojada camiseta con la que estaba durmiendo. No pregunten, algo relacionado con pezones sensibles y el suave algodón de mis camisetas.

La ayudo a ponerse el vestido y a calzarse y, cuando estamos listos, otra contracción la paraliza. Yo no puedo más. La cojo en mis brazos, como si fuera la princesa del cuento y la saco de nuestra habitación. Cambio de postura para bajar las escaleras, la seguridad ante todo, y después vuelvo a cargar con ella hasta llegar al garaje. Cojo las llaves, abro la puerta y la meto dentro con cuidado. Cuando arranco el motor, otra contracción la sorprende, y ya no intenta retener el grito de dolor. Deja de resistir y lo deja salir. ¡Joder! Por qué tardaban tanto en abrirse las puertas del garaje. Pienso con rapidez qué hacer y decido empezar a marcar teléfonos con el mando integrado en el volante. Al menos me acordé de coger el teléfono y las llaves de casa en mi carrera al coche. Lo que hace la costumbre. Después del tercer toque, la voz somnolienta de Sam se oye por los altavoces del coche.

—¿Sí?

—Sam, hemos roto aguas y salimos para el hospital.

—¿Ahora?

—Es mi hija, hace lo que quiere. —Salgo disparado hacia la salida y las llantas del coche chirrían.

—Iré avisando al hospital para que estén listos.

—Bien. —Katia alza la voz metiéndose en la conversación. Lleva meses mentalizándose y preparándose para este momento y sabe lo que hay que hacer. Se suponía que yo también, pero eso no voy a discutirlo en este momento. Es el peor momento para entrar en pánico.

—Avisa a Robin, y dile que recoja las cosas para el bebé, ella sabe dónde está todo.

—Lo haré. Llevaré a tu madre para allá también.

—Vale. —No dijo «recogeré a tu madre y la llevaré», sino «la llevaré». ¿Estaban juntos en ese instante? Vaya un momento para ponerse a pensar si la madre de Katia y Sam estaban durmiendo juntos—. Tres minutos y medio.

—¿Qué?

—Las contracciones, son cada tres minutos y medio.

—¿Cómo...? —Vuelve a gritar mientras intenta aferrarse a cualquier superficie a mano, evitando mi contacto, porque es lista y sabe que, si me toca de esa manera, es probable que tengamos un accidente a la velocidad que circulamos. Gracias, Yuri, por enseñarme a conducir de esta manera. Sé que él pensaba más bien en una huida y persecución de coches, pero eso no importaba ahora. ¡Yuri! Marco su teléfono y

espero.

—¿Qué sucede? —Sí, mi padre directo al grano. No hace falta saber que no le llamaríamos a las cinco de la mañana si no fuese por algo importante.

—Estamos de parto.

—¿Ahora? —¿Pero qué coño les pasa a todos? ¿No saben decir otra palabra?

—Sí, ahora. Estamos de camino al hospital.

—Bien. Iré movilizándolo a tu madre y a tus hermanos. Estaremos allí enseguida.

—No llevo escoltas, papá. Hemos salido un poco apurados de casa.

—No te preocupes, nosotros nos encargamos de todo. Tú solo lleva a tu mujer al hospital de una pieza. —El grito de Katia me pone los pelos de punta. ¿De una pieza? Es probable que llegue en dos. El hospital aparece a unos metros y me meto en la zona de urgencias con un giro y un derrape que hace chirriar los neumáticos. Algo bueno para llamar la atención, porque el de seguridad y un enfermero ya estaban en la puerta cuando abro la puerta de Katia.

—¡Estamos de parto! —El enfermero sale corriendo a por una silla, mientras el de seguridad se acerca a ayudarme con Katia. Pero ya la tenía en mis brazos.

—Yo retiro el coche. —Sí, es lo que tiene que todos sepan quién soy. La de visitas que he hecho a esta clínica con mi mujer y el dinero que he metido aquí, hacen que todos me besen el trasero. En momentos como este adoro ser un apestosamente rico Vasiliev.

Tras sentar a Katia en la silla de ruedas, camino a su lado sin soltarle la mano. La chica de recepción está a punto de decirme algo sobre los formularios que hay que rellenar, pero un auxiliar se acerca a nosotros corriendo y, mientras nos abre las puertas, le grita.

—¡Es la señora Vasiliev! —Lo último que veo de la chica es su cara blanca antes de que las puertas del ascensor se cerrasen. —El doctor ya los está esperando. —Siento la mano de Katia estrujar la mía de nuevo y me inclino hacia ella para besar su sudada frente y acariciarle el pelo.

—Ya casi estamos cariño.

—¡Quiero la puñetera epidural ya! —Las puertas del ascensor se abren y salimos deprisa hacia la zona de partos. ¿Dónde coño estará ese médico? Si mi mujer quiere drogas, le compraré la maldita farmacia entera. Dentro de la habitación ayudamos a subir a Katia a la cama y justo en ese momento aparece el doctor.

—Veamos cómo está de dilatada. —Se inclina hacia Katia, le retira la ropa y se mete entre sus piernas. Sí, no hay bragas que quitar, una suerte que las olvidáramos—. Hay que llevarla a la sala de partos, está completamente dilatada.

—Doctor, la epidural.

—Lo siento, es demasiado tarde.

—¿Cómo que demasiado tarde?

—El bebé ya está en camino. La epidural empezaría a hacer efecto cuando el bebé ya esté fuera.

—¡Mierda! —Me rasco la nuca, pero alguien me quita la mano para colocar uno de esos gorritos de papel en mi cabeza. Me giro y me hacen extender los brazos para colocarme una bata de ese color tan chillón. Cuando miro otra vez a Katia, la están llevando fuera de la habitación y ella también tiene una de esas batas de papel encima.

Su cuello brilla por el sudor, sus tendones en plena extensión y sus ojos puestos en mí, no de forma asesina, sino suplicando—. No voy a dejarte sola, cariño. Estoy aquí. — Tomo su mano y salimos hacia la sala de partos. El resto del proceso está borroso en mi mente, como si todo fuera un caos organizado. Hasta que escucho un lloro enfadado. Esa es mi hija. ¿Estoy llorando? Es posible, pero si alguien se atreve a decirlo, lo destripo.

Capítulo 60

Nick

Sí, lo sé, no estoy muy atento a la conversación que hay en la habitación, pero no puedo evitarlo. Estoy mirando a mi mujer con el bebé de Viktor y Katia en sus brazos y siento que mi corazón se derretir. ¡Mierda! Esa es la imagen más bonita que jamás he visto. Sara con un bebé. No puedo evitar imaginar que algún día ese bebé sea el nuestro.

Con calma, Nick, aún somos muy jóvenes y tenemos muchas «prácticas» que hacer. Pero no tengo dudas, mis hijos los voy a tener con ella. Serán duros, tercos y rebeldes, como su padre, e inteligentes y guapos como su madre, y, sobre todo, espero que hereden su fuerza. Cualquiera puede conseguir unos buenos músculos a base de trabajo, pero la fuerza de Sara viene de dentro y esa no todos pueden alcanzarla, hacen falta valor, determinación y perseverancia y, lo más importante, no rendirse; y mi Sweety es de las que pelea hasta el final.

Ahora le toca a mi madre sostener al bebé y puedo ver ese brillo en sus ojos. Nadie diría que es una abuela ya veterana, aunque si lo piensas, es la primera nieta y eso siempre es diferente. Los niños, al fin y al cabo, son más duros, sobre todo si son Vasiliev, pero una pequeña... hay que protegerla, porque... porque es nuestra y punto.

No envidio la vida que le espera a Viktor, será un constante dolor de cabeza tener una hija, pero por otro lado...

Me acerco a Sara, que ha depositado a la pequeña en su cuna, y la envuelvo en mis brazos por la espalda, apoyando la barbilla sobre su hombro. Sus manos me aferran los antebrazos y deposita un suave beso en mi mejilla.

—Es preciosa. —Sí, lo sé, todos los bebés lo son, pero ella lo es más por ser nuestra.

—Tiene el genio Vasiliev. ¿Has escuchado cómo gritaba antes de que le dieran de comer? —Una Vasiliev, tan pequeña y con ese genio...

—Solo tenía hambre —intenta disculparla Sara.

—Hay maneras de pedirlo y ella lo exige. Pobre Viktor, va a tenerlo comiendo de su mano el resto de su vida.

—Él no va a fallarla. —Puedo sentir el dolor de sus palabras.

Su padre la metió en un buen lío por su propia avaricia y terminó pagando con su vida, pero lo peor fue dejarla sola. Viktor no hará eso nunca, ningún Vasiliev lo haría. Y si ocurre una desgracia, tendrá a toda la familia para cuidar de ella. Nunca estará sola o desprotegida. Esa es mi promesa, la promesa de todos y cada uno de los que estamos allí. Porque somos una familia y somos Vasiliev. Y pisaremos al que se atreva a amenazarlo.

Viktor

No puedo dejar de mirarla. Es imposible. La familia hacía rato que nos dejó solos, porque mi pobre Katia no podía seguir luchando contra el agotamiento. Mi guerrera estaba dormida y por eso yo estaba desobedeciendo todas las recomendaciones y

tenía en mis brazos a mi pequeña Tasha. Tres kilos y ciento treinta y cinco gramos de puro genio Vasiliev.

Sí, la estaba mal acostumbrando, pero es que no podía dejar de sostenerla entre mis manos y admirar la preciosa vida que Katia y yo habíamos creado juntos. Tenía su boca, su pelo, pero sus ojos... No se puede negar que es mi hija. Sus ojos estaban oscuros, pero eran de un indiscutible azul. Ojos Vasiliev. ¡Ja! Pueden cambiar con el tiempo, tal vez, pero ese carácter... Salió gritando del útero de su madre y no calló hasta que estuvo mamando de su pecho. La enfermera me mostró lo que tenía que hacer para sacarle los gases y juro que nunca estuve más orgulloso que cuando mi pequeña soltó aquel eructo. Toda una campeona, sí, señor.

No podía evitar arrimar la nariz y volver a oler ese aroma de bebé. Solo había algo mejor y era el olor de su madre. Solté un suspiro y me encaminé hacia la pequeña cuna para tumbar a mi tesoro con mucho cuidado. Pero se dio cuenta y su naricilla se arrugó y sus labios se fruncieron. Iba a llorar, lo sabía. Al primer sollozo, la alcé de nuevo y la recosté de nuevo contra mi pecho, sujetando su pequeña cabecita contra mi cuello. Le gustaba estar así, ¿Cómo lo sabía? Pues porque soltó un pequeño suspiro antes de callarse de nuevo. Sí, mi niña iba a ser la consentida de papá.

—La estás malcriando. —Volví el rostro hacia su mamá y caminé hasta sentarme junto a su cadera.

—¿Y qué hay de malo en eso?

—Nada si no piensas dormir hasta que cumpla los diez años.

—Ah, eso.

—No sé tú, pero a mí me gustaría dormir por las noches. Es una tonta costumbre, lo sé, pero soy débil, qué le voy a hacer.

—Yo me levantaré por la noche para atenderla, no te preocupes.

—Lo quiero por escrito.

—¿No confías en mí?

—Ya has oído a tu madre y a la mía, los hombres tenéis un oído selectivo para esto y por la noche no os enteráis si un bebé llora. Desconectáis del mundo, así, puf. —Sus dedos hicieron ese chasquido para darle énfasis y no pude evitar sonreír.

—¿Eso crees?

—Las estadísticas me avalan.

—Ya, soy un Vasiliev, nací para romper las reglas. Las estadísticas son aún más fáciles de quebrar.

—Ya, repito, lo quiero por escrito.

—¿Me castigarás si no lo hago?

—Puede ser motivo de divorcio. —Ahí mi sonrisa desapareció. Katia podía bromear con cualquier cosa, pero no con ella diciendo que se iba a divorciar.

—No voy a darte motivos para eso, nunca.

—¿Lo prometes?

—Katia, si algún día no aguantas más a mi lado, no pondré ningún obstáculo para que te alejes de mí. Pero prométeme que, antes de llegar a ese punto, me dirás qué va mal para solucionarlo. —Vi su rostro ponerse serio y supe que la broma se había acabado para ella también. En eso nos parecíamos los dos. Cuando había que decir cosas importantes, no titubeábamos.

—Lo haré si tú lo haces.

—Entonces tenemos un acuerdo.

—Sí... Ahora pon a ese pequeño trasto en su cuna y ven a abrazarme. Me siento un poco desatendida. —Caminé de nuevo a la cuna y deposité a mi pequeña allí. Ya estaba haciendo ese puchero, pero Katia me hizo un gesto para que la acomodara boca abajo y, por arte de magia, mi pequeña enmudeció satisfecha. Volví a la cama mientras Katia se acomodaba a un costado.

—Las visitas no pueden subirse a la cama de los pacientes, está prohibido.

—¿No eras tú uno de esos Vasiliev que nacieron para romper reglas?

—*Touché*.

—Anda, ven aquí y dame unos pocos mimos. —Me recosté junto a mi guerrera y la abracé con todo el cuidado que pude. Deposité un suave beso en su frente y encajé su cabeza en mi cuello, como hice momentos antes con mi otra pequeña guerrera.

—Lo has hecho genial.

—Los dos lo hemos hecho.

—No, meterla fue fácil, lo difícil fue sacarla de ahí adentro.

—Sí, lo recordaré para la próxima vez que quieras hacer algo parecido.

—Ah, no. Quiero más como ella. Vengo de una familia numerosa, no puede ser hija única.

—Viktor, acabo de pelear para sacar más de tres kilos de carne por un agujero del tamaño de una naranja. Ahora mismo, la idea de repetirlo ni se me pasa por la cabeza.

—Pero...

—Espera a que pase un tiempo y volvemos a hablarlo, ¿de acuerdo?

—Tienes razón, soy un insensible.

—Y ahora, dame unos pocos de esos mimos que te he pedido. —Incliné la cabeza y besé sus labios con delicadeza. ¿Podía una mujer ser más hermosa que mi Katia en aquel momento? Estoy seguro de que no, aunque ella dijese que estaba hecha un adefesio. Sudada, con el pelo sucio, ojeras y la piel pálida, para mí brillaba como una estrella.

—Duerme un poco.

—Sí, aprovecharé hasta que nuestra pequeña Vasiliev tenga otra vez ganas de comer.

—Si quieres, podemos comprar uno de esos sacaleches y congelarla, para que yo pueda alimentarla con biberón de vez en cuando, así alargaremos tus horas de descanso.

—Vaya, de verdad que estuviste atento cuando vino la enfermera a explicarnos los beneficios de la leche materna y las maravillas de la tecnología a nuestro servicio.

—No te rías de mí. Pero sí, cuando se trata de ti y nuestra pequeña, intento estar atento a todo. Ya sabes, lo mío es la planificación.

—Sí. Está bien, me parece una buena idea.

—Entonces me encargaré de tenerlo todo listo para cuando llegemos a casa.

—Bien, me gusta que me facilites las cosas.

—¡Eh! Tú has hecho lo más complicado. Yo solo intento compensarte, equilibrar la balanza. —Sentí sus brazos apretándome fuerte.

—Más vale que no digas esas cosas por ahí, no quiero tener que pelearme con las

demás mujeres para que no me quiten esta joya de marido.

—Solo hay dos mujeres que me tienen en sus manos y las dos están en esta habitación.

—¿Te he dicho que te quiero?

—¿Y yo a ti?

—No en la última media hora. Mmm, nos estamos poniendo demasiado empalagosos. Mejor dejamos de decir tonterías.

—Me gusta decirte esas tonterías. —La cansada sonrisa de Katia se fue suavizando a medida que volvía a quedarse dormida. Y yo sonreí porque era un puñetero cabrón afortunado.

Epílogo

Fredo

Me duele la cabeza y sé que es por el golpe que recibí antes de quedar inconsciente. Malditos cabrones, hijos de puta. Me pica todo el cuerpo y al rascarme noto que mi ropa no está. Ahora llevo algo andrajoso y sucio.

—Buenos días, bella durmiente. ¡Sasha, el nuevo despertó! —Al levantar la cabeza me encuentro con un tipo de barba larga y falto de algunos dientes que me miraba, mientras espera que otro tipo, mucho más grande, se acercase. Me siento observado como si fuera un trozo de carne. ¿Se está relamiendo? Joder, esto no me gusta nada.

—¿Dónde... dónde estoy?

—Si fuera un cabrón a quién no le importara lo que los demás dijeran de él, te diría que eso no te importa. Pero... ¡Eh!, soy ese cabrón. —El tipo tiene un extraño acento, el pelo claro y un tatuaje en el pecho... ¡Mierda! Es un ruso, de la mafia rusa. ¡Joder!, ¿dónde coño me han metido? Hace mucho calor, por eso estamos todos con camisetas de tirantes, sucias y malolientes—. Voy a decirte las normas antes de que salgas ahí afuera. La más importante, cabréame y haré que lo laments. Segunda, abre la boca para decir otra cosa que no sea «Sí, señor» y te golpearé en la espalda. ¿Queda entendido?

—Sí, señor.

—Bien, chico listo. Ahora te mandaré aquí con mi amigo Agmed, quien te explicará lo que tienes que hacer. Cuando termines con tu tarea, volverás a tu litera, comerás y dormirás hasta el día siguiente cuando suene la campana y vuelta a empezar, ¿entendido?

—Sí, señor.

—Bien. —El tipo grande me pasa la mano por la cara y siento repugnancia, porque algo me dice que el motivo por el que se muestra cariñoso no me va a gustar.

—Agmed, cuando el chico termine, llévale a que se dé una ducha. —El tal Agmed sonrío y asiente. No sé por qué sonrío, pero no me gusta, nada de nada. Me coge del brazo y me levanta con brusquedad.

Ahora miro a mi alrededor. Estoy en una pequeña habitación de paredes y puerta de metal, parece... me arrastra por un pasillo también metálico, hasta que llegamos a una puerta desde la que escapan algunos gritos. Cuando Agmed la abre, pasamos a una especie de pasarela metálica, de esas con cuadraditos, como las de los barcos y... ¡Oh, mierda! ¿Estoy en las tripas de un barco? Allí abajo hay un hueco enorme y en el medio hay un grupo de hombres gritando a dos tipos que se están golpeando en mitad de todos. Uno de ellos es rubio, con barba, como todos ellos, aunque la suya no es muy larga. Por su forma de pelear, supongo que tiene conocimientos de lucha y... esa cara me suena.

—¡Vamos Rocky! Patéale el culo. —¿Rocky? ¿Ese tipo no será...? A lo mejor. Está algo más delgado, pero ese tatuaje en la espalda... ¡Joder! Esto se está poniendo cada vez peor. Porque ahora sé el motivo por el que estoy aquí, son demasiadas coincidencias para no tenerlas en cuenta.

Agmed tira de mí para hacerme bajar. El olor a gasolina se mezcla con el de sudor rancio y a orina. Escucho un fuerte clamor y me giro para ver como Rocky ha noqueado a su oponente.

—Que disfrute, ahora aún tiene energía en ese cuerpo joven. Pero cuando llegue otro nuevo, será él quien golpee el suelo. Siempre es así.

—¿Eso es lo que tengo que hacer, pelear?

—Mírate, princesita. Eres demasiado guapo para que Sasha no te pruebe antes. Si tienes suerte, y te portas bien, no tendrás que pelear por más comida.

—Yo no...

—Oh, tu sí, princesita. Como todos. Y créeme, es mejor que usen tu goloso trasero a tener que luchar ahí. Porque el que pierde también será follado, aunque tal vez no sea solo por una persona.

—¡Qué...!

—Despierta, princesita. ¿Ves aquí a alguna mujer a la que follarse? Y las travesías son largas, muy largas. En este barco, unos dan y otros reciben, es así. ¿Quieres comer? Pues sé cariñoso y aprende a mamarla bien. —Siento un nudo formándose en mi garganta, esto es peor que la muerte—. No sé a quién habrás cabreado ahí afuera, pero realmente te odia si te envió aquí. Como a todos ellos. Bienvenido al infierno, princesa. —No, no, no. Esto tiene que ser una pesadilla. Pero sé que no lo es. Estoy en el infierno y mis pecados me han traído aquí. No, Nick Vasiliev me ha traído aquí. Sé que arrepentirme no va a servir de nada. Es mi hora de pagar y ese Vasiliev ha determinado el precio.

Adelanto Préstame tu sonrisa

Andrey

Tengo mi mano derecha en ese culo prieto, los dedos de la izquierda rozando el sujetador deportivo por debajo de esa camiseta de tirantes que lleva. Mi “pequeño”, bien despierto, encantado con el cálido lugar en el que le tengo apretado. Y esa boca... me estoy dando un banquete con esa boca de labios jugosos. Y maldita sea si me estoy arrepintiendo, de que todo esto sea una mentira.

Escucho al tipo a mi espalda, mientras entra en la habitación. Y no le dejo reaccionar, soy yo el que tiene que tener la ventaja, y la chica, lo tengo que tener todo.

—¡Lárgate!, ¿no ves que estamos ocupados?

—Eh...oh...si...ya...ya me voy. – Escucho la puerta cerrarse cuando el tipo sale dejándonos solos, pero no pienso moverme aún, estoy demasiado bien así.

—Ya se fue.

—Lo sé.

*Disponibile noviembre 2019 en Amazon,
gratis con Kindle Unlimited*

Títulos de la serie “Préstame”:

- 1- ¡Préstame a tu novio!
 - 2- ¡Préstame a tu cuñado!
 - 3- ¡Préstame a tu hermano!
 - 4- ¡Préstame tu piel!
 - 5- ¡Préstame tu corazón!
 - 6- ¡Préstame tu fuerza!
 - 7- ¡Préstame tu sonrisa!
-